

José Martí

El indio de nuestra América



Dirección editorial: CECIL CANETTI

Edición: ELA LÓPEZ UGARTE

Diseño de interior, cubierta y composición: ELOY CAPOTE CRUZ

Corrección: REGINA ARANGO ECHEVARRÍA

Primera edición: Centro de Estudios Martianos/
Casa de las Américas, 1985

Sobre la presente edición:

© Centro de Estudios Martianos, 2015

ISBN: 978-959-271-227-0

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

Calzada 807, esquina a 4,

El Vedado, CP 10400

La Habana, Cuba

E-mail: cem@josemarti.co.cu

editorial@josemarti.co.cu

website: www.josemarti.cu

Fax: (537)8333721

José Martí

El indio de nuestra América



Selección y prólogo

Leonardo Acosta



La Habana,
2014

José Martí y el indio de nuestra América

El pensamiento de José Martí, de sorprendente riqueza, abarcador de prácticamente todos los problemas cruciales de su época, también alcanza altura y originalidad insospechadas cuando aborda la problemática del indígena nustramericano, su cultura y su historia, su grandeza y su tragedia. Sin duda es uno de los temas que más agrias controversias han provocado desde el momento mismo en que los europeos arribaron a nuestro continente como “descubridores” y conquistadores, y el genio martiano hace de él uno de los pilares de su pensamiento revolucionario y anticolonialista, y de su programa de acción para la unidad latinoamericana.

Resulta aleccionador comparar a este respecto las ideas martianas con las de otros ilustres pensadores de *nuestra América* como Sarmiento y Rodó, por solo citar dos ejemplos, y asomarnos al profundo abismo que separa las concepciones de uno y otros. Porque la visión que tiene Martí del indoamericano no solo es única, sino que está indisolublemente unida a su concepción sobre la *magna empresa* de la segunda y definitiva independencia de la América Latina. Durante años este aspecto del pensamiento martiano fue comprendido muy superficialmente, por las mismas razones

que impedían una justa valoración del aporte indígena a la cultura y la historia de *nuestra América*. Demasiado pesaban aún, en las mentes latinoamericanas, varios siglos con la atención puesta en Europa primero, luego en la “América europea” del Norte. Por lo general, se encasillaba a Martí dentro del “indigenismo” literario y humanitario que hacía del indio un objeto exótico, cuando no una especie de “buen salvaje” rousseauiano. Más a menudo se pretendía anexarlo simplemente a la tradición de pura cepa hispánica. Nada más alejado de la raigal originalidad del pensamiento martiano.

Desde el propio siglo XVI en que se llevó a cabo la conquista de América, se suscitaron, primero en España, luego en el resto de Europa y en el propio continente americano, polémicas diversas sobre el “indio”, que se desarrollan en varias etapas: 1) etapa político-teológica iniciada por los dominicos Antonio de Montesinos y Bartolomé de las Casas sobre la naturaleza de los indoamericanos y el injusto trato y servidumbre a que los sometían los españoles; 2) polémica, ya más netamente política, comenzada por escritores de los imperios rivales de España, que da origen a la llamada “leyenda negra” antiespañola y luego a la contrarréplica española que hemos denominado “leyenda blanca”; 3) polémica sobre bases seudocientíficas que principia alrededor de 1750 con los escritos de Buffon y Cornelius de Pauw, quienes proclaman la presunta “inferioridad biológica” de América respecto del Viejo Mundo, y que marca los verdaderos comienzos del eurocentrismo; 4) última etapa, que se extiende hasta nuestros días, y que representa el tardío contrataque de los

apologistas de la conquista y el mito de la “hispanidad”. Sobre todas estas cuestiones se expresó, siempre con tajante claridad, José Martí.

En su defensa de las civilizaciones precolombinas y su cultura, Martí se valió de sólidos conocimientos históricos, arqueológicos y etnológicos, que sorprenden para su época, y también de su conocimiento directo del indio de *nuestra América*, sobre todo de México y Guatemala. En numerosos artículos periodísticos y apuntes, en su folleto sobre Guatemala, en *La Edad de Oro*, Martí nos dejó constancia del saber sobre arqueología mesoamericana, realmente excepcional para su época si tenemos en cuenta que no nos hallamos ante un especialista. Abundantes referencias en la obra martiana nos demuestran que estaba al tanto de los últimos hallazgos arqueológicos, como comprobamos en su mención del templo de Xochicalco, de la estatua del hombre-tigre Chac-Mool y de importantes textos indígenas como el *Popol Vuh* de los quichés y los libros proféticos de *Chilam Balam* de los mayas.

Lo más sorprendente es que Martí haya seguido desde lejos el curso de estos sucesivos descubrimientos, como nos lo demuestra su artículo “Antigüedades mexicanas”, escrito en Nueva York en 1883. Allí reseña el hallazgo de una colosal piedra esculpida, en el estado mexicano de Veracruz, que acaso pudiera pertenecer a la enigmática y antiquísima cultura “olmeca”, hasta hoy objeto de interminables debates. En el propio artículo anuncia: “Pronto estará la monumental reliquia en el valiosísimo Museo mexicano, que publica

ahora muy ricos *Anales*, donde en lengua galana cuentan los estudiosadores de México ya los libros del Padre Sahagún, que a no haber sido benemérito de la Iglesia, lo fuera de la historia mexicana”.¹

Esta última noticia, cuya actualidad hace resaltar Martí mediante la cláusula *que publica ahora*, nos comprueba hasta qué punto estaba informado el revolucionario cubano, en Nueva York, de lo que ocurría en arqueología del antiguo México. No menos sorprendentes son sus conocimientos históricos.

Entre las más importantes fuentes históricas que maneja están las crónicas de la conquista, anales y relaciones de la época colonial y relaciones o relatos de viajeros europeos y norteamericanos del siglo XIX, además de los textos indígenas que antes de ser fuentes históricas fueron hallazgos arqueológicos. Martí cita o emite juicios sobre las siguientes: *Popol Vuh*, *Libros de Chilam Balam*, *Rabinal Achí*, *Uska Pankar*, *Apu Ollantay*, *El Güegüence* y las obras de los grandes historiadores indígenas del siglo XVI como el Inca Garcilaso (Perú) y Alva Ixtlixóchitl (México). De las fuentes españolas, aparecen citados el padre las Casas, Bernal Díaz del Castillo, Gomara, Oviedo, Herrera, Sahagún, Clavijero, el obispo Landa, el padre Acosta, así como las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, las *Crónicas* de Domingo Juarros, la *Recordación florida* del capitán Fuentes y otras.

¹ José Martí: “Antigüedades mexicanas”, en *Obras completas. Edición crítica*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2011, t. 18, p. 85. [En lo sucesivo, OCEC. (N. de la E.)]

Si pasamos a los historiadores, naturalistas y antropólogos de otros países a quienes Martí cita, encontraremos los nombres de Humboldt, Prescott, E. B. Tylor, John Lubbock, Daniel Brinton y otros. Entre los viajeros, arqueólogos aficionados y aventureros ocupan lugar preferente John Lloyd Stephens, Brasseur de Bourbourg, Le Plongeon, Thomas Gage, Nadaillac y Desiré Charnay. Por supuesto, la lista no es ni pretende ser completa. Solo nos interesa apreciar que las lecturas de Martí sobre historia y antropología en general y de América en particular eran considerables. Y, sin embargo, mucho más nos interesa precisar el *conocimiento directo* que tuvo de la tierra y de los hombres, de los monumentos y ciudades de los antiguos americanos abatidos por el europeo y de los pueblos que descendían de aquellos, así como de los historiadores y arqueólogos mexicanos y guatemaltecos que conoció.

Este conocimiento directo es de gran importancia, y lo demuestra el hecho de que a pesar de la gran admiración que sentía Martí por la civilización incaica, así como por la figura heroica de Túpac Amaru, sus menciones a los pueblos antiguos de Mesoamérica y sus descendientes son mucho más frecuentes y revelan un saber más profundo y detallado. Observamos también que fue amigo de las más importantes figuras de las ciencias, las letras y la política mexicanas, y resultaría innecesario destacar la importancia de por lo menos dos de ellos, Ignacio Altamirano y Justo Sierra, como historiadores de México. También conoció Martí al historiador guatemalteco Antonio Batres Jáuregui

y posiblemente al mexicano Manuel Orozco Berra, pionero de los estudios históricos indigenistas. Además, es un hecho comprobado que entre sus amigos mexicanos se encontraba Alfredo Chavero, uno de los verdaderos iniciadores de la arqueología mesoamericana, y es posible que Martí haya acompañado a Chavero en algunas exploraciones.

Sabemos, por otra parte, que Martí recorrió los principales centros de la antigua cultura maya de Yucatán en compañía de su amigo José Peón Contreras, literato y político yucateco que además era gran aficionado a la arqueología. Indudablemente, las descripciones martianas de ciudades como Uxmal y Chichén Itzá, así como de Palenque (en Chiapas) y Mitla (en Oaxaca), parecen hechas en el lugar; la ausencia de descripciones tan minuciosas de ciudades antiguas del Perú vendría en todo caso a confirmarlo. Pero hay más: en su citado artículo “Antigüedades mexicanas”, Martí hace una detallada descripción de Chichén, cuyo suelo es “muy rico en ruinas”. Nos hallamos así ante un Martí apasionado por la arqueología americana, recorriendo las antiguas ciudades mayas de Yucatán y contribuyendo al rescate de piezas arqueológicas, junto a su amigo yucateco.

Otra prueba de que Martí obtuvo sólidos conocimientos de la observación directa y la participación en la vida de esos pueblos, más aún que de sus nada despreciables lecturas, la hallamos en su artículo de 1882 para *La Opinión Nacional* de Caracas. Dice allí:

Oímos hablar de la lengua maya como de un documento antiguo de una civilización muerta, salvado del olvido en un

libro de Diego de Landa y revivida por las investigaciones del abate Brasseur de Bourbourg, americanista famoso. Pero es de saber que la lengua maya se habla aún en toda su pureza en algunos lugares de la América Central y que quien viaja por la comarca de los chacmoles, que es una tribu de hombres barbados que habita en las cercanías de la antigua ciudad de Tekal, oye aún, como si viviera en los tiempos de Chilam-Balam [...] aquella lengua armoniosa en que se llama al corazón *puctz'ikal*, y a Dios se llama *Kabal-yum*, señor verdadero, o *Oichkelem-yum*, señor hermoso. Y aún viven, refugiados en la comarca del Petén, fronteriza entre México y Guatemala, rodeada de altas montañas [...] aún viven, en las orillas del lago del Petén, los descendientes de los itzács [...]. Allí observan aún los hábitos de su raza, y sus leyes y lengua, en la comarca que llaman los mexicanos *Tierra de Guerra* que se extiende de Tabasco a Chiapas y que riega el alegre Usumacinta, cargado de flotantes frutos y gigantescos lirios.²

De ese conocimiento directo nace la estimación y el amor de Martí por las cosas indias, y también su denuncia de los aventureros europeos y norteamericanos que con el pretexto de la arqueología se dedicaban —ya desde entonces— al saqueo cultural y la tergiversación histórica. Uno de los más fustigados por Martí es ese “americanista famoso” llamado Charles Etienne Brasseur de Bourbourg, aristócrata y clérigo, de quien comenta que “solía dar por cierto lo que le parecía

² JM: “Sección constante”, *OCEC*, t. 12, p. 201.

y se llevó de Guatemala [...] riquezas de librería antigua que generosamente pusieron en sus manos los guatemaltecos”.³

En otra parte informa que

Centroamérica guarda todavía en ciertos títulos de propiedad de la época prehispánica aún no publicados, y en los escasos manuscritos que le dejó el abate Brasseur de Bourbourg, más materia original para deducir el carácter intelectual y la obra escrita de aquella esbelta e infortunada gente india, que lo que hasta ahora va presentando en los *Comentarios Reales* y libros de Sahagunes y Clavijeros.⁴

Al referirse a la obra indígena *Rabinal Achí*, la describe como un “diálogo avivado con bailes, como tenían por uso escribirlos y representarlos los indios nahuatles, que el abate Brasseur descubrió y sacó a luz, con aquellos ampulosos y ligeros comentarios suyos”.⁵

No queda mejor parado Augustus Le Plongeon, norteamericano, de quien cuenta sucesos que parecen extraídos de la prensa actual, donde constantemente vemos denuncias del saqueo y tráfico de joyas arqueológicas por parte de los norteamericanos.

Martí describía así a Le Plongeon: “anciano activo y revoltoso, que se está haciendo notorio por la buena fortuna con que persigue y descubre ruinas de monumentos y estatuas de los mayas, y por el indiscreto lenguaje y exagerada ambición que acompañan a sus descubrimientos”. Asimismo, nos

³ JM: “Cartas de Martí. En verano”, *OCEC*, t. 22, p. 135.

⁴ JM: “Una comedia indígena: *El Güegüense*”, *OCEC*, t. 19, p. 236.

⁵ Ídem.

cuenta lo sucedido con la famosa estatua del Chac Mool: “El descubridor quiso quedarse con el descubrimiento, y lo ocultó en los bosques; pero el gobierno, en virtud de la ley que prohíbe la extracción del país mexicano, de ningún tesoro histórico ni artístico de México, se apoderó de la valiosísima reliquia”.⁶

No solo denunció Martí el saqueo del patrimonio cultural de *nuestra América* por europeos y yanquis, sino también refutó sus teorías sobre el origen de las civilizaciones antiguas de este continente. Del mismo Le Plongeon comenta que “cree haber hallado vestigios de palabras caldeas en las inscripciones de una piedra”⁷ maya o que pretendía otras veces que las civilizaciones americanas procedían de Egipto, buscando ilusorias semejanzas entre las ciudades mayas y Heliópolis o Menfis. Otras especulaciones de este tipo, como la de lord Kingsborough sobre la presunta procedencia hebrea, fenicia o cartaginesa de los indoamericanos, o la de Brasseur de que los aztecas vinieron de las islas Canarias (!!), o sobre el mito recurrente de la Atlántida, eran pacientemente anotadas y comentadas por Martí en sus apuntes. Y siempre rechazó esas tesis sensacionalistas que, además, pretendían demostrar que toda la cultura de la humanidad provenía del Viejo Mundo. Por el contrario, sostuvo siempre la tesis de la autoctonía y originalidad de las culturas americanas. Su convicción aparece expresada en numerosos escritos, como por ejemplo en “Las ruinas indias”, donde afirma: “Ellos imaginaron su gobierno,

⁶ JM: “Antigüedades mexicanas”, *OCEC*, t. 18, pp. 85-86; y “Sección constante”, *OCEC*, t. 12, p. 23.

⁷ *Ibíd.*, p. 86; *ídem.*

su religión, su arte, su guerra, su arquitectura, su industria, su poesía. Todo lo suyo es interesante, atrevido, nuevo. Fue una raza artística, inteligente y limpia”.⁸

Esa convicción martiana, apoyada en sólidos conocimientos y no solo en motivos emocionales, es confirmada hoy por la abrumadora mayoría de investigadores y por los nuevos hallazgos científicos en esta materia. Pero el revolucionario e ideólogo latinoamericano José Martí, no se conformaba con el conocimiento de la verdad: esa verdad era un arma de combate como ese conocimiento era solo el complemento de la acción, la teoría sin la cual no hay práctica revolucionaria organizada. “Conocer es resolver”, planteaba Martí en “Nuestra América”, para continuar con una de sus famosas frases: “La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia”.⁹ Al decir *incas*, lógicamente se está refiriendo a toda la América precolombina. Y *Grecia* significa en este caso Europa y la cultura occidental bajo cuyo manto prestigioso se han venido ocultando todos los colonialismos. Martí nos advierte que “nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria.

⁸ JM: “Las ruinas indias”, en *La Edad de Oro*, edición facsimilar, ensayo y notas de Maia Barreda Sánchez, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Ediciones Boloña, 2013, p. 50.

⁹ JM: *Nuestra América. Edición crítica*, investigación, presentación y notas de Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2010, p. 10.

[...] Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”.¹⁰

Consideramos que estos planteamientos martianos constituyen la fundamentación de toda una política cultural para la América Latina, tan válida hoy como cuando los hizo nuestro ideólogo. Es un rechazo consciente a la colonización cultural de la Europa imperialista o de la “América europea”, como llamaba al país del Norte que exterminaba a su población indígena y se perfilaba ya como el mortal enemigo imperialista de nuestra “América mestiza”. “A qué leer a Homero en griego”, reitera Martí, cuando anda vivo, con la guitarra al hombro, por el desierto americano?”.¹¹

Y así, defendiendo la autoctonía cultural de la América antigua, vemos que Martí está planteando a la vez el problema de la América de entonces y también de la del futuro. De ahí su afirmación tajante: “¡Ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma!”. Palabras pronunciadas, significativamente, en un discurso de 1893 sobre Simón Bolívar. Martí, al sostener la autoctonía de la América indígena, la originalidad de la civilización “de sí propia desenvuelta en tierra propia”,¹² proclama al mismo tiempo que los latinoamericanos somos capaces de realizar de nuevo la proeza, y desarrollar otra vez una civilización original, distinta a la de nuestros colonizadores o neocolonizadores.

¹⁰ Ídem.

¹¹ JM: “La pampa”, en *Obras completas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, t. 7, p. 368. [En lo sucesivo, *OC. (N. de la E.)*]

¹² JM: “Serie de artículos para *La América*”, *OCEC*, t. 19, p. 301.

Pocos han exaltado a la antigua América indígena como lo hizo él, ni denunciado tan implacablemente el crimen de la conquista y la vergüenza y desdicha de la colonia. Esta denuncia y aquella exaltación forman parte de un pensamiento histórico coherente, lúcido y radical, entendido este último término en su verdadero significado, como lo que va hasta la raíz que es tal como lo entendieron y definieron José Martí y Carlos Marx, y no en sentido del “radicalismo” demagógico burgués. En su valoración de la América antigua frente a lo europeo, Martí compara favorablemente a Netzahualpilli con Cayo Bruto, al tlascalteca Xicotencatl con Demóstenes, y al rey sabio de Texcoco, Netzahualcoyotl, con Salomón y con Platón, cumbres del pensamiento hebreo y griego, respectivamente, de cuya fusión surgió la ideología occidental cristiana. También compara Martí la literatura indígena americana con el *Mahabarata* hindú y el *Schanameh* persa, y al referirse al autor anónimo de *Ollantay*, encuentra en él “primerías, matices y frondosidades de lenguaje que jamás tuvo escritor español”.¹³ A las construcciones mayas, toltecas y quechuas les reconoce primacía sobre “los dólmenes informes de la Galia”,¹⁴ y otros monumentos de los pueblos europeos cuando se encontraban en un estadio cultural semejante al que los indoamericanos habían alcanzado *por sí solos*; y se muestra igualmente radical cuando afirma que una sola pared de Mitla o de la Casa del Gobernador de Uxmal vale más que cualquier construcción

¹³ JM: “Una comedia indígena: *El Güegüence*”, OCEC, t. 19, p. 236.

¹⁴ JM: “El hombre antiguo de América y sus artes primitivas”, OCEC, t. 19, p. 137.

del tan celebrado barroco español de la colonia. En un apunte Martí califica a los indoamericanos de “pueblos ciclópeos y titánicos, mercantiles, creyentes, luchadores, agrícolas, y artistas”, creadores de “la civilización más original, genuina y autóctona que ha alcanzado pueblo alguno de la tierra”.¹⁵ Imposible ser más explícito al respecto.

Pero esta gran civilización fue cruel y sistemáticamente destruida, y Martí se expresó a menudo sobre esta destrucción, como cuando dice que

con tan bárbaro rastrillo nivelaron la tierra india, a voces de Valverdes y Zumárragas, los conquistadores, y tan bien se juntaron el afán de estos de extinguir a los vencidos y el encono fiero de los clérigos vulgares contra la gente hereje, que no es maravilla que tan poco se sepa ahora de lo que expresaron y escribieron en Yucatán los ymeyes, y en el Perú los amautas, y en Nicaragua los nahuates sabios.¹⁶

Martí destruye todos los argumentos de la literatura apologética hispanista, que llamó “leyenda negra” a las verdades que denunció el padre las Casas, y que suplantaron con una “leyenda blanca” basada en la glorificación del conquistador. A esos conquistadores los califica reiteradamente de *asesinos* o de *bárbaros*, devolviendo con justicia a los europeos la acusación que hacían a los pueblos conquistados y que utilizaban como calumnioso pretexto para justificar su dominación. Y advertía:

¹⁵ JM: “[Apuntes para las conferencias sobre América]”, *OCEC*, t. 6, pp. 90-91.

¹⁶ JM: “Una comedia indígena: *El Güegüence*”, *OCEC*, t. 19, pp. 235-236.

“En tanto que no nos desliguemos de todo precedente de la conquista, flotará matador sobre nuestros hombros este insufrible manto de cadenas”.¹⁷ José Martí desmistifica, desmonta, por así decirlo, todo el aparato de la conquista y la colonia, y rechaza el argumento apologético según el cual ese mismo colonialismo habría sido el propulsor de nuestra incorporación a la historia. Para él, esa conquista fue “*una desdicha histórica y un crimen natural*”¹⁸ y las presuntas intenciones “civilizadoras” o “evangelizadoras” de todo colonialismo, no son sino velos que encubren el único móvil de toda empresa de conquista: el oro, ese mismo “oro de las Indias” que según Marx dio impulso decisivo al capitalismo europeo.

La verdadera historia de nuestros pueblos, según la concepción martiana, fue interrumpida por el colonialismo, que si para los países imperialistas forma parte de su “historia gloriosa”, para nosotros fue antihistoria, desdicha histórica, fue un “terrible paréntesis de siglos en la vida cultural, económica y política” de los pueblos colonizados, para usar palabras de Ernesto Che Guevara. Sin embargo, en ese paréntesis de siglos no todo se ha perdido: la verdadera historia y cultura de los pueblos sometidos se sumerge en una especie de clandestinidad, de sorda resistencia contra los valores del vencedor, que culminará en la acción combatiente por la liberación. Como anota Martí sobre crimen de la conquista: “Pero de aquella absorción cruenta algo quedó de

¹⁷ JM: “[Apuntes para las conferencias sobre América]”, *OCEC*, t. 6, p. 87.

¹⁸ JM: “El hombre antiguo de América y sus artes primitivas”, *OCEC*, t. 19, p. 138. La cursiva es de Leonardo Acosta.

la vencida raza: el espíritu, que resiste siempre al acero, al hierro y al fuego”.¹⁹

De esta manera, la historia que venía “de los incas” continuó como un río subterráneo, del que brotaban intermitentemente grandes rebeliones como la de Túpac Amaru, hasta la gran epopeya de las guerras de independencia que encabezan Bolívar y San Martín, Hidalgo y Morelos, O'Higgins y Artigas. Pero falta aún la segunda independencia, la definitiva liberación política, económica y cultural, pues luego de la expulsión del español vendrían los imperialismos británico y yanqui a reducir a nuestros países a la condición de “repúblicas feudales y teóricas” al decir de Martí. Nuestros valores culturales e ideales liberadores seguirían siendo deformados y calumniados, y se mantendrían aún en la clandestinidad frente a la ideología de los dominadores. En su artículo “Los Códigos nuevos”, sobre Guatemala, Martí nos da la siguiente visión:

Interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó con el advenimiento de los europeos un pueblo extraño, no español, porque la savia nueva rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la injerencia de una civilización devastadora, dos palabras que, siendo un antagonismo, constituyen un proceso; se creó un pueblo mestizo en la forma, que con la reconquista de su libertad, desenvuelve y restaura su alma

¹⁹ JM: “[Apuntes para las conferencias sobre América]”, *OCEC*, t. 6, p. 90. [Ver en nota 56 de *OCEC*. (*N. de la E.*)]

propia. [...] Así nosotros, con todo el raquitismo de un infante mal herido en la cuna, tenemos toda la fogosidad generosa, inquietud valiente y bravo vuelo de una raza original, fiera y artística. // Toda obra nuestra, de nuestra América robusta, tendrá, pues, inevitablemente, el sello de la civilización conquistadora; pero la mejorará, adelantará y asombrará con la energía y creador empuje de un pueblo en esencia distinto, superior en nobles ambiciones, y sí herido, no muerto. ¡Ya revive!²⁰

He aquí cómo Martí ha esbozado, con tanto elemento disperso, un programa coherente de acción: hay que destruir la calumnia europea contra *nuestra América*, barrer los mitos colonialistas. El primero fue el mito racista, al que Martí responde que no puede haber superioridad racial alguna, porque “por sobre las razas, que no influyen más que en el carácter, está el espíritu esencial humano, que las confunde y unifica”.²¹ Luego ha destruido el mito culturalista y el mito histórico del eurocentrismo. Finalmente se enfrenta —y es sorprendente que lo haga ya en esa época— al mito de la técnica. Martí admite, ciertamente, que acaso la superior técnica de los españoles hizo que las armas de fuego y las armaduras de hierro pudieran “su poco más” frente a la flecha o la espada indígena, de madera y obsidiana. Pero no admite que fuera esa la causa principal de la derrota indígena, pues frente al arsenal técnico militar con que pueda contar el

²⁰ JM: “Los Códigos nuevos”, *OCEC*, t. 5, p. 89.

²¹ JM: “México en los Estados Unidos”, *OC*, t. 7, p. 55.

enemigo imperialista está la fuerza invencible que radica en la unión de los hombres y pueblos oprimidos. Su razonamiento será inexpugnable:

Pizarro conquistó al Perú cuando Atahualpa guerreaba a Huáscar, Cortés venció a Cuauhtémoc porque Xicotencatl lo ayudó en la empresa; entró Alvarado en Guatemala porque los quichés rodeaban a los zutujiles. Puesto que la desunión fue nuestra muerte, ¿qué vulgar entendimiento, ni corazón mezquino, ha menester que se le diga que de la unión depende nuestra vida?²²

Es decir, que la lección histórica de la conquista —lograda a causa de la división de los pueblos indígenas americanos— fue una de las razones más importantes que permitieron constituir un programa de acción por la unidad latinoamericana contra el imperialismo. Más tarde dirá el Guerrillero Heroico: “Nosotros sabíamos también, por Martí, que no importaba el número de las armas en la mano, sino el número de estrellas en la frente”, ya que “cuando el pueblo se une no hay fuerza de las armas que pueda detenerlo”. La demostración más palpable de que Martí estaba en lo cierto la están dando actualmente los pueblos de la América Latina, África y Asia en su lucha de liberación. Ya en 1917, poco más de veinte años después de su caída en combate, surgía el primer Estado que abolía la explotación del hombre por el hombre, Estado multinacional que pudo enfrentarse con éxito, gracias a la unidad de sus componentes, a la agresión de todos los viejos

²² JM: *Guatemala, OCEC*, t. 5, p. 241.

y nuevos imperialismos coaligados. Y en 1959 se liberaba definitivamente la patria de José Martí, para constituir el primer Estado socialista y libre de explotación en América.

Podrá parecer que hemos seguido el pensamiento de Martí por caminos que se apartan, o no se ciñen del todo, al tema enunciado. Como también podrá alguien recibir la impresión de que los textos martianos, cuya inspiración hacemos derivar en gran parte de su conocimiento directo del indígena americano, provienen, por el contrario, de fuentes principalmente arqueológicas e historiográficas. Porque —se nos podrá objetar— es más lo que dice Martí sobre el antiguo esplendor de las civilizaciones indoamericanas que su testimonio sobre el indio explotado y marginado, su propio contemporáneo. No es difícil responder a esta objeción: se encuentran en su obra numerosísimos fragmentos en que denuncia la situación de miseria, desamparo, ignorancia o subordinación en que se hallaba —y se halla aún— una gran parte de las masas indígenas de América. Sin embargo, nunca se queda Martí en la simple denuncia, como es característico en tantos escritores de entonces y de ahora que claman por un “mejor trato” al indio. Esa es la actitud típica del indigenismo humanitario de corte burgués. El radicalismo de Martí va mucho más allá: esos “indios” son los originales fundadores de la civilización en América, los legítimos poseedores de la tierra y la raíz misma de nuestra historia, esa historia a cuyo rencuentro nos encaminamos; y necesariamente emprenderemos el camino *con ellos*, o no habrá tal rencuentro. Por eso, no se limita a la denuncia, sino que la acompaña de la reflexión histórica y

la exaltación de la cultura indígena. Veamos un breve pero aleccionador fragmento “y con decir que hablaré de mi inmensa madre América digo que hablaré de ellos—los dolores sin cuento, de la olvidada y triste raza india, que con su apatía y silencio protesta de la propia vida de que se les privó. Ellos son hoy miserables, fanáticos, y tercos, y fueron, en otros tiempos, artistas, gobernantes, guerreros, arquitectos y poetas”.²³

O sea, que la denuncia sobre su actual mísera condición va inmediatamente seguida por la prueba de su ineluctable grandeza; porque Martí no reclama conmiseración para el indio, sino respeto y solidaridad. Y más aún, admiración, por todo lo que de ellos podemos aprender. Podríamos multiplicar los ejemplos, pero limitémonos a otro, apenas unas líneas más abajo del anterior: “ahí andan con el triste rostro oscuro, más que por natural triste de su tez, porque en él llevan la vergüenza de 400 años; ¡allá van con las espaldas dobladas! ¡allá van con los espíritus dormidos! Ellos son los herederos de caudillos valerosos, de propietarios opulentos. Ellos sabían la lengua de las estrellas”.²⁴

Muchas observaciones del mismo tono afloran en la presente selección de textos martianos; otras, no. En primer lugar, no aparece lo mucho que escribió, en sus quince años de estadía en los Estados Unidos, sobre el indignante proceso de genocidio y despojos de que fueron y son víctimas los indios norteamericanos. Es este un tema que deliberadamente

²³ JM: “[Apuntes para las conferencias sobre América]”, *OCEC*, t. 6, p. 92.

²⁴ *Ibíd.*, p. 93.

se ha dejado aparte, porque aunque bien pudiera haberse incluido en esta selección, se inserta más bien en otra zona del pensamiento martiano, dedicada a la defensa de las minorías étnicas y nacionales oprimidas en el seno mismo de la metrópoli imperial. También se omiten numerosos fragmentos en que la mención del indio está en función de otros contextos, como sucede en los trabajos de Martí sobre José María Heredia, Antonio Bachiller y Morales, Fermín Valdés Domínguez, así como en numerosas cartas y en escritos sobre los más diversos temas. Se han incluido, por otra parte, apuntes de apenas una línea, pero que son reflexiones completas en sí mismas. La selección, en todo caso, es lo suficientemente amplia para que el lector, especialista o no, pueda tener a mano, en un solo volumen, los elementos que le permitan una valoración precisa del lugar que ocupa el “indio americano” en el pensamiento de José Martí. Lugar cuya importancia ha sido señalada por el propio Martí en muchos de los trabajos o fragmentos aquí incluidos, pero que formuló quizás como en ninguna otra parte en aquel famoso alegato: “La inteligencia americana es un penacho indígena. ¿No se ve cómo del mismo golpe que paralizó al indio, se paralizó a América? Y hasta que no se haga andar al indio,—no comenzará a andar bien la América”.²⁵

²⁵ JM: “Autores americanos aborígenes”, *OCEC*, t. 19, p. 121.

Nota a la segunda edición

Este libro, anteriormente publicado en edición conjunta del Centro de Estudios Martianos y Casa de las Américas, se ofrece esta vez, y por las razones que el antólogo argumenta en las palabras preliminares, que siguen siendo válidas, en versión revisada y aumentada a modo de homenaje al investigador Leonardo Acosta, a quien se dedica la XXIV Feria Internacional del Libro de La Habana, 2015.

Estructurada de la siguiente forma, esta compilación inicia con una primera parte contentiva de escritos extensos y fundamentales como “Nuestra América” y “Madre América”. La segunda, compuesta por pasajes breves o fragmentarios, y, finalmente, un anexo, integrado por dos capítulos de *Nueva relación de los viajes de Tomas Gage en la nueva España*, transcritos por Martí.

Se han organizado cronológicamente los trabajos que presentan sus fechas de escritura o publicación y el resto se ubican según el ordenamiento que da las *Obras completas*, 1963-1965, realizadas por la Editorial Nacional de Cuba en coordinación con la Editora del Consejo Nacional de Cultura y la Editora del Consejo Nacional de Universidades, reproducidas posteriormente por la Editorial de Ciencias Sociales; así como por la edición crítica de las obras de José

Martí (La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2000-2012), por la que han sido cotejados en su mayoría para lograr la esencial fidelidad a los textos y contribuir al empeño de eliminar las erratas de ediciones anteriores. Asimismo, se ha modernizado la ortografía respetando el peculiar uso por Martí de los signos de puntuación.

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

1849
1850
1851
1852
1853
1854
1855
1856
1857
1858
1859
1860

OBRAS

Nuestra América

Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, o le mortifiquen al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas, y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el cielo, que van por el aire dormido[s] engullendo mundos. Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas, valen más que trincheras de piedras.

No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón de acorazados. Los pueblos que no se conocen, han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de casa chica, que le tiene envidia al de casa mejor, han de encajar, de modo que sean una, las dos manos. Los que, al amparo de una tradición criminal, cercenaron, con el sable

tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido, del hermano castigado más allá de sus culpas, si no quiere[n] que le[s] llamen el pueblo ladrón, devuélvanle sus tierras al hermano. Las deudas del honor, no las cobra el honrado en dinero, a tanto por la bofetada. Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la tundan y talen las tempestades: ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.

A los sietemesinos solo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra, son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre. Si son parisienses o madrileños, vayan al Prado, de faroles, o vayan a Tortoni, de sorbetes. ¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan, bribones, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades! Pues, ¿quién es el hombre? ¿el que se queda con la madre, a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean, y vive de su sustento en las tierras podridas, con el gusano

de corbata, maldiciendo del seno que lo cargó, paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel? ¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos a más, estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios, y va de más a menos! ¡Estos delicados, que son hombres, y no quieren hacer el trabajo de hombres! Pues el Washington que les hizo esta tierra ¿se fue a vivir con los ingleses, a vivir con los ingleses en los años en que los veía venir contra su tierra propia? ¡Estos “incrédulos” del honor, que lo arrastran por el suelo extranjero, como los increíbles de la Revolución francesa, danzando y relamiéndose, arrastraban las erres!

¿Ni en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas. Cree el soberbio que la tierra fue hecha para servirle de pedestal, porque tiene la pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irredimible a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal famoso, guiando jacas de Persia y derramando champaña. La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de

cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyès no se desestanca la sangre cuajada de la raza india. A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.

Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno, y acata y premia la inteligencia superior, mientras esta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recabar por la fuerza el respeto de quien le hiera la susceptibilidad o le perjudica el interés. Por esta conformidad con los elementos naturales

desdeñados han subido los tiranos de América al poder: y han caído, en cuanto les hicieron traición. Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno, y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.

En pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, los incultos gobernarán, por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano, allí donde los cultos no aprendan el arte del gobierno. La masa inculta es perezosa, y tímida en las cosas de la inteligencia, y quiere que la gobiernen bien; pero si el gobierno le lastima, se lo sacude, y gobierna ella. ¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras *yankees* o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que desconocen los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país. Conocerlos basta,—sin vendas ni ambages; porque el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema después de conocer sus elementos, es más fácil

que resolver el problema sin conocerlos. Viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se la administra en acuerdo con las necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los Incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas.

Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo vinimos, denodados, al mundo de las naciones. Con el estandarte de la Virgen salimos a la conquista de la libertad. Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer alzan en México la república, en hombros de los indios. Un canónigo español, a la sombra de su capa, instruye en la libertad francesa a unos cuantos bachilleres magníficos, que ponen de jefe de Centro América contra España al general de España. Con los hábitos monárquicos, y el Sol por pecho, se echaron a levantar pueblos los venezolanos por el Norte y los argentinos por el Sur. Cuando los dos héroes chocaron, y el continente iba a temblar, uno, que no fue el menos grande, volvió riendas. Y como el heroísmo en la paz

es más escaso, porque es menos glorioso, que el de la guerra; como al hombre le es más fácil morir con honra que pensar con orden; como gobernar con los sentimientos exaltados y unánimes es más hacedero que dirigir, después de la pelea, los pensamientos diversos, arrogantes, exóticos o ambiciosos; como los poderes arrollados en la arremetida épica zapaban, con la cautela felina de la especie y el peso de lo real, el edificio que había izado, en las comarcas burdas y singulares de nuestra América mestiza, en los pueblos de pierna desnuda y casaca de París, la bandera de los pueblos nutridos de savia gobernante en la práctica continua de la razón y de la libertad; como la constitución jerárquica de las colonias resistía la organización democrática de la República, o las capitales de corbatín dejaban en el zaguán al campo de bota-de-potro, o los redentores bibliógenos no entendieron que la revolución que triunfó con el alma de la tierra desatada a la voz del salvador, con el alma de la tierra había de gobernar, y no contra ella ni sin ella,—entró a padecer América, y padece, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico. El continente, descoyuntado durante tres siglos por un mando que negaba el derecho del hombre al ejercicio de su razón, entró, desatendiendo o desoyendo a los ignorantes que lo habían ayudado a redimirse, en un gobierno que tenía por base la razón:—la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de unos sobre la razón campestre de otros. El

problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu.

Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores. El tigre, espantado del fagonazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere, echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima. La colonia continuó viviendo en la república; y nuestra América se está salvando de sus grandes yerros,—de la soberbia de las ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicuo e impolítico de la raza aborígen,—por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república que lucha contra la colonia. El tigre espera, detrás de cada árbol, acurrucado en cada esquina. Morirá, con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos.

Pero “estos países se salvarán”, como anunció Rivadavia el argentino, el que pecó de finura en tiempos crudos: al machete no le va vaina de seda, ni en el país que se ganó con el lanzón, se puede echar al lanzón atrás, porque se enoja, y se pone en la puerta del Congreso de Iturbide “a que le hagan emperador al rubio”. Estos países se salvarán, porque, con el genio de la moderación que parece imperar, por la armonía serena de la naturaleza, en el continente de la luz, y por el influjo de la lectura crítica que ha sucedido en Europa a la lectura de tanteo y falansterio en que se empapó

la generación anterior,—le está naciendo a América, en estos tiempos reales, el hombre real.

Éramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norte-América y la montera de España. El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor, y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar sus hijos. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras. El campesino, el creador, se revolvía, ciego de indignación, contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura. Éramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza. El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga,—en desestancar al indio,—en ir haciendo lado al negro suficiente,—en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella. Nos quedó el oidor, y el general, y el letrado, y el prebendado. La juventud angélica, como de los brazos de un pulpo, echaba al Cielo, para caer con gloria estéril, la cabeza coronada de nubes. El pueblo natural, con el empuje del instinto, arrollaba, ciego del triunfo, los bastones de oro. Ni el libro europeo, ni el libro *yankee*, daban la clave del enigma hispanoamericano. Se probó el odio, y los países venían cada año a menos. Cansados del odio inútil,—de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa

o inerte,—se empieza como sin saberlo, a probar el amor. Se ponen en pie los pueblos, y se saludan. “¿Cómo somos?” Se preguntan, y unos a otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojímar un problema, no van a buscar la solución en Dantzig. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear, es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino! Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos, y adelanta con todos, muere la república. El tigre de adentro se entra por la hendidija, y el tigre de afuera. El general, sujeta en la marcha la caballería al paso de los infantes. O si deja a la zaga a los infantes, le envuelve el enemigo la caballería. Estrategia es política. Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud; pero con un solo pecho y una sola mente. ¡Bajarse hasta los infelices, y alzarlos en los brazos! ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando, por las venas la sangre natural del país! En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos. Surgen los estadistas naturales del estudio directo de la naturaleza.

Leen para aplicar, pero no para copiar. Los economistas, estudian la dificultad en sus orígenes. Los oradores, empiezan a ser sobrios. Los dramaturgos, traen los caracteres nativos a la escena. Las academias, discuten temas viables. La poesía se corta la melena zorrillezca, y cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado. La prosa, centelleante y cernida, va cargada de ideas. Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio.

De todos sus peligros se va salvando América. Sobre algunas repúblicas está durmiendo el pulpo. Otras, por la ley del equilibrio, se echan a pie a la mar, a recobrar, con prisa loca y sublime, los siglos perdidos. Otras, olvidando que Juárez paseaba en un coche de mulas, ponen coche de viento, y de cochero a una bomba de jabón: el lujo venenoso, enemigo de la libertad, pudre al hombre liviano, y abre la puerta al extranjero. Otras acendran, con el espíritu épico de la independencia amenazada, el carácter viril. Otras crían, en la guerra rapaz contra el vecino, la soldadesca que puede devorarlas. Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña. Y como los pueblos viriles, que se han hecho de sí propios, con la escopeta y la ley, aman, y solo aman, a los pueblos viriles;—como la hora del desenfreno y la ambición, de que acaso se libre, por el predominio de lo más puro de su sangre, la América del Norte, o en

que pudieran lanzarla sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista, y el interés de un caudillo hábil, no está tan cercana, aún a los ojos del más espantadizo, que no dé tiempo a la prueba de altivez, continua y discreta, con que se la pudiera encarar y desviarla;—como su decoro de república pone a la América del Norte, ante los pueblos atentos del Universo, un freno que no le ha de quitar la provocación pueril, o la arrogancia ostentosa, o la discordia parricida de nuestra América,—el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada solo con la sangre de abono que arranca a las manos la pelea con las ruinas,—y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños. El desdén del vecino formidable que no la conoce es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre, y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele, y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y

el observador cordial buscan en vano en la justicia de la naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la humanidad, el que fomenta y propaga la oposición y el odio de las razas. Pero en el amasijo de los pueblos se condensan, en la cercanía de otros pueblos diversos, caracteres peculiares y activos, de ideas y de hábitos, de ensanche y adquisición, de vanidad y de avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales pudieran, en un período de desorden interno o de precipitación del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara precederas e inferiores. Pensar es servir. Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente, porque no habla nuestro idioma, ni ve la casa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras, ni tiene en mucho a los hombres biliosos y trigueños, ni mira caritativo, desde su eminencia aún mal segura, a los que, con menos favor de la historia, suben a tramos heroicos la vía de las repúblicas: ni se han de esconder los datos patentes del problema que puede resolverse, para la paz de los siglos, con el estudio oportuno,—y la unión tácita y urgente del alma continental. ¡Porque ya suena el himno unánime; la generación real lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en

el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!

La Revista Ilustrada de Nueva York, 1ro. de enero de 1891.

El Partido Liberal, México, 30 de enero de 1891.

Tomado de José Martí: *Nuestra América. Edición crítica*, investigación, presentación y notas de Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2010.

Madre América

Señoras y señores:

A penas acierta el pensamiento, a la vez trémulo y desbordado, a poner, en la brevedad que le manda la discreción, el júbilo que nos rebosa de las almas en esta noche memorable. ¿Qué puede decir el hijo preso, que vuelve a ver a su madre por entre las rejas de su prisión? Hablar es poco, y es casi imposible, más por el íntimo y desordenado contento, por la muchedumbre de recuerdos, de esperanzas y de temores, que por la certeza de no poder darles expresión digna. Indócil y mal enfrenada ha de brotar la palabra de quien, al ver en torno suyo, en la persona de sus delegados ilustres, los pueblos que amamos con pasión religiosa; al ver cómo, por mandato de secreta voz, los hombres se han puesto como más altos para recibirlos, y las mujeres como más bellas; al ver el aire tétrico y plomizo animado como de sombras, sombras de águilas que echan a volar, de cabezas que pasan moviendo el penacho consejero, de tierras que imploran, pálidas y acuchilladas, sin fuerzas para sacarse el puñal del corazón, del guerrero magnánimo del Norte, que da su mano de admirador, desde el pórtico de Mount Vernon, al héroe volcánico del Sur, intenta en vano recoger, como

quien se envuelve en una bandera, el tumulto de sentimientos que se le agolpa al pecho, y solo halla estrofas inacordes y odas indómitas para celebrar, en la casa de nuestra América, la visita de la madre ausente,—para decirle, en nombre de hombres y de mujeres, que el corazón no puede tener mejor empleo que darse, todo, a los mensajeros de los pueblos americanos. ¿Cómo podremos pagar a nuestros huéspedes ilustres esta hora de consuelo? ¿A qué hemos de esconder, con la falsía de la ceremonia, lo que se nos está viendo en los rostros? Pongan otros florones y cascabeles y franjas de oro a sus retóricas; nosotros tenemos esta noche la elocuencia de la Biblia, que es la que mana, inquieta y regocijada como el arroyo natural, de la abundancia del corazón. ¿Quién de nosotros ha de negar, en esta noche en que no se miente, que por muchas raíces que tengan en esta tierra de libre hospedaje nuestra fe, o nuestros afectos, o nuestros hábitos, o nuestros negocios, por tibia que nos haya puesto el alma la magia infiel del hielo, hemos sentido, desde que supimos que estos huéspedes nobles nos venían a ver, como que en nuestras casas había más claridad, como que andábamos a paso más vivo, como que éramos más jóvenes y generosos, como que nuestras ganancias eran mayores y seguras, como que en el vaso seco volvía a nacer flor? Y si nuestras mujeres quieren decirnos la verdad, ¿no nos dicen, no nos están diciendo con sus ojos leales, que nunca pisaron más contentos la nieve ciertos pies de hadas; que algo que dormía en el corazón, en la ceguera de la tierra extraña, se ha despertado de repente; que un canario alegre ha andado estos días entrando y saliendo

por las ventanas, sin temor al frío, con cintas y lazos en el pico, yendo y viniendo sin cesar, porque para esta fiesta de nuestra América ninguna flor parecía bastante fina y primorosa? Esta es la verdad. A unos nos ha echado aquí la tormenta; a otros, la leyenda; a otros, el comercio; a otros, la determinación de escribir, en una tierra que no es libre todavía, la última estrofa del poema de 1810; a otros les mandan vivir aquí, como su grato imperio, dos ojos azules. Pero por grande que esta tierra sea, y por ungida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo ni nos lo pueda tener a mal, es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez.

De lo más vehemente de la libertad nació en días apostólicos la América del Norte. No querían los hombres nuevos, coronados de luz, inclinar ante ninguna otra su corona. De todas partes, al ímpetu de la frente, saltaba hecho pedazos, en las naciones nacidas de la agrupación de pueblos pequeños, el yugo de la razón humana, envilecida en los imperios creados a punta de lanza, o de diplomacia, por la gran república que se alocó con el poder; nacieron los derechos modernos de las comarcas pequeñas y autóctonas; que habían elaborado en el combate continuo su carácter libre, y preferían las cuevas independientes a la prosperidad servil. A fundar la república le dijo al rey que venía, uno que no se le quitaba el sombrero y le decía de tú. Con mujeres y con hijos se fían al mar, y sobre la mesa de roble del camarín fundan su comunidad, los cuarenta y uno de la “Flor de

Mayo”. Cargan mosquetes, para defender las siembras; el trigo que comen, lo aran; suelo sin tiranos es lo que buscan, para el alma sin tiranos. Viene, de fieltro y blusón, el puritano intolerante e integérrimo, que odia el lujo, porque por él prevarican los hombres; viene el cuáquero, de calzas y chupa, y con los árboles que derriba, levanta la escuela; viene el católico, perseguido por su fe, y funda un Estado donde no se puede perseguir por su fe a nadie; viene el caballero, de fusta y sombrero de plumas, y su mismo hábito de mandar esclavos le da altivez de rey para defender su libertad. Alguno trae en su barco una negrada que vender, o un fanático que quema a las brujas, o un gobernador que no quiere oír hablar de escuelas; lo que los barcos traen es gente de universidad y de letras, suecos místicos, alemanes fervientes, hugonotes francos, escoceses altivos, bátavos económicos; traen arados, semillas, telares, arpas, salmos, libros. En la casa hecha por sus manos vivían, señores y siervos de sí propio; y de la fatiga de bregar con la naturaleza se consolaba el colono valeroso al ver venir, de delantal y cofia, a la anciana del hogar, con la bendición en los ojos, y en la mano la bandeja de los dulces caseros, mientras una hija abría el libro de los himnos, y preludiaba otra en el salterio o en el clavicordio. La escuela era de memoria y azotes; pero el ir a ella por la nieve era la escuela mejor. Y cuando, de cara al viento, iban de dos en dos por los caminos, ellos de cuero y escopeta, ellas de bayeta y devocionario, a oír iban al reverendo nuevo, que le negaba al gobernador el poder en las cosas privadas de la religión; iban a elegir sus jueces, o a residenciarlos. De afuera no venía la

casta inmunda. La autoridad era de todos, y la daban a quien se la querían dar. Sus ediles elegían, y sus gobernadores. Si le pesaba al gobernador convocar el conejo, por sobre él lo convocaban los “hombres libres”. Allá, por los bosques, el aventurero taciturno caza hombres y lobos, y no duerme bien sino cuando tiene de almohada un tronco recién caído o un indio muerto. Y en las mansiones solariegas del Sur todo es minué y bujías, y coro de negros cuando viene el coche del señor, y copa de plata para el buen Madera. Pero no había acto de la vida que no fuera pábulo de la libertad en las colonias republicanas que, más que cartas reales, recibieron del rey certificados de independencia. Y cuando el inglés, por darla de amo, les impone un tributo que ellas no se quieren imponer, el guante que le echaron al rostro las colonias fue el que el inglés mismo había puesto en sus manos. A su héroe, le traen el caballo a la puerta. El pueblo que luego había de negarse a ayudar, acepta ayuda. La libertad que triunfa es como él, señorial y sectaria, de puño de encaje y de dosel de terciopelo, más de la localidad que de la humanidad, una libertad que bambolea, egoísta e injusta, sobre los hombros de una raza esclava, que antes de un siglo echa en tierra las andas de una sacudida; ¡y surge, con un hacha en la mano, el leñador de ojos piadosos, entre el estruendo y el polvo que levantan al caer las cadenas de un millón de hombres emancipados! Por entre los cimientos desencajados en la estupenda convulsión se pasea, codiciosa y soberbia, la victoria; reaparecen, acentuados por la guerra, los factores que constituyeron la nación; y junto al cadáver del caballero, muerto sobre sus esclavos, luchan por

el predominio en la república, y en el universo, el peregrino que no consentía señor sobre él, ni criado bajo él, ni más conquistas que la que hace el grano en la tierra y el amor en los corazones,—y el aventurero sagaz y rapante, hecho a adquirir y adelantar en la selva, sin más ley que su deseo, ni más límite que el de su brazo, compañero solitario y temible del leopardo y el águila.

Y ¿cómo no recordar, para gloria de los que han sabido vencer a pesar de ellos, los orígenes confusos, y manchados de sangre, de nuestra América, aunque al recuerdo leal, y hoy más que nunca necesario, le pueda poner la tacha de vejez inoportuna aquel a quien la luz de nuestra gloria, de la gloria de nuestra independencia, estorbase para el oficio de comprometerla o rebajarla? Del arado nació la América del Norte, y la Española del perro de presa. Una guerra fanática sacó de la poesía de sus palacios aéreos al moro debilitado en la riqueza, y la soldadesca sobrante, criada con el vino crudo y el odio a los herejes, se echó, de coraza y arcabuz, sobre el indio de peto de algodón. Llenos venían los barcos de caballeros de media loriga, de segundones desheredados, de alféreces rebeldes, de licenciados y clérigos hambrones. Traen culebrinas, rodelas, picas, quiijotes, capacetes, espaldares, yelmos, perros. Ponen la espada a los cuatro vientos, declaran la tierra del rey, y entran a saco en los templos de oro. Cortés atrae a Moctezuma al palacio que debe a su generosidad o a su prudencia, y en su propio palacio lo pone preso. La simple Anacaona convida a su fiesta a Ovando, a que viera el jardín de su país, y sus danzas alegres, y sus doncellas; y los soldados

de Ovando se sacan de debajo del disfraz las espadas, y se quedan con la tierra de Anacaona. Por entre las divisiones y celos de la gente india adelanta en América el conquistador; por entre aztecas y tlaxcaltecas llega Cortés a la canoa de Cuauhtémoc; por entre quichés y zutujiles vence Alvarado en Guatemala; por entre tunjas y bogotáes adelanta Quesada en Colombia; por entre los de Atahualpa y los de Huáscar pasa Pizarro en el Perú: en el pecho del último indio valeroso clavan, a la luz de los templos incendiados, el estandarte rojo del Santo Oficio. Las mujeres, las roban. De cantos tenía sus caminos el indio libre, y después del español no había más caminos que el que abría la vaca husmeando el pasto, o el indio que iba llorando en su treno la angustia de que se hubiesen vuelto hombres los lobos. Lo que come el encomendero, el indio lo trabaja; como flores que se quedan sin aroma, caen muertos los indios; con los indios que mueren se ciegan las minas. De los recortes de las casullas se hace rico un sacristán. De paseo van los señores; o a quemar en el brasero el estandarte del rey; o a cercenarse las cabezas por peleas de virreyes y oidores, o celos de capitanes; y al pie del estribo lleva el amo dos indios de pajes, y dos mozos de espuela. De España nombran el virrey, el regente, el cabildo. Los cabildos que hacían, los firmaban con el hierro con que herraban las vacas. El alcalde manda que no entre el gobernador en la villa, por los males que le tiene hechos a la república, y que los regidores se persignen al entrar en el cabildo, y que al indio que eche el caballo a galopar se le den veinticinco azotes. Los hijos que nacen, aprenden a leer en carteles de

toros y en décimas de salteadores. “Quimeras despreciables” les enseñan en los colegios de entes y categorías. Y cuando la muchedumbre se junta en las calles, es para ir de cola de las tarascas que llevan el pregón; o para hablar, muy quedo, de las picanterías de la tapada y el oidor; o para ir a la quema del portugués; cien picas y mosquetes van delante, y detrás los dominicos con la cruz blanca, y los grandes de vara y espadín, con la capilla bordada de hilo de oro; y en hombros los baúles de huesos, con llamas a los lados; y los culpables con la cuerda al cuello, y las culpas escritas en la coraza de la cabeza; y los contumaces con el sambenito pintado de imágenes del enemigo; y la prohombría, y el señor obispo, y el clero mayor; y en la iglesia, entre dos tronos, a la luz vívida de los cirios, el altar negro; afuera, la hoguera. Por la noche, baile. ¡El glorioso criollo cae bañado en sangre, cada vez que busca remedio a su vergüenza, sin más guía ni modelo que su honor, hoy en Caracas, mañana en Quito, luego con los comuneros del Socorro; o compra, cuerpo a cuerpo, en Cochabamba el derecho de tener regidores del país; o muere, como el admirable Antequera, profesando su fe en el cadalso del Paraguay, iluminado el rostro por la dicha; o al desfallecer al pie del Chimborazo, “exhorta a las razas a que afiancen su dignidad”. El primer criollo que le nace al español, el hijo de la Malinche, fue un rebelde. La hija de Juan de Mena, que lleva el luto de su padre, se viste, de fiesta con todas sus joyas, porque es día de honor para la humanidad, el día en que Arteaga muere! ¿Qué sucede de pronto, que el mundo se para a oír, a maravillarse, a venerar? ¡De debajo de la capucha

de Torquemada sale, ensangrentado y acero en mano, el continente redimido! Libres se declaran los pueblos todos de América a la vez. Surge Bolívar, con su cohorte de astros. Los volcanes, sacudiendo los flancos con estruendo, lo aclaman y publican. ¡A caballo, la América entera! Y resuenan en la noche, con todas las estrellas encendidas, por llanos y por montes, los cascos redentores. Hablándoles a sus indios va el clérigo de México. Con la lanza en la boca pasan la corriente desnuda los indios venezolanos. Los rotos de Chile marchan juntos, brazo en brazo, con los cholos del Perú. Con el gorro frigio del liberto van los negros cantando, detrás del estandarte azul. De poncho y bota de potro, ondeando las bolas, van, a escape de triunfo, los escuadrones de gauchos. Cabalgan, suelto el cabello, los pehuenches resucitados, voleando sobre la cabeza la chuza emplumada. Pintados de guerrear vienen tendidos sobre el cuello los araucos, con la lanza de tacuarilla coronada de plumas de colores; y al alba, cuando la luz virgen se derrama por los despeñaderos, se ve a San Martín, allá sobre la nieve, cresta del monte y corona de la revolución, que va, envuelto en su capa de batalla, cruzando los Andes. ¿Adónde va la América, y quién la junta y guía? Sola, y como un solo pueblo, se levanta. Sola pelea. Vencerá, sola.

¡Y todo ese veneno lo hemos trocado en savia! Nunca, de tanta oposición y desdicha, nació un pueblo más precoz, más generoso, más firme. Sentina fuimos, y crisol comenzamos a ser. Sobre las hidras, fundamos. Las picas de Alvarado, las hemos echado abajo con nuestros ferrocarriles. En las plazas donde se quemaba a los herejes, hemos levantado bibliotecas.

Tantas escuelas tenemos como familiares del Santo Oficio tuvimos antes. Lo que no hemos hecho, es porque no hemos tenido tiempo para hacerlo, por andar ocupados en arrancarnos de la sangre las impurezas que nos legaron nuestros padres. De las misiones, religiosas e inmorales, no quedan ya más que paredes descascaradas, por donde asoma el búho el ojo, y pasea melancólico el lagarto. Por entre las razas heladas y las ruinas de los conventos y los caballos de los bárbaros se ha abierto paso el americano nuevo, y convida a la juventud del mundo a que levante en sus campos la tienda. Ha triunfado el puñado de apóstoles. ¿Qué importa que, por llevar el libro delante de los ojos, no viéramos, al nacer como pueblos libres, que el gobierno de una tierra híbrida y original, amasada con españoles retaceros y aborígenes torvos y aterrados, más sus salpicaduras de africanos y menceyes, debía comprender, para ser natural y fecundo, los elementos todos que, en maravilloso tropel y por la política superior escrita en la Naturaleza, se levantaron a fundarla? ¿Qué importan las luchas entre la ciudad universitaria y los campos feudales? ¿Qué importa el desdén, repleto de guerras, del marqués lacayo al menestral mestizo? ¿Qué importa el duelo, sombrío y tenaz, de Antonio de Nariño y San Ignacio de Loyola? Todo lo vence, y clava cada día su pabellón más alto, nuestra América capaz e infatigable. Todo lo conquista, de sol en sol, por el poder del alma de la tierra, armoniosa y artística, creada de la música y beldad de nuestra naturaleza, que da su abundancia a nuestro corazón y a nuestra mente la serenidad y altura de sus cumbres; por el influjo secular

con que este orden y grandeza ambientes ha compensado el desorden y mezcla alevosa de nuestros orígenes; y por la libertad humanitaria y expansiva, no local, ni de raza; ni de secta, que fue a nuestras repúblicas en su hora de flor, y ha ido después, depurada y cernida, de las cabezas del orbe,—libertad que no tendrá, acaso, asiento más amplio en pueblo alguno—¡pusiera en mis labios el porvenir el fuego que marca!—que el que se les prepara en nuestras tierras sin límites para el esfuerzo honrado, la solicitud leal y la amistad sincera de los hombres.

De aquella América enconada y turbia, que brotó con las espinas en la frente y las palabras como lava, saliendo, junto con la sangre del pecho, por la mordaza mal rota, hemos venido, a pujo de brazo, a nuestra América de hoy, heroica y trabajadora a la vez, y franca y vigilante, con Bolívar de un brazo y Herbert Spencer de otro; una América sin suspicacias pueriles, ni confianzas cándidas, que convida sin miedo a la fortuna de su hogar a las razas todas, porque sabe que es la América de la defensa de Buenos Aires y de la resistencia del Callao, la América del Cerro de las Campanas y de la Nueva Troya. ¿Y preferiría a su porvenir, que es el de nivelar en la paz libre, sin codicias de lobo ni prevenciones de sacristán, los apetitos y los odios del mundo; preferiría a este oficio grandioso el de desmigajarse en las manos de sus propios hijos, o desintegrarse en vez, de unirse más, o por celos de vecindad mentir a lo que está escrito por la fauna y los astros y la Historia, o andar de zaga de quien se le ofreciese de zagal o salir por el mundo de limosnera, a que le dejen caer en

el plato la riqueza temible? ¡Solo perdura, y es para bien, la riqueza que se crea, y la libertad que se conquista, con las propias manos! No conoce a nuestra América quien eso ose temer. Rivadavia, el de la corbata siempre blanca, dijo que estos países se salvarían: y estos países se han salvado. Se ha arado en la mar. También nuestra América levanta palacios, y congrega el sobrante útil del universo oprimido; también doma la selva, y le lleva el libro y el periódico, el municipio y el ferrocarril; también nuestra América, con el Sol en la frente, surge sobre los desiertos coronada de ciudades. Y al reaparecer en esta crisis de elaboración de nuestros pueblos los elementos que lo constituyeron, el criollo independiente es el que domina y se asegura, no el indio de espuela, marcado de la fusta, que sujeta el estribo y le pone adentro el pie, para que se vea de más de alto a su señor.

Por eso vivimos aquí, orgullosos de nuestra América, para servirla y honrarla. No vivimos, no, como siervos futuros ni como aldeanos deslumbrados, sino con la determinación y la capacidad de contribuir a que se la estime por sus méritos, y se la respete por sus sacrificios; porque las mismas guerras que de pura ignorancia le echan en cara los que no la conocen, son el timbre de honor de nuestros pueblos, que no han vacilado en acelerar con el abono de su sangre el camino del progreso, y pueden ostentar en la frente sus guerras como una corona. En vano,—faltos del roce y estímulo diario de nuestras luchas y de nuestras pasiones, que nos llegan ¡a mucha distancia! del suelo donde no crecen nuestros hijos,—nos convida este país con su magnificencia, y la vida con sus tentaciones, y con sus

cobardías el corazón, a la tibieza y al olvido. ¡Donde no se olvida, y donde no hay muerte, llevamos a nuestra América, como luz y como hostia; y ni el interés corruptor, ni ciertas modas nuevas de fanatismo, podrán arrancárnosla de allí! Enseñemos el alma como es a estos mensajeros ilustres que han venido de nuestros pueblos, para que vean que la tenemos honrada y leal, y que la admiración justa y el estudio útil y sincero de lo ajeno, el estudio sin cristales de présbita ni de miope, no nos debilita el amor ardiente, salvador y santo de lo propio; ni por el bien de nuestra persona, si en la conciencia sin paz hay bien, hemos de ser traidores a lo que nos mandan hacer la naturaleza y la humanidad. Y así, cuando cada uno de ellos vuelva a las playas que acaso nunca volvamos a ver, podrá decir, contento de nuestro decoro, a la que es nuestra dueña, nuestra esperanza y nuestra guía: “¡Madre América, allí encontramos hermanos! ¡Madre América, allí tienes hijos!”

Discurso pronunciado el 19 de diciembre de 1889
en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria
Hispanoamericana a la que asistieron los delegados a la
Conferencia Internacional Americana.

OC, t. 6, pp. 133-140.

Isla de Mujeres

Crece en su playa arenosa el rastrero *hicaco*, el útil *chite*, una *uva* gomosa, fruta veraniega, semejante a la *caleta* cubana; y verdeando alegre y menudamente por el suelo, el quebrado *kutz-bósb*; que la gente pobre y enviada usa a manera de tabaco. Tuestan la yerbecilla, y la envuelven a modo de picadura en papel de estraza: hacen esto principalmente los pescadores, cuando les hostiga en la costa la necesidad de fumar.

Bordan la arena sutilísimos encajes, correcta y pulidamente trabajados en su marcha nocturna, por los caracoles y cangrejos. Es admirable la perfección y simetría de esas largas y trenzadas huellas que las numerosas patas y el ancho carapacho de los cangrejos hace[n] en la arena finísima. Le cruzan en todas direcciones, formando caprichosos dibujos: busca de noche su alimento, y así labra esta nimia belleza el pueblo cangrejuno.

¡Qué baratas las casas! Seis pesos ha costado a Mr. Le Plongeon, erudito americano, un poco hierólogo, un poco arqueólogo, locuaz y avaricioso, industrial de la ciencia, que la ha estudiado para hacer comercio de ella,—seis pesos le ha costado ese bohío de chite en forma de óvalo. Delgados mangles lo sustentan, y arena blanda lo tapiza; pencas

enlatizadas lo protegen de la lluvia, sin estorbar la entrada a la sabrosa brisa que viene de la costa, donde negrean recalando en las claras ensenadas las veloces y largas *lisetas*. Allá apunta el gallardo cementerio, cercado de piedra, vestido de limpio, sembrado de cruces, colocado, como la tumba de Chateaubriand,— en un lugar solitario de la tierra, cercano de la mar. Aquí no es posible la muerte, entre tanta mujer amable, onda transparente, rumor de cocotero y cielo puro. Mientras la muerte es más natural, es más bella. La muerte solitaria es imponente; la muerte urbana, es ridícula. Sonriente y tranquilo, limpio y blanco, he ahí en esas tumbas incorrectas el cementerio verdadero. ¡Ay de las almas si no han podido presentarse a lo Eterno revestidas de igual blancura!

En aquellas clarísimas tierras, deben oscurecerse más las manchas.—

Por aquí llaman *villano* al que ha nacido en Valladolid, a bien que este Valladolid de México es villa.

Paseaba yo esta mañana con este raro hombre que sabe de memoria a Gentil-Bernard, a Voltaire, a Boileau, a Ronsard, a Molière; que toca deliciosamente la ternísima música de Flotow; que viaja con un chaquetón y dos hamacas, con un Diccionario de Bouchirt y dos títulos de médico; con una cara rugosa y una conversación amena, con los pies casi descalzos y el bolsillo totalmente aligerado de dineros. Cuando lo veo cubierto,—no debo decir coronado,—de canas; cuando me pregunto cómo esos pies desnudos han venido a ser cimiento errante y vagabundo de un alumno de la Universidad de Montpellier; cuando leo en la miseria y descuido de esta vida,

y en esta vejez sin gloria y sin apoyo, un secreto culpable y doloroso,—pienso que, puesto que ese hombre no es un emigrado político, debe ser un emigrado de sí mismo. A esa edad no se pasea la miseria por ignotas tierras; cuando se está contento de su pasado, se habla de él; cuando no se habla de él, es porque su recuerdo pesa y avergüenza. ¡Ay! infeliz del viejo que no ha cumplido el precepto del árabe: este hombre no ha hecho un libro, no ha plantado un árbol, no ha curado un hijo. Ha visto, sin embargo, el cielo rojo del Egipto; ha recordado a Volney ante las ruinas elocuentes de otra edad; ha subido en Canarias a la meseta azufrada del Teide; reculó espantado en Orizaba ante el peligro grandioso del ferrocarril de Veracruz a México; ha pisado humildemente durante diez años la árida y destrozada tierra yucateca; hizo en Madrid la vida de estudiante de provincia, vio en Londres el cetro nuevo de 1832; y hoy ha llegado, con dos reales fuertes españoles, un violín roto y dos libros mugrientos a esta tierra de Chipre, bella y nueva, donde las chozas limpias se levantan a la sombra de los poblados cocoteros.

Oh! también la vida tiene sus miserables presidiarios! Tal vez porque lleva el alma medio muerta, huyó esta mañana ese pobre hombre de aquel alegre, invitador, sonriente, cementerio. Temí ahondar las heridas del emigrado de sí mismo, y no pude pasear a mi sabor por el pueblo de diminutas casas blancas.—Albo color, amor de mi vida.—

En este pueblo de pescadores, trazado a cordel, sin una creencia que no sea una superstición, sin una aspiración, sin un respeto, los hombres emigran o hacen contrabando; los

marineros canarios, que azotan estos mares en busca del carnudo mero, entretienen los amantes ocios de estas mujeres bondadosas, dotadas de afabilidad extrema, inteligencia natural y gran ternura. Apenas albean resplandecientes el holgado *hipil* y el *juxtán* blanco, y la saya y el rebozo han reemplazado en este pueblo mixto al traje primitivo.—A bien que es de dudar si aquí lo hubo, porque, aunque esta tierra se llama de viejo Isla de Mujeres, es lo cierto que su población es nueva; y que fue bautizado el caserío con el nombre de Pueblo de Dolores, tal vez en memoria del valeroso sacerdote que alzó enseña terrible ante el pueblo asombrado mexicano, y que sujetó a examen humano los misterios irracionales de las Vírgenes.—¿A qué acudir al cielo los místicos en demanda de oraciones? No han conocido a las mujeres de la tierra esos fantásticos pobladores de los cielos.

Aquí se pescan caguamas y tortugas, que no se venden mal en la costa de Belice. Consiste la riqueza en un cayuco danzarín, que coge y vierte sal, que lleva carey y trae maíz, y que de vez en cuando burla la vigilancia, siempre burlable, de la canoa de guerra que cura de los derechos del Fisco en estos rumbos.

Los *criados*, que son a modo de esclavos, sujetos a sus *amos*, que así les llaman aún, por los caprichosos anticipos de que estos les hacen larga cuenta, prestados sobre servicios personales,—van por marzo y abril a las costas cercanas, llevan maíz para su alimento; alzan bohío de mangle, tienden sus redes rematadas con grandes trozos de madera, y allí

esperan pacientemente, durante tres o cuatro meses, la época en que ya no prenda en sus lazos la perezosa tortuga.—

Dicen que eso es vivir; y veo que viven.—En mí, el fuego de la impaciencia, lanzaría roto mi cráneo al mes de aquella vida sin cielo de alma, sin besos de mujer, sin trabajo, sin gloria y sin amor.

En tanto van trayendo cargamentos parciales a esta linda bahía, que si bien no da alcance a buques de mucho calado, ofrece a las embarcaciones menores muy seguro y muy cómodo abrigo.

Se compra aquí con huevos; se llama al aguardiente de caña, *habanero*; se hacen frecuentemente bailes con *poninas*, contribución voluntaria que no excede nunca de cuatro reales, y en ellos, como en todas partes, se bebe abundante cantidad de vino dulce. Bailan muy muellemente, bien es que no de otra manera pueden espaciarse las naturales jovialidad y pasión de estas mujeres. Dicen que los carnavales son muy animados; no falta algún canario de bordada pantufla, calzón amahonado y camisa azul, que dando trancos por la arena, persiga al bullicioso tropel de mestizas, que más se ofrecen que esquivan, y más ríen que huyen al que las alcanza³⁶ para teñirles la mejilla de polvo de arroz de Nueva Orleans, o cascarilla meridiana, o polvo de papa de Belice.—Ni falta tampoco, allá en la plaza, una familia de Cozumel, donde un viejecillo de camisa y calzón; de tez morena y acento honrado, que llama aún *blancos* a los españoles, y viste a su mujer de largo camisón de puntas de colores, explica al viajero curioso cómo *Cozumel* se deriva de *Cuzamil*, que significa tierra de

murciélagos,—porque *Cuzáin* es murciélago.—Y si el viajero es avaricioso de noticias, y pregunta por qué Catoche se llama Catoche, el mismo viejecillo, que acaba de ofrecerle asiento en una hamaca de henequén, le dirá tal vez que como los españoles preguntasen a los indios³⁸ el nombre de aquella extraña³⁹ tierra, estos, confiados y benévolos, les dijeron: *Kox-otox*, ven a mi casa:—Ay! Y fueron!

En esa casa misma ¿por qué no se puede hacer amistad con dos airosas jóvenes, vestidas a más moderna usanza que su madre? Tienen tendida en la espalda la negra cabellera, y si en la una centellean dos grandes ojos verdes sobre la viva tez morena, en la otra dos grandes ojos negros son realzados por su⁴² fragante color blanco y encendida rosa de sus mejillas. El seno les reluce; seno de Ceres y Pomona, el traje de traidora muselina; y la redonda juventud campea en los abiertos hombros y arrogante cuello, orlado por cadena larga de oro, que baja hasta la cintura delicada. Y son pobres mujeres tabaqueras. Ellas hablan del buniato importado de Cuba, más dulce y más grande que el camote; hablan de la naranja refrescante, del masudo plátano; de la variada *milpa*, que así llaman la hacienda cozumeleña; de la guanábana aromosa, de la negra tierra, fácil para el cultivo del tabaco, del café, de la caña,—que todo esto, en abundancia y confusión pasmosa, produce la Isla dócil.—

Es tierra, sin embargo, miserable; sus hijos no han sabido aprovechar tan raras ventajas, tan productivo suelo, tan amable clima, y, sin comercio, sin tráfico siquiera, sin estímulo, sin necesidades, sin empleo, la raquítica población amengua, y

los naturales del país, que en él han llegado a avanzada edad, emigran.—La Isla de Mujeres, dotada de mejor bahía, está al menos segura de que no faltará un viajero sediento que contemple gustoso cómo trepa por el tronco resbaladizo el indio armado de cuchillo que va a arrancar al cocotero su pesado y abastecido racimo verde.—

De vez en cuando, cuéntase, sentado el auditorio en taburetes de madera, o en incómodos sillones de ancho espaldar y corto y corvo asiento, a medias sofocados los oyentes por el olor del aceite de caguama, luz aquí de acomodados y de pobres;—cuéntase cómo, frente a Cozumel, los indios, más que bárbaros, tímidos del trato rudo de los blancos, ocupan y hacen inaccesible la antigua ciudad histórica de Tulum cuyas ruinas no ceden en importancia a las de Chichen Itzá en Uxmal.

En un bohío cercano el ama de la casa, en cuyo hipil resalta la labrada tira roja sobre el lienzo aseado, señala un trozo de madera, donde grabado en letras doradas, se lee un nombre inglés, que, suspendido sobre la puerta del único cuarto de la casa, es en ella la prenda más valiosa, y con asentimiento de la única indígena con canas que ven los curiosos en el pueblo, y con gran asombro de los pequeñuelos que revuelven con los piecillos descalzos el suelo de arena, relátase allí cómo naufragó un *barco grande de tres cubiertas lleno de americanos y madamas que no se sabe dónde fueron*; y cómo, entristecida la familia de un vecino porque han llevado al hijo de la casa a ser soldado, han recibido noticia de que el bravo Kem, jefe de

una tribu alzada, que es un tanto su tío o menos pariente, se promete librarlo de entre la turba de cartucheras y chacó.—

Y como en comenzando a contar historias va llegando la madrugada sabrosamente y sin sentir cata que ya la luna está en lo alto del cielo, y brillan como plata las arenosas calles, y se oye el mugir recio del mar un tanto airado, cuando, avisada la concurrencia por el sueño que se entra y el ruido que se va de la alzada hora, desdobra la dueña del bohío la hamaca, a tiempo que entra a solicitar alojamiento un indio de Holbox, que viene con su cesta al hombro y su bolsa de maíz a la cintura, bolsa y maíz que despiertan los apetitos de los chicuelos que resguardan del aire frío con sus rebozos, a la par que las mozas y mayores reparan en cierto isleño calavera que sale, medio a hurtadillas, de una casa que cierra su puerta con presteza, sin pensar que la malicia adivina tras la madera la mano complaciente de alguna fácil amadora, que no faltan ciertamente por la Isla.—

Oh! las hijas sin padre, los padres que abandonan, y los desventurados pueblos sin sentido moral, sin concepto de honradez y sin criterio.

Asoma luego el día, se abre la puerta de la casa, salta de la hamaca, sorprendido por el sol, el huésped retrasado, tiende la hotelera, gruesa y alunarada, un limpio mantel sobre la mesa de amarillo pino, y a ella se acoda el huésped; que humea en ella una taza de chocolate, preparada a sus propios ojos con frescos y gruesos granos de cacao. Luego el desayuno, examinando los bordados de hilos de colores que adornan

el mantel, y cuando la revoltosa criatura que ayuda al ama en sus quehaceres, le trae para asear manos y labios ancha jícara con agua, queda el viajero sonriente, viendo cómo le dan para enjugarse un espacioso pañuelo, en cada uno de cuyos lados hay un verso bordado en letras negras, que expresan casi siempre un pensamiento amoroso, revelado a medias por inocentes jeroglíficos,—¹

[Marzo de 1877]

OCEC, t. 5, pp. 40-46.

¹ Aquí se interrumpe el manuscrito. [Nota de *OCEC*]

Reflexiones*

DESTINADAS A PRECEDER
a LOS INFORMES TRAÍDOS
POR LOS JEFES POLÍTICOS
A LAS CONFERENCIAS DE MAYO

[Fragmentos]

Entre estos documentos, algunos, como el de Chiquimula, son descripciones concienzudas, amenas y correctas; otros, como el de la Alta Verapaz, nos revelan mágicas riquezas; esmaltan a otros, como el de Huehuetenango, atinadas y graves reflexiones; otros, como el de Amatitlán, son fervientes aspiraciones al progreso. Pero, de todos ellos resulta que los funcionarios que dirigen las antes dormidas fuerzas del país, obran activamente guiados por un común y noble pensamiento.—Revolucionarios útiles, comprenden que las revoluciones son estériles cuando no se firman con la pluma en las escuelas y con el arado en los

* Se omite el año que en *OC* (t. 7, p. 161) se le atribuye, “1878”, por resultar dudoso a causa de las siguientes razones: según el decreto del ministro de Gobernación de Guatemala, de 17 de octubre de 1876, los jefes políticos de los distintos departamentos del país debían presentar el 1ro de mayo de cada año sus informes acerca de las reformas propuestas por el gobierno de Barrios. Del trabajo de Martí se infiere que estas “Reflexiones” precederían a los informes “que se han traído a las conferencias de este año”. No parece

campos. Y benévolo y humano, en vez de desdeñar la pobre raza tanto tiempo azotada y olvidada, no la relegan a las selvas, ni abruman sus espaldas con cargas ominosas, sino procuran infundirles, concediéndosela, y llamándolos con avidez, la libre personalidad de que carecen.—La mejor revolución será aquella que se haga en el ánimo terco y tradicionalista de los indios. [...]

La instrucción acaba lo que la agricultura empieza. La agricultura es imperfecta sin el auxilio de la instrucción. La instrucción da medios para conocer el cultivo, acrecerlo, perfeccionarlo; prepara un fuerte régimen político, totalmente imposible sin ella, porque el régimen de las voluntades no puede existir allí donde las voluntades no existen: y no existen útilmente, en tanto que no existen inteligentemente. La instrucción, abriendo a los hombres vastos caminos desconocidos, les inspira el deseo de entrar por ellos. ¿Cómo se podrá elegir el mejor arado, si no se conocen las diversas clases de arado? ¿Cómo se podrá reformar la tierra, si no se conoce la naturaleza de la tierra? ¿Cómo se podrá reclamar un derecho si no se sabe definir su esencia? ¿Cómo se podrá

probable que dicho texto, tan favorable a la gestión gubernativa de Barrios, se escribiera hacia abril de 1878, cuando ya las opiniones de Martí acerca del primer mandatario de Guatemala, según se comprueba en varias cartas a Mercado, habían cambiado radicalmente. // Más probable parece que pertenezca a 1877, el año en que escribió la carta a Joaquín Macal y “Los Códigos nuevos”. Es cierto que David Vela, en su libro *Martí en Guatemala* (La Habana, 1953), afirma que en 1878 le fue ofrecida a Martí una cátedra de Ciencia de la Legislación, dato que pudiera relacionarse con estas “Reflexiones”, pero el mismo Vela afirma que no aceptó ese ofrecimiento porque ya tenía pensado abandonar el país. [Nota de OCEC]

hacer todo esto, y sentirse hombre y decirse que se lo es, si no se sabe leer y escribir? Nada garantiza tanto los sentimientos liberales del Gobierno actual, como la prisa que demuestra por difundir la instrucción. No teme a los gobernados quien les enseña la manera de gobernar bien.

A estas dos, únese una tercera cuestión importantísima. La raza indígena. Muy difícil problema, que demasiado lentamente se resuelve; sobre el que se echan con descuido los ojos, cuando el bienestar de todos los que en esta tierra viven, de él depende. Estos informes confirman lo que de los indígenas se sabe. Son retraídos, tercos, huraños, apegados a sus tradiciones, amigos de sus propiedades, enemigos de todo Estado que cambie sus costumbres. Pero estos mismos defectos, estudiados en su origen, acusan las inapreciables cualidades de los indios. Dedúcese de ellos que son constantes, leales, firmes y severos; que aman profundamente; que rechazan fieramente lo que no creen bueno. ¿Qué no podría hacerse, cuando logremos atraernos a hombres que tienen tales dotes? ¿Cuándo la fidelidad, la lealtad y la constancia fueron en raza alguna, malas condiciones? Si hoy las emplean en rechazar toda mejora, es porque los hombres que pretenden llevar las reformas a sus pueblos, son los mismos que en otro tiempo, de generación en generación, los han venido engañando, castigando y burlando; los que aparecen a sus ojos como los hurtadores de sus propiedades, como los seductores de sus mujeres, como los profanadores de sus ritos, como los iconoclastas de su religión. Intereses malévolos los mantienen en estas condiciones. ¿Qué medios habría para

torcer estas hostiles voluntades, para hacernos amigos de los que con razón harta, nos han tenido siempre como sus enemigos implacables? Hacernos amar de aquellos de que nos hemos hecho odiar. Inculcar a los ladinos conmiseración y apego a los indígenas. Probarles con actos repetidos que se trata de su bien. No puede deshacerse en pocos años el hondo mal en muchos años hecho. Pero cuando con inteligencia y decisión se realice esta obra; cuando con incansable amor se cumpla; cuando trayéndolos a los pueblos los invitemos a los honestos goces de la vida comunal, cuando en vez de inspirarles recelo, les inspiremos con nuestra ternura para ellos, ternura y confianza, los indios industriosos, leales, artistas, ágiles y fuertes, serán el más potente apoyo de la civilización de que son hoy la más pesada rémora.

Nótase a este propósito en los informes un dato que es de justicia señalar. Nótase tacto en el Supremo Gobierno para ir consiguiendo de los pueblos por la persuasión, el convencimiento y la dulzura, el progreso que gobernantes menos avisados hubiesen pretendido lograr por disposiciones acres y perentorias; con lo cual en vez de conseguirlo lo hubieran retardado y malogrado.

Muy difícil es el problema y mucha constancia, benevolencia y unánime prudencia necesita. Los ladinos han menester en esto tanta predicación como los indios. Debe aconsejárseles suavidad y calma:—y que, para asegurar mejor sus intereses, los sepan por algún tiempo contener. De las aptitudes de los indios, solo el que los hubiera estudiado ligeramente dudaría.

Bien es verdad que, con acento amargo, se quejan de ellos los jefes políticos de Guatemala, Amatitlán y Huehuetenango, pero en estos informes mismos se lee cómo van ya cediendo los indios de Jalapa; cómo los de la Alta Verapaz viven en buenos pueblos, y cómo los mismos fieros indígenas de Olapa, en medio de sus rudos hábitos, revelan los conocimientos que ya tienen, y las cualidades de inteligencia y trabajo que en ellos se podrían utilizar. Educados los indios, crecería, con el buen acuerdo en el reparto de las tierras, el área cultivada; reunidos los esfuerzos individuales, aumentarían en importancia las poblaciones; y no habría que volver con tanta ansiedad los ojos a tierras extranjeras, en demanda de brazos y aptitudes, que con habilidad y blandura podríamos conseguir en nuestras tierras.

OCEC, t. 5, pp. 98-101.

Poesía dramática americana

Salvador Falla, el joven pensador, ha dicho muy bien: sobre todo lo humano, flota como esencia, augurio y perfume lo que el hombre tiene de artista y de poeta, que es lo que tiene de divino. Muerta es Cartago, y nadie va a llorar sobre las plazas antipáticas de aquel difunto pueblo mercader. Muerta es la vieja Grecia, y todavía colora nuestros sueños juveniles, calienta nuestra literatura, y nos cría a sus pechos, madre inmensa, la hermosa Grecia artística. Con la miel de aquella vida nos unguimos los labios aún todos los hombres. Por eso affige tanto ver en Union Square la estatua mezquinísima de Lincoln. Una estatua vive mucho más que una batalla: más que las Decretales de Augusto, vivirán las humillantes, pero sublimes quejas del perseguido Ovidio. Ovidio fue débil, y aduló a Tiberio; fue débil como Mickiewickz, el gran apóstata polaco; pero sobre su tumba desconocida se pasearon ansiosos los dedos de una reina, una mano de mujer apartó el musgo impío que cubría el nombre grandioso, y la emperatriz Catalina lloró sobre el poeta ¡gran fortuna esta de ser llorado por mujeres! ¿Quién llorará sobre la tumba del pensativo de Fontainebleau, del azotador de los flamencos, del cruel enemigo de Vercingetorix?

Salvador Falla ha tenido razón. La imaginación salva y pierde a los pueblos; pero así como los pierde, así los salva. Lleva al exceso de las artes, a la corrupción, a la molicie; pero también lleva a la inmortalidad, a la universal admiración, al perpetuo imperio. Un pueblo no debe ser excesivamente literario, sobre todo en los tiempos fabriles y mercantiles que corremos, pero debe ser un poco literario. Mi maestro Rafael Mendive ha dicho que por el dolor se entra a la vida: por la poesía se sale de ella. Se olvidan las culebras, y se piensa en las águilas y los leones. ¡Qué suaves lágrimas se asoman a los ojos después de haber leído buenos versos! Y ¡cómo piensa en Dios el que leyó, con hondo ánimo, la *Aurora* de Krasinski!

Aquí, en mi madre América, la hermosura besa en la mejilla a cada mujer que nace, la poesía besa en el corazón a cada hombre. El indómito gaucho canta su rencoroso *cielito*; el *tapatío* mexicano, su pintoresco *jarabe*, su *punto* enamorado, el guajiro de Cuba. Y más que las sombrías arboledas europeas, que abre a la caza el clásico día de San Huberto, hablan al alma las selvas-bravas, junto al río; los palmares tupidos, junto al monte. La fantasía, virgen desnuda, tiene en América el casto seno hinchado.

Todo se escribe en verso en nuestras tierras: todos los héroes tienen cantores; todas las campañas, Tirteo; todos los amores, expresiones rítmicas. En castizo, como Bello y Mera; en español francés, como Lozano, laméntanse en inmortales versos las rebeldes agitaciones del espíritu, las heroicas grandezas de la patria, los consuelos y agravios del amor. Y cómo no, por donde el Cauca corre, donde las limeñas

miran, donde el café hierve, donde el Tequendama aterra, donde—león de agua en cauce estrecho—se desata potente el Amazonas? ¿Cómo no, donde en Orizaba asfixia el vivo aroma de azahares, en Tehuantepec cubren la margen de los ríos los frutos de naranjos encendidos? ¿Cómo no, en estos lugares de imponderables maravillas, donde, en el hondo valle el labrador siega la caña, sobre el valle hondo extiéndense las nubes, revueltísimos senos de colores, y sobre el cielo de iris y violeta, cruza, como yo he cruzado, vibrante, triunfador, altivo, audaz ferrocarril? ¿Cómo no, donde no se conocen más rivales, que aquellos graves bosques, imponentes y misteriosos como ancianos, en que viven los místicos sacerdotes de Himalaya, que rodean los claustros budistas del Tíbet ?

Pero yo no quiero hablar de esta fácil poesía de la naturaleza, cristal matizado que refleja los inagotables cambiantes de nuestras soberanas perspectivas; ni de la tierna poesía íntima; ni del período de imitación, que en literatura como en todo, todos los hombres y los pueblos sufren; ni de la alta poesía épica por Julio Arboleda, en *Gonzalo de Oyón* tan bien hallada. Hojeando cronicones, desempolvando manuscritos, reanimando cuentos, admirando héroes incógnitos, recogiendo muy tristes leyendas la poesía dramática, con todos sus contrastes, con el fragor de su combate interno, con su potencia resucitadora, con su inolvidable manera de inculcar, con sus versos ardientes, con sus héroes vivos, con sus mujeres enamoradas, con sus lecciones suaves, con su arreo brillantísimo, abraza tiernamente al dormido escritor americano, le sonrío como al gallardo

monarca de Atitlán debió sonreír Ixcunsocil, y, como desdeñada amante que ama, le pregunta:

“¿Por qué, mi amante estéril, vives puerilmente de las hojas de las rosas y de las aguas de los ríos? ¿por qué perezosamente cantas los devaneos comunes de tu espíritu? Veme aquí, con mi cortejo histórico y fantástico. Ni la sierra de Puebla guarda más esmeraldas que yo glorias, ni el cielo del Pacífico más horizonte podría ofrecer que yo”.

“¡Yo traigo conmigo conquistadores legendarios, tenaces conquistados, indias de oro, indios de hierro, rencores de raza, infortunios inmensos, fuertes cuerpos quemados en los valles, tiernas almas burladas y vendidas, plumas de Cuauhtemoczín, cascos de Hernán Cortés, lágrimas de Marina, crueldades de Alvarado!”.

“¡Yo traigo aquí conmigo no contados cuentos, no descritas guerras, no pintados caracteres, no revelados lánguidos amores!”.

“Yo también tengo, como los moros de la Aljafería, como los jardineros de la Alhambra, mis lindas cautivas, mis rudos herejes, mis doncellas heridas de amores, mis historias de maravillas increíbles, de misteriosas fugas, de mágicos rescates. Tengo bajo el cielo vasto un mundo nuevo. Tengo en cuatro siglos dos epopeyas no trovadas, más héroes que hojas verdes la costa del Atlántico, más lágrimas que corales tiene Honduras, minas México y perlas el rumuroso río Guayabo. ¡Amante perezoso, ven a mí!”.

También la poesía dramática tiene razón. Si los galanes de apretado embozo, y las dueñas de oscuro manto, menos que

el alma oscuro, y las ingeniosas y cultas damas dieron a Lope y a sus émulos, tipos eternos para el teatro original, simpático y caballeresco que dura en España todavía; si aún visten los actores la túnica de Coriolano, ciñen el casco de Germánico y pasean las águilas de Roma; si los gastados tipos sacros alimentan aún los místicos teatros alemanes ¡qué vigorosa escena, asombro y alimento de los siglos, no podría surgir de los riquísimos veneros de inspiración que casi intactos guarda la historia de la larga infancia y trabajosa juventud de América! ¡Qué terribles tragedias, con nuevos e históricos resortes! ¡Qué exposición de caracteres, sencillamente heroicos, por lo que son más heroicos! ¡Qué animados idilios, ardientes cuentos trigueños, a manera de los europeos color de rosa! ¡Cuánto amor contrariado, y crimen cometido, y patria y familia puestas en lucha, y amores de mujer vencidos por el amor riesgoso de la patria, no darían savia permanente al teatro nuevo, que calentaría, puesto que América está destinada a vivificarlo y calentarle todo, la fatigada fantasía europea!

Y aquí, en el reino de Utatlán, donde Socoleo luchó, donde Uspantán asombró, donde los audaces Mames¹ pusieron espanto tantas veces en las osadas filas de Castilla, ¡cuán fácil fuera al ánimo patriótico volver al mundo de la vida los ignorados bravos que bajo el casco del corcel o el látigo

¹ Tribu que residía en Guatemala y cuya lengua se extendió por Soconusco. Sus miembros fueron sometidos por los aztecas. Su capital estuvo en Qulahá, y los quichés, al conquistarla, la llamaron Salahun Quieh. Fueron dominados en 1525 por Pedro de Alvarado, tras dura lucha. [Nota de OCEC]

implacable del rubio Gonzalo, murieron tristemente! ¿Qué hacen en sus tumbas Ricab el animoso, Acxopil el prudente, Jiutemal el tenaz, Acxicuat avariento? ¿Dónde son idas la voz de los Ahaos, la respetada voz de los Calpules, aquellos cánticos de Xelahub, aquellas arengas de Tecún-Umán? Chignavitcolut no tiene poeta! Ni Sinacam, ni Sequechul tienen honradores.

Hubo adivinos y sacerdotes, herejes y cristianos, mansos y rebeldes, valientes y cobardes, jinetes de corcel y cazadores de venados, grandes pasiones primitivas y grandes pasiones corrompidas, todo un pasmoso teatro!

No está inculto este campo fertilísimo, ni desierta la escena americana. En confusa reunión, como es lo justo en todo pueblo espiritualmente formado por tantas contradictorias reminiscencias, impaciencias, grandezas, pequeñeces y lecturas, han brotado de los laúdes colombianos altos dramas antiguos, líricas leyendas dialogadas, políticas y satíricas comedias, retrato y castigo de los defectos salientes de la época. Famoso nombre alcanzan las vivaces comedias de Segura, los dramas apasionados de Salaverry, las románticas figuras de Corpancho, los líricos entusiasmos de José Mármol, aquel que se murió pidiendo vida! Visible es en las modernas tablas castellanas la ática savia que Ventura de la Vega,— si allá educado, aquí nacido, a nuestro sol que enciende, crea e imprime,—infundió al renaciente teatro español, por Lope dado a vida, por Calderón levantadísimo, por el americano Alarcón más idealista, y elegante por otro americano, Vega mismo. Madrid sancionó, con fraternal aplauso, las calientes concepciones de García de Quevedo, el elevado; Santo Domingo ostenta con orgullo a *Anacaona*, drama vengador; a

Tilema, el drama de la restauración dominicana. El autor de *Celiar* dio su color vivísimo a un drama hermoso; y con estos ¡cuánta obra brillante aquí no citada, porque pudiera parecer muestra de dramografía empalagosa! ¡Qué poéticas creaciones de Calderón el mexicano, de Gorostiza, el enmudecido; de Milanés, el poeta puro; de Heredia, el poeta Píndaro; de Urzáis, el cubano humilde; de Acha, el dramático político; de Peón Contreras, mi amigo muy querido, el que todo lo hace bueno y tanto hace, el que vierte dramas como *Zorrilla* y *Grilo perlas*, el que habla al fin de la *Noche Triste* y del *Teocalli*, el que escribe como *Bretón* y *Echegaray*, con menos sales que aquel y más ternura que este, el yucateco infatigable, nuestro *Lope de Vega americano*!

¡Cruzada de unión y de resurrección! ¡trátense y familiarícense todos los poetas de nuestras tierras! ¡Surjan y revivan en la América entera, en esta misma hermosa Guatemala, teatro en otro tiempo de tan hidalga rebeldía y dura conquista, la matrona tranquila de ceñidor azul y azul corona, la de manto de mares poderosos; surjan y revivan los olvidados elementos de que por la riqueza y nuevo color de los lugares, por los inagotables asuntos históricos, por la frescura y originalidad de las pasiones, por la épica sencillez de caracteres, por el continentalismo inevitable de que todo esto ha de revestir a nuestros dramas, está llamado a ser, en rítmica poesía o cadencioso verso, un imponente teatro nacional!

JOSÉ MARTÍ

El Porvenir, Guatemala, 25 de febrero de 1878.

OCEC, t. 5, pp. 224-229.

Patria y libertad.
*(Drama indio)**

Poema dramático original de José Martí y Pérez.—

Reparto :¹

DOÑA CASTA DE LEÓN	COANA
DOÑA FE, DUEÑA	LA CAMARISTA
INDIANA — AMÉRICA	MARTINO — BARRUNDIA
DON PEDRO	EL SACERDOTE, PADRE ANTONIO
PEDRO	EL INDIO
UN REVOLUCIONARIO	UN NOBLE
EL SACRISTÁN	
INDÍGENAS, MESTIZOS, SOLDADOS ESPAÑOLES, HOMBRES Y MUJERES DEL PUEBLO.	

La acción en Guatemala, años de 1823-1833.

* Precedida de una portadilla manuscrita sin firma que dice “Patria y Libertad. Drama Indio escrito por el Apóstol Martí, durante su exilio en Guatemala y cuyo borrador fue conservado y archivado por Don Antonio Bartres sic], de Guatemala, y cuya copia fue obsequiada en septbre. De 1924 a G. M. Béjar”. Es la única versión completa que se conserva del drama. [Nota de OCEC]

¹ A todas luces, este reparto no parece haber sido escrito por Martí. [Nota de OCEC]

ACTO PRIMERO

Calle o plaza colonial, en la antigua Ciudad de Guatemala. Transeúntes, indígenas y soldados..

Escena I

Indiana y Coana, que salen de la iglesia.

INDIANA Refiéreme otra vez la bella historia
De cuando descubrieron nuestra América.

COANA Eran nuestros abuelos unos hombres
De tez cobriza y alma noble y buena,
Cuando llegaron los conquistadores
De blanca piel y de ambiciones fieras.
Echaron el dogal a nuestros cuellos,
Nos impusieron la servil cadena,
Y nuestras ricas tierras, ayer libres,
Por causa suya son esclavas tierras.

INDIANA Pero dice Martino que algún día
Él ha de ver a nuestra patria bella,
Libre y sin opresión.

COANA Él lo ha jurado,
Y permanece fiel a su promesa
De no hacerme su esposa, niña Indiana,
Hasta lograr la patria independencia.
Pues él, como el quetzal, al enjaularlo,
Muere en la jaula, de dolor y pena.
Martino ansía la muerte una y mil veces
A esclavo ser, sin patria ni bandera.

INDIANA Ya terminó la misa, Coana,
Y las damas de honor aquí se acercan.

Escena II

Doña Fe, la Camarista y acompañamiento, que salen de misa.

DOÑA FE Ya cumplimos con Dios:—La santa misa
Hemos oído con unción sincera.
El Señor desde el cielo nos bendice
Y oye las preces de sus pobres siervas.

LA CAMARISTA Mi señora, la noble doña Casta,
Terminada la misa, hacia aquí llega.
(Enérgica, a las indias:)
Retiraos: que se acerca mi señora
Y no quiere encontrar gente plebeya.
¡Retiraos!

INDIANA Y por qué? La calle es libre.—
Y, esta calle, lo es de nuestra tierra.
Que aunque nosotras somos de la plebe
Y doña Casta es de la nobleza,
Nosotras somos hijas de este suelo
Y ella es nada más que una extranjera.

Escena III

Doña Casta sale de la iglesia, seguida del padre Antonio, de la Compañía de Jesús, y de nobles y caballeros, que la siguen

DOÑA FE India insolente!

DOÑA CASTA ¿Qué os sucede, amigas?

- LA CAMARISTA Estas indias, señora, que altaneras,
Con frases injuriosas y agresivas,
Nos insultan y ofenden y nos vejan.
- DOÑA FE Y, además, contra España, mi señora,
Lanzan frases procaces y blasfemias.
- DOÑA CASTA ¿Cómo así os atrevéis, indias malditas,
A insultar nuestros fueros de grandeza?
¿Olvidáis que entre ambas, yo y vosotras,
Existen gran distancia y diferencia?
Mas, ya caigo, ¿eres tú, la india rebelde,
Amante del mestizo de alma fiera
A quien llaman Martino el subversivo,
Que a la chusma subleva?
- PADRE ANTONIO ¿Quién es Martino?
- DOÑA CASTA Un charlatán que tiene
Teorías absurdas y alma negra.
Que lleva en sus entrañas miserables
La ruin carroña de la inmunda lepra.
Que odia a España, a Jesús, a nuestra raza,
Al augusto blasón de la bandera.
Un plebeyo envidioso, sin principios,
Sin honor, sin valor y sin conciencia.
- COANA No: es Martino un valiente y un patriota
Que lucha por la santa independencia
De nuestra patria, que hoy solloza esclava,
Encadenada por la opresión vuestra.

DOÑA CASTA Silencio! Calla, indígena. ¡Lo mando!
 Si no quieres que dé, gente plebeya,
 A don Pedro, mi esposo, cuenta de esto,
 Y que te expongas a sufrir condena
 De recibir cincuenta o cien azotes
 Y haga yo enmudecer así tu lengua.
 Abrid paso, canalla envilecida,
 Chusma asquerosa, mísera y grosera.
 Abrid paso y callad, callad os digo.
 ¡Que doña Casta de León, lo ordena!
(Se retira hacia su palacio seguida de todo su cortejo.)

PADRE ANTONIO Calma y mala intención, noble señora,
 Dejadme a mí. Yo le impondré la pena.
 Y a ese Martino pérfido y diabólico,
 Por si restos de ardor su brazo alientan
 Ya haré yo que le amputen ese brazo,
 Y ya veréis... veréis cómo escarmienta

DOÑA CASTA ¿Qué haréis?

PADRE ANTONIO Calumnia y oro son mis armas.
 ¡La Virgen del Pilar me favorezca!
(Se retiran todos: doña Casta y su acompañamiento hacia el palacio. Coana e Indiana por el lado opuesto.)

Escena IV

Pedro, el Pueblo, que le sigue. A poco el padre Antonio, don Pedro, el Sacristán, el Indio, soldados, etc.

PEDRO Ni aire debe llamarse el que respiras:
¡El aire mismo aquí se llama mengual
Nace a luz de una madre malograda
Entre frailes, rosarios y novenas,
Un hijo, con los rayos en el rostro
Del vivo sol de nuestra Madre América,—
Y apenas abre los temblantes brazos,
Los vacilantes labios abre apenas,
Cuando el villano espíritu de siervo
Su blando pecho sin piedad penetra:
“—¡Besa, niño, la mano de ese cura!”
¡Y el pobre niño dobla el cuello, y besa!
“—Ese es Dios, nuestro amo.”—“Ese
[es el busto
Del rey nuestro señor!”—“Toda esta tierra
Es esclava del rey”:—¡ni una voz sola
Al niño la viril dignidad muestra,
Ni una honrada semilla en aquel pecho.
El padre, ni la madre, ni el rey siembran!
Amos por todas partes, y palabras
De esclavitud servil, y de obediencia!
Señor es nuestro rey, señor el cura,
Amo el gobernador, ama la Iglesia,
Y cada hinchado mercader de allende
Su vara de medir en cetro trueca!

¡Sobrado tiempo ya besó cobarde
 América es cetro de comedia!
 Truéquese en fusta la mezquina vara
 Y del que nos azota, azote sea!

PUEBLO *(A CORO:)* Truéquese en fusta!
*(Rumores, murmullos de aprobación de todos,
 y aparecen por el palacio don Pedro seguido del
 padre Antonio, y el Sacristán,
 nobles, españoles, soldados.)*

DON PEDRO *(Hablando con los de su séquito:)*
 ¡Ciento, y al instante!

PADRE ANTONIO ¡Vaya por ciento!
(Al Sacristán:) Ese es el caso: Empieza!

SACRISTÁN Honra el ardor al pueblo que lo siente
 Pero no lo honra menos la prudencial!

DON PEDRO *(Magnífico traidor! El tigre esconde
 bajo la suave piel de mansa oveja!)*

PEDRO ¿Quién el concierto de las voces rompe
 Con débil voz de miedo y de vergüenza?—

SACRISTÁN Uno que sabe que impulsar la patria
 Más allá de sus fuerzas, es perderla!

DON PEDRO *(¡Ah, mi bravo sabueso!)*

PADRE ANTONIO ¿Quién os dice
 Los móviles secretos de esta empresa
 Ni las oscuras sombras que en el fondo
 De esta luz que os alumbra, se aglomeran!
 ¿Queréis felices saludar la patria?
 Yo lo quiero también!

Y en las palabras de tu boca suena!
 ¡Sacristán de la Antigua, te conozco!
 La astucia de los indios no está muerta!
 ¿Que mi pueblo amenaza, que la saña
 Hierve en las pobres chozas de la sierra,
 Que como rayo vengador caería
 Sobre las poblaciones y las siembras?
 Sobre la lengua vil que nos infama
 Como puñal atravesar debiera!
 Si en un poste la lengua te enclavase
 Venenosa en redor la tierra hicieras!

DON PEDRO

(Aparte a los suyos:) ¡Trescientos!

[Cuatrocientos!]

INDIO

Quebrantado

Su espíritu de hombre, ya no quedan
 Al indio de los campos más que espaldas
 Para llevar las cargas de la Iglesia,
 Para pagar tributo a los caciques,
 Para comprar al español sus telas!
 Con estas manos derribé maderos!
 Con estas manos cultivé la tierra!
 Con estos hombros por barranca y llano
 Más arrobas llevé que hojas la selva,
 Y más llanto lloré con estos ojos
 Por mi eterna ignominia siempre nueva,
 Que ondas cruza la nave robadora
 Que el fruto de mi mal a España lleva!

PADRE ANTONIO (¡Habla!) De un indio disfrazado miro
 En tí claras señales, que la lengua
 De esa tribu que finges!

INDIO ¡De malvado
 Sí que miro yo en tí claras las señas!
 ¡Apartad, que parece que en su cerco
 La contagiada atmósfera envenena!
 Indio soy con disfraz, puesto que tengo
 Un alma, cosa extraña y estupenda,—
 Un alma, que en el suelo en que nacimos
 Al darnos el bautismo el cura quema.
 Indio soy con disfraz, pues que torcieron
 De modo mi infeliz naturaleza
 Que natural parece la ignominia
 Y más cara parece la vergüenza!
 Esa es tu obra, villano! Esa es la obra
 De ese que tras de tí mueve tu lengua!
 ¡Alzar quisisteis catedrales de oro
 Sobre graves cimientos de conciencias
 Y sobre los sepulcros de una raza
 Comprar encajes y elevar iglesias!—
 ¡Oh, torpe y fragilísimo cimiento!—
 La conciencia dormita, no está muerta,
 Y el día que tremenda se sacuda,
 Catedrales y encajes dan en tierra!—

PUEBLO ¡Viva el Indio!

INDIO Yo, no! La patria libre!
 PUEBLO ¡Perezca el Sacristán!
 PEDRO ¡Nadie perezca!
 Mil veces se ha perdido la justicia
 Por la exageración de la violencia!
 Un pueblo ha muerto bajo el yugo hispano:
 El hombre justo nuestro hermano sea.
 ¡Los tiranos que el látigo fabrican
 Arrójelos el látigo mar fuera!—

Escena V

Aparece un noble con varios soldados, y dice a Don Pedro:

NOBLE Vano fue todo: el general no quiere
 Porque inútil lo juzga, oponer fuerzas
 Al terrible clamor: el viejo Urrutia
 Con floja mano sus cabellos mesa:
 El polvo muerde de dolor Lagrava
 Pero al común destino se sujeta.

DON PEDRO Conmueve tú, las vacilantes turbas.
 Con estas haré yo por detenerlas.
*(Al Pueblo, que trata de avanzar, agresivo,
 dominante, enérgico:)*
 ¡Atrás, gente atrevida! ¿Quién osado
 Contra la ley de España se rebela?
 Ingratos hijos, que el paterno celo
 Del rey recompensáis de esa manera!
 Al que rebelde a los decretos ose

De nuestra Madre España... al que quisiera
Triunfar de su poder, piense en los hierros
Que ceñirán sus pies. Que piense en Ceuta.

PUEBLO ¡Ceuta!

PEDRO ¡Sí, Ceuta! Una mansión terrible
Donde los hierros por los muros cuelgan,
Donde cientos de látigos azotan
Sangre manando las abiertas venas,
Donde al lenguaje humano sustituye
De las fustas flamígeras la lengua;
Y cada sol vio sepultar a un vivo
Y un espanto cada átomo recuerda!
Mansión donde los niños encanecen,
Que hiriendo el cuerpo flojo, el alma quiebra,
Que asorda con sus ayes el mar bronco
Que más que de olas, de furor la cerca.

DON PEDRO ¡Esa es Ceuta!

PEDRO Esa es. Pero ¿no sabes
Que antes de ir a tu prisión tremenda
De sangre el mar con nuestra sangre haremos
Y tu sangre también entrará en ella?—
¡Antes que al pie de Americanos nuevos
Ciñan del triste Amaru las cadenas,
Al mar aquí, y al Hacedor en lo alto
Asordará nuestro clamor de guerra!

DON PEDRO ¡Villano, calla!

De la eterna justicia, en que abrasada
 América renace,
 Desde las fuentes en que el Bravo nace
 Hasta el desierto bosque paraguayo!

DON PEDRO ¡Oh!, ¿quién eres?

MARTINO ¿Quién soy? ¡Mira en mis ojos
 De un gran pueblo la cólera despierta,
 Rendidos ya tus pabellones rojos,
 América feliz, Castilla muerta!

DON PEDRO ¿América feliz?—

MARTINO Sí, porque luego
 De quebrantar tu cetro filicida,
 A costa de su sangre, ¡el pueblo ciego
 Recobrará los ojos y la vida!—
 Serviles nos hicisteis, ignorantes
 Insípidos doctores,
 Teologuillos y míseros danzantes,
 De manos insolentes besadores,—
 Y ¿queréis que a la cumbre de la vida
 Llegue próspera y libre nuestra suerte,
 Si la tierra dejáis estremecida
 Con las semillas todas de la muerte?
 Pero el cielo preñado de amenaza
 Su hondo seno de cólera revienta
 Y animador de la naciente raza,
 Fabrica en vuestras plantas la tormental!
 El aire está enojado,
 Cuajados van los vientos,

En mordidas los besos se han trocado,
 Balas van a volverse los lamentos!—
 ¡Balas! Óyelo bien! ¡De las astillas
 Secas, en que entre rojos resplandores
 Hatuey murió, tremendas las semillas—
 Un bosque brota ya de resplandores!—

DON PEDRO ¡Atrás, atrás!

MARTINO En vano las espadas,
 Lanzas y perros moveréis ahora:
 Hasta las piedras os serán negadas,
 Que cada piedra aquí venganza llora!
 Y con lágrimas de indios maldecida,
 Cada senda, cada árbol, cada arroyo,
 Árbol no habrá que con su fruto os brinde,
 Choza no habrá donde encontréis apoyo!

DON PEDRO ¡Atrás, atrás!

MARTINO Oh!... mira
 Cómo se abre la tierra ante tu planta,
 Y en torno tuyo aterradora gira
 La inmensa procesión que se levanta.
 Ese que ves, con la anchurosa frente
 De pedernal agudo traspasada,
 De espinas y de plata coronada
 —De plata reluciente—
 La sien meditabunda y torturada,
 Es Moctezuma, cuya historia encierra
 El engaño mayor que vio la tierra.—
 —Mira, mira al monarca,

Al indio ensangrentado
 Que, a su cadalso bárbaro enclavado,
 Su cárcel de oro y su martirio marca!—
 Esa que rauda cruza
 Herida, atada, mísera vagando:
 A la que azota vil, a la que azuza
 Sus perros fieros el infame Ovando,—
 Esa es de Haití la reina ponderada,
 En mitad de su fiesta encadenada!—
 ¡Allá van, persiguiendo a los desnudos
 Con recamas de bronces y de escudos! . . .
 ¡Allá van, con las lanzas y los hierros!
 ¡Allá van dando voces a los perros!—
 “¡Muerde, Lobo, a la reina!”—“Aquí, Bravío!”
 “¡Sus, en el pecho hinca bien, España!”
 Y después de la lucha, el pueblo mío
 Sus miembros rotos en su sangre baña!

PUEBLO ¡Libertad, libertad!

DON PEDRO El humo oscuro

Que en tu rostro la cólera negrea,
 De Cuauhtémoc es el aliento puro
 Que en su parrilla requemado humea!

PUEBLO Patria, y libertad!

MARTINO Y ese de ramas

De encendidos palmeros coronado,
 Que corre, corre alado,
 Con terrible clamor, envuelto en llamas,
 Ese es Hatuey!

PEDRO ¡Resurrección, resurrección! El grito
 Cuerpo en el aire y en las almas toma.
 Noble rencor a los despiertos llena
 Y a los dormidos el clamor asorda!
 Cuando la patria fiera se conmueve
 Nadie debe dormir, pena de honra!
 La historia de la vida era un grillete:
 Nueva vida busquemos, nueva historia!

PADRE ANTONIO Triunfa la plebe.

UN NOBLE Y la chusma loca,
 El albañil, el sastre, el carpintero,
 Dueños serán y vestirán la toga!

PADRE ANTONIO Al augusto monarca el cetro quitan
 Y en las plebeyas manos lo colocan!

NOBLE ¡Podrá ser un menguado zapatero
 Regidor como yo!—

Las iras soplan

El mar del pueblo!—

Malos vientos corren:

Hunde la nave el flujo de las olas.

DON PEDRO Calla como valiente, y como bravo
 En el instante de los golpes obra!
 Si se juntan la curia y la nobleza
 En defensa de títulos y borlas
 Y si ellos se dividen, siempre ha sido
 Madre la división de la victoria!

*(Continúa hablando con los nobles y el padre Antonio,
 mientras Pedro comenta con su grupo.)*

PEDRO El doctor, el marqués, el padre Antonio
Aire tienen de gente recelosa;
El aire de los buitres de la noche
Cuando en el claro oriente el sol asoma!
Noble, cura y doctor: las tres serpientes
Que anidó en nuestro seno la Colonia.
Mata la ley astuta la justicia,
Los que a Jesús predicán, lo deshonran,
Y esa raza de siervos con casaca
Con nuestra infamia un pergamino compran!

UNO Pero es noble el marqués!—

PEDRO No hay más nobleza
Que la que el hombre con sus hechos logra:
¿Adónde has visto esa nobleza escrita
En los pañales que tu hermana borda?
Villano es el villano, y más villano
Cuando su amo y su rey lo condecoran!
Golpes de pecho, llaves en la espalda,
Humildes besamanos, gorros, borlas,
Y los naipes después con el cabildo,
Y la noche después tranquila y cómoda,
Y en su lecho de piedra en tanto el indio,
El cuerpo herido retorciendo, llora,
Mientras el vil grillete del esclavo
Su carne oprime, y su piel destroza!

PADRE ANTONIO Yo, a España vuelvo!
 NOBLE Y yo también! No puedo
 Sufrir más tiempo aquí la vergonzosa
 Imposición del pueblo!
 PEDRO ¡No hay más curas
 Que los que curen bien nuestra deshonra!
*(Rumores de vítores, clamoreo, y entra Martino seguido
 del Indio y Pueblo.)*

Escena II

Martino con el Indio, al frente del grupo del Pueblo.

MARTINO Valor, amigos: la victoria es nuestra!
 Castilla tiembla! Nuestra es la victoria,
 Y mi casa es del pueblo. Es de vosotros,
 Porque a la patria vuestro juicio importa,
 Porque la patria su ventura espera
 De vuestra decisión.—¡Llegó la hora
 De quebrantar la ley de la Colonia!
 El cetro quebrantado, por los mares
 Irán nuestros productos a remotas
 Playas; nuestros destinos serán nuestros;
 Nuestros hermanos, nuestros, que la cólera
 Del vengativo rey en las prisiones
 Su bravura y nobleza galardonan!
 El talento es un crimen, y otro crimen
 La misma voluntad! Sin necia pompa,
 Más brilla con tus lágrimas amargas
 Que con la viva lumbre de sus joyas:—

¡Cada piedra o moneda, cada verde
 Esmeralda luciente, cada roja
 Piedra, rubí o zafiro, un alma encierra
 Que encadenada en ella se devora!
 ¡Libertad a las almas de los pueblos!
 ¡Truéquense en oro las brillantes joyas!
 Patria y libertad! Un rey malvado
 Que a nuestros pueblos sin piedad explota,
 Un rey que por la muerte de su patria
 Con el conquistador chocó las copas,
 Un rey traidor que su lugar tuviera
 En el imperio de la triste Roma,
 De luto llena y de vergüenza anubla
 Las conmovidas playas españolas:—
 Asturias, El Ferrol, Cádiz valiente,
 Y, el Bruch, y Gerona, y Zaragoza. . .
 Y en Cádiz mismo, el alevoso Freire
 Al pueblo libre sin piedad inmola:
 Si esto hace el rey dentro la misma España
 ¿Qué hará con los que aquí su fuerza mofan?
 Echada está la suerte: no hay más punto
 Que infame vida, o perdurable gloria!—
 Nuestros hermanos en España luchan...

INDIO ¿Nuestros hermanos gentes españolas?
 MARTINO ¡Por libertad y dignidad luchamos:
 Nuestros hermanos son los que la invocan!
 Odio merece el fraile franciscano
 Que por la esclavitud del indio aboga;

Odio Velázquez, que en su tumba fría
 Cadáver yace, pero no reposa!
 Mas este continente de Bolívar
 Rompiendo el yugo que a nuestra alma agobia,
 Abre los brazos generosamente
 Al español, y su grandeza invoca;
 Al español que en la defensa nuestra
 De España muere en las terribles horcas,
 A ese español yo lo honraré en mi mesa,
 Y le daré a mi hermana por esposa!

PUEBLO Vival Muy bien, muy bien!

MARTINO Y nuestra guerra
 Los siglos venga, y a los buenos honra.
 Y yo, honro a España libre!

DON PEDRO Te equivocas.

El engañado e ignorante pueblo
 Tu voz aplaude y tu clamor apoya,
 Pero las fuerzas de la patria vivas
 Desconocen tu voz, y te abandonan!—
 Hoy estamos aquí a merced vuestra,
 Pero mañana, acaso, la victoria
 Sea para nosotros. Con nosotros
 Tal vez mañana estén las fuerzas todas.

MARTINO ¿Las fuerzas de la patria?

NOBLE La nobleza!

PADRE ANTONIO Las iglesias, el claustro!

Que lleva tu bastón, Señor ilustre,
 Corona es de comedia, con que mofa
 El dueño diligente al siervo niño
 Que besando el dogal que lo aprisiona
 En contemplar sumiso se entretiene
 De su vergüenza la dorada forma!—
 Y esa, grave doctor, que larga pende
 De tu egregio bastón, ilustre borla,
 Manojó es de los látigos terribles
 Con que la mansa espalda nos azotan!—
 Uno, dos, veinte látigos... Afuera
 Látigos, mantos, borlas y coronas!

PADRE ANTONIO Jesús!

MARTINO Jesús? El nombre del Sublime
 Blasfemia me parece en vuestras bocas!—
 El que esclavos mantiene, el sacerdote
 Que fingiendo doctrinas religiosas
 Desfigura a Jesús, el que menguado
 Un dueño busca en apartada zona;
 El que a los pobres toda ley deniega,
 El que a los ricos toda ley abona;
 El que, en vez de morir en su defensa,
 El sacrificio de una raza explota,
 Miente a Jesús, y al manso pueblo enseña
 Manchada y criminal su faz radiosa!

PADRE ANTONIO Criminal el Señor?

MARTINO Criminal fuera

Si apoyara tu borla y tu corona!—
 Si mi padre Jesús aquí viniese
 Dulce la faz, en que el perdón enflora;
 Si al indio viera mísero y descalzo,
 Y al Santo Padre que salud rebosa;
 Si de los nobles en las arcas viera
 Trocada sin esfuerzo en rubias onzas
 La carga ruda que a la espalda trajo
 India infeliz que la fatiga postra;
 Si en las manos de uno el oro viera
 Y la llaga en las manos de la otra,
 ¿De qué partido tu Jesús sería:—
 De la llaga o del arca poderosa?...
 ¡Responde! No:—Responde Jesús mismo.
 Tu sentencia la ha dicho por mi boca!—
 ¡Que hoy el catolicismo, padre Antonio,
 Del cristianismo es, muerte y deshonra!

(Rumores intensos. Agitación profunda. Del grupo de patriotas y pueblo, surge el Indio, adelantándose a Martino. Dentro, clamores en crescendo.)

INDIO *(En voz baja:)* ¡Martino!
 MARTINO ¿Que hay?

UNO Hemos triunfado ya. A muerte dice
El espantoso bando de Venegas.
Pues bien. Su misma ley, cúmplase ahora,
Y ejecutemos la mortal sentencia.
Para el esbirro colonial tirano
Que cada casa un cadalso sea.

MARTINO No! Lejos de la patria que oprimieron,
A los déspotas hoy echemos fuera
Y el áureo sol del genio de Bolívar
Que no se ponga nunca en nuestra América!

*(Todos obedecen la orden de Martino [y] se retiran
silenciosos, llevándose a don Pedro, padre Antonio,
nobles y soldados.)*

Escena IV

Queda todo oscuro.

MARTINO ¡Se van, se van! Con ellos se va el día.
¡Se van, se van! Todo entre sombras queda.
Ahora a luchar para una nueva vida,
A trabajar para una patria nueva.
Pensando en esa patria del futuro
Los resortes del alma se me quiebran!
¡Sala, sala desierta, resucita!
¡Cadáver de esperanza, Dios te encienda!

*(En este momento se ilumina la arcada del fondo de
la sala y aparecen, desfilando, como camino ya de la
exmetrópoli, don Pedro, doña Casta, padre Antonio y
todo su cortejo. Todos cabizbajos y apesadumbrados.)*

DON PEDRO *(Abatido:)* A España! A España! Libre Guatemala,
 Libres los pueblos todos de la América,
 El Sol de mis dominios en su ocaso,
 El León no ruge ya en la indiana selva.

PADRE ANTONIO Resignación!

DOÑA CASTA Ya la tenemos, padre,
 Pero hay que intentar la lucha nueva.—
 Hay que recuperar lo que perdimos.
 Hay que recuperar lo que nos llevan.
 Hay que hacer por que triunfe bajo el palio
 La cruz de Cristo y el pendón de Iberia.

*(Ha desaparecido por la arcada la comitiva española,
 vencida por la pujanza libertadora de América.*

*Aunque hasta el último momento la dama castellana
 se siente vencida, pero no humillada.)*

*(Aureolada, bañada de luz, aparece por la arcada
 Coana seguida de Indiana-América.)*

COANA Y, así termina, Indiana
 La epopeya de América.

INDIANA Y ahora serás ya de Martino esposa.
 Ya Guatemala es libre y sin cadenas..

*(Coana y América-Indiana se dirigen a Martino que
 despierta de dulce sueño.)*

COANA Martino!
MARTINO Libres, libres como el quetzal!
Libertad santa!
Patria libre, Coana, esposa mía,
La inmensa procesión que se levanta,
Marca la feliz ruta del futuro.
Ya veo el porvenir que se agiganta,
Ya veo el porvenir amplio y seguro.
Hombres libres serán los descendientes
De tu amor y del mío.
Y, Patria y Libertad honren valientes
De Cuauhtémoc y Hatuey, con noble brío.
A sostener por siempre independientes,
Con las manos, las uñas y los dientes,
Contra el yugo opresor de las Españas,
Nuestros dos continentes;
La libertad impere en mis montañas,
Y la proclamen con sus murmurios,
Las aguas cristalinas de mis fuentes,
Y las ondas sonoras de mis ríos!

*(Queda Martino abrazado al grupo que forman
Coana e Indiana, símbolos de las dos Américas,
e iluminados por la clara luz del fondo.)!*

FIN DEL POEMA

Guatemala, marzo de 1877 julio-1878.

OCEC, t. 5, pp.111-135.

Nota sobre *Patria y libertad*

El drama

El personaje sombrío:—amor de Jesús; no quiere casarse con Coana hasta no conseguir la independencia; cuando en el primer acto preguntan quién es Martino, sale Coana de un grupo del pueblo, y lo pinta. El sombrío, amoroso, enérgico, tiernísimo, fiero.—

Al presentarse Martino a la junta de independientes de Guatemala, donde vacilan, les dice quién es, que es el pensamiento de independencia, que es el redentor & gran lucha y energía cuando ve que no se consigue más que el escrito de petición (Montúfar).—Unión americana:—Hatuey, Cuauhtemotzín, conspiración.

Del 2do. al 3er. acto, el interés ha de estar en las mismas cavilaciones de la idea de independencia.—Este ha de ser el nudo del drama: esta gran pasión en Martino, en Barrundía y en Molina.—

Último acto:—Ha de acabar el drama en la junta del 15. Palacio, pueblo, grupos populares: llega Barrundía diciendo que se vacila aún; se entra en la sala y habla Martino, pidiendo el decreto de independencia absoluta.—Tumulto.—Un beso de Martino y de Coana.—Banderas, y final.

Guatemala

[Fragmentos]

I

¿Por qué escribo este libro?

Cuando nació, la naturaleza me dijo: ama! Y mi corazón dijo: agradece!—Y desde entonces, yo amo al bueno y al malo, hago religión de la lealtad, y abrazo a cuantos me hacen bien.

Yo llegué meses hace, a un pueblo hermoso: llegué pobre, desconocido, fiero y triste. Sin perturbar mi decoro, sin doblegar mi fiereza el pueblo aquel, sincero y generoso, ha dado abrigo al peregrino humilde. Lo hizo maestro, que es hacerlo creador. Me ha tendido la mano y yo la estrecho.

Guatemala es una tierra hospitalaria, rica y franca: he de decirlo.

Me da trabajo—que es fortaleza,—casa para mi esposa, cuna para mis hijos, campo vasto a mi inmensa impaciencia americana. Estudiaré a la falda de la eminencia histórica del Carmen, en medio de las ruinas de la Antigua, a la ribera de la laguna de Amatitlán, las causas de nuestro estado mísero, los medios de renacer y de asombrar. Derribaré el *cacaxte* de los indios, el huacal ominoso, y pondré en sus manos el arado, y en su seno dormido la conciencia.

Y entretanto vuelvo bien al que me ha hecho bien. Y en la tierra de México, noble y entusiasta, donde prende toda idea amorosa, donde arraiga todo extraordinario sentimiento, diré con mi palabra agradecida, cuánto es bella y notable, y fraternal y próspera, la tierra guatemalteca, donde el trabajo es hábito, naturaleza la virtud, tradición el cariño, azul el cielo, fértil la tierra, hermosa la mujer, y bueno el hombre.

Amar y agradecer.

II

Allá, en horas perdidas, buscan los curiosos, periódicos de Sur y Centro América, por saber quién manda y quién dejó de mandar, y no se sabe en la una república lo que hay de fértil, de aprovechable y de grandioso en la otra; y hoy, como en 1810, puede decirse con el padre Juarros, pintoresco y cándido cronista del reino guatemalteco, lo que por entonces él decía: “Vemos con la mayor admiración que después de tres siglos de descubierto este continente se encuentran en él, reinos y provincias tan poco conocidas como si ahora se acabasen de conquistar”. Es ¡ay de nosotros! que el veneno de tres siglos, tres siglos ha de tardar en desaparecer. Así nos dejó la dueña España, extraños, rivales, divididos, cuando las perlas del río Guayato son iguales a las perlas del sur de Cuba, cuando unas son las nieves del Tequendama y Orizaba, cuando uno mismo es el oro que corre por las aguas del río Bravo y del venturoso Polochic.

De indios y blancos se ha hecho un pueblo perezoso, vivaz, batallador, artístico por indio; por español terco y osado:—y

como el inglés es brumoso, y el sueco grave, y el napolitano apático, es el hijo de América ardiente y generoso, como el sol que lo calienta, como la naturaleza que lo cría. De manera que, de aquellos hubimos brío, tenacidad, histórica arrogancia;—de los de oscura tez tenemos amor a las artes, constancia singular, afable dulzura, original concepto de las cosas, y cuanto a tierra nueva, trae una raza nueva, detenida en su estado de larva,— ¡larva de águila!—Ella será soberbia mariposa.

Pero ¿qué haremos, indiferentes, hostiles, desunidos? ¿qué haremos para dar todos más color a las dormidas alas del insecto? Por primera vez me parece buena una cadena para atar dentro de un cerco mismo a todos los pueblos de mi América!

Pizarro conquistó al Perú cuando Atahualpa guerreaba a Huáscar, Cortés venció a Cuauhtémoc porque Xicotencatl lo ayudó en la empresa; entró Alvarado en Guatemala porque los quichés rodeaban a los zutujiles. Puesto que la desunión fue nuestra muerte ¿qué vulgar entendimiento, ni corazón mezquino ha menester que se le diga que de la unión depende nuestra vida? Idea que todos repiten, para la que no se buscan soluciones prácticas. Vivir en la Tierra no es más que un deber de hacerle bien. Ella muerde, y uno la acaricia. Después, la conciencia paga. Cada uno haga su obra.

Yo vengo de una tierra de volcanes altos, de feraces cerros, de anchurosos ríos, donde el oro se extiende en placer vasto por las montañas de Izabal, donde el café —forma mejor del

oro— crece aromoso y abundante en la ancha zona de la Costa Cuca. Allí la rubia mazorca crece a par de la dorada espiga; colosales racimos cuelgan de los altos plátanos; variadísimas frutas llenan la falda de la gentil chimalapeña; obediente la tierra responde a los benéficos golpes del arado. Extraordinaria flora tupe la costa fastuosa del Atlántico; el redondo grano, que animó a Voltaire y envidia Moka, como apretado en el seno de la tierra, brota lujosamente en la ribera agradecida del Pacífico. Aquí, sabino pálido; allí, maíz robusto, caña blanca y morada, trigo grueso y sabroso, nopales moribundos, hule nativo, ricos frijolares en asombrosa mezcla unidos, con rapidez lujuriosa producidos, esmaltan los campos, alegran los ojos, y auguran los destinos de la tierra feliz de donde vengo.

La cantó Batres, la historió Marure, la copió en inimitables fábulas Goyena; se exploran los ríos, se tienden los carriles, levántanse institutos, leen los indios, acuden los extranjeros, improvisan su fortuna; vínose a la libertad por una revolución sencilla y extraordinaria, admirable y artística; es esa tierra, más que tierra desconocida, amorosa virgen que regala a los que acuden a su seno. En mí están vivos estos sucesos y bellezas; ¿y no he de hablar yo de aquellos poetas y prosistas, de aquellos agricultores y gobernantes, de aquella tierra ávida de cultivo, de aquella juventud ávida de ciencia?

Para unir vivo lo que la mala fortuna desunió. Más acá ha de saberse lo que más allá se hace y se vale, más allá de la frontera chiapaneca. Las manos están tendidas; esta es la hora.

Viniendo de Izabal por el ancho camino carretero, que llevará pronto al norte, ¡gran perspectiva! los azúcares y el café del oeste,—vense a lo lejos, más allá del río, altas iglesias sobre ameno valle, vasto perímetro, diáfana atmósfera, gentil señora, bella y gran ciudad.

Viniendo del puerto, del floreciente San José, pasajero en cómoda diligencia, o jinete en humilde caballo, brota de entre los montes pintoresco pueblo que, a medida que se acerca la distancia, brota de entre su cerco de robustos montes, desafía con su elegante castillo, eleva sus numerosos minarettes, y abre luego sus limpias y amplias vías al viajero admirado de la pulcritud resplandeciente que realza las anticuadas y holgadas construcciones.

Peregrinando vino esta ciudad hermosa desde Almolonga terrible hasta el risueño Valle de las Vacas. Poco memoriosos los conquistadores atrevidos, no temieron que la tierra airada se alzase contra los que la ofendían; y, por fenómeno súbito inundada, pereció entre turbios mares de agua que bajaban en remolinos del volcán, la enferma Santiago, y en ella la esforzada dama, audaz gobernadora, que hubo por nombre Beatriz de la Cueva.

Tendíase no lejos el encantado valle de Panchoy, el de ricas aguas, vecinas canteras, pastos sobrados, flores menudísimas, por río crecido, por dormidos volcanes coronado:—y a él se fueron los habitantes fugitivos.—Ni cielo más azul cubrió, ni más sabroso aire respiró ciudad alguna de la Tierra. Pero, de pronto, preñado el suelo con el llanto de fuego de los indios,

reventó en espantosos terremotos que sacaron de quicio torres y palacios, hendieron las bóvedas y echaron fuera los cimientos de la soberbia catedral. Golillas y maestros de obras acrecieron el justo alboroto, y, movidos de la evidente ganancia, apresuraron la traslación de la ciudad Antigua al llano espléndido en que hoy se extiende, desdeñosa y tranquila, la blanca y próspera señora del añejo dominio de Uatatlán.[...]

¿Qué nos ha hecho Escuintla, que la tenemos tan olvidada?

Ella es añeja, y era derruida; pero hoy va valiendo más por lo que la rodea que por ella misma.

En este grupo de pequeños indios, el uno se refresca con sabrosa caña, gusta el otro con delicia un terrón de blanca azúcar, cata el otro un redondo trozo de *panela*, lo que en México llaman *piloncillo*. —Y tienen razón, que por aquí abunda el azúcar. Hay palmas y cañales, refinería, trapiches, centrífugas. Se traen administradores extranjeros, inteligentes en el cultivo. Se crean hoteles, porque las industrias nuevas están llamando caminantes. Y a par de las humildes casas, álzanse con premura otras nuevas, vastas y elegantes. Sopla el trabajo, y corre como el viento la riqueza.

Se siente crecer la vida por aquellos contornos. Y mientras se monda una dulcísima piña palineca, se auguran años hermosos a la que hoy es aún pueblo de tránsito, y será mañana con el tráfico y el cultivo, esbelta y acomodada población. [...]

Era Cobán, quince años hace, un pueblecillo oscuro, rico en indios caprichosos, en fértiles terrenos, en pastos excelentes, en animadas *marimbas*, que son, a modo de tímpano, el instrumento popular que acompaña todo baile, bautizo, fiesta y concurrida chichería.

Hoy no es solo pintoresca morada de indígenas, sino bullicioso centro de adinerados cafetaleros, de holgados labradores, de laboriosos extranjeros.—Ha corrido la nueva de la fortuna de Cobán. El café la enriquece: la enriquecerá pronto el ganado.

Allí van los franceses inquietos, los norteamericanos ansiosos, los recomendables alemanes, hasta los graves ingleses. Les hablan los cafetos, con sus blandos rumores de la tarde, un lenguaje gustoso al hombre honrado; la subsistencia debida al trabajo propio, el placer de acumular, sin avaricia ni maldades, el pan de la mujer, la cuna del primer hijuelo, los libros de los hijos.

En tanto que los de allende hablan de la sabrosa uva de Salamá,—que al decir de un catador de fama, compite con la de Fontainebleau, de la variedad morada y de la blanca—de la familia de indios salamatecos que de México a allá fueron,—de la opulenta vegetación de la comarca y sus productos múltiples, y de cómo es linda la alegre San Cristóbal, con sus ladinos picarescos, con sus indígenas trabajadores,—los indios cobanecos bailan su agitada zarabanda, y el santo inmóvil contempla la algazara y la baraúnda, y cada indio con su vestido

de algodón resplandeciente, y cada india con su enagua plegada, con su *huipil* suelto, con su cabello aderezado con trenza luenga de lana, deja un *medio* piadoso en el infatigable plato católico:— absorbe tantos ahorros de los pobres pueblos!

Usan aquellos indios curiosas baratijas. Es una el rosario o collar ceñido al cuello en que usan el dinero. Es otra, sus originalísimos aretes, que son monedas de a dos reales del ahogador e infamante tiempo de Carrera, el matador de los caracteres viriles, el torcedor de la naturaleza humana.— Resucitar es menester después de haber sido muertos de aquel modo.

Cobán tiene ahora lindas cosas:—torre airosa de arte moderno, celebrada iglesia—que nunca faltan en los pueblos hispánicos, iglesia y castillo,—cárcel y cárcel,—grave convento de Santo Domingo. [...]

Así rápidamente a modo de gigantes niños, a manera de fantasmas de oro acaban de pasar a nuestra vista inmensos campos, vastas haciendas, soledades regias, esperanzas, adelantos, glorias, gérmenes. El café que empieza, el nopal que expira, el cacao que resucita, el ganado que muge impaciente, el pasto que se ofrece, el extranjero a quien se llama, la fortuna que se brinda, el libro en que se aprende, la riqueza pública por el trabajo individual, base futura de gran gloria.

Luego ese pueblo desconocido, del que emanan, o memorias indígenas movidas por un abate anticuario; o terrores

modernos movidos en los hermanos pueblos por crueles y políticos rencores; ese pueblo limítrofe arrullado por mares, refrescado por brisas, sentado en el corazón del continente; esa tierra nebulosa por el muerto Carrera de quien un sacerdote dijo que estaba a la diestra de Dios Padre—envuelta en fúnebre sudario, impenetrable cerco; esa República vecina, más nueva para sus amigas repúblicas que las más lejanas y más extrañas tierras,— es una nación seria, trabajadora y próspera, es una comarca pacífica, encantadora y fértil,—es una impaciente hermana que va, rumbo a la grandeza, con el callado en una mano y el libro en la otra. Aspira, aprende, llama. La sed es general, el agua es abundante.

El porvenir está en que todos lo desean. Todo hay que hacerlo; pero todos, despiertos del sueño, están preparados para ayudar. Los indios a las veces se resisten; pero se educará a los indios. Yo los amo, y por hacerlo haré.

¡Ah! Ellos son—¡terrible castigo que deberían sufrir los que lo provocaron!— ellos son hoy la rémora, mañana la gran masa que impelerá a la juvenil nación. Se pide alma de hombres a aquellos a quienes desde el nacer se va arrancando el alma. Se quiere que sean ciudadanos los que para bestias de carga son únicamente preparados. ¡Ah! Las virtudes se duermen, la naturaleza humana se desfigura, los generosos instintos se deslucen, el verdadero hombre se apaga.—Aire de ejemplo, riego de educación necesitan las plantas oprimidas. La libertad y la inteligencia son la natural atmósfera del hombre.

Y ellos, los que vieron un guerrero español y lo copiaron en muy dura piedra en el circo asombroso de Cobán; los que tenían

escuelas, donde se loaba al alto Dios; los que elevaron torres, donde estudiaban los hermosos astros; los bravos paladines; los ingeniosísimos geómetras; los delicados tejedores; las heroicas mujeres; su senado de ilustres, más grave y respetado que nuestras severas Cortes de Justicia; los de grandes ejércitos, populosísimas ciudades, brillantes guerras; los defensores de Utatlán; los rebeldes Mames; los clásicos quichés, los profundos cantores del grande Whenb-Kaquix, llorado con lágrimas entre árabes y homéricas; los allá idos de México y Cuba; los vivaces niños, los celosos amantes; ellos son los que con el copetón sobre la frente, con el calloso pie agrietado, con la mirada imbécil, con la rodilla y el beso siempre prontos, con el esclavo espíritu, con la cargada espalda, a paso de mula o de buey sirven hoy al cura, adoran nuevos ídolos, visten miserables ropas, y ni aleteo de águilas, sino sustento de arrobas, pasan montes y ríos, praderas y ciudades, hondos y cerros.

Son resignados, inteligentes, incansables, naturalmente artistas, sin ningún esfuerzo buenos. ¡Qué gran pueblo no puede hacerse de ellos, haciendo, por ejemplo, a manera de una escuela normal de indios! ¡Un nuevo apostolado es menester!

Pero en tanto que llegan los apóstoles, ¡cómo adelanta el pueblo vecino! ¡cuántos granos y lanas vende hoy Quezaltenango! ¡por Chimaltenango, cuántos viajeros pasan! ¡por San Marcos, cómo aumenta el cultivo! ¡por Escuintla, cómo crece la caña! ¡por Amatitlán, cuánto no fertiliza la laguna!

Adiós van a decir al buen lector estas cansadas páginas: más ¡quiera la fortuna que por ellas haya venido en conocimiento de la gran riqueza agrícola; del afable carácter—otra gran

riqueza—de Guatemala! ¡Quiera la fortuna que no se olviden los inmigrantes de la tierra que los llama, los explotadores de la fortuna que les espera, los tímidos del gobierno que les protege! ¡Quiera la buena suerte que recuerden cómo crecen en Salamá los pastos, en la Costa Cuca el café, por el lado del Atlántico la caña!—¡ni cuánto se necesitan los ganados!—¡ni cómo prospera allí la vid!—¡ni cómo todo asegura éxito a cualquier industria o sementera nueva!

Anchos caminos, naturales esplendideces; bondadoso carácter, benévolo gobierno, inquietud por mejora y por riqueza; mujeres americanas y cristianas, hombres inteligentes y afectuosos, viejo arte, ansia creciente, señorial ciudad, deleitoso clima, pintorescos pueblos, seguro bienestar, fantástico crecimiento de fortuna; he aquí lo que a todo el mundo ofrece Guatemala, fertilísimo campo, California agrícola.

¡Ojalá que con este amante libro, haya yo sembrado en él mi planta!

De *Guatemala*, México, Edición de *El Siglo XIX*,
Imprenta de I. Cumplido, 1878.
OCEC, t. 5, pp. 239-242, 252-253, 255-256,
285-287, respectivamente.

Apuntes varios*

[2]

Una funesta analogía, que nos ha de pesar y constreñir, ha transportado al Norte de la América el espíritu utilitario e invasor de los sajones, que tal vez sacrifique, si a estorbarlo no nos damos prisa, el generoso, caballeresco y descuidado espíritu de los pueblos ex hispanos, separados de su caduca y torpe madre por todo género de justas soberbias, de justos desprecios, y de desemejanzas radicales.—No sé qué tienen las tierras que saturan a los que en ellas nacen de un espíritu que les es completamente propio. Como que la sangre de los indios sacrificados y de los mártires ahorcados, atados a las colas de los caballos y descuartizados, nos crea;—y como que al nacer entinta nuestros pañales de este color de repulsión y de justicia.—¡En tanto que nos desliguemos de todo

* Estos fragmentos se ubican en 1879, pues están escritos en el mismo tipo de papel, y con similar tinta y caligrafía que los manuscritos de los Apuntes para los debates en el Liceo de Guanabacoa y que los Apuntes para la conferencia sobre Echegaray. Por su contenido, parecen corresponder a una serie de conferencias sobre América que —según el diario habanero *El Triunfo* (7 de septiembre de 1879)— Martí debía haber comenzado a impartir en el Ateneo de La Habana el 28 de agosto de ese año, según sesión inaugural a la que no pudo asistir. [Nota de OCEC]

precedente de la conquista, flotará matador sobre nuestros hombros este insufrible manto de cadenas.

Mal curado de sus heridas, infectado todavía del dogmático y soberbio espíritu español, mal manejado el corazón heroico por una cabeza inexperta, a sí misma abandonada e infantil, nace a orillas del Bravo y se extiende hasta la ribera cisplatina un mundo confusamente nuevo, interrumpido por una inversión de carácter odioso en su hora de propio desenvolvimiento, en que las artes, las costumbres cívicas y las delicadezas industriales habían llegado a un alto y original grado de esplendor.—Y quien lo dude, vaya al Palenque, vea vencer a Xicotencatl, vea morir a Cuahtemotzín, asista al viejo reinado de Tlaxcatlán, recorra en la imperial Tenoxtitlán las limpias calles, y estudie en su torre de meditación la imponente y platónica figura de Netzahualcóyotl, triunfador como el Vara Vara de los Hindúes, y cristiana y mística como el gran pensador casi divino.

[3]

Allá se alza, en prueba minuciosa de lo que ojos curiosos me demanda—el ruinoso Palenque; vea vencer el que lo dude a Xicotencatl, vea morir a Cuauhtémoc, vea defenderse a Socoleo,—vea luchar al bravo rey Copán, asista al viejo Senado de Tlaxcáltan; recorra en la imperial Tenoxtitlán las limpias calles; álcese en armas con el belicoso Sinacam—y estudie en su torre de meditación aquel severo, aquel magnánimo,—aquel astrónomo, aquel poeta, a aquel amado rey Netzahualcóyotl,—que con trocar la flecha por el

arado, y el pedernal agudo por la oda, parecía anunciar a aquel que luego había de deponer ante la Asamblea de los nobles el sable brillante de los libertadores.—

Y vino a tierra toda aquella grandeza. Y cayó todo aquel mundo antiguo con estrépito.—Viniéronse abajo los templos de anchas naves; quebráronse las armas de Tecum-
Unam; murieron en Tetzcoco los últimos Mexitis; gimió muy tristemente el lago de Granada!—

¿A quién pedir ahora memorias de aquel tiempo? ¿Cómo dar claramente con los orígenes de los constructores de aquellos acueductos,—con aquellos lapidarios y plateadores, con los que con larga y firme vía atravesaron los hermosos Andes? ¿En qué creyeron? ¿A quién amaron? ¿Qué cosa conocieron? ¿De dónde vinieron?

Todo lo ha recorrido en este extremo el humano capricho. En sagaces letras funda religiones; y no hay hipótesis fantástica que no haya sido creada desde Marco Polo que hace a Moctezuma nieto de un Mogol de Tanguto hasta Humboldt que supone que los Toltecas invasores vienen de los Hunos.—Hállanse huesos, que revelan moradores; compárense órdenes distintas de arquitectura, acomodados a diversos bustos, que parecen acusar diversos pueblos;—encuéntrense a la falda del Ajusco los moluscos primeros; y en el país de los Aimaras brota la tierra abovedados cráneos, como si al coronar al hombre primitivo con su aguda bóveda, hubiera querido revelarle cómo han de llevarle perpetuamente su pensamiento al amor y conquista de lo alto.—

Pero ¿y aquellos libros que guardaban los indios de Huehuetan? Y aquellos manuscritos en que los Mayas contaban el poder del pisan, el espíritu creador y sentidor; las emociones del puctzikal, el generoso corazón; las magnificencias brahmánicas de su veraz y poderoso Hahalyum, señor de la verdad—y aquellas pinturas de Tetzco, reveladoras rigurosas de los altos hechos de la dinastía de Huitzilipochtli. En ninguna parte se hallará, que los Obispos en aquellos tiempos desarmaron los leños de la Cruz para hacer con ellos teas con que quemar las memorias vivas y elocuentes de la civilización más original, genuina y autóctona que ha alcanzado pueblo alguno de la tierra. ¡Criminal incienso el de aquellas sacrílegas ofertas!—Ídolos, libros, altares, vasos, maravillas del arte hierático, todo vino a los pies del asolador Diego de Landa.¹ y así en Chiapas: y así en Tetzco.²

Y así en Cholula;—Pero soberbia y vengadora acaba de erguirse, allá del fondo de intrincada selva, la estatua de Chac-Mool, y el pozo de los sabios de Chitchen, y las pinturas murales de Uxmal,—y ya manos activas arrancan sus techos de tierra y árboles a los labrados edificios, libros magníficos, de piedra; reseña digna única de aquellos pueblos

¹ Tachado a continuación: “y quemó [palabra ininteligible]. [Nota de OCEC]

² Tachado a continuación: primera versión: “aunque hoy,—como en mí”; segunda versión: “Pero de aquella absorción cruenta algo quedó de la vencida raza: el espíritu, que resiste siempre al acero, al hierro y al fuego”. [Nota de OCEC]

ciclópeos y titánicos, mercantiles, creyentes luchadores, agrícolas y artistas. Vivas están aquellas remembranzas, en aquella vigorosa arquitectura, la de menudos detalles, la de inacabables curvas, la de bordadas piedras, tan fastuosa y varia, tan caprichosa y atrevida, que tal parecen sus creaciones sorprendidas en la embriaguez adormecedora de la somnífera marihuana;—o luminosos y revueltos giros del haschisch arábigo;—o revelaciones sutiles arrancadas a las entrañas del tabaco, en sus azules y brumosas curvas, o en sus flexibles ondas nacaradas.—

[4]

Viejas memorias, nuevos descubrimientos, personales impresiones, arte americano, letras americanas, glorias americanas: esa será la materia de mis conferencias. Y cuando tales fuesen las glorias que no pudiesen ser honradas dignamente,—díjelo ya—los honraré con el silencio; que cuando las palabras no pueden elevarse a la altura de los sentimientos, los sentimientos se deslustran y rebajan descendiendo al nivel de las palabras.

¡Fragor del Tequendama, palmas del Río Dulce, rumor de las cañadas!—clamor de los sepulcros,—palabras que no se oyen, graves sombras que pasan; razas muertas tan viejas que sobre vuestras ruinas se levantan caobales seculares;—selva anímica, arrebatado río! ¡amparad en la demandadora liza a vuestro hijo, orgulloso de sus padres, enamorado de sus tierras, sangrando de sus dolores,—como si cupieran en una sola alma todos los males de las almas todas que la poblaron

y la pueblan! ¡Abridme vuestros bosques, reveladme vuestras entrañas, prestadme vuestras voces majestuosas,—por cuanto fue locura anunciar³

[5]

Yviva el alma en la soñada tierra de redentores y de buenos,—siento el pecho aromado, y rota, una hora al menos, la cárcel de la vida.—

Y a estas presentes glorias, mezcladas con amargos dejos de pasados tiempos; a estas luchas de pueblos que se arrancan una daga tan bien hundida en su pecho que, con la húmeda sangre, el acero matador echó raíces;—a la firme fe que en el seguro porvenir de esos pueblos nacientes me alienta, únese en mi memoria—y con decir que hablaré de mi inmensa madre América digo que hablaré de ellos—los dolores sin cuento, de la olvidada y triste raza india, que con su apatía y silencio protesta de la propia vida de que se les privó.—Ellos son hoy miserables, fanáticos, y tercos, y fueron, en otros tiempos, artistas, gobernantes, guerreros, arquitectos y poetas.—Allá andan, por valles y montañas, esos hombres sumisos e infelices, esas mujeres informes en quienes las labores varoniles desfiguran las líneas de belleza;—ahí andan con el triste rostro oscuro, más que por natural triste de su tez, porque en él llevan la vergüenza de 400 años; ¡allá van con las espaldas dobladas! ¡allá van con los espíritus dormidos! Ellos son los herederos de caudillos

³ Aquí se interrumpe el manuscrito. [Nota de OCEC]

valerosos, de propietarios opulentos. Ellos sabían la lengua de las estrellas, escribían su historia, pintaban sus hazañas, tejían sus vestidos, bajaban a los senos de la tierra, pulían el oro que les arrancaban, discutían sus leyes, elegían sus jefes, daban voto a los padres de familia, labraban la piedra, estrechaban área inmensa en el circo soberbio de Copán, y con las ruinas de su cueva, pudieran hacerse en los costados de la más ancha plaza Catedrales.—Iban los guerreros risueños al combate; cantaban los poetas belicosas trovas; de su recto espíritu da muestra su exacta geometría; oía el pueblo atento la sabia y justa palabra de los ancianos Nahuales, y cuando el tul amarillo trocaba en oro vivo el musgo de los montes, corrían los pequeñuelos, cantando alegres niños, a escuelas anchurosas y ordenadas:—por la mañana, todo amanece.⁴

De “[Apuntes para las conferencias sobre América]”,
OCEC, t. 6, pp. 87-93.

⁴ Aquí se interrumpe el manuscrito. [Nota de *OCEC*]

Art. A remarkable mexican painter

There has been on exhibition in New York a picture which has more than ordinary attractions. Its composition, its size, the minuteness of its details, the number of figures which it contains and the historical events which it depicts, make it a subject of special interest. The picture is about twelve feet by six and contains between two and three thousand figures. In one place they are crossing a lagoon; in another, defending a fortress; here crowning a king and there killing him; first worshipping his horse and then carrying the same horse's head on the point of a spear. Here they crown a conqueror with roses; there they fight against him. There are some strikingly original points in this work. But, although the figures are most lifelike and are the production of a practiced and bold hand, yet they are hard carelessly drawn. The figure of the horse, for instance, is very roughly finished.

Judging from the style of composition and the colors used, the picture is probably two hundred years old. There is no doubt that about that time there existed in Mexico a school of painting which was discouraged by the admirers of the Spanish masters, with whose works the churches and museums in Mexico are filled. History and mythology were

subjects then prohibited by law. Only religious pictures were allowed to be painted, and it was with such pictures that Villalpando covered the walls of the convents and churches with paintings which still astonish all those who see them. Evidently, this picture must have been painted to order for some rich person or corporation—perhaps for one of Cortes' train, or, more probably still for the *Audiencia* of the *ayuntamiento*, or for the Viceroy. No private person could have paid a composition which must have taken the painter some years to complete. The painting is on wood and, to prevent its being stolen, one of the owners of this picture had it cut into ten pieces.

To one familiar with the history of the conquest of Mexico, one look at this painting will suffice to demonstrate the grandeur of the land of Moctezuma. The general tone of the picture is sombre, but bright spots relieve it. Every scene in the occupation of the Mexican capital by Cortes seems to be compressed in it, from his imposing entry, to the *noche triste*, when the inhabitants so fiercely revenged themselves upon him for his temerity. From these life-like representations the reality of those terrible days can be imagined. The battles, processions, vessels, castles, volcanoes and the blue lagoons of that period are seen in this great picture. Were it only for the truthfulness with which it represents the costumes of the inhabitants, the weapons of the Spaniards, the pomp of the emperors and the singular contrast between the two peoples facing each other—the Spaniard accoutered in steel, the native half

naked—the picture would be well worth seeing. This artist's deviation from the beaten path, his transition from slavish ideas to a free scope of the study of nature, his absolute disdain of imitation of masters or conventional colors and his contempt for the opinion of a prejudiced school, all tend to make this great painting well worth studying.

The Hour, Nueva York, 14 de agosto de 1880.

OCEC, t. 7, pp. 236-237.

Arte. Un notable cuadro mexicano

[Traducción]

En Nueva York se ha estado exhibiendo un cuadro con atractivos nada corrientes. Su composición, su tamaño, la minuciosidad de sus detalles, el número de figuras que contiene y los hechos históricos que representa, lo hacen un asunto de especial interés. El cuadro tiene aproximadamente

doce por seis pies y contiene de dos a tres mil figuras. En un lugar están atravesando una laguna, en otro defendiendo una fortaleza; aquí coronan un rey y allá lo están matando; primero están adorando su caballo y después están cargando a pico de lanza la cabezade ese mismo caballo. Aquí coronan al conquistador con rosas; allá están peleando contra él. Hay algunos puntos de originalidad notable en esta obra. Pero, aunque las figuras son muy naturales y han sido pintadas por una mano avezada y audaz, sin embargo están dibujadas con dureza y descuido. La figura del caballo, por ejemplo, está muy mal acabada.

Juzgando por el estilo de la composición y los colores usados, el cuadro probablemente tiene doscientos años. No hay duda ninguna de que en aquella época una escuela de pintura existía en México que fue desalentada por los admiradores de los maestros españoles, de cuyas obras están llenas las iglesias y museos de México. La historia y la mitología eran entonces asuntos prohibidos por la ley. Solamente se permitía pintar cuadros religiosos, y fue con tales cuadros que Villalpando cubrió las paredes de los conventos y las iglesias, con pinturas que todavía sorprenden a todos los que las ven. Evidentemente, este cuadro debe haber sido pintado por orden de alguna persona o entidad rica—quizás para algún acompañante de Cortés, o, lo que es aún más probable, para la Audiencia, el ayuntamiento para el virrey. Ningún particular puede haber pagado un cuadro que debe haberle tardado al pintor algunos años para terminarlo. La pintura está sobre

madera y para evitar que fuese robado, uno de los dueños de este cuadro lo hizo cortar en diez pedazos.

Para el conocedor de la historia de la conquista de México, una mirada al cuadro será suficiente para reconocer la grandeza de la tierra de Moctezuma. El tono general del lienzo es sombrío, atenuado por algunos claros. Cada escena de la ocupación de la capital mexicana por Cortés parece hallarse en esta obra, desde su entrada imponente hasta La Noche Triste, cuando los habitantes se vengaron tan ferozmente de su temeridad. De esta presentación tan natural, la realidad de aquellos días terribles puede imaginarse. Las batallas, las procesiones, los buques, los castillos, los volcanes y las lagunas azules de aquella época se ven en este gran cuadro. Si solo fuera por la veracidad con que pinta los trajes de la época, las armas de los españoles, la pompa de los emperadores y el contraste singular entre los dos pueblos enemigos—el español protegido por el acero, el indígena medio desnudo—el cuadro bien valdría la pena de verse. La salida del artista de los campos trillados, su transición de ideas esclavas a un estudio libre de trabas de la naturaleza, su desdén absoluto por la imitación de los maestros y por los colores convencionales y su desprecio por las tendencias de una escuela de arte llena de prejuicios, todo tiende a hacer este gran cuadro bien digno de ser estudiado.

The Hour, Nueva York, 14 de agosto de 1880.

OCEC, t. 7, pp. 237-238.

Libros nuevos

MUESTRA DE UN *ENSAYO DE DICCIONARIO DE VOCABLOS INDÍGENAS* POR ARÍSTIDES ROJAS.—CARACAS.—IMPRENTA DE *LA OPINIÓN NACIONAL*.—

[Fragmentos]

A rístides Rojas agota cuanto toca. Sale ahora al encuentro del etimólogo de España, Roque Barcia, en quien las malaventuras políticas y quehaceres republicanos no merman la profunda ciencia de cosas arianas, ni la ingénita dote para hallar la causa lejana de voces y sucesos:—y vence con suave modo y fuerte razón a Roque Barcia. Tala y devasta por la mies enemiga: demuestra, con riqueza de datos fastuosa, que no son las palabras de Indias tan deslustradas como Barcia en su *Diccionario etimológico* las presenta. Elige, como campeón leal y seguro de su fuerza, la arena enemiga para librar combate. Y vuelve de ella alzada la visera, sin herida el corcel, enastada la lanza.

Y ¡qué ciencia le ha sido necesaria para la liza! ¡Qué saber de cosas geográficas, y físicas, y literarias, y vulgares! ¡Qué andarse, como por casa propia, entre el pic-huun, el libro de los mayas, y el quippu, el libro quechua! ¡Qué tomar la palabra en su huevo, y jugar con ella y desfibrarla, y reincorporarla,

y mostrarla al que la lee absorto en toda su hermosura y poderío! Él sabe de lo suyo y de lo ajeno: explica y desmenuza el vocablo de los chaimas como el de los aztecas, y el de los tupíes como el de los muisecas, y el de los guaraníes como el de los cumanagotos. Si de cosas de México habla, manéjalas como pudieran don Francisco Pimentel, que mereció lauros de Francia, y Orozco y Berra, a quien toda loa es debida por su extremada ciencia mexicana. Y si de cosas de Cuba escribe Rojas, en nada le aventaja don Esteban Pichardo, el etnólogo insigne, que midió a palmos la tierra siboneya, y supo profundamente de bajareques y bohíos. Y de palabras y costumbres quechuas, tanto sabe como un quipucamáya. Van en Rojas unidas, con muy rara presteza, la idea y su ejecución: ni en idear se le saca delantera, ni en ejecutarse le gana hora. No bien llega a sus manos la abultada obra de Barcia, busca con anhelo cuanto en ella hace relación a esta tierra de América, por cuya gloria, gracia ingenua y valer desconocido vive, y cuyo genioposee; duélele hallar la verdad desfigurada, y las lenguas de los buenos indios empequeñecidas;—y ganoso a un tiempo de abrir, con mano segura, vía que en silencio venía hollando,—y de pagar tributo digno de él, a quien en tan sabrosa lengua ha honrado al gran poeta de México,—compara los vocablos que Barcia trae errados con ellos mismos, tales como los recataba de publicación temprana en su Ensayo de un diccionario de vocablos indígenas, extraordinaria obra, a juzgar por la enseña,—y la pone reverentemente en manos del generoso y discreto Guerra y Orbe, que ha de darse de fijo con deleite a las lectura

del gustosísimo regalo. Y he aquí, cómo Rojas, calladamente y sin ayuda, toma a pecho y alza triunfante en hombros, la tarea para la cual ha buscado, con tan desafortunado empeño, la Academia de la lengua colaboradores. A honor marcado tiene la Revista la publicación de esta muy rica muestra filológica, que, para que sea adición a su segundo número del 15 venidero, pasa de las manos de su laureado autor, a quien el caballero don Fausto Teodoro de Aldrey regala la obra impresa, a las nuestras, que estrechan las del discreto filólogo en alabanza del mérito y en reconocimiento del presente.

Revista Venezolana, Caracas, 1ro. de julio de 1881.

OCEC, t. 8, pp. 77-78.

Congreso de Americanistas

[Fragmento]

Nueva York, 1ro.de octubre de 1881.

Cumplióse esta vez la palabra real, y fue el Congreso de Americanistas inaugurado en Madrid el 25 de septiembre. Era en el Paraninfo de la Universidad, donde han hablado Salmerón, Moreno Nieto, Sanz del Río; la hermosa sala de que Madrid está orgullosa; la histórica arena donde han reñido magníficos combates todas las doctrinas que batallan en la época presente: el libro contra el altar, el bisturí contra la nube, la experiencia contra la revelación, la contemplación y labor de la tierra contra la mística contemplación y fe en el cielo. El Rey, la reina, las Infantas, los Ministros, cien miembros del Congreso, dos mil espectadores llenaban el paraninfo. Con breve y galano discurso abrió la sesión inaugural el Ministro de Fomento; dio cuenta de las labores del Congreso de 1879 el que fue su Secretario; habló Héctor Varela, con su palabra rica, coloreada y animosa, y con su pujante y atrevido estilo, como Sevilla en que vive, matizado y cálido como el Plata en que nació, rebelde y rico: y habló el Rey. De América y España dijo Varela cosas elocuentes; y quiso que se unieran en fecundo abrazo y prolífico cariño la

tierra árabe y la tierra guaraní, vascos y aztecas; catalanes y caraqueños: fogosísimamente abogó por la unión espiritual de América y España. Fue elevado y hermoso el discurso de Alfonso, como que palpitaba debajo de él un sueño, un melancólico sueño glorioso. También habló él de la madre Península y sus antiguas colonias, del amor en que comulgan, de la sinceridad con que hoy se acercan, de la ventura de tener en Madrid tan nobles huéspedes, del porvenir feliz de su naciente reinado.

En masa fueron, después de la memorable sesión, a inaugurar la Exhibición riquísima de maravillas y antigüedades de la vieja América. Se hablaba en el cortejo de cómo comenzó la Sociedad de Americanistas por una reunión de sabios en 1874, ansiosos de buscar en común, para mejor éxito, las reliquias de aquel mundo ignorado, herido en mitad del seno por el caballo de la conquista, y muerto en flor ;de cómo, el mismo año sereunieron los asociados en Nancy histórica; y luego, en Luxemburgo, en 1877; y en Bruselas después, en 1879; de cómo con gran asombro de los extranjeros, de alemanes, franceses, norteamericanos e ingleses son las mayores pesquisas y noticias mejores de la América española;—hablábase ya, en aquella hora de comunión y de concordia, de los agrios debates empeñados en los anteriores Congresos sobre el espíritu y métodos y no igualadas crueldades de la dominación de España en la tierra de los indios, y de cómo, en el actual Congreso, con los nuevos abundantes documentos, y abiertos al cabo los

archivos misteriosos, es seguro que volverán a romper lanzas el áspero cargo y la vehemente defensa.

Por su vivacidad, por su gentil benevolencia, por el interés que en el Congreso y sus resultados muestran, atraen especialísima atención los hombres de ciencia de la América del Sur. Sus manos impacientes anhelan desatar los misteriosos legajos que guardan los archivos de la Corona, de Sevilla y de Simancas; rebuscar entre las valiosas reliquias que, heredadas de los oidores y Virreyes, guardan aún las casas de los nobles; y posarse al fin sobre los ocho centenares de legajos de manuscritos y documentos graves de la anterior centuria que, de Sevilla solo, se han traído al Congreso.

¡Cuánta ciencia ignorada y empolvada! Vense en la exhibición un voluminoso tomo, en que por orden del segundo Felipe, comenzaron a acumularse relaciones de historia, estadística y ciencia de las colonias de América; un libro valioso, de ignorado monje, en que de una parte están palabras, dibujos, símbolos, alegorías aztecas, y de otro su minuciosa traducción al viejo castellano.

De exquisito dibujo y color rico hay allí una obra, de historia natural, en que el rey Carlos III hizo acumular cuanto de flores, plantas y fauna de las colonias se sabía.

En el Ministerio de Fomento, la casa antigua de la calle de Atocha discuten los americanistas congregados; en el Ministerio de Ultramar, en el Real Palacio, exhibense las maravillas hispanoamericanas.

No reposa el Congreso: en dos sesiones diarias da cuenta de sus pesquisas, propone sistemas de investigación, presenta deducciones.

Propone Houghton, americanista inglés, que la reunión de amigos de América salude a Garfield, el gran muerto de América, y al verse en las manos del Secretario la misiva de duelo que un descendiente de Colón, envía a los Estados Unidos en nombre del Congreso que preside, los miembros todos, movidos de espontáneo respeto, pónense de pie para oír el lúgubre mensaje.

Presidía, por donación cortés del duque, el príncipe de Gorchakov, ministro ruso en la corte de España. Mr. Beauvois acumuló, en un documento que se ha reputado hábil, basado en antiguas leyendas de Irlanda, datos para probar que las misiones irlandesas de St. Brandan y Columba exploraron un tiempo la América del Norte. Los americanos españoles han presentado colección copiosa de fósiles y datos encaminados a demostrar que en el período cuaternario estuvo Cuba unida al continente. Mal librados han salido Vespucio y otros viajeros de su época, de manos del congreso. Sobre cerámica americana antigua leyó Mr. Edwin Barber, de Filadelfia, un interesante y curioso estudio.

Tras animada discusión, se ha señalado ya a Copenhague como lugar de cita para la próxima reunión del Congreso, que está siendo en Madrid objeto de suntuosos obsequios, y afectuosas demostraciones de hidalga cortesía.

Acompañados de la real familia, del cuerpo diplomático y de mil quinientos huéspedes, brillaron en la solemne

recepción que tras lujoso banquete les ofreció el municipio madrileño, los distinguidos hombres de letras y ciencias que han venido de lejanas tierras, sedientos de ciencia, a ocupar los sitios del Congreso.

Mas ha sido el obsequio mayor en la casa del Rey. El monumento de granito abrió a los miembros del Congreso Americanista el 28 de septiembre sus puertas grandiosas. Presidíalos, al entrar en la sala real,—ocupada ya por el monarca, su joven familia y su resplandeciente séquito,— el Duque de Veragua, acompañado de un preclaro hombre de ciencia español,—que sabe mucho de astros, y de curso de buques, y fondo de mares, Cesáreo Fernández Duro, promotor de esta reunión del Congreso, y hoy su respetado y celebrado secretario.

Del rico oro de Atahualpa, de rico oro encendido, parecía el salón ornamentado. Fue noche mágica. Vestía el Rey traje civil, y le caía al pecho el cordero del Toisón. Llevaba la reina luengo traje de Corte, de seda amarilla, con adornos de brocado, y ostentaba en la rubia cabeza la diadema real. Hermosos vestidos de seda de colores pálidos realzaban la ingenua gracia de las hermanas del Rey, Paz y Eulalia, y al lado de ellas erguía su faz altiva la hermana mayor, la Princesa Isabel, en cuyo pecho tienen ancho nido las iras, las soberbias y las intrigas de la Corte.

La Opinión Nacional, Caracas, 15 de octubre de 1881.

OCEC, t. 10, pp. 82-85.

Cartas de Nueva York
expresamente escritas
para *La Opinión Nacional*

NOTICIAS DE ESPAÑA

[Fragmento]

R eúnense a estas horas en Madrid cuantos ya por ese natural amor del espíritu humano a lo pasado, ya porque el conocimiento de lo pasado hace seguras y conformes a razón las leyes que han de gobernar lo porvenir, se ocupan en la investigación y exploración del mundo antiguo americano. Este es el mes del famoso Congreso de Americanistas, desde tanto tiempo hace anunciado. Quiere Madrid, por cuanto al brillo histórico, e interés presente de España importa, exceder en oportunidad y magnificencia a Bruselas, donde el Congreso reunió la última vez sus sabios miembros. Y no es solo ahora la apertura solemne del Congreso, ni su inauguración por el animoso y activo Rey, ni la discusión,—peculiarmente importante en la tierra de las conquistas,—de las familias, grandezas, dolores y caracteres de la raza conquistada: es además la exhibición en un valiosísimo museo, de cuanta riqueza americana encierra España. Allí están a los ojos de los observadores y curiosos, el tesoro real, el de las casas

de los nobles, el de las corporaciones científicas, el de los descendientes de virreyes y hombres de pro en las Américas, el de los archivos de la metrópoli. El Rey, entre otras joyas, envía al Museo la bandera de Cortés, que se clavó en Veracruz, deslumbró a Tlaxcala, abatió a los descendientes de los Mexitis y huyó en Otumba. Y la espada de Francisco de Pizarro, que cayó a sus plantas con su vida. Simancas y Sevilla han vaciado en los estantes del Museo sus ricos y repletos anaqueles. Abundan las colecciones particulares en documentos, grabados, dibujos, colecciones de armas y utensilios de la antigua y actual América, y en rarezas de cerámica, en variedades de tinte y de tejido. Del Perú solamente, figuran en el Museo 800 vasos, que prestan para esta maravillosa colección temporal los Museos de la nación, y atlas, manuscritos, trozos de frescos de las paredes de Thitchu, figuras curvas y expresivas halladas en las ruinas de Uxmal, copias de guerreros barbados y calzados, trofeos, autógrafos, muestras de hierrografía, libros de piel de cordero matizados de figuritas monstruosas, de vivos colores. Y así, puestas en línea, será el efecto deslumbrante, y la comparación utilísima, pues que de ella vienen, como de suyo y sin mayor esfuerzo, las leyes de semejanza y afinidades que iluminan la romántica y sombría historia de aquellos tiempos desfigurados y perdidos.

M. DE Z.

La Opinión Nacional, Caracas, 4 de octubre de 1881.

OCEC, t. 10, pp. 61-62.

De “Sección constante”

[4]

—“Última Thule!, “—¿Qué es última Thule?” Así preguntaba un lector de unos bellísimos versos del americano Longfellow, que llevan este título. Y un coleccionador, que tiene la buena costumbre de apuntar en un ancho cuaderno toda frase notable de cada libro que lee, o todo pensamiento útil que le viene a la mente, abrió su ancho cuaderno, y dejó leer al curioso estos versos de Séneca, aquel Voltaire romano, en que predijo el descubrimiento de nuestro Nuevo Mundo:

*Venient annis soecula seris
Quibus Oceanus vincula rerum
Solvat, et ingens pateat tellus.
Tethysque novos detegat orbes,
Nec sit terris ultima Thule.*

—Muchos misterios del tiempo de la conquista dejan de serlo, y muchas que parecen maravillas quedan reducidas al nivel de hechos comunes, apenas se da el lector a hojear en el libro de Thomas Gage, que escribió por aquellos tiempos, y fue fraile en América, la verdadera relación de la conquista de

México por Hernán Cortés, o se lee en el Padre Juarros, que ha escrito una crónica infantil y minuciosa de la conquista de Centroamérica,—cómo vivían los generosos y batalladores príncipes cachiqueles, quiches y zutujiles, que andaban siempre en querellas, como andamos todos ahora, sin ser indios; o se recorren las páginas de una Geografía excelente del Ecuador, de Villavicencio, que cuenta en sumario fidedigno las guerras interiores de la casa de los Incas. Lo que pasma al leer esas narraciones, no es tanto la intrepidez de los invasores, como el poder del odio de los invadidos, que no veían que apoyando a los extranjeros contra sus enemigos locales, se creaban un dueño poderoso para sí mismos. Y en nuestros mismos tiempos ¿no hemos visto cosa semejante a aquella hazaña? Pues ¿cómo dominó a México, en la época de Maximiliano, un puñado de austriacos y franceses atrevidos? Y México era ya una nación civilizada, con hijos bravos y hombres cultos. Vivimos, por incuria, por no registrar nuestros archivos, por no publicar las joyas que guardamos en ellos, en una lamentable ignorancia de los acontecimientos de nuestra vieja historia, que, una vez estudiada y descubierta, será una fuente de provechosísimas lecciones para pueblos que, como casi todos los de Suramérica, son mirados como una presa natural por otras codiciosas naciones de la tierra. Esa historia vieja enseña una verdad: la conquista se realizó, merced a las divisiones intestinas y rencores y celos de los pueblos americanos. Por satisfacer odio momentáneo y abatir a sus enemigos, y complacer su orgullo, aquellos pueblos cayeron en esclavitud constante. Los pueblos de una raza

deben ser como los hermanos de una familia. En cónclave privado deben computar sus mutuos derechos, y decirse sus quejas y sus deseos, pero cuando el extranjero llama a las puertas, todos los hermanos deben mover a una la misma hacha de armas, si el extranjero viene de guerra. Si viene de paz, con el arado en una mano y el libro en la otra, se le sienta a la mesa, se le da una porción de la tierra, y se le ofrece a la hija de la casa en matrimonio.

La Opinión Nacional, Caracas, 9 de febrero de 1882.

OCEC, t. 12, pp. 191-192.

[7]

— **O**ímos hablar de la lengua maya como de un documento antiguo

de una civilización muerta, salvado del olvido en un libro de Diego de Landa y revivida por las investigaciones del abate Brasseur de Bourbourg, americanista famoso. Pero es de saber que la lengua maya se habla aún en toda su pureza en algunos lugares de la América Central y que quien viaja por la comarca de los chacmoles, que es una tribu de hombres barbados que habita en las cercanías de la antigua ciudad de Tekal, oye aún, como si viviera en los tiempos de Chilam-Balam, que fue una especie de Moisés yucateco, aquella lengua armoniosa en que se llama al corazón *puctz'ikal*, y a Dios se llama *Kahal-yum*, señor verdadero, o *O'ichkelem-yum*, señor hermoso. Y aún viven, refugiados en la comarca del Petén, fronteriza entre México y Guatemala, y rodeada de altas montañas, de esas

montañas que parecen, según Olegario Andrade, el gran poeta joven argentino,

*Gigantes de armaduras de granito,
¡Parece que esperasen de rodilla,
El mandato de Dios, para lanzarse
A escalar la región del infinito!*

aún viven, en las orillas del lago del Petén, los descendientes de los itzács, que fueron como los derviches, marabonts o brahmanes de los antiguos yucatecos, y como los magos persas, sacerdotes dotados de gran virtud y ciencia. Allí observan aún los hábitos de su raza, y sus leyes y lengua, en la comarca que llaman los mexicanos *Tierra de Guerra*, que se extiende de Tabasco a Chiapas y que riega el alegre Usumacinta, cargado de flotantes frutos y gigantescos lirios. No eran ignoradas estas cosas, pero no se habían dicho aún tan seguramente como las dice el americano Le Plongeon, anciano atrevido que en compañía de su instruida esposa, joven inglesa, recorre las ruinas de Yucatán, trata con los indios, les habla en su lengua, vive en cabañas en los bosques y desentraña estatuas y reliquias en el fondo de la selva. Más se sabe ahora de los mayas, merced a las piedras que ha desenterrado, pinturas murales que ha descrito, y jeroglíficos que estudian Le Plongeon, y su esposa, más diestra aún que el doctor en estos estudios,—que lo que se sabía por los tres únicos monumentos de los mayas que los americanistas recordaban en sus anales, y que son: el *Código de Dresde*, que

está en la Librería Real de Dresde; el *Manuscrito mexicano número 2*, que guarda la Librería Imperial de París; y el *Manuscrito Troano*, que es de papel de maguey, que se llama así por los nombres del que fue su poseedor, y que hoy está en Madrid.

La Opinión Nacional, Caracas, 13 de febrero de 1882.

OCEC, t. 12, pp. 191, 201-202.

Antigüedades mexicanas

Un hallazgo notable tiene en regocijo a los arqueólogos de México;—se ha descubierto en un pueblo de Veracruz una colosal piedra, en la que en perfiles huecos está esculpida una gran figura de indio, que tiene al pie un pescado y un conejo, como en símbolo de la caza y de la pesca, y en la mano la flecha tendida.

Pronto estará la monumental reliquia en el valiosísimo Museo mexicano, que publica ahora muy ricos Anales, donde en lengua galana cuentan los estudiosores de México y los libros del Padre Sahagún, que a no haber sido benemérito de la Iglesia, lo fuera de la historia mexicana; ya las raras bellezas de aquellas ruinas misteriosas de Xochicalco, que unos tienen por templo, y por un fuerte otros; ya las veneradas profecías de aquel moisiaco apóstol, que fue como el Confucio de los yucatecos, Chilam Balam anciano y virtuoso.

Muy rico en ruinas es este suelo de Yucatán, donde los descubridores afortunados hallan piedras cuyos jeroglíficos extraños parecen decir que en los tiempos en que las vírgenes de Chichén se arrojaban alegremente, al compás de las plegarias de los sacerdotes, al pozo sacro cuya boca mortal escondía humos aromáticos, los hombres acaso conocían ya

el modo de usar de la electricidad para cruzar mensajes: dos figuras de iguales arreos y apariencia, háblanse en una piedra de Chichén, a poca distancia, mas no con inscripciones en figuras, sino con rayos, que salen de los labios de ambos. Y los palacios de Chichén, todos están llenos de figuras murales, de armoniosas líneas curvas, ricamente coloreadas.

Débese buena porción de estos hallazgos a un hombre enfermo, que parece caballero empobrecido de las Edades Medias, y es hermano de un poeta eminente, que teje lindos dramas: José Peón Contreras;—y al¹ Dr. Le Plongeon, anciano activo y revoltoso, que se está haciendo notorio por la buena fortuna con que persigue y descubre ruinas de monumentos y estatuas de los mayas, y por el indiscreto lenguaje y exagerada ambición que acompañan a sus descubrimientos. Como cuatro años hace, descubrió, y quiso apropiarse, una colosal estatua de un personaje indio, que él llamó Chac Mool, el “Rey Tigre”; una soberbia estatua recostada sobre el dorso, con las piernas encogidas, con la cabeza alta y vuelta hacia el Oriente, y con las manos sobre el pecho, sosteniendo un plato lleno de piedras preciosas, según se afirma,—que las piedras no han aparecido,—y de una sustancia extraña, como polvo, que Le Plongeon supone que fuera sangre del mismo personaje en cuyo honor se erigió esta estatua, que es la pieza más completa y grande

¹ A partir de este momento, inserta una versión —con ligerísimas variaciones— de una de sus notas informativas para la “Sección constante”, de *La Opinión Nacional* (Caracas), publicada el 8 de noviembre de 1881. Véase en el tomo 12, la “Sección constante” [4], (pp. 22-24). [Nota de OCEC]

que se conoce de la escultura mexicana. El descubridor quiso quedarse con el descubrimiento, y lo ocultó en los bosques; pero el gobierno, en virtud de la ley que prohíbe la extracción del país mexicano, de ningún tesoro histórico ni artístico de México, se apoderó de la valiosísima reliquia, que, luego de haber sido llevada en triunfo a la capital de Yucatán, fue transportada con gran pena de los yucatecos, que la querían para su museo particular, al museo nacional de México.

Poco hace volvió Le Plongeon, a quien acompaña en sus exploraciones su esposa, joven, instruida y discreta dama inglesa, de las islas de la costa mexicana donde andaba desenterrando templos y viviendo en cabañas de palma en el fondo de los bosques o a la orilla de los mares, a Uxmal, la ciudad magnífica de los mayas, cuyos contornos están llenos de maravillas de incalculable valía para la historia americana. Allí, excavando, ha encontrado un busto del dios Cay, con una inscripción en lengua maya, en la que se lee que el dios es Isaa. Cerca del busto estaba un altar con signos cabalísticos. Otros muchos restos históricos ha hallado el intrépido norteamericano, que a su juicio se asemejan mucho a las reliquias encontradas en Heliópolis y Menphis. Le Plongeon cree haber hallado vestigios de palabras caldeas en las inscripciones de una piedra que hoy figura en una logia masónica.—Los indios, con los cuales está el doctor en riña permanente, y que creen una profanación digna de la muerte, que se atente a los restos, propiedades y viviendas de sus mayores, le amenazan y le han atacado alguna vez;

pero el doctor ha puesto en torno de los lugares en que excava, y de los en que guarda sus monumentos, minas de dinamita. Harto crédulos, sin embargo, son los indígenas. Le Plongeon mismo asegura que pudo inducirles a que le revelaran el lugar donde estaba enterrada la colosal estatua de Chac Mool, merced a la semejanza que con su larga barba y perfil correcto tenía a un guerrero barbado esculpido en una de las piedras de un monumento indio, cuya reaparición, como la de un Mesías de quien había de venirles redención, aguardaban pacientemente los indígenas de las cercanías de esas dos grandes ciudades desaparecidas, Uxmal y Chichén.

La América, Nueva York, junio de 1883.

OCEC, t. 18, pp. 85-87.

Arte aborígen

A ninguno de nuestros lectores ha de fatigar una reseña breve de los objetos de manufactura de indios que se exhibían en la fiesta de artes organizada en beneficio de la obra del pedestal de la estatua de Bartholdi.

El indio, que en la América del Norte desaparece, anonadado bajo la formidable presión blanca o diluido en la raza invasora, en la América del Centro y del Sur es un factor constante, en cuyo beneficio se hace poco, con el cual no se ha querido calcular aún, y sin el cual no podrá, en algunos países al menos, hacerse nada. O se hace andar al indio, o su peso impedirá la marcha.

El indio es discreto, imaginativo, inteligente, dispuesto por naturaleza a la elegancia y a la cultura. De todos los hombres primitivos, es el más bello y el menos repugnante. Ningún pueblo salvaje se da tanta prisa a embellecerse, ni lo hace con tanta gracia, corrección y lujo de colores.

De una mirada podía verse el arte indio moderno de las tribus norteamericanas. Los vestidos son de pieles, cubiertos de canutillos y de cuentas. Los adornos son de plumas. No hay pieza de vestir, ni de armadura, que no esté plenamente ornamentada. Todo, todo está cubierto de canutillos de

colores dispuestos en combinaciones caprichosas y variables, ya rombos, ya romboides, ya cuadrados, ya triángulos. La línea recta, en proporciones artísticas y geométricas, y en agrupaciones elegantes, predomina en todos los dibujos. Cuando la línea curva, lo cual es raro, aparece, es imperfecta. Los canutillos cubren los borceguíes, las polainas, el cinturón, una especie de ridículo saco de mano largo y ancho, las mangas y las piernas abiertas de los vestidos.—Los trajes, extendidos, tienen aún, a pesar de todos sus aderezos, la forma de piel de fiera. Se nota esto en todos los pueblos primerizos: luego, cuando entran en su segunda época, ya los trajes tienen forma de ave, con las alas tendidas.—Aman los indios la piel blanca; y la curten tan hábilmente que parece suavísima badana. A las piernas de los vestidos de sus *squaws*,¹ sus valerosas mujeres, cuelgan los tuscaroras unos como alamares sonantes o piramidillas huecas de latón, de menudo tamaño y en gran número, que parecen fleco de plata y cascabelean alegremente.

En todo resalta el vehemente y ordenado amor del indio al color y al ornamento. Su escudo de batalla lo envuelve en piel curtida, adornada con plumas.—Con plumas de águila fabrican sus arreos marciales los guerreros.—Se ciñen a la frente una banda, en cuyo torno se yerguen, abriéndose hacia arriba como el penacho de una palmera joven, plumas de águila duras.—Y de este casco les cuelga por la espalda una piel larga y estrecha, por cuyo centro corre a la larga hasta la

¹ En inglés; mujer indígena de tribus de Norteamérica.[Nota de OCEC]

tierra, sobre pana roja, una cresta de plumas erguidas.—El *tomahawk*² es como el indio: esbelto, aquilino, terrible, diestro. Siempre hubo semejanza entre los hombres y las armas que usan. El burdo bretón gastaba brutal maza. El indio, delgado y veloz, la flecha rápida y aguda, el *tomahawk* de mango fino y elegante y de hierro largo y estrecho, encorvado en el filo como el pico del águila.

Y si a la cerámica se mira, aunque de esto había poco en la Exposición, nótase la misma espontánea tendencia a la forma bella, el mismo desamor a las extensiones vastas y desnudas, la misma afortunada pasión por el adorno. No hay jarra de los indios de pueblo, por elemental y primitiva que sea, que no ostente, ya en barro rojo, ya en blanco, ramazones, raros caprichos, garras y alas, nubes y soles, trazados con líneas negras.

En las muestras groseras de escultura, en lava de volcán la una, en granito otra, las más en barro cocido, notábase la fidelidad excesiva en los detalles que distingue el arte de los pueblos primitivos y los primeros dibujos de los niños,—y un singular poder—que parece pertenecer solo al arte aborigen americano entre todas las artes de pueblos rudimentarios,—de dar perfecta expresión y significación espiritual a las facciones irregulares, y a veces a la figura entera.—Una mujer sentada, una figura en reposo reclinada de espaldas, y un

² Hacha ligera de guerra de los indígenas de tribus de Norteamérica, también usada en algunas ceremonias.[Nota de OCEC]

cómico diosillo del dolor, hecho en barro que brillaba como si tuviese arenas de oro, eran las tres esculturas más notables.

En la figura de la mujer, todo lloraba; los ojos entrecerrados, las mejillas plegadas, las trenzas deshechas en la espalda seca, los senos cadentes. En la del hombre reclinado, figura que adornó acaso un sepulcro, se veía la afable sonrisa de un espíritu que se exhala satisfecho, y el reposo aún tibio de la muerte nueva. El dios del dolor, de arte modernísimo, hacía reír involuntariamente, no tanto por lo elemental del dibujo y labor, cuanto por la chispeante y afortunada burla del hombre blanco que revela. La estatuilla, sin ropas, se lleva las manos al vientre; la cabeza, empinada en un lánguido cuello, hace una mueca que recuerda al Luis XIV desnudo de Thackeray:—que cuando Thackeray se ponía a hacer caricaturas, las hacía tan buenas como sus novelas.—Y el escultor indio ha adornado la cara de su Dios de barro con un par de bigotes de estopa que, hirsutos y rubios, añaden comedia a la traviesa figura.

De arte antiguo, había poco, y todo lo que había, era hecho de los objetos más cercanos que ofrece al hombre primitivo la naturaleza, y en la hora misma en que el arte civilizado discurre medios e inventa adornos que parece que no han de ser ya superados por artífices humanos. En una misma época, y a un mismo tiempo unos hombres trabajan y convierten los elementos más rebeldes y recónditos de la naturaleza, y otros emplean apenas los más superficiales y burdos. La edad de piedra subsiste en medio de la edad moderna. No hay leyes de la vida adscritas a una época especial de la historia humana. Dondequiera que nace un pueblo nuevo, allí renace con él,

nueva, grandiosa y feral,—la vida. En una sala se veían los cuadros de Pasini, que pinta la luz, y otro de Fortuny, que pinta el aire ambiente: en la de arte aborigen, centenares de flechas de sílex, labradas casi a nuestros ojos, algunas tan diminutas y bien trabajadas que parecían bellas.

Y por sobre todos estos objetos, que parecen los útiles de una época de transición de la fiera al hombre, de la nerviosa y esbelta fiera americana al inquieto y brillante hombre de América moderno; sobre los armarios llenos de borceguíes, cintos, tahalíes, vainas de cuchillos, delantales completamente cubiertos, cuando no exclusivamente fabricados de cuentas de colores; por sobre la curiosa parafernalia de la danza del Sol, hecha toda de muñecos de cartón pintado de colores, con grandísimas e intrincadas ramazones colocadas como un halo alrededor de la cabeza,—flotaba, como símbolo de la época de donde vienen y del tránsito a aquella en que se confunden, la bandera blanca, con sus ocho estrellas rojas y sus tres puntas rojas y azules, de los viejos y ya domados tuscaroras, miedo un tiempo y azote de las tierras hoy prósperas de la Nueva Carolina.

Y en medio de la bandera rectangular de lienzo blanco, por encima de una hilera de animales,—oso, caballo, perro, pato, tortuga, recortados en paños de colores, y supercosidos,—un águila, con las alas abiertas, se remonta por el cielo, apretando entre sus garras a una horrible serpiente.

La América, Nueva York, enero de 1884.

OCEC, t. 19, pp. 47-50.

Autores americanos aborígenes

La pompa de los samanes, la elegancia de las palmeras, la varia y brillante fronda que viste a los montes americanos—lucen en los restos de obras de autores indios que se salvaron de manos de obispos Landas y Zumárragas. No se quiebran los rayos del sol persa en más ricos matices sobre la montura de plata y piedras preciosas de aquellos caballeros de sable duro y túnica de seda—que en abundantes y fáciles colores se rompe, amplía como un manto, la frase india. Lo negará solo quien no haya leído un cuento de batalla o un título de propiedad de los indios guatemaltecos. El *Mahabharata* es más sentencioso: el *Schah-Nameh*, más grave: las profecías de *Chilam Balam* el yucateco, más reposadas y profundas: las odas de Netzahualcóyotl mexicano, más sublimes; más apasionados los dramas peruanos, el *Apu-Ollantay*, el *Usca Paucar* acaso: resplandecen las tradiciones de Fingal, como túnica cuajada de diamantes; pero como arroyo, como caballo nuevo de paso alado y crines de colores, como cinta de mago que en incontables vueltas se entrelaza y crece, como mar recién hecho que fulgura a una luz sana y virgen, o como a sol no enrojecido por los vapores de la sangre, brillaría en mañana de agosto

un ejército parlero de indias coronadas de campanillas azules e indios cubiertos de penachos plumados,—como río de joyas, o como si sus pensamientos desatase, sobre el riachuelo limpio de la selva una doncella pura,—brillan las pintorescas relaciones de aquellos quichés y zutujiles que sorprendió y domó en hora de querellas el tremendo Tonatiuh, el bello Alvarado.—Cuando un pueblo se divide, se mata. El ambicioso ríe en la sombra.

¿Ni cómo pudiera ser, dado que literatura no es otra cosa más que expresión y forma, y reflejo en palabras de la naturaleza que nutre y del espíritu que anima al pueblo que la crea; cómo pudiera ser que, contra la ley universal, no tuviese la literatura indígena las condiciones de esbeltez, armonía y color de la naturaleza americana?—Y esto no lo vemos solo los que amamos a los indios, como a un lirio roto: precisamente escribimos estas líneas para dar noticia del libro curioso en que un autor norteamericano halla esas cualidades en los retazos de obras que de los indígenas se conocen, y en todas aquellas en que después de la conquista mostró su abundancia y gallardía, ya en las lenguas patrias, ya en la de los conquistadores, el ingenio nativo. ¡Qué instituciones tenía Tlaxcala! ¡qué bravos, Mayapán! ¡Teotitlán, qué escuelas! ¡Copán, qué circo! México, qué talleres, plazas y acueductos! ¡Zempoala, qué templos! ¡los Andes, qué calzadas! ¿Qué importa que vengamos de padres de sangre mora y cutis blanco? El espíritu de los hombres flota sobre la tierra en que vivieron, y se le respira. Se viene de padres de Valencia y madres de Canarias,—y se siente correr por

las venas la sangre enardecida de Tamanaco y Paramaconi, y se ve como propia la que vertieron por las breñas del cerro del Calvario, pecho a pecho con los Gonzalos de férrea armadura, los desnudos y heroicos caracas! Bueno es abrir canales, sembrar escuelas, crear líneas de vapores, ponerse al nivel del propio tiempo, estar del lado de la vanguardia en la hermosa marcha humana;—pero es bueno, para no desmayar en ella por falta de espíritu o alarde de espíritu falso, alimentarse, por el recuerdo y por la admiración, por el estudio justiciero y la amorosa lástima, de ese ferviente espíritu de la naturaleza en que se nace, crecido y avivado por el de los hombres de toda raza que de ella surgen y en ella se sepultan. Solo cuando son directas prosperan la política y la literatura. La inteligencia americana es un penacho indígena. ¿No se ve cómo del mismo golpe que paralizó al indio, se paralizó a América? Y hasta que no se haga andar al indio,—no comenzará a andar bien la América.

Los Estados Unidos tienen muy buenos americanistas, y Daniel G. Brinton es de los mejores. Ahora acaba de publicar en libro una buena memoria en que contó el año pasado a los americanistas congregados en Copenhague todo lo que se sabe de obras indígenas. Demuestra cuán amplio, apropiado y flexible era el vocabulario de los aborígenes. Descubre en ellos, y señala con calor, una facultad literaria poderosa. Como la impresión en ellos era viva, la necesidad de la expresión era inmediata. Gustaban de narrar, y lo

hacían con abundancia y gracia. El color les fue siempre necesario, y como accidente indispensable de sus cuentos. Campean en cuanto se conoce de los indios un alma ingenua y una imaginación vívida. Vese en sus ruinas como en sus manuscritos su gusto por la simetría y el ornamento. Sus Atreos y sus Tiestes tuvieron los griegos, y voluble Europa; también los indios los tuvieron, y luchas entre las familias y casas rivales, que, a juzgar por las escasísimas páginas interpretadas en sus letras y signos, con más lujo y pasión están contadas en sus pergaminos y sus piedras que las de atridas y pelópidas en el glorioso romance griego. ¡Qué augusta, la *Iliada* de Grecia! ¡Qué brillante, la *Iliada* indígena! Las lágrimas de Homero son de oro: copas de palma, pobladas de colibríes, son las estrofas indias.

En el libro de Brinton, no hay solo hechos y deducciones, sino lista de documentos: ha unido al libro un índice de todo lo que hoy se conoce y se tiene como escrito por autores indígenas. En el Norte, ocupado de ampararse de las fieras y del frío, apenas tuvo el indio tiempo para dejar memoria dibujada o escrita de sus combates: y en guerra siempre, como pueblo pobre, y en marcha sobre los pueblos cálidos, más escribió con la flecha que con el pincel. Pero en las tierras calientes, adonde vendrán al fin a abrigarse todos los hombres,—la poesía, que nace del reposo, y la imaginación, suntuosa en los pueblos de naturaleza rica, con todos sus colores vistosos florecieron. ¡Manto admirable

echó naturaleza sobre los hombros de la América! Se verá un espectáculo sublime, el día que se sienta con fuerzas, y despierte!: ¡qué franjas, nuestros ríos!; nuestros montes, qué rosas! ¡qué bordados, nuestros pensamientos! ¡nuestras almas, qué águilas!—¡Manto admirable echó naturaleza sobre los hombres de la América!

La América, Nueva York, abril de 1884.

OCEC, t. 19, pp. 120-122.

El hombre antiguo de América y sus artes primitivas

Cazando y pescando; desentendiéndose a golpes de pedernal del tigrillo y el puma y de los colosales paquidermos; soterrado de una embestida de colmillo el tronco montuoso en que se guarecía, vivió errante por las selvas de América el hombre primitivo en las edades cuaternarias. En amar y en defenderse ocupaba acaso su vida vagabunda y azarosa, hasta que los animales cuaternarios desaparecieron, y el hombre nómada se hizo sedentario. No bien se sentó, con los pedernales mismos que le servían para matar al ciervo, tallaba sus cuernos duros; hizo hachas, arpones y cuchillos, e instrumentos de asta, hueso y piedra. El deseo de ornamento, y el de perpetuación, ocurren al hombre apenas se da cuenta de que piensa: el arte es la forma del uno: la historia, la del otro. El deseo de crear le asalta tan luego como se desembaraza de las fieras; y de tal modo, que el hombre solo ama verdaderamente, o ama preferentemente, lo que crea. El arte, que en épocas posteriores y más complicadas puede ya ser producto de un ardoroso amor a la belleza, en

los tiempos primeros no es más que la expresión del deseo humano de crear y de vencer. Siente celos el hombre del hacedor de las criaturas; y gozo en dar semejanza de vida, y forma de ser animado, a la piedra. Una piedra trabajada por sus manos, le parece un Dios vencido a sus pies. Contempla la obra de su arte satisfecho, como si hubiera puesto un pie en las nubes.—Dar prueba de su poder y dejar memoria de sí son ansias vivas en el hombre.

En colmillos de elefantes y en dientes de oso, en omóplatos de renos y tibias de venado esculpían con sílices agudos los trogloditas de las cuevas francesas de Vézère las imágenes del mamut tremendo, la foca astuta, el cocodrilo venerado y el caballo amigo. Corren, muerden, amenazan aquellos brutales perfiles. Cuando querían sacar un relieve, ahondaban y anchaban el corte. La pasión por la verdad fue siempre ardiente en el hombre. La verdad en las obras de arte es la dignidad del talento.

Por los tiempos en que el troglodita de Vézère cubría de dibujos de pescados los espacios vacíos de sus escenas de animales, y el hombre de Laugerie-Basse representaba en un cuerno de ciervo una palpitante escena de caza, en que un joven gozoso de cabello hirsuto, expresivo el rostro, el cuerpo desnudo, dispara, seguido de mujeres de senos llenos y caderas altas, su flecha sobre un venado pavorido y colérico, el hombre sedentario americano imprimía ya sobre el barro blando de sus vasijas hojas de vid o tallos de caña, o con la punta de una concha marcaba imperfectas líneas en sus obras

de barro, embutidas a menudo con conchas de colores, y a la luz del sol secadas.

En lechos de guano cubiertos por profunda capa de tierra y arboleda tupida se han hallado, aunque nunca entre huesos de animales cuaternarios ni objetos de metal, aquellas primeras reliquias del hombre americano. Y como a esas pobres muestras de arte ingenuo cubren suelos tan profundos y maleza tan enmarañada como la que ahora mismo solo a trechos deja ver los palacios de muros pintados y paredes labradas de los bravíos y suntuosos mayapanes, no es dable deducir que fue escaso de instinto artístico el americano de aquel tiempo, sino que, como a nuestros ojos acontece, vivían en la misma época pueblos refinados, históricos y ricos, y pueblos elementales y salvajes. Pues hoy mismo, en que andan las locomotoras por el aire, y como las gotas de una copa de tequila lanzada a lo alto, se quiebra en átomos invisibles una roca que estorba a los hombres,—hoy mismo, ¿no se trabajan sílices, se cavan pedruscos, se adoran ídolos, se escriben pictógrafos, se hacen estatuas de los sacerdotes del sol entre las tribus bárbaras?—No por fajas o zonas implacables, no como mera emanación andante de un estado de la tierra, no como flor de geología, pese a cuanto pese, se ha ido desarrollando el espíritu humano. Los hombres que están naciendo ahora en las selvas en medio de esta avanzada condición geológica, luchan con los animales, viven de la caza y de la pesca, se cuelgan al cuello rosarios de guijas, trabajan la piedra, el asta y el hueso, andan desnudos y con el cabello hirsuto, como el cazador de Laugerie-Basse, como

los elegantes guerreros de los monumentos iberos, como el salvaje inglorioso de los cabos africanos, como los hombres todos en su época primitiva. En el espíritu del hombre están, en el espíritu de cada hombre, todas las edades de la naturaleza.

Las rocas fueron, antes que los cordones de nudos de los peruanos, y los collares de porcelana del Arauco, y los pergaminos pintados de México, y las piedras inscritas de la gente maya, las rocas altas en los bosques solemnes fueron los primeros registros de los sucesos, espantos, glorias y creencias de los pueblos indios. Para pintar o tallar sus signos elegían siempre los lugares más imponentes y bellos, los lugares sacerdotales de la naturaleza. Todo lo reducían a acción y a símbolo. Expresivos de suyo, no bien sufría la tierra un sacudimiento, los lagos un desborde, la raza un viaje, una invasión el pueblo, buscaban el limpio tajo de una roca, y esculpían, pintaban o escribían el suceso en el granito y en la siena. Desdeñaban las piedras deleznales.—De entre las artes de pueblos primitivos que presentan grado de incorrección semejante al arte americano, ninguno hay que se le compare en lo numeroso, elocuente, resuelto, original y ornamentado. Estaban en el albor de la escultura; pero de la arquitectura, en pleno mediodía. En los tiempos primeros, mientras tienen que tallar la piedra, se limitan a la línea; pero apenas puede correr libre la mano en el dibujo y los colores, todo lo recaman, superponen, encajean, bordan y adornan. Y cuando ya levantan casas, sienten daño en los ojos si un punto solo del pavimento o la techumbre no ostenta, recortada en la

faz de la piedra o en la cabeza de la viga, un plumaje rizado, un penacho de guerrero, un anciano barbudo, una luna, un sol, una serpiente, un cocodrilo, un guacamayo, un tigre, una flor de hojas sencillas y colosales, una antorcha. Y las monumentales paredes de piedra son de labor más enlozada y rica que el más sutil tejido de esterería fina. Era raza noble e impaciente, como esa de hombres que comienzan a leer los libros por el fin. Lo pequeño no conocían y ya se iban a lo grande. Siempre fue el amor al adorno dote de los hijos de América, y por ella lucen, y por ella pecan el carácter movable, la política prematura, y la literatura hojosa de los países americanos.

No con la hermosura de Tetzcontzingo, Copán y Quiriguá; no con la profusa riqueza de Uxmal y de Mitla, están labrados los dólmenes informes de la Galia; ni los ásperos dibujos en que cuentan sus viajes los noruegos; ni aquellas líneas vagas, indecisas, tímidas con que pintaban al hombre de las edades elementales los mismos iluminados pueblos del mediodía de Italia. ¿Qué es, sino cáliz abierto al sol, por especial privilegio de la naturaleza, la inteligencia de los americanos? Unos pueblos buscan, como el germánico; otros construyen, como el sajón; otros entienden, como el francés; colorean otros, como el italiano; solo al hombre de América es dable en tanto grado vestir como de ropa natural la idea segura de fácil, brillante y maravillosa pompa. No más que pueblos en cierne,—que ni todos los pueblos se cuajan de un mismo modo, ni bastan unos cuantos siglos para cuajar un pueblo,—no más que pueblos en bulbo eran aquellos en que

con maña sutil de viejos vividores se entró el conquistador valiente, y descargó su ponderosa herrajería, lo cual fue una desdicha histórica y un crimen natural. El tallo esbelto debió dejarse erguido, para que pudiera verse luego en toda su hermosura la obra entera y florecida de la naturaleza.— ¡Robaron los conquistadores una página al Universo! Aquellos eran los pueblos que llamaban a la Vía Láctea “el camino de las almas”; para quienes el Universo estaba lleno del Grande Espíritu, en cuyo seno se encerraba toda luz, del arco iris coronado como de un penacho, rodeado, como de colosales faisanes, de los cometas orgullosos, que paseaban por entre el sol dormido y la montaña inmóvil el espíritu de las estrellas; los pueblos eran que no imaginaron, como los hebreos, a la mujer hecha de un hueso y al hombre hecho de lodo; sino a ambos nacidos a un tiempo de la semilla de la palma!¹

La América, Nueva York, abril de 1884.

OCEC, t. 19, pp. 135-138.

¹ Referencia a la leyenda sobre el origen del hombre, de los indios tamanacos de Venezuela, a partir de la semilla de la palma moriche lanzada hacia atrás por Amalivaca. Dicha leyenda también es referida en su ensayo “Nuestra América” [Nota de *OCEC*]. Ver en esta selección.

El *Popol Vuh* de los quichés

Páginas del libro de José Milla

Si no por la originalidad de las pesquisas, ni por la novedad de sus teorías, es, entre otros méritos literarios, apreciable la *Historia Antigua de Centro América*, del guatemalteco don José Milla, por la imparcial y sencilla relación de la cosmogonía indígena. Cuanto hay escrito sobre estos curiosísimos asuntos, desdeñados solo por los que no lo conocen, Milla lo ha leído con inteligencia y reproducido con sinceridad. La misma falta de opinión propia que pudiera en estas materias señalársele como un defecto, ha venido a ser una buena condición, por cuanto no oscurece ni violenta las costumbres y creencias que relata, con el afán de hacer triunfar una teoría favorecida.

Véase cómo cuenta Milla el Génesis de los quichés:

“Como la *Biblia* de los hebreos, el *Popol Vuh* de los quichés comienza con el Génesis; haciendo mención de un ‘Creador y Formador Supremo, que engendra, que da el ser’ y a quien designa con diversos nombres; tales son el de ‘Tirador con cerbatana al tlacuatzín’,¹ y al chacal, ‘Gran Blanco Picador’, ‘Dominador’, ‘Serpiente cubierta de plumas’, ‘Corazón

¹ Semivulpeja. (Nota de *La América*). Tipo de zorra americana [Nota de OCEC]

de los lagos’, ‘Corazón del mar’, ‘Señor del planisferio que verdea’, ‘Señor de la superficie azulada’, epítetos u atributos que parecen encerrar un sentido alegórico. Además de ese criador supremo, que podría indicar un principio monoteísta en la religión de aquellos pueblos, se menciona también a un ‘abuelo’ y a una ‘abuela’ (*Xp̄iyacoc* y *Xmucané*), ‘Conservador y Protectora, dos veces abuelo, dos veces abuela’.

Esta creencia debe haber sido muy antigua entre los indios de la América Central, pues Las Casas encontró la tradición de que en los tiempos anteriores al diluvio adoraban al *abuelo* y a la *abuela*; y continuaron designando a la divinidad bajo esos nombres, hasta que, según la tradición, se les apareció una anciana que se suponía inspirada y les enseñó a llamar a Dios con otro nombre, aunque no decían cuál.

La cosmogonía de los quichés, según se encuentra expuesta en las primeras páginas del *Popol Vuh*, no carece de grandeza.

“Todo estaba suspenso, dice, todo en calma y silencioso; todo estaba inmóvil, pacífico y vacío en la inmesidad de los cielos... No había aún un solo hombre, ni un animal, ni pájaros, ni peces, ni cangrejos, ni madera, ni piedras, ni hoyos, ni barrancos, ni yerbas, ni bosques; solo el cielo existía.

”No se manifestaba aún la faz de la Tierra; solo estaba el mar tranquilo y el espacio de los cielos.

”No había cosa que formara cuerpo, que se asiera a otra, que se balanceara o que rozara, que hiciera oír un sonido en el cielo.

”No había más que inmovilidad y silencio en las tinieblas, en la noche. Solo están sobre el agua, como una luz que va creciendo, el Creador, el Formador, la Serpiente cubierta de plumas; los que engendran, los que dan el ser.

Están envueltos en verde y azul y por eso se llaman *Gucumatx*”.²

Hay algo de solemne y grandioso en esa oscuridad; ese silencio, esa inmovilidad de los elementos en los instantes que precedieron a la aparición de la vida sobre la faz de la Tierra.

Refiere a continuación cómo los creadores se reunieron y se consultaron acerca de la formación de los bosques y de las lianas y sobre la creación de la humanidad, y cómo apareció la luz durante aquella conferencia. Llama al Creador Supremo “Corazón del cielo” y “Huracán”, personaje en quien residen tres diversas entidades, el Relámpago, el Trueno y el Rayo, formando una sola persona. Dice enseguida cómo se dio principio a la creación del universo, relación que no carece de poesía. “Se mandó a las aguas que se retiraran; *Tierra*, dijeron, y al instante se formó. Como una niebla o una nube se verificó su formación y se levantaron las grandes montañas sobre las aguas como camarones. Formáronse la tierra, los

² Según Brasseur de Bourbourg (Comentario del *Libro sagrado*), *Gucumatx*, en lengua quiché, es lo mismo que “*Quetzacóatl*” [En *La América*, siempre “*Quetzalcóatl*”], en náhuatl, “*Cuculcán*” en maya y “*Cuchalcán*” en tzendal. Significa serpiente cubierta de plumas de quetzal (verde y azul). *Quetzalcóatl* era el dios principal de la mitología mexicana, o náhuatl (Nota de *La América*). [Nota de OCEC]

montes y las llanuras; dividióse el curso de las aguas y los arroyos se fueron a las montañas serpenteando”.

“Se procedió enseguida a la creación de los animales, guardianes de las selvas; los que pueblan los montes: ciervos, pájaros, leones; serpientes, víboras y cantiles, guardianes de las lianas.

”Asignáronseles sus habitaciones; se les promulgó la ley de la multiplicación, y dotándolos de la facultad de producir ciertos sonidos (cada uno según su especie), se les ordenó glorificar al Creador e invocar su nombre.

”Visto que no acertaban sino a producir acentos inarticulados, se les condenó a ser triturados por el diente, anunciándoles que su carne sería humillada”.

”Hízose enseguida un primer ensayo de formación del hombre, construyéndolo de barro; pero no sirvió. No tenía cohesión, movimiento ni fuerza. Era inepto, flojo, volvía la cara solo hacia un lado; su vista era turbia y no podía ver atrás. Dotado de lenguaje, carecía de inteligencia y pronto se deshizo en el agua, sin acertar a ponerse en pie.

”Reunido el consejo de los dioses, con el abuelo y la abuela, Xpiyacoc y Xmucané, se decidió proceder a un segundo ensayo, haciéndolo preceder de algunos sortilegios, para calcular el resultado de la nueva operación. Se fabricaron hombres de *tzitlé* y mujeres de *sibak*³ que engendraron hijos e hijas y se multiplicaron; pero les faltaba el corazón y la

³ *Tzitlé*, corcho. El *sibak* o sibaque (castellanizado) es, según Ximenes, la médula de la espadaña. (Nota de *La América*.) [Nota de OCEC]

inteligencia y no se acordaban de su Creador. Su faz se secó, sus pies y sus manos carecían de consistencia; no tenían sangre, humedad ni grasa; no pensaban en levantar la cabeza hacia su Creador y Formador. Tales fueron los primeros hombres, que en gran número, existieron sobre la faz de la Tierra. Seres imperfectos, que no pensaban, ni hablaban a su Creador, fueron condenados a perecer. El *Popol Vuh* hace una pintura viva y animada del cataclismo que ocasionó la destrucción de aquella primitiva raza humana.

”Se oscureció la faz de la Tierra y comenzó una lluvia tenebrosa, que no daba tregua ni de día ni de noche. Cayó una resina espesa que ahogaba a los hombres, y al mismo tiempo animales carnívoros les arrancaban los miembros y pulverizaban sus huesos y sus cartílagos. Todo se conjuró contra ellos; hasta los animales y objetos domésticos los improperaron y maldijeron. Desesperados los hombres corrían por todas partes; querían subir al techo de las casas, pero estos se desplomaban y los hacían caer; trepaban a los árboles; pero los árboles sacudían violentamente sus copas y los arrojaban a lo lejos; intentaban refugiarse en las cavernas, y las cavernas se cerraban y no les daban asilo.

”Así pereció aquella generación, de la cual quedó únicamente una especie de hombres degenerados (los monos), recuerdo perpetuo de los maniqués que había destruido el cataclismo”.

La América, Nueva York, mayo de 1884.

OCEC, t. 19, pp. 205-208.

Una comedia indígena: El *Güegüense*

Librería de literatura aborígen

por Daniel G. Brinton

El *Ollantay* y el *Rabinal Achí*

El teatro indígena

Se sabe poco de la literatura de los indios de América: y como eran pueblos nuevos, es seguro que no la tuvieron muy perfecta, sobre todo en la dramática, que requiere complicados afectos y varia vida social, de cuyos conflictos se engendra y es copia; aunque los que con el buril fabrican escenas en la piedra, ¿cómo puede ser que no diesen en el arte más fácil de representarlas con el pincel o la palabra? Porque el teatro lo hacen los afectos y el aparato y la pompa; y es claro que en existiendo estos ya buscan salida y quieren perpetuarse: y cuando en la piedra se ven, como en los palacios de las ciudades mayas y en sus pinturas murales, claro está que los había, que es lo esencial, y que de alguna manera se expresaron, por ser el salirse afuera y grabarse en algo la tendencia de todo lo que existe. Y la literatura no es más que la expresión y forma de la vida de un pueblo, en que tanto su carácter espiritual, como las condiciones especiales de la

naturaleza que influye en él, y las de los objetos artificiales sobre que ejercita el espíritu sus órganos, y hasta el vestido mismo que se usa están como reflejados y embutidos. Pero con tan bárbaro rastrillo nivelaron la tierra india, a voces de Valverdes y Zumárragas, los conquistadores, y tan bien se juntaron el afán de estos de extinguir a los vencidos y el encono fiero de los clérigos vulgares contra la gente hereje, que no es maravilla que tan poco se sepa ahora de lo que expresaron y escribieron en Yucatán los ymeyes,¹ y en el Perú los amautas, y en Nicaragua los nahuates sabios. Centroamérica guarda todavía en ciertos títulos de propiedades de la época prehispana aún no publicados y en los escasos manuscritos que le dejó el abate Brasseur de Bourbourg, más materia original para deducir el carácter intelectual y la obra escrita de aquella esbelta e infortunada gente india, que lo que hasta ahora va presentado en los *Comentarios Reales* y libros de Sahagunes y Clavijeros. ¿Qué pueblo que, como el de México, tenía elevadas, a mirar al cielo, tan subidas torres, no sacaría de ellas por las condiciones mismas que a fabricarlas lo movieron, los cánticos y la sabiduría que inspiran la atmósfera profunda y el encendido cielo?

De comedias indígenas, que es de lo que vamos hablando, poquísimo se sabe, a no ser lo que revelan el *Rabinal Achí*,

¹ Médicos o curanderos entre los antiguos pueblos mayas, quienes ocupaban una destacada posición en la jerarquía social. La transcripción actual de esa voz maya es h'meenooob para el plural y h'meen para el singular. Aún se les llama así a dignatarios que cumplen funciones ceremoniales y sanativas en las poblaciones de Yucatán. [Nota de OCEC]

diálogo avivado con bailes, como tenían por uso escribirlos y representarlos los indios nahuates, que el abate Brasseur descubrió y sacó a luz, con aquellos ampulosos y ligeros comentarios suyos, y el *Ollantay*, escrito en quechua, en que andan en curiosa mezcla, y como si hubiese sido hecho de más de una mano, de una parte discreteos y sabrosos donaires de estilo que parecen salidos del mismísimo corral de la Pacheca, con primerías, matices y frondosidades de lenguaje que jamás tuvo escritor español, aun cuando viviese mucho entre indios y escribiese de ellos; y de otra parte unos caracteres y traza dramática que de lo indio no pueden arrancar, porque lo de español por todas partes le asoma, no con ciertas niñeces y asperezas que a un castellano pueden en justicia atribuirse; por no ser natural que el hijo de un pueblo y miembro de una civilización no esté tan penetrado de su espíritu que, al sacarse un drama del caletre, pinte las cosas propias suyas, y de su raza, que él mismo lleva en sí, como un sacristancillo mestizo pudiera dislocar y trabucar los ejercicios de la misa, si fuera puesto a decirla en vez del cura propietario.

En Nicaragua es seguro que existieron bailes hablados; y en México, que hubo por lo menos complicadas pantomimas; pero de esto mismo se deduce que la pantomima debió subir a comedia; porque de mudo no peca el pueblo americano, que de la naturaleza misma tiene la elocuencia; y no es dable suponer que pueblo hecho como el de México a reunirse en las plazas y a discutir sus negocios públicos, y nombrar sus senados y a perorar en estos, la cual práctica era tan extensa que hasta las mujeres la gozaban en Tlaxcala en representación

de sus maridos ausentes o muertos, no adicionara con chistes imprevistos, que pararían en diálogos en seguida y en trama luego, las ocasiones propicias que para lucir la mente les ofrecían las escenas que representaban. Que no se haya salvado comedia alguna de México nada quiere decir, puesto que no era de fijo tan fuerte como la piedra el pergamino en que estaban escritas; y de iglesias, y palacios, y talleres, y mercados, y escuelas públicas, y torres estaba México lleno, de piedra muy fuerte, y no ha quedado ninguna, sino que la cruz dio tan recio en ellas que las echó a tierra y las metió debajo de ella, y se levantó sobre sus ruinas.—¡Llorar hemos visto a un patriarca indio en las cercanías de México sobre los cimientos arrasados de uno que debió ser gran pueblo en las cercanías de Tlacotalpan; y ahora enseña sus raíces de piedra, sustento un día de espaciosas moradas, y tristes hoy y solas, como una elegía!

Daniel G. Brinton publica en Philadelphia una Librería de Literatura Americana Aborigen, de la que lleva ya sacados cuatro tomos: y el último nada menos es que una traducción cuidadosa del *Güegüense*, comedia mestiza escrita después de la conquista en un dialecto burdo, mezcla de castellano bajo y nahuatl, corrompido, en que con diálogo unas veces, y con danzas otras, se cuentan a grandes risas y con chistes gordos, cuando no picantes a más de rastreros, las ingeniosidades, invenciones y astucias con que uno de los americanos de la tribu burló a un alguacil, ante quien fue traído para que sufriera la pena de alguna supuesta o real bellaquería. Parece que el *Güegüense* tiene notable música; lo que hace de él una

como zarzuela india: Brinton la pone como la única comedia original de autores indios conocida, y con examen minucioso y citas oportunas demuestra que en espíritu, trazo, estilo y desarrollo, la farsa es india pura, y lo único que tiene de mestizo es el lenguaje.—Y para que no queden a ciegas los lectores, explica el publicador en una introducción ordenada y copiosa todo lo que se sabe del *Güegüense* y sus tiempos, y quiénes eran los nahuas y los mangües de Nicaragua, con descripción de sus bailes de teatro, forma natural de este en pueblo nuevo, que solían ser coreados como entre los griegos del tragos² y de Tespis; todo lo cual enriquece Brinton con muchos detalles sobre la música de los nahuates, que era animada y buena, y los instrumentos con que acompañaban sus danzas y canciones.

La América, Nueva York, junio de 1884.

OCEC, t. 19, pp. 235-238.

² Animal dedicado al sacrificio —en sustitución a la inmolación humana primitiva— en un ritual griego antiguo que, tras su evolución, diera origen al subgénero dramático tragedia. Está presente en la propia composición de la palabra, proveniente del griego *tragoidia*: *tragos* (cabra) y *aeidein* (cantar).
[Nota de *OCEC*]

Antigüedades americanas. Los esposos Le Plongeon: la Isla de Mujeres

Mucho puede aprender ahora sobre vida aborigene en América, quien tenga espacio para leer todo lo que sobre la Literatura, Religión, Historia y Costumbres de los indígenas se está publicando en los Estados Unidos, ya en semanarios y revistas, ya en libros meditados y lujosos.

Un semanario de ciencias que sale a luz en New York, y que por cierto se vende en las mesas de diarios en las esquinas a la par que otros semanarios de habilidades y láminas, publicaba no hace mucho una extensa y notable relación en que una estimable señora, leal compañera de su anciano y atrevido esposo, cuenta todo lo que recientemente ha descubierto entre las malezas de Yucatán el doctor Le Plongeon.

Hay, por frente a las costas de Yucatán, una Isla pacífica y bella, sembrada apenas de altas palmas, y donde en la fina arena nacen flores. Chipre no tiene bahía más apacible y bien cortada. Resplandece y vibra el aire, como alrededor de los templos de mármol en las islas griegas. La música, que en todas partes se oye, allí se ve; y en favonios y en céfiros se piensa, y se siente el espíritu en aquella hermosura consagrado. Hasta

las minuciosidades son bellezas; y la playa blanca está toda cruzada de bordados exquisitos, hilados como Alenzones y Malinas, que no son más que las huellas que durante la noche hacen, a la luz amorosa de la luna que los enciende e invita a aparejarse, los bruñidos y rosados cangrejos. El cementerio parece una paloma.

A esta tierra escondida la han llamado los pescadores canarios, que van de las Antillas por aquella mar a hacer su pesca, la Isla de Mujeres; acaso porque en tiempo de la revuelta de los indios yucatecos, que son gente simpática y bravía, emigraron de la península a la islilla encantadora gran número de familias timoratas, entre cuyas sencillas doncellas no tardan en hallar los pescadores leales y fáciles esposas. Cadena larga de oro mate les cae en vueltas por la caliente y redonda garganta; ciruelas parecen sus manos, de gruesas y pequeñas; cisnecillos sus pies: huelga el gracioso cuerpo en una fea camisola de lino; sentadas en la hamaca, la trenza da en el suelo; de hijas del mar parecen sus ardientes ojos verdes. Y así andan en la casa, y en la calle, y en visita, a menos que no sea noche de baile, en que el pueblo quiere festejar a algún barquero que se ausenta o viajero triste que los amó y predicó al paso, y en cuyo honor se visten de cristianas; suena la armónica, con tal o cual flauta o violín a medias cuerdas; enciéndense, con botellas por candeleros, las velas de esperma; vacíanse, que nunca faltan, algunos barrilillos de vino canario o ambrosía de Málaga, y se bailan, con gran deleite y cortesía, melosas danzas; tras de todo lo cual el pueblo en masa, con sus viejos y sus matronas a la cabeza,

y como ungido y purificado por la luz de la luna, acompaña hasta la goleta, llena de tortugas vivas que van a venderse en el mercado cercano de Belice, al buen viajero que deja de mal grado aquel pacífico recodo sin soberbia y sin ruidos, donde se bebe aún la vida primitiva a los pechos mismos de la fragante Naturaleza.

Por esas tierras andan desde hace años, recogiendo reliquias y desenterrando ruinas, aprendiendo las lenguas del país y hablando en ellas, alimentándose de frutas y de viandas en los campos, y del producto de sus trabajos de fotógrafos cuando están en ciudad, esas dos notables personas, unidas, más que por los lazos del matrimonio, por el incitante amor al misterio, y el valeroso desdén de las trabas, encogimiento y esterilidades de la vida urbana. El Doctor, pequeño como un lego, lleva la barba blanca a la cintura; y visto de perfil, parece que es el guerrero barbado esculpido en una de las tablillas del palacio de Chitchen Itzá; de lo cual se ha valido él con mucha astucia para arrancar secretos y confidencias a los indios. Y luego, que como viaja con su mujer, que en pantalones bombachos, blusa holgada, y sombrero de ancha ala le acompaña, los indios no le temen; que mujer es aroma y escudo, y nadie espera mal de ella, sino paz y todo género de bienes:—quien quiera conquistar a un pueblo no vaya con soldados, que al cabo de siglos los echará al fin el pueblo de la tierra, sino con su mujer y con sus hijos.—Van marido y mujer como alma y cuerpo, y se les ve en los ojos la grandeza que el desafío de los peligros y la constante victoria ha puesto en su alma. Ellos se entran por la selva, y huronean y

peregrinan en ella, hasta que dan con una ruina enmalezada, de cuya existencia tenían vaga noticia, y la desbrozan con sus manos. No bien descubren una piedra tumular, una columna quebrada, una cabeza de viga, un jeroglífico, una estatua, el Doctor se sienta a su lado o reclinado en ella, como domador de lo desconocido; y la señora Alicia, que ama a su anciano, adereza sus enseres de fotografía, y retrata el hallazgo.

Luego, el Doctor, que es persona vivaz, suele querer sacar del país yucateco las ruinas que descubre; y rechaza, o porque le parece poco, o porque no quiere ese género de paga, el dinero que, sobre la gloria del descubrimiento, el gobierno de México le ofrece; pero Yucatán es celoso de su antigua grandeza, y lo de andaluz que se les entró por la tierra indígena con la conquista, y les da todavía aires de pueblo moruno, no fue bastante a extirpar de su tierra llorosa y su atmósfera lúcida el alma india, que en las disposiciones artísticas, fantasía abundante, cuerpo fino y esbelto del yucateco, y amor por sus antigüedades se revela.

Ni a Le Plongeon, que es de Norte América, ni a Alicia su mujer, que es de Inglaterra, abaten estas que él mira como hostilidades, y no ella, persona de mayor calma y sentido: por cierto que no tiene más hermosura que la augusta que viene de saber desdeñar lo trivial y amar lo extraordinario. Joven es ella, como de unos treinta y seis años y más entendida en arqueología y en lenguas que su esposo: él, con sus luengas barbas, y a su mujer sumiso como un niño, es persona de más de sesenta años. Acaban de desenterrar grandes reliquias, y

de hallar bellas tumbas subterráneas, de poderosa e irregular arquitectura. Ahora andan de nuevo por la selva.

El Triunfo, La Habana, 6 de septiembre de 1884.

(Tomado de *La América*, Nueva York.)

Anuario del Centro de Estudios Martianos, La Habana, no. 5,
1982, pp. 15-17.

A Manuel de Jesús Galván

Nueva York, 19 de septiembre, 1884

Sr. Manuel de J. Galván

Señor y amigo:

Acabo en este momento de leer su *Enriquillo*. No supe decirle adiós desde que trabé con él conocimiento, y quedamos tan amigos, que se lo he de ir presentando a todo el mundo, para que me lo alaben y protejan, como si fuese cosa mía; lo cual es, por ser como será en cuanto se le conozca, cosa de toda nuestra América.

Pienso publicar los méritos del libro; pero no aguardo a esto para decir a Ud. cuánto gozo he tenido con su lectura. Leyenda histórica no es eso, sino novísima y encantadora manera de escribir nuestra historia americana. En el lenguaje, ¡qué castidad, prudencia y donosura! En las observaciones que esmaltan, como diamantes negros una sortija de oro, la narración amena, ¡qué dolorosa ciencia, aprendida, bien se ve, en continuados pesares! En la presentación de los caracteres, ¡qué maestría, gradación, justeza, acabamiento! ¿Cómo ha hecho Ud. para reunir en un solo libro novela, poema e historia?

No haga Vd. otra cosa, luego que concluya su tratado, que escribir cuentos como este, en que las excelencias son

tantas como las palabras, la trascendencia igual a la armonía, y la moderación comparable solo a la extrema belleza, y causa en mucho de ella.

¡Qué Enriquillo, que parece un Jesús! ¡Qué Mencía, casada más perfecta que la de fray Luis!

Y en todo, ¡qué poder y hermosura!; ¡qué transparencia en las escenas!; ¡qué profundidad en la intención!; ¡qué arte en todo el conjunto, que baja al idilio cuando es menester, y se levanta luego sin esfuerzo, y como a esfera natural, a la tragedia y la epopeya! Acaso sea esa la manera de escribir el poema americano.

Muy contento de haber hecho el conocimiento de Ud., que con prenda de tan señalada valía ha enriquecido nuestras letras, le saluda y queda a su servicio.

Su estimador y atento amigo

JOSÉ MARTÍ

OCEC, t. 17, pp. 381-382.

La cronología prehistórica de América

Daniel G. Brinton

A Brinton, de Filadelfia, debemos mucho los americanos. Por el respeto entra el amor: a quien se desdeña, no se puede querer: los pueblos de indios, como casi todos los de América, con ellos han de andar, o andarán poco contra ellos. Brinton, con lo mucho que sabe de Etnología y Arqueología, lleva publicados en su “Biblioteca de Literatura Aborigen” libros donde se ve que esta que por el mal trato de los españoles y la desidia nuestra parece raza bárbara, tuvo desde el nacer lengua admirable, rica imaginación, fiestas floridas. De nuestra América ya lleva Brinton publicadas “Las Leyendas Mayas”, una “Gramática de la lengua Cakchiquel”, y “El Gregüence, baile—comedia en el náhuatl—español de los primeros tiempos de la conquista”, donde resaltan la gracia y orden, naturales en aquella gente ingenua. Lo último de Brinton, que acaba de leerlo ante la Asociación de Adelanto de las Ciencias, es su “Noticia de los Datos Actuales para el Estudio de la Cronología Prehistórica de América”. Él es maestro en el asunto, como se conoce, entre otros libros, por sus “Autores Aborígenes de América, y sus obras”. Tan cierto es para él que la raza americana es de remota

antigüedad, como probable que el hombre no apareciese en América: “el hombre no pudo proceder de ninguno de los mamíferos fósiles conocidos en el continente; acaso vino del oeste de Europa por el puente de tierra preglaciar que la unía a América, y de Asia luego”. Pero en todo ve Brinton demostrada la antigüedad de la estirpe humana en América:— en los depósitos de conchas y huesos de especies distintas donde se han hallado restos de cerámicas y útiles de piedra pulidos con relativa habilidad, y en los arenales de Trenton y lugares varios, ricos en residuos paleolíticos que revelan la existencia del hombre americano en la época glacial, cuando no antes;—en lo esparcido del cultivo del maíz y del tabaco, que en edad remotísima se cosechaban, desde el Canadá hasta la Patagonia;—en las doscientas o más lenguas aborígenes diferentes de raíz en Norte y Sud América, lo que acusa una edad muy lejana, pues solo por la duración de ella pudo parar en esas opuestas ramas una raza cuyo común origen se comprueba por la identidad de los cráneos hallados en los depósitos cuaternarios más antiguos;—y en el descubrimiento de útiles de labor en los depósitos glaciares, lo que remonta la existencia del hombre en América hasta la época del hielo, hace unos treinta y cinco mil años.

El Economista Americano, Nueva York, agosto de 1887.

OC, t. 8, pp. 341-342 y t. 13, pp. 455-456.

Ramona, de Helen Hunt Jackson

[PRÓLOGO]

“**R**amona¹ es un libro que no puede dejarse de la mano: se le lee día y noche, y no se quisiera que el sueño nos venciese antes de terminar su lectura: está henchido de idealismo juvenil, sin dulzores románticos; de generosidad, sin morales pedagógicas; de carácter, sin exageradas minimeces; de interés alimentado con recursos nuevos, sin que el juicio más descontentadizo tenga que tacharlo de violento o falso. Lo atraviesa, como un rayo de luz, un idilio de amor americano. El ingenio hace sonreír, allí donde la pasión acaba de estallar. El diálogo pintoresco sucede a una descripción que rivaliza en fuerza de color con la naturaleza. No es un libro de hediondeces y tumores, como hay tantos ahora, allí donde la vida se ha maleado; sino un lienzo riquísimo, un recodo de pradera, un cuento conmovedor, tomado, como se toma el agua de un arroyo, de un país donde todavía hay poesía. Las palabras parecen caídas de los labios mismos de los ingenuos interlocutores: el escenario, distinto en cada

¹ José Martí se refiere en unos apuntes presumiblemente escritos para su traducción de la novela, a “la compasión por una raza infeliz” que ha inspirado este libro. Ver en *Fragmentos*, no. 282, OC, t. 22, pp. 177-178.

página, tiene todo el brillo de la pintura con el encanto de la historia: la acción, noble y ligera, se traba con tal verdad y alcance que allí donde la mujer más casta encuentra sano deleite, halla a la vez el crítico un libro digno de su atención y una robusta fábrica literaria”.

Eso dice de esta novela, verdaderamente notable, uno de sus críticos norteamericanos. Dice la verdad. Pocos libros interesan más que *Ramona*, y pocos dejan una impresión tan dulce. El primoroso gusto de su autora afamada, de Helen Hunt Jackson, le permitió escribir una obra de piedad, una obra que en nuestros países de América pudiera ser de verdadera resurrección, sin deslucir la magia de su cuento, la gracia de su idilio, la sobria novedad de sus escenas trágicas, la moderación artística de sus vigorosas descripciones, con aquel revolver de una idea fanática que no sienta en una obra de mero recreo y esparcimiento. Este libro es real, pero es bello. Las palabras relucen como joyas. Las escenas, variadas constantemente, excitan, con cuerdos descansos, las más diversas emociones. Los caracteres se sostienen por sí, y se albergan como entes vivos en el recuerdo después de la lectura. “¡Gracias!”, se dice sin querer al acabar de leer el libro; y se busca la mano de la autora, que con más arte que Harriet Beecher Stowe hizo en pro de los indios, en pro acaso de alguien más, lo que aquella hizo en pro de los negros con su *Cabaña del Tío Tom*. *Ramona*, según el veredicto de los norteamericanos, es, salvo las flaquezas del libro de la Beecher, otra *Cabaña*.

Helen Hunt Jackson, que tenía en su naturaleza “extraña mezcla de fuego y brillo de sol”; que, según otro de sus biógrafos, reunía a la sensatez de su amigo Emerson “toda la pasión y exuberancia tropicales”; que en su célebre *Siglo de infamia* es arrebatada como nuestra elocuencia y punzante como nuestras tunas; que en sus graves versos tiene la claridad serena de nuestras noches y el morado y azul de nuestras ipomeas, pinta con luz americana paisajes, drama y caracteres nuestros, sin que la novedad del asunto exagere o desvíe la verdad de lo que copia, sin que la gracia femenina haga más que realzar con atractivo nuevo la constante virilidad literaria, sin que la mira piadosa con que escribe le lleve a descuidar en un párrafo o incidente solo la armonía artística y meditada composición del libro, sin que el haber nacido en Norteamérica le oscureciese el juicio al estudiar, como estudió, en los manuscritos de los misioneros, en los archivos de sus conventos, en los papeles de las infelices familias mexicanas, la poesía y nobleza seductoras con que avasalla a sus rivales natos nuestra raza. Como Ticknor escribió la historia de la literatura española, Helen Hunt Jackson, con más fuego y conocimiento, ha escrito quizás en *Ramona* nuestra novela.

¿Deberá decirse aquí el estilo coloreado, la trama palpitante, la acabada y dramática pintura de nuestras antiguas haciendas, la alegre casa mexicana y su orden generoso, la mestiza arrogante que en la persecución y en la muerte va cosida a su indio, la belleza del país por donde pasan en su huida, el bíblico rincón donde amparan sus últimos ganados, su niña de “ojos de cielo”, sus desesperados amores, hasta

que los echa de él, como bestias perseguidas, alumbrándose con las astillas de la cuna rota, la vencedora raza rubia? Aquella vida serena de nuestros viejos solares campesinos; aquella familia amorosísima, agrupada, como los retoños al tronco del plátano, junto a la madre criada en la fe de la iglesia; aquellos franciscanos venerables, por cuya enérgica virtud pudo levantarse, con la fortaleza de los robles donde cobijaba su primer altar, una religión desfallecida; aquel manso infortunio de los indios, sumisos, laboriosos y discretos; y luego la catástrofe brutal de la invasión, la llamarada de la rebeldía, la angustia de la fuga, el frío final de muerte, sin que se extinga el sol ni palidezca el cielo, viven en estas páginas como si los tuviéramos ante los ojos. Resplandece el paisaje. El libro nos va dando hermanos e ideas. Se ama, se reposa, se anhela, se padece, se asiste a una agonía histórica en una naturaleza rebotante. Un arte sumo distribuye con mesura los fúlgidos colores. Se disfruta de un libro que sin ofender la razón calienta el alma, uno de los pocos libros que pueden estar a la vez sobre la mesa del pensador y en el recatado costurero. Todos hallarán en *Ramona* un placer exquisito: mérito el literato, color el artista, ánimo el generoso, lección el político, ejemplo los amantes, y los cansados entretenimiento.

JOSÉ MARTÍ

Nueva York, septiembre de 1887.

OCEC, t. 21, pp. 155-157.

Guatemala, la tierra del quetzal

W. I. Brigham

Desde el noble prólogo dice bien este libro honrado de su autor, que en él revela la cualidad, rara en los viajeros, de juzgar los países con arreglo a sus elementos e historia, y no a los cánones de la raza del crítico. No llega en el autor la fantasía, que por todas partes apunta y realza la obra, al grado de síntesis que pide el arte; ni los materiales, allegados con escrúpulos, se eslabonan y ayudan como pudiesen, en manos más acostumbradas a urdir libros; pero la nota fiel, la narración personal y viva y la cordialidad que hermosea estas laboriosas páginas; excusan de sobra algún error de juicio o equivocación histórica; como cuando supone a México, cuya historia real pasma y conforta, inferior en carácter y recursos a la tierra del quetzal indómito, menos varia y pujante; o cuando presenta como víctima de desórdenes y guerras a ese ameno rincón de Nicaragua, que es, en su pequeñez, como Suiza de América y ejemplo de repúblicas.

No entró Brigham por el maravilloso Río Dulce, cuyos basaltos de extraños jeroglíficos reviste la pompa de las enredaderas y las palmas, con aquel necio desdén del

Búfago corpulento por el hombre de tierras calurosas, en quien la viveza mental y el brío del corazón compensan con ventaja la poquedad de los miembros y el color tostado por la cercanía de un sol abrasante. “Amo los trópicos”, dice Brigham, que escribe con el encanto y fuerza de quien ama. Ni el hijo feliz del pueblo fundado por los apóstoles de la libertad y desenvuelto al influjo de señores benignos, el hijo de los Plymouth y de Penn, pide monumentos de república y civilización acabada al país tan bello como mísero, cuya gente nativa, que hizo a Izmachi de piedra y cimiento, no era por cierto indiada ruda; pero que, a la lanza de Alvarado, el rubio y ágil bribón que quemó vivo el señorío indio y le robó su más galana mujer, cayó bajo la dominación de aquellos en cuya historia no quiere entrar Brigham, porque “no sería viaje de recreo el que hubiera de hacer por entre cloacas de engaño y montes de tiranía”. Y siendo tales sus orígenes, y la desconfianza y el fanatismo la natural consecuencia, ¿qué más ha podido Guatemala hacer, constituida de hecho bajo un régimen patriarcal ansioso por levantarse a la dignidad de república, que producir para jefes de los departamentos hombres tales que, según Brigham, “pueden compararse con ventaja a los gobernadores de cualquiera de los Estados del Norte de la Unión Americana?”

El mérito del libro de Brigham está, sobre todo, en tal fidelidad a lo que ve, que, sin afean con la preocupación ni adornar con la simpatía el país fértil y modesto por donde viaja, queda este pintado por manos extranjeras como lo hubiese descrito un buen observador indígena. ¡Ay! ¿qué

han de dejar tras sí el indio aterrado, tan leal a lo suyo, que, cuando ha poco le profanaban sus ruinas de Utatlán, aún halló valor para alzarse a defenderlas, y el clérigo que exige adoración a “un Cristo de cuyas heridas salen imitando la sangre hilos carmesíes, y a cuya izquierda llora con un pañuelo de finísimo encaje, junto a los soldados romanos, un general guatemalteco?” “Amontonados en una sacristía vi cabezas y pies y brazos de santos, y barbas y pelucas, y un Cristo con las piernas combas y argolla en los tobillos, para atarlo a la muía el Domingo de Ramos”. “Yo, que en la cumbre del Sinaí, y ante Buda gigantesco, y frente a los dioses de Cantón y el Júpiter del Vaticano, he sentido animarse mi imaginación, nada solemne ni santo hallé en el santuario de Esquipulas, el santuario del Cristo negro, a no ser el retrato del primer arzobispo de Guatemala, Don Pedro Pardo de Figueroa”. “Aquellas imágenes—dice en otro lugar—me causaron repulsión mayor que cuando me detuve en el umbral del santuario de Kali, en la vecindad de Calcuta, y vi el ídolo odioso con los labios untados de sangre, y caído al pecho el collar de cabezas”.

¿No es maravilla, y prueba de la energía mental del país, que de esas supersticiones hayan surgido colegios nacionales excelentes, fieles correos, ferrocarril, penitenciaría, Cobán con sus cultivos, Quezaltenango con sus telares de “muchacha labor durable y bella”, Guatemala imperial, reclinada sobre el valle volcánico entre montes lujosos, como cesto de ópalos matizado de esmeraldas, con sus colegios que fueron conventos, con su juventud juiciosa y crítica que era ayer

torva esclava, con su gobierno que batalla en su forma de república contra la constitución pastoral que dejó España y mantuvo el clero, por quien España perdura en América; con sus hogares generosos donde crecen juntos en el patio el jazmín del Cabo y la bondad en el corazón, sin más cizaña que las pasiones de la religión falsa; con sus escuelas y bibliotecas y con su Instituto, rico en ciencias y letras, en maestros cultos y discípulos aprovechados, en útiles y aparatos de aprender, allí donde en la pared, como memento para los débiles y espuela para los cobardes, cuelga aún un cuadro en que los indios, sin más coraza que un peto de lana, ni más casco que una cabeza de jaguar, mueren bajo el diente de los mastines cebados a carne quiche por los conquistadores españoles? Ni el opresor halla excusa ¡indecorosa para quien la ofrece!, ni el oprimido desdén injusto, en este libro que, para retrato del país y enseñanza de los norteamericanos, fue Brigham escribiendo, sin disimular flaquezas ni escatimar méritos, hoy en el vapor que ancla en el lindo Livingstone, caserío y palmar de los pulcros negros caribes; mañana en mula, rumbo a las ruinas de Quiriguá, en cuyos monolitos perpetúa la imagen del hombre barbado, como doquiera que hubo mayas, la memoria de aquel sabio Votam que les fue de Cuba; y al otro día en caballo triunfante, cuando el alcalde de un pueblo por donde pasaba Barrios, que entonces presidía, dijo a Brigham que no tenía bestias, y Barrios le dijo al alcalde: “¡Pues hazlas para mañana, o lo vas a pagar caro!”

No en todo es justo el viajero, ni da con la razón de muchas cosas que la tienen; pero él vio el país como se debe

ver, acá metiéndose por la maleza, allá recogiendo maderas petrificadas, granos y flores, y por allí levantando, con ayuda de indios, al costo de \$3.75, una buena choza con techo de palma manaca; más lejos durmiendo al pie de los caobos, esencia y majestad de la flora del trópico, a la hora en que el vampiro, harto de la sangre de las caballerías, pasa rozándole el rostro con las alas. Las industrias ¿cómo han de estar por aquellos pueblos interiores? “El herrero que tiene clavos no tiene martillo”; eso sí, los colegiales responden de prisa a lo que Brigham les pregunta, y las cabezas de bastón “en la Antigua las tallan mejor que en Dieppe”, y los poconchis de Tamahú tienen buenos telares, y el indio es todo honor, y el ladino viveza, y el caribe leñador admirable y marinero; y donde hay para qué y cómo, se trabaja con brío; y las siembras son muchas y buenas y de tanta hermosura, que allí, no en Massachusetts, debieran vivir los campesinos que quieren llevar la vida venturosa; ¡qué plátanos; qué naranjas; qué trigo y maíz; qué variedad de palmas; qué rápidas cosechas!

Él describe los pueblos que visita, y las comidas, y el hotel, y lo que vio y oyó en ellos; en Escuintla la de las cañas, en Antigua la de ruinas, en Palín el de frutas; él alaba, como debe, el buen natural y honradez de la gente del país; él enumera y calcula la riqueza de aquella vegetación paradisíaca; él pesa y mide la tierra generosa que circunda los volcanes de Hunapú y los lagos ardientes, suelo de amor y lujo, cubierto de verde espeso y de más flores que hojas, flores menudas, bermejas y amarillas; él, ganado con la energía del orden natural lo que pierde con la falta de orden literario, resume el viaje, narrando

amenamente, en un capítulo de opinión, donde resulta amable, a pesar de sus trabajos de comienzo, la República; y en este libro, que en una noticia sobre volcanes y terremotos cuenta la historia de aquella naturaleza fragante, halla lugar, con ayuda del buen obispo Juarros y el capitán Fuentes, de la “Recordación Florida”, y el “Popol Vuh”, que tradujeron Brasseur y Xímenes, y Milla, que tomó su historia de estos, para narrar en fieles versículos la pintoresca creación de la biblia quiche, y cómo los buenos desdentaron a los malos, y llegó a ser príncipe de Umatlán hermosa el bravo y magnífico Tecum-Unam, odiado de cakchiqueles y zutujiles, que cayó muerto, con más heridas que poros, a los pies de Alvarado, cuando la lanza del español rubio tundió de un golpe el pájaro real que en defensa de su príncipe cayó sobre el de España, ¡el quetzal del Quiche, enamorado de su belleza y albedrío, que muere cuando cae preso, o cuando se le quiebra la pluma verde de la cola!

El Economista Americano, Nueva York, enero de 1888.

OC, t. 7, pp. 180-183.

Un viaje a México

EXCURSIÓN DE UN PINTOR YANQUI.—INTERESANTE RESEÑA.—
A TRAVÉS DEL PAÍS Y DE LAS COSTUMBRES

[Fragmentos]

Nueva York, 25 de abril de 1889

Señor Director de *La Nación*:

Hay libros en que parece que va acuñado el corazón, y hecho páginas y letras, donde se ve agonizar la esperanza y sangrar la vida. Hay libros semejantes a los pantalones que suele usar el pueblo español, en que están compuestos con retazos de pantalones que fueron, zurcidos en la hora de la necesidad, para que hagan oficio de tela corrida. Hay libros que es un dolor el verlos; donde las ideas francesas o alemanas andan vestidas de castellano de Commelerán, con la concordancia muy enmoñada y el régimen lleno de pingajos y abalorios, y la gorra de Francia haciendo piruetas debajo de la mantilla. Hay libros de gala, escritos con el corazón: que excusan con su sinceridad las ligerezas del juicio; libros como acuarelas, con un color que tiene algo de rosa y de miel, y una gracia como de pluma de ave blanca; libros de perla, leche y oro, como la cubierta del *Quitasol blanco en México*, del pintor elegante F. Hopkinson Smith. Es un americano de bigotes de punta, que calza guante cuando pinta como cuando escribe, y

no deja salir de su estudio un cuadro que no tenga reflejos de moaré, ni de su pluma una frase sin ala de pájaro, y elegancia de jardín, ni de sus prensas un libro que no lleve papel de rey y cubierta caprichosa. Este libro no es mucho: lo que cabe debajo de un quitasol, unas cuantas jarras, un zarape, una cruz de filigrana, una mantilla, un retazo de tisú, un ramo de flores. Calla lo que no debe, y juzga a medias lo que no ha logrado entender bien: pero ¿quién se enoja con un extranjero bien criado porque al empezar a hacer pininos en la lengua les cambie los acentos a las palabras?

Lo que importa es que el floretista tenga alma leal, aunque yerre en un quite o ponga demasiada mano en un pase. Lo que encanta es la ternura con que este fino caballero, criado entre sedas y joyas, compadece a la raza india como si fuera una hermana en desgracia, y llega de puro generoso a ser injusto, de puro lamentar la desdicha de Juan Diego a no ver el triunfo de Juárez. Lo que agrada es que este caminante, que ha andado, con su quitasol abierto, copiando cielos y visitando palacios, por toda Holanda, España e Italia, por la Selva Negra, Suiza y Palestina; este artista mimado que vende sus libros de papel japonés a cincuenta pesos, y es árbitro del gusto a quien la ciudad pide consejo para sus festivales y adornos; este entusiasta que ha dado la vuelta al mundo en busca de la gracia y el carácter, de la energía y los colores, escribe sobre México un libro que es un ramo de rosas, de rosas plenas que se salen del vaso, y donde dice que “México es la tierra más maravillosamente pintoresca de cuantas ilumina el sol”. “Hay dos paisajes que evoca siempre mi memoria cuando me veo

de súbito ante un cuadro grandioso de la naturaleza; uno es el pico de la Sierra Nevada granadina, donde Boabdil se volvió llorando a mirar por última vez el valle de la Vega: otro es la soberbia llanura de México y la lejana serranía, con toda su opulencia de palmeras, naranjales y olivos; la línea de plata de los lagos distantes, y la hermosa ciudad, la Tenochtitlán de los antiguos. El Eldorado de Cortés, centelleando como una joya en medio de aquella vasta extensión de verde y oro”.

Jamás podrá olvidar “esta tierra” de bondadosos saludos, de esmerada cortesía, de hospitalidad franca y abierta.

No fue Hopkinson-Smith a México a ver lo que se levanta, sino lo que muere; no visitó las escuelas, sino las sacristías, ni estudió instituciones, sino cuadros. España le selló la mente, y a Venecia, como todo el que la ha visto, la tiene sonrosada y perezosa, delante de los ojos; de modo que, sin ver que en el maíz molido del indio oaxaqueño hay médula para una nación, sin notar como una juventud entre francesa y griega, hecha por igual a la plomada y al toro, sucede a la generación de patriarcas que sacó de entre las serpientes el arca de la libertad, y desaparece en la vejez, por la virtud del heroísmo, con la gracia y el fuego de los jóvenes; sin reparar cómo, mordida de adentro y acechada de afuera, va levantándose, con sus venas de hierro y sus palacios de porcelanas, la nación a quien no ha dado aún bastante sosiego la fortuna para convertir el veneno heredado en savia trabajadora, y despertar de su espanto a la gran raza dormida;—dice que México es “como una Venecia tropical, y España semibárbara”. Pero eso es lunar del juicio, y no de la voluntad, en quien no es de aquella

especie fea de hombres que no tienen ojos para las rosas, sino para los gusanos, y van al rosal para ver donde es la mancha, y pregonaarla con clarines, en vez de aquietarse calladamente el alma con su aroma. Él fue a México para ver hermosuras y vejeces pintorescas, la calle donde crece la yerba, el muro donde se aloja el lagarto místico, el indio hierático y cortés, la iglesia polvorienta, descascarada, dormida, el celaje carmesí y el suntuoso horizonte. En México no visita los talleres, donde el mexicano inventa máquinas, sino los paseos, donde un caballero de mano de mujer para de una lazada el caballo huido. Va al canal de Santa Anita, a pintar, cómo vienen de las chinampas, cantando y charlando, en sus canoas de frutas, las indias coronadas de flores, pero no a las escuelas donde el blanco aprende, porque ya llegó la hora tranquila de enseñar con amor, la lengua en que ha de invitar a vivir al hombre estancado, al indio: no ve que hay otros conventos ahora, que son los de los profesores.

Lo nuevo no tiene encanto para este artista curioso, que se enoja cuando un plumero irreverente sacude el polvo de la sacristía; cuando deslucen con mojugangas de teatro, y cales y cortinones, una iglesia mohosa; cuando blanquean una cerca vieja, y le quitan con tijera brutal sus amapolas y sus lianas.

Los indios se le entran por el corazón, a los que él llama peones, en lo que van juntos indios y mestizos, que le parecen “raza desinteresada, paciente y sensible, de gran belleza personal, valor y refinamiento, capaz de la mayor cultura y digna del estudio más profundo”. Les halla “habilidad y gusto innatos”, y “una etiqueta y cortesanía en sus costumbres que

sorprende en una raza tiranizada”. No ve el indio médico, el indio pintor, el indio comerciante, el indio juez, el indio presidente, el indio triunfante, el indio libre: no ve más que “la pobreza desesperada y la miseria y sufrimientos diarios de esta gente infeliz, y la injusticia y la crueldad de todo”: lo dice como si se le oprimiera el corazón, y cerrara los ojos para no ver aquella “pobre raza mansa, sentada inmóvil durante horas enteras, arrebuja en el zarape, mirando enfrente de sí, humillada, degradada, esclavizada, desde Cortés hasta ahora, por una casta social tan rígida como las castas hindús”. Cita lo del cónsul Strother: “que los trabajadores de México se pasan la vida buscando el pan y la diversión, sin esperanza alguna, ni deseo de mejorar el futuro”; cita lo de Wells, el del “Estudio de México”, cuando contrasta “el ocio de los ricos que abandonan a manos mercenarias el cuidado y adelanto de sus haciendas, con la industria y habilidad de los indígenas que todo lo saben hacer con una tira de cuero”. No busca compañeros de casaca y ponche este artista trabajador, amigo de la naturaleza y de la gente humilde. El peón, el jardinero, el soldado, es su amigo. Sus amigos son Matías, “el pobre Matías” que no tiene nada que hacer, “ni de día ni de noche”, la viejecita que vende rosarios a la puerta de la iglesia; la niña india, de pelo de cascada que cose en la ventana, con su collar de cinta roja al cuello, el viejo de la plaza, que le regala un ramo de azaleas. El sabe cómo hacerse de amigos en las tierras donde se habla castellano: “un poco de cortesía y unas gotas de ceremonia”. Le falta el castellano, como cuando traduce el “beso a Ud. la mano” de una india cortés, por “bese Ud. mis

manos” y “la ley fuga” por “la ley fuego”; pero habla bien en pueblo extraño quien sabe sentarse en la plaza con un muchacho pobre a comer “naranjas, pan y café”. Y no es el pintor vagabundo despeinado, con el pantalón comido y los becerros sin embetunar, sino bien criado y bien puesto, como parece que debe ser el que anda con el arte: viaja de calzón corto, según es moda ahora para las excursiones campestres entre los yanquis jóvenes, y en el saco suelto le asoma un pañuelo de seda de color: el sombrero lo tiene más a menudo en la mano que en la cabeza, como conviene en país extraño: ni se le ve más bohemia que la que le retoza debajo de la mirada cortés, como niña traviesa que espera permiso para escaparse de la sala a saltar cercos y cazar mariposas.

Su estilo no va colgado de metáforas y adjetivos antepuestos, con cien cuentas de vidrio para un hilo de seda, sino suelto como un traje de viajar, sin que sobre palabra ni falte color, y tan notable, por su limpieza como por su desembarazo. La frase no tropieza, ni lleva al cuello tres collares, ni es como el Luis XIV, de Thackeray, todo peluca y bastón, que se quedaba en maniquí en cuanto le quitaban la pompa del adorno. Viene de adentro la hermosura del estilo, que llega a menudo a la elocuencia y solemnidad, como cuando, penetrado de involuntaria veneración, saluda en Chapultepec, los restos melancólicos de la civilización azteca; o cuando describe el interior de la catedral zacatecana, con las baldosas a medio arrancar, las paredes desnudas de su antigua riqueza, las mujeres sentadas por tierra, con el rebozo a los lados; uno que se confiesa con la cara clavada

a los agujeros; un indio que se prosterna ante el altar mayor y toca con la frente el último peldaño; una anciana que sale moviendo los labios y pasando las cuentas; otra que se arrodilla reverente ante “las imágenes rudas de los santos”. Y todo eso lo cuenta a la vez con la pluma y el lápiz, y repite en los finos dibujos del libro sus acuarelas mexicanas, su *Patio de mi bienhechor*, su *Parque y Jardín* de Guanajuato, su predilecta *Alameda* de Morelia, su fogoso estudio de la *Tierra Caliente*, sus “ahuehuetes” augustos, su *Orizaba* magnífico, arrebujaado en nubes, su *Playa de Pátzcuaro*, donde se yerguen en la arena resplandeciente dos palmas solitarias. Dibuja con esmero el pulcro maguay, los cántaros queretanos, las azaleas del jardín, el sitial de la sacristía, el banco del paseo, el quitasol con que hace el viaje por esta tierra “de sol italiano” “que no ha sondeado mucho”, por esta “nueva tierra santa”. [...]

Quema el suelo cuando entre en Aguas Calientes. La sombra retorcida de los troncos de árboles se pega a la tierra humeante, como culebras: el aire es rosado, violeta y verde azulado: a lo lejos se destaca en el cielo la torre de la iglesia, señora de aquella ciudad que parece un joyero, con sus techos rojos y amarillos, sus naranjales y sus patios. Por entre el polvo pasan los burros, cargados de pasto; las indias, de sombrero y trenzas, con el hijo a la espalda; los indios, con el huacal lleno de pollos o vasijas; en las termas se bañan al sol centenares de hombres, mujeres y niños, sin que se vea deshonestidad, ni haya más pared que el aire puro. Del zarape hacen tienda: bajo él desaparecen los vestidos, y, ¡al agua caliente!

Allí se pone a pintar Hopkinson-Smith, y cree ver dioses aztecas, mudos e infelices, en tres mozos de zarape que se encucillan a verle poner en colores el cuadro del baño, por más que, salvo lo del encucillarse es lícito creer que no tendría menos público si abriese el caballete en una plaza de Nueva York. Les conversa: les da cigarrillos: cree que se asombran de su cortesía, que se dicen entre sí con los ojos “¡es un blanco, es un blanco y no nos desprecia!” Dos jinetes de silla alta se bajaron a tomar un pulque. Unos muchachos juegan al loro. ¡Qué hermoso el jardín de San Marcos! ¡Que afable el jardinero, que le llena la mano de azaleas, y lo acompaña hasta la esquina para que no pierda el camino de la catedral!

En los mercados abundantísimos, lo más notable son los trabajos de alfarería, los cantaros, las botellas, las ollas, los tiestos de flores: dicen que son “muy despreciados” los alfareros, los plateros, los talabarteros, los artífices en madera y en pluma.

Celebra la variedad y belleza de la cerámica mexicana; la loza de Guadalajara, blanda y gris, bruñida y decorada con grecas y gargantillas de plata y oro; la dura y bruñida de Zacatecas, que parece caoba de piano reluciente; la laca japonesa de Uruápan; la loza de iris de Pátzcuaro, que tiene el secreto de la loza mora; la de Puebla que es casi porcelana; y el cristal de Venecia que hacen en Puebla, que “no se diferencia de un Salviati”. ¿Cómo se ha de ir de Aguas Calientes sin ver la iglesia de San Diego, con su pavimento de mosaico y su puerta labrada? A la espalda de la iglesia tocan el arpa, triángulo y tamboril, rodeados de gente, unos indios que

le parecen de “independencia y dignidad”, con un cantor “esbelto y de ojos grandes, hermoso, como un dios griego, con dientes como carreras de maíz”. [...]

Y ahora, a Morelia, con “este amigo pirata”, a Morelia en el ferrocarril, por entre haciendas ricas, por junto a los lagos repletos donde el que sale a buscar el desayuno vuelve con un pelícano y media docena de flamencos, bien lleve escopeta, bien cace como los indios, con la cuchilla que atan al extremo de una vara, para lacear el pájaro al levantarse: lo mismo que cuando pescan, que engañan al pez aficionado a la sombra, tendiéndole ramajes sobre un recodo de la orilla, donde con una red de hojas de maguey lo recogen a montones. Llegan a Morelia, y el amigo pide “¡una buena comida, magnífica: pescado asado en paja de maíz, pimientos rellenos con tomate y chile, higos y una taza de café de Uruápan, el mejor del mundo”. A la alameda . [...]

Allí se pasaría el pintor la vida si no tuviera que ir a Pátzcuaro, la ciudad dormida, la del lago a los pies y su cinta de colinas de verdor espeso, y sus islas de indios pescadores.

De la estación de Pátzcuaro lo lleva al hotel una diligencia fragorosa con rodaje de artillería y barandas y sendas en el interior, como una biblioteca. Café, tortilla de pimientos, fruta. Las casas, como árabes; los colgadizos, con toldos y flores, los faroles colgando de cadenas, de un lado a otro de las calles; las puertas y ventanas con arcos como en las tierras de encaje de la morería. Al pie del muro, el plátano, la caña,

el jazmín de malabar: en la iglesia de la Compañía, debajo del altar, “los huesos del obispo, envueltos en seda”. Compra café, loza laqueada, trabajos de pluma, y se embarca con el amigo en la más curiosa nave que vio el lago de Pátzcuaro, que era a la vez balsa y canoa, con la proa, en punta y la popa cuadrada, y un timón que tendía por el puente a los remeros cada vez que se le escapaba al timonel, y una vela que no quería andar, pegada al mástil tambaleante. Durante el viaje divisan a Xamicho, con sus ruinas de los jesuitas, ya mohosas, a Xarácuaro, con su convento mudo, señor de la aldea de adobe de los pescadores; a Ignatzi, con su teocalli santo, que se levanta, vigilado por los carros verdes, de entre su cerco de muros, ceñida de peldaños la pirámide de piedra, y allá en lo alto el templo en un rincón cubierto por las lianas compasivas: ¡se le acariciaría como a un anciano!

La Nación, Buenos Aires, 1ro. de junio de 1889.

OC, t. 19, pp. 335-339, 341-342 y 345-346, respectivamente.

Un juego nuevo y otros viejos

[Fragmento]

Los indios de México tenían cuando vinieron los españoles, esa misma danza del palo. Tenían juegos muy lindos los indios de México. Eran hombres muy finos y trabajadores, y no conocían la pólvora y las balas como los soldados del español Cortés, pero su ciudad era como de plata, y la plata misma la labraban como un encaje, con tanta delicadeza como en la mejor joyería. En sus juegos eran tan ligeros y originales como en sus trabajos. Esa danza del palo fue entre los indios una diversión de mucha agilidad y atrevimiento; porque se echaban desde lo alto del palo, que tenía unas veinte varas, y venían por el aire dando volteos y haciendo pruebas de gimnasio sin sujetarse más que con la soga, que ellos tejían muy fina y fuerte, y llamaban metate. Dicen que estremecía ver aquel atrevimiento; y un libro viejo cuenta que era “horrible y espantoso, que llena de congojas y asusta el mirarlo”.

Los ingleses creen que el juego del palo es cosa suya, y que ellos no más saben lucir su habilidad en las ferias con el garrote que empuñan por una punta y por el medio; o con la porra, que juegan muy bien. Los isleños de las Canarias, que

son gente de mucha fuerza, creen que el palo no es invención del inglés, sino de las islas; y si que es cosa de verse un isleño jugando al palo, y haciendo el molinete. Lo mismo que el luchar, que en las Canarias les enseñan a los niños en las escuelas. Y la danza del palo encintado; que es un baile muy difícil en que cada hombre tiene una cinta de un color, y la va trenzando y destrenzando alrededor del palo, haciendo lazos y figuras graciosas, sin equivocarse nunca. Pero los indios de México jugaban al palo tan bien como el inglés, más rubio, o el canario de más espaldas; y no era solo el defenderse con él lo que sabían, sino jugar con el palo a equilibrios, como los que hacen ahora los japoneses y los moros kabilas. Y ya van cinco pueblos que han hecho lo mismo que los indios: los de Nueva Zelandia, los ingleses, los canarios, los japoneses y los moros. Sin contar la pelota, que todos los pueblos la juegan, y entre los indios era una pasión, como que creyeron que el buen jugador era hombre venido del cielo, y que los dioses mexicanos, que eran diferentes de los dioses griegos, bajaban a decirle cómo debía tirar la pelota y recogerla. Lo de la pelota, que es muy curioso, será para otro día.

Ahora contamos lo del palo, y lo de los equilibrios que los indios hacían con él, que eran de grandísima dificultad. Los indios se acostaban en la tierra, como los japoneses de los circos cuando van a jugar a las bolas o al barril; y en el palo, atravesado sobre las plantas de los pies, sostenían hasta cuatro hombres, que es más que lo de los moros, porque a los moros los sostiene el más fuerte de ellos sobre los hombros, pero no sobre la planta de los pies. *Tzáá* le decían a este juego:

dos indios se subían primero en las puntas del palo, dos más se encaramaban sobre estos dos, y los cuatro hacían sin caerse muchas suertes y vueltas. Y los indios tenían su ajedrez, y sus jugadores de manos, que se comían la lana encendida y la echaban por la nariz: pero eso, como la pelota, será para otro día. Porque con los cuentos se ha de hacer lo que decía Chichá, la niña bonita de Guatemala:

—¿Chichá, por qué te comes esa aceituna tan despacio?

—Porque me gusta mucho.

La Edad de Oro, Nueva York, no. 1, julio de 1889.

Tomado de *La Edad de Oro. Edición facsimilar*, ensayo y notas de Maia Barreda Sánchez, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Ediciones Boloña, 2013, p. 28.

Las ruinas indias

No habría poema más triste y hermoso que el que se puede sacar de la historia americana. No se puede leer sin ternura, y sin ver como flores y plumas por el aire, uno de esos buenos libros viejos forrados de pergamino, que hablan de la América de los indios, de sus ciudades y de sus fiestas, del mérito de sus artes y de la gracia de sus costumbres. Unos vivían aislados y sencillos, sin vestidos y sin necesidades, como pueblos acabados de nacer; y empezaban a pintar sus figuras extrañas en las rocas de la orilla de los ríos, donde es más solo el bosque, y el hombre piensa más en las maravillas del mundo. Otros eran pueblos de más edad, y vivían en tribus, en aldeas de cañas o de adobes, comiendo lo que cazaban y pescaban, y peleando con sus vecinos. Otros eran ya pueblos hechos, con ciudades de ciento cuarenta mil casas, y palacios adornados de pinturas de oro, y gran comercio en las calles y en las plazas, y templos de mármol con estatuas gigantescas de sus dioses. Sus obras no se parecen a las de los demás pueblos, sino como se parece un hombre a otro. Ellos fueron inocentes, supersticiosos y terribles. Ellos imaginaron su gobierno, su religión, su arte, su guerra, su arquitectura, su industria, su

poesía. Todo lo suyo es interesante, atrevido, nuevo. Fue una raza artística, inteligente y limpia. Se leen como una novela las historias de los Nahuales y Mayas de México, de los Chibchas de Colombia, de los Cumanagotos de Venezuela, de los quechuas del Perú, de los Aymarás de Bolivia, de los Charrúas del Uruguay, de los Araucanos de Chile.

El quetzal es el pájaro hermoso de Guatemala, el pájaro de verde brillante con la larga pluma, que se muere de dolor cuando cae cautivo, o cuando se le rompe o lastima la pluma de la cola. Es un pájaro que brilla a la luz, como las cabezas de los colibríes, que parecen piedras preciosas, o joyas de tornasol, que de un lado fueran topacio, y de otro ópalo, y de otro amatista. Y cuando se lee en los viajes de Le Plongeon los cuentos de los amores de la princesa maya Ara, que no quiso querer al príncipe Aak porque por el amor de Ara mató a su hermano Chaak; cuando en la historia del indio Ixtlilxochitl se ve vivir, elegantes y ricas, a las ciudades reales de México, a Tenochtitlán y a Texcuco; cuando en la “Recordación Florida” del capitán Fuentes, o en las Crónicas de Juarros, o en la Historia del conquistador Bernal Díaz del Castillo, o en los Viajes del inglés Tomás Gage, andan como si losuviésemos delante, en sus vestidos blancos y con sus hijos de la mano, recitando versos y levantando edificios, aquellos gentíos de las ciudades de entonces, aquellos sabios de Chichén, aquellos potentados de Uxmal, aquellos comerciantes de Tulán, aquellos artífices de Tenochtitlán, aquellos sacerdotes de Cholula, aquellos maestros amorosos y niños mansos de Utatlán, aquella raza fina que vivía al sol y

no cerraba sus casas de piedra, no parece que se lee un libro de hojas amarillas, donde las eses son como efes y se usan con mucha ceremonia las palabras, sino que se ve morir a un quetzal, que lanza el último grito al ver su cola rota. Con la imaginación se ven cosas que no se pueden ver con los ojos.

Se hace uno de amigos leyendo aquellos libros viejos. Allí hay héroes, y santos, y enamorados, y poetas, y apóstoles. Allí se describen pirámides más grandes que las de Egipto; y hazañas de aquellos gigantes que vencieron a las fieras; y batallas de gigantes y hombres; y dioses que pasan por el viento echando semillas de pueblos sobre el mundo; y robos de princesas que pusieron a los pueblos a pelear hasta morir; y peleas de pecho a pecho, con bravura que no parece de hombres; y la defensa de las ciudades viciosas contra los hombres fuertes que venían de las tierras del Norte; y la vida variada, simpática y trabajadora de sus circos y templos, de sus canales y talleres, de sus tribunales y mercados. Hay reyes como el chichimeca Netzahualpili, que matan a sus hijos porque faltaron a la ley, lo mismo que dejó matar al suyo el romano Bruto; hay oradores que se levantan llorando, como el tlascalteca Xicotencatl, a rogar a su pueblo que no dejen entrar al español, como se levantó Demóstenes a rogar a los griegos que no dejasen entrar a Filipo; hay monarcas justos como Netzahualcoyotl, el gran poeta rey de los chichimecas, que sabe, como el hebreo Salomón, levantar templos magníficos al Creador del mundo, y hacer con alma de padre justicia entre los hombres. Hay sacrificios de jóvenes hermosas a los dioses invisibles del cielo, lo mismo que los hubo en Grecia,

donde eran tantos a veces los sacrificios que no fue necesario hacer altar para la nueva ceremonia, porque el montón de cenizas de la última quema era tan alto que podían tender allí a las víctimas los sacrificadores; hubo sacrificios de hombres, como el del hebreo Abraham, que ató sobre los leños a Isaac su hijo, para matarlo con sus mismas manos, porque creyó oír voces del cielo que le mandaban clavar el cuchillo al hijo, cosa de tener satisfecho con esta sangre a su Dios; hubo sacrificios en masa, como los había en la Plaza Mayor, delante de los obispos y del rey, cuando la Inquisición de España quemaba a los hombres vivos, con mucho lujo de leña y de procesión, y veían la quema las señoras madrileñas desde los balcones. La superstición y la ignorancia hacen bárbaros a los hombres en todos los pueblos. Y de los indios han dicho más de lo justo en estas cosas los españoles vencedores, que exageraban o inventaban los defectos de la raza vencida, para que la crueldad con que la trataron pareciese justa y conveniente al mundo. Hay que leer a la vez lo que dice de los sacrificios de los indios el soldado español Bernal Díaz, y lo que dice el sacerdote Bartolomé de las Casas. Ese es un nombre que se ha de llevar en el corazón, como el de un hermano. Bartolomé de las Casas era feo y flaco, de hablar confuso y precipitado, y de mucha nariz; pero se le veía en el fuego limpio de los ojos el alma sublime.

De México trataremos hoy, porque las láminas son de México. A México lo poblaron primero los toltecas bravos, que seguían, con los escudos de cañas en alto, al capitán que llevaba el escudo con rondelas de oro. Luego los toltecas

se dieron al lujo; y vinieron del Norte con fuerza terrible, vestidos de pieles, los chichimecas bárbaros, que se quedaron en el país, y tuvieron reyes de gran sabiduría. Los pueblos libres de los alrededores se juntaron después, con los aztecas astutos a la cabeza, y les ganaron el gobierno a los chichimecas, que vivían ya descuidados y viciosos. Los aztecas gobernaron como comerciantes, juntando riquezas y oprimiendo al país; y cuando llegó Cortés con sus españoles, venció a los aztecas con la ayuda de los cien mil guerreros indios que se le fueron uniendo, a su paso por entre los pueblos oprimidos.

Las armas de fuego y las armaduras de hierro de los españoles no amedrentaron a los héroes indios; pero ya no quería obedecer a sus héroes el pueblo fanático, que creyó que aquellos eran los soldados del dios Quetzalcoatl que los sacerdotes les anunciaban que volvería del cielo a libertarlos de la tiranía. Cortés conoció las rivalidades de los indios, puso en mal a los que se tenían celos, fue separando de sus pueblos acobardados a los jefes, se ganó con regalos o aterró con amenazas a los débiles, encarceló o asesinó a los juiciosos y a los bravos; y los sacerdotes que vinieron de España después de los soldados echaron abajo el templo del dios indio, y pusieron encima el templo de su dios.

Y ¡qué hermosa era Tenochtitlán, la ciudad capital de los aztecas, cuando llegó a México Cortés! Era como una mañana todo el día, y la ciudad parecía siempre como en feria. Las calles eran de agua unas, y de tierra otras; y las plazas espaciosas y muchas; y los alrededores sembrados de una gran arboleda. Por los canales andaban las canoas, tan

veloces y diestras como si tuviesen entendimiento; y había tantas a veces que se podía andar sobre ellas como sobre la tierra firme. En unas venían frutas, y en otras flores, y en otras jarros y tazas, y demás cosas de la alfarería. En los mercados hervía la gente, saludándose con amor, yendo de puesto en puesto, celebrando al rey o diciendo mal de él, curioseando y vendiendo. Las casas eran de adobe, que es el ladrillo sin cocer, o de calicanto, si el dueño era rico. Y en su pirámide de cinco terrazas se levantaba por sobre toda la ciudad, con sus cuarenta templos menores a los pies, el templo magno de Hutzilopochtli, de ébano y jaspes, con mármol como nubes y con cedros de olor, sin apagar jamás, allá en el tope, las llamas sagradas de sus seiscientos braseros. En las calles, abajo, la gente iba y venía, en sus túnicas cortas y sin mangas, blancas o de colores, o blancas y bordadas, y unos zapatos flojos, que eran como sandalias de botín. Por una esquina salía un grupo de niños disparando con la cerbatana semillas de fruta, o tocando a compás en sus pitos de barro, de camino para la escuela, donde aprendían oficios de mano, baile y canto, con sus lecciones de lanza y flecha, y sus horas para la siembra y el cultivo: porque todo hombre ha de aprender a trabajar en el campo, a hacer las cosas con sus propias manos, y a defenderse. Pasaba un señorón con un manto largo adornado de plumas, y su secretario al lado, que le iba desdoblado el libro acabado de pintar, con todas las figuras y signos del lado de adentro, para que al cerrarse no quedara lo escrito de la parte de los dobles. Detrás del señorón venían tres guerreros con cascos de madera, uno con forma de cabeza de

serpiente, y otro de lobo, y otro de tigre, y por afuera la piel, pero con el casco de modo que se les viese encima de la oreja las tres rayas que eran entonces la señal del valor. Un criado llevaba en un jaulón de carrizos un pájaro de amarillo de oro, para la pajarera del rey, que tenía muchas aves, y muchos peces de plata y carmín en peceras de mármol, escondidos en los laberintos de sus jardines. Otro venía calle arriba dando voces, para que abrieran paso a los embajadores que salían con el escudo atado al brazo izquierdo, y la flecha de punta a la tierra a pedir cautivos a los pueblos tributarios. En el quicio de su casa cantaba un carpintero, remendando con mucha habilidad una silla en figura de águila, que tenía caída la guarnición de oro y seda de la piel de venado del asiento. Iban otros cargados de pieles pintadas, parándose a cada puerta, por si les querían comprar la colorada o la azul, que ponían entonces como los cuadros de ahora, de adorno en las salas. Venía la viuda de vuelta del mercado con el sirviente detrás, sin manos para sujetar toda la compra de jarros de Cholula y de Guatemala; de un cuchillo de obsidiana verde, fino como una hoja de papel; de un espejo de piedra bruñida, donde se veía la cara con más suavidad que en el cristal; de una tela de grano muy junto, que no perdía nunca el color; de un pez de escamas de plata y de oro que estaban como sueltas; de una cotorra de cobre esmaltado, a la que se le iban moviendo el pico y las alas. O se paraban en la calle las gentes, a ver pasar a los dos recién casados, con la túnica del novio cosida a la de la novia, como para pregonar que estaban juntos en el mundo hasta la muerte; y detrás les corría un chiquitín,

arrastrando su carro de juguete. Otros hacían grupos para oír al viajero que contaba lo que venía de ver en la tierra brava de los zapotecas, donde había otro rey que mandaba en los templos y en el mismo palacio real, y no salía nunca a pie, sino en hombros de los sacerdotes, oyendo las súplicas del pueblo, que pedía por su medio los favores al que manda al mundo desde el cielo, y a los reyes en el palacio, y a los otros reyes que andan en hombros de los sacerdotes. Otros, en el grupo de al lado, decían que era bueno el discurso en que contó el sacerdote la historia del guerrero que se enterró ayer, y que fue rico el funeral, con la bandera que decía las batallas que ganó, y los criados que llevaban en bandejas de ocho metales diferentes las cosas de comer que eran del gusto del guerrero muerto. Se oía entre las conversaciones de la calle el rumor de los árboles de los patios y el ruido de las limas y el martillo. ¡De toda aquella grandeza apenas quedan en el museo unos cuantos vasos de oro, unas piedras como yugo, de obsidiana pulida, y uno que otro anillo labrado! Tenochtitlán no existe. No existe Tulán, la ciudad de la gran feria. No existe Texcuco, el pueblo de los palacios. Los indios de ahora, al pasar por delante de las ruinas, bajan la cabeza, mueven los labios como si dijese algo, y mientras las ruinas no les quedan atrás, no se ponen el sombrero. De ese lado de México, donde vivieron todos esos pueblos de una misma lengua y familia que se fueron ganando el poder por todo el centro de la costa del Pacífico en que estaban los nahuales, no quedó después de la conquista una ciudad entera, ni un templo entero.

De Cholula, de aquella Cholula de los templos, que dejó asombrado a Cortés, no quedan más que los restos de la pirámide de cuatro terrazas, dos veces más grande que la famosa pirámide de Cheops. En Xochicalco solo está en pie, en la cumbre de su eminencia llena de túneles y arcos, el templo de granito cincelado, con las piezas enormes tan juntas que no se ve la unión, y la piedra tan dura que no se sabe ni con qué instrumento la pudieron cortar, ni con qué máquina la subieron tan arriba. En Centla, revueltas por la tierra, se ven las antiguas fortificaciones. El francés Charnay acaba de desenterrar en Tula una casa de veinticuatro cuartos, con quince escaleras tan bellas y caprichosas, que dice que son “obra de arrebatador interés”. En la Quemada cubren el Cerro de los Edificios las ruinas de los bastimentos y cortinas de la fortaleza, los pedazos de las colosales columnas de pórfido. Mitla era la ciudad de los zapotecas: en Mitla están aún en toda su beldad las paredes del palacio donde el príncipe que iba siempre en hombros venía a decir al rey lo que mandaba hacer desde el cielo el dios que se creó a sí mismo, el Pitao-Cozaana. Sostenían el techo las columnas de vigas talladas, sin base ni capitel, que no se han caído todavía, y que parecen en aquella soledad más imponentes que las montañas que rodean el valle frondoso en que se levanta Mitla. De entre la maleza, alta como los árboles, salen aquellas paredes tan hermosas, todas cubiertas de las más finas grecas y dibujos, sin curva ninguna, sino con rectas y ángulos compuestos con mucha gracia y majestad.

Pero las ruinas más bellas de México no están por allí, sino por donde vivieron los mayas, que eran gente guerrera y de mucho poder, y recibían de los pueblos del mar visitas y embajadores. De los mayas de Oaxaca es la ciudad célebre de Palenque, con su palacio de muros fuertes cubiertos de piedras talladas, que figuran hombres de cabeza de pico con la boca muy hacia afuera, vestidos de trajes de gran ornamento, y la cabeza con penachos de plumas. Es grandiosa la entrada del palacio, con las catorce puertas, y aquellos gigantes de piedra que hay entre una puerta y otra. Por dentro y fuera está el estuco que cubre la pared lleno de pinturas rojas, azules, negras y blancas. En el interior está el patio, rodeado de columnas. Y hay un templo de la Cruz, que se llama así, porque en una de las piedras están dos que parecen sacerdotes a los lados de una como cruz, tan alta como ellos; solo que no es cruz cristiana, sino como la de los que creen en la religión de Buda, que también tiene su cruz. Pero ni el Palenque se puede comparar a las ruinas de los mayas yucatecos, que son más extrañas y hermosas.

Por Yucatán estuvo el imperio de aquellos príncipes mayas, que eran de pómulos anchos, y frente como la del hombre blanco de ahora. En Yucatán están las ruinas de Sayil, con su Casa Grande, de tres pisos, y con su escalera de diez varas de ancho. Está Labná, con aquel edificio curioso que tiene por cerca del techo una hilera de cráneos de piedra, y aquella otra ruina donde cargan dos hombres una gran esfera, de pie uno, y el otro arrodillado. En Yucatán está Izamal, donde se encontró aquella Cara Gigantesca, una cara de piedra de

dos varas y más. Y Kabah está allí también, la Kabah que conserva un arco, roto por arriba, que no se puede ver sin sentirse como lleno de gracia y nobleza. Pero las ciudades que celebran los libros del americano Stephens, de Brasseur de Bourbourg y de Charnay, de Le Plongeon y su atrevida mujer, del francés Nadaillac, son Uxmal y Chichén Itzá, las ciudades de los palacios pintados, de las casas trabajadas lo mismo que el encaje, de los pozos profundos y los magníficos conventos. Uxmal está como a dos leguas de Mérida, que es la ciudad de ahora, celebrada por su lindo campo de henequén, y porque su gente es tan buena que recibe a los extranjeros como hermanos. En Uxmal son muchas las ruinas notables, y todas, como por todo México están en las cumbres de las pirámides, como si fueran los edificios de más valor, que quedaron en pie cuando cayeron por tierra las habitaciones de fábrica más ligera. La casa más notable es la que llaman en los libros “del Gobernador”, que es toda de piedra ruda, con más de cien varas de frente y trece de ancho, y con las puertas ceñidas de un marco de madera trabajada con muy rica labor. A otra casa le dicen de las Tortugas, y es muy curiosa por cierto, porque la piedra imita una como empalizada, con una tortuga en relieve de trecho en trecho. La Casa de las Monjas sí es bella de veras: no es una casa sola, sino cuatro, que están en lo alto de la pirámide. A una de las casas le dicen de la Culebra, porque por fuera tiene cortada en la piedra viva una serpiente enorme, que le da vuelta sobre vuelta a la casa entera: otra tiene cerca del tope de la pared una corona hecha de cabezas de ídolos, pero todas diferentes y

de mucha expresión, y arregladas en grupos que son de arte verdadero, por lo mismo que parecen como puestas allí por la casualidad; y otro de los edificios tiene todavía cuatro de las diecisiete torres que en otro tiempo tuvo, y de las que se ven los arranques junto al techo, como la cáscara de una muela cariada. Y todavía tiene Uxmal la Casa del Adivino, pintada de colores diferentes, y la Casa del Enano, tan pequeña y bien tallada que es como una caja de China, de esas que tienen labradas en la madera centenares de figuras, y tan graciosa que un viajero la llama “obra maestra de arte y elegancia”, y otro dice que “la Casa del Enano es bonita como una joya”.

La ciudad de Chichén Itzá es toda como la Casa del Enano. Es como un libro de piedra. Un libro roto, con las hojas por el suelo, hundidas en la maraña del monte, manchadas de fango, despedazadas. Están por tierra las quinientas columnas; las estatuas sin cabeza, al pie de las paredes a medio caer; las calles, de la yerba que ha ido creciendo en tantos siglos, están tapiadas. Pero de lo que queda en pie, de cuanto se ve o se toca, nada hay que no tenga una pintura finísima de curvas bellas, o una escultura noble, de nariz recta y barba larga. En las pinturas de los muros está el cuento famoso de la guerra de los dos hermanos locos, que se pelearon por ver quién se quedaba con la princesa Ara: hay procesiones de sacerdotes, de guerreros, de animales que parece que miran y conocen, de barcos con dos proas, de hombres de barba negra, de negros de pelo rizado; y todo con el perfil firme, y el color tan fresco y brillante como si aún corriera sangre por las venas de los artistas que dejaron escritas en jeroglíficos y en pinturas la

historia del pueblo que echó sus barcos por las costas y ríos de todo Centroamérica, y supo de Asia por el Pacífico y de África por el Atlántico. Hay piedra en que un hombre en pie envía un rayo desde sus labios entreabiertos a otro hombre sentado. Hay grupos y símbolos que parecen contar, en una lengua que no se puede leer con el alfabeto incompleto del obispo Landa, los secretos del pueblo que construyó el Circo, el Castillo, el Palacio de las Monjas, el Caracol, el pozo de los sacrificios, lleno en lo hondo de una como piedra blanca, que acaso es la ceniza endurecida de los cuerpos de las vírgenes hermosas, que morían en ofrenda a su dios, sonriendo y cantando, como morían por el dios hebreo en el circo de Roma las vírgenes cristianas, como moría por el dios egipcio, coronada de flores y seguida del pueblo, la virgen más bella, sacrificada al agua del río Nilo. ¿Quién trabajó como el encaje las estatuas de Chichén Itzá? ¿Adónde ha ido, adónde, el pueblo fuerte y gracioso que ideó la casa redonda del Caracol; la casita tallada del Enano, la culebra grandiosa de la Casa de las Monjas en Uxmal? ¡Qué novela tan linda la historia de América!

La Edad de Oro, Nueva York, no. 2, agosto de 1889.

Tomado de *La Edad de Oro. Edición facsimilar*, ensayo y notas de Maía Barreda Sánchez, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Ediciones Boloña, 2013, pp. 50-56.

La historia del hombre. Contada por sus casas

Ahora la gente vive en casas grandes, con puertas y ventanas, y patios enlosados, y portales de columnas: pero hace muchos miles de años los hombres no vivían así, ni había países de sesenta millones de habitantes, como hay hoy. En aquellos tiempos no había libros que contasen las cosas: las piedras, los huesos, las conchas, los instrumentos de trabajar son los que enseñan cómo vivían los hombres de antes. Eso es lo que se llama “edad de piedra”, cuando los hombres vivían casi desnudos, o vestidos de pieles, peleando con las fieras del bosque, escondidos en las cuevas de la montaña, sin saber que en el mundo había cobre ni hierro, allá en los tiempos que llaman “paleolíticos”:—¡palabra larga esta de “paleolíticos”! Ni la piedra sabían entonces los hombres cortar: luego empezaron a darle figura, con unas hachas de pedernal afilado, y esa fue la edad nueva de piedra, que llaman “neolítica”: *neo*, nueva, *lítica*, de piedra: *paleo*, por supuesto, quiere decir viejo, antiguo. Entonces los hombres vivían en las cuevas de la montaña, donde las fieras no podían subir, o se abrían un agujero en la tierra, y le tapaban la entrada con una puerta de ramas de árbol; o hacían con ramas un techo

donde la roca estaba como abierta en dos; o clavaban en el suelo tres palos en pico, y los forraban con las pieles de los animales que cazaban: grandes eran entonces los animales, grandes como montes. En América no parece que vivían así los hombres de aquel tiempo, sino que andaban juntos en pueblos, y no en familias sueltas: todavía se ven las ruinas de los que llaman los “terrapleneros”, porque fabricaban con tierra unos paredones en figura de círculo, o de triángulo, o de cuadrado, o de cuatro círculos unos dentro de otros: otros indios vivían en casas de piedra que eran como pueblos, y les llamaban las casas–pueblos, porque allí hubo hasta mil familias a la vez, que no entraban a la casa por puertas, como nosotros, sino por el techo, como hacen ahora los indios Zunís: en otros lugares hay casas de cantos en los agujeros de las rocas, adonde subían agarrándose de unas cortaduras abiertas a pico en la piedra, como una escalera. En todas partes se fueron juntando las familias para defenderse, y haciendo ciudades en las rocas, o en medio de los lagos, que es lo que llaman ciudades lacustres, porque están sobre el agua las casas de troncos de árbol, puestas sobre pilares clavados en lo hondo, o sujetos con piedras al pie, para que el peso tuviese a flote las casas: y a veces juntaban con vigas unas casas con otras, y les ponían alrededor una palizada para defenderse de los vecinos que venían a pelear, o de los animales del monte: la cama era de yerba seca, las tazas eran de madera, las mesas y los asientos eran troncos de árboles. Otros ponían de punta en medio de un bosque tres piedras grandes, y una chata encima, como techo, con una cerca de piedras,

pero estos dólmenes no eran para vivir, sino para enterrar sus muertos, o para ir a oír a los viejos y los sabios cuando cambiaba la estación, o había guerra, o tenían que elegir rey: y para recordar cada cosa de estas clavaban en el suelo una piedra grande, como una columna, que llamaban “maenhir” en Europa, y que los indios mayas llamaban “katun”; porque los mayas de Yucatán no sabían que del otro lado del mar viviera el pueblo galo, en donde está Francia ahora, pero hacían lo mismo que los galos, y que los germanos, que vivían donde está ahora Alemania. Estudiando se aprende eso: que el hombre es el mismo en todas partes, y aparece y crece de la misma manera, y hace y piensa las mismas cosas, sin más diferencia que la de la tierra en que vive, porque el hombre que nace en tierra de árboles y de flores piensa más en la hermosura y el adorno, y tiene más cosas que decir, que el que nace en una tierra fría, donde ve el cielo oscuro y su cueva en la roca. Y otra cosa se aprende, y es que donde nace el hombre salvaje, sin saber que hay ya pueblos en el mundo, empieza a vivir lo mismo que vivieron los hombres de hace miles de años. Junto a la ciudad de Zaragoza, en España, hay familias que viven en agujeros abiertos en la tierra del monte: en Dakota, en los Estados Unidos, los que van a abrir el país viven en covachas, con techos de ramas, como en la edad neolítica: en las orillas del Orinoco, en la América del Sur, los indios viven en ciudades lacustres, lo mismo que las que había hace cientos de siglos en los lagos de Suiza: el indio norteamericano le pone a rastras a su caballo los tres palos de su tepí, que es una tienda de pieles, como la que los

hombres neolíticos levantaban en los desiertos: el negro de África hace hoy su casa con las paredes de tierra y el techo de ramas, lo mismo que el germano de antes, y deja alto el quicio como el germano lo dejaba, para que no entrasen las serpientes. No es que hubo una edad de piedra, en que todos los pueblos vivían a la vez del mismo modo; y luego otra de bronce, cuando los hombres empezaron a trabajar el metal, y luego otra edad de hierro. Hay pueblos que viven, como Francia ahora, en lo más hermoso de la edad de hierro, con su torre de Eiffel que se entra por las nubes: y otros pueblos que viven en la edad de piedra, como el indio que fabrica su casa en las ramas de los árboles, y con su lanza de pedernal sale a matar los pájaros del bosque y a ensartar en el aire los peces voladores del río. Pero los pueblos de ahora crecen más de prisa, porque se juntan con los pueblos más viejos, y aprenden con ellos lo que no saben; no como antes, que tenían que ir poco a poco descubriéndolo todo ellos mismos. La edad de piedra fue al empezar a vivir, que los hombres andaban errantes huyendo de los animales, y vivían hoy acá y mañana allá, y no sabían que eran buenos de comer los frutos de la tierra. Luego los hombres encontraron el cobre, que era más blando que el pedernal, y el estaño, que era más blando que el cobre, y vieron que con el fuego se le sacaba el metal a la roca, y que con el estaño y cobre juntos se hacía un metal nuevo, muy bueno para hachas y lanzas y cuchillos, y para cortar la piedra. Cuando los pueblos empiezan a saber cómo se trabaja el metal, y a juntar el cobre con el estaño, entonces están en su edad de bronce. Hay pueblos que han llegado a

la edad de hierro sin pasar por la de bronce, porque el hierro es el metal de su tierra, y con él empezaron a trabajar, sin saber que en el mundo había cobre ni estaño. Cuando los hombres de Europa vivían en la edad de bronce, ya hicieron casas mejores, aunque no tan labradas y perfectas como las de los peruanos y mexicanos de América, en quienes estuvieron siempre juntas las dos edades, porque siguieron trabajando con pedernal cuando ya tenían sus minas de oro, y sus templos con soles de oro como el cielo, y sus huacas, que eran los cementerios del Perú, donde ponían a los muertos con las prendas y jarros que usaban en vida. La casa del indio peruano era de mampostería, y de dos pisos, con las ventanas muy en alto, y las puertas más anchas por debajo que por la cornisa, que solía ser de piedra tallada, de trabajo fino. El mexicano no hacía su casa tan fuerte, sino más ornada, como en país donde hay muchos árboles y pájaros. En el techo había como escalones, donde ponían las figuras de sus santos, como ahora ponen muchos en los altares figuras de niños, y piernas y brazos de plata: adornaban las paredes con piedras labradas, y con fajas como de cuentas o de hilos trenzados, imitando las grecas y fimbrias que les bordaban sus mujeres en las túnicas: en las salas de adentro labraban las cabezas de las vigas, figurando sus dioses, sus animales o sus héroes, y por fuera ponían en las esquinas unas canales de curva graciosa, como imitando plumas. De lejos brillaban las casas con el sol, como si fueran de plata.

En los pueblos de Europa es donde se ven más claras las tres edades, y mejor mientras más al Norte, porque allí los

hombres vivieron solos, cada uno en su pueblo, por siglos de siglos, y como empezaron a vivir por el mismo tiempo, se nota que aunque no se conocían unos a otros, iban adelantando del mismo modo. La tierra va echando capas conforme van pasando siglos: la tierra es como un pastel de hojaldres, que tiene muchas capas una sobre otra, capas de piedra dura, y a veces viene de adentro, de lo hondo del mundo, una masa de roca que rompe las capas acostadas, y sale al aire libre, y se queda por encima de la tierra, como un gigante regañón, o como una fiera enojada, echando por el cráter humo y fuego: así se hacen los montes y los volcanes. Por esas capas de la tierra es por donde se sabe cómo ha vivido el hombre, porque en cada una hay enterrados huesos de él, y restos de los animales y árboles de aquella edad, y vasos y hachas; y comparando las capas de un lugar con las de otro se ve que los hombres viven en todas partes casi del mismo modo en cada edad de la tierra: solo que la tierra tarda mucho en pasar de una edad a otra, y en echarse una capa nueva, y así sucede lo de los romanos y los bretones de Inglaterra en tiempo de Julio César, que cuando los romanos tenían palacios de mármol con estatuas de oro, y usaban trajes de lana muy fina, la gente de Bretaña vivía en cuevas, y se vestía con las pieles salvajes, y peleaba con mazas hechas de los troncos duros.

En esos pueblos viejos sí se puede ver cómo fue adelantando el hombre, porque después de las capas de la edad de piedra, donde todo lo que se encuentra es de pedernal, vienen las otras capas de la edad de bronce, con muchas cosas hechas de la mezcla del cobre y estaño, y luego

vienen las capas de arriba, las de los últimos tiempos, que llaman la edad de hierro, cuando el hombre aprendió que el hierro se ablandaba al fuego fuerte, y que con el hierro blando podía hacer martillos para romper la roca, y lanzas para pelear, y picos y cuchillas para trabajar la tierra: entonces es cuando ya se ven casas de piedra y de madera, con patios y cuartos, imitando siempre los casucos de rocas puestas unas sobre otras sin mezcla ninguna, o las tiendas de pieles de sus desiertos y llanos: lo que sí se ve es que desde que vino al mundo le gustó al hombre copiar en dibujo las cosas que veía, porque hasta las cavernas más oscuras donde habitaron las familias salvajes están llenas de figuras talladas o pintadas en la roca, y por los montes y las orillas de los ríos se ven manos, y signos raros, y pinturas de animales, que ya estaban allí desde hacía muchos siglos cuando vinieron a vivir en el país los pueblos de ahora. Y se ve también que todos los pueblos han cuidado mucho de enterrar a los muertos con gran respeto, y han fabricado monumentos altos, como para estar más cerca del cielo, como nosotros hacemos ahora con las torres. Los terrapleneros hacían montañas de tierra, donde sepultaban los cadáveres: los mexicanos ponían sus templos en la cumbre de unas pirámides muy altas: los peruanos tenían su “chulpa” de piedra, que era una torre ancha por arriba, como un puño de bastón: en la isla de Cerdeña hay unos torreones que llaman “nurhag”, que nadie sabe de qué pueblo eran; y los egipcios levantaron con piedras enormes sus pirámides, y con el pórfido más duro hicieron sus obeliscos famosos, donde escribían su historia con los signos que llaman “jeroglíficos”.

Ya los tiempos de los egipcios empiezan a llamarse “tiempos históricos”, porque se puede escribir su historia con lo que se sabe de ellos: esos otros pueblos de las primeras edades se llaman pueblos “prehistóricos”, de antes de la historia, o pueblos primitivos. Pero la verdad es que en esos mismos pueblos históricos hay todavía mucho prehistórico, porque se tiene que ir adivinando para ver dónde y cómo vivieron. ¿Quién sabe cuándo fabricaron los quechuas sus acueductos y sus caminos y sus calzadas en el Perú; ni cuando los chibchas de Colombia empezaron a hacer sus dijes y sus jarros de oro; ni qué pueblo vivió en Yucatán antes que los mayas que encontraron allí los españoles; ni de dónde vino la raza desconocida que levantó los terraplenes y las casas-pueblos en la América del Norte? Casi lo mismo sucede con los pueblos de Europa; aunque allí se ve que los hombres aparecieron a la vez, como nacidos de la tierra, en muchos lugares diferentes; pero que donde había menos frío y era más alto el país fue donde vivió primero el hombre: y como que allí empezó a vivir, allí fue donde llegó más pronto a saber, y a descubrir los metales, y a fabricar, y de allí, con las guerras, y las inundaciones, y el deseo de ver el mundo, fueron bajando los hombres por la tierra y el mar. En lo más elevado y fértil del continente es donde se civilizó el hombre trasatlántico primero. En nuestra América sucede lo mismo: en las altiplanicies de México y del Perú, en los valles altos y de buena tierra, fue donde tuvo sus mejores pueblos el indio americano. En el continente trasatlántico parece que Egipto fue el pueblo más viejo, y de allí fueron entrando los

hombres por lo que se llama ahora Persia y Asia Menor, y vinieron a Grecia, buscando la libertad y la novedad, y en Grecia levantaron los edificios más perfectos del mundo, y escribieron los libros más bien compuestos y hermosos. Había pueblos nacidos en todos estos países, pero los que venían de los pueblos viejos sabían más, y los derrotaban en la guerra, o les enseñaban lo que sabían, y se juntaban con ellos. Del Norte de Europa venían otros hombres más fuertes, hechos a pelear con las fieras y a vivir en el frío: y de lo que se llama ahora Indostán salió huyendo, después de una gran guerra, la gente de la montaña, y se juntó con los europeos de las tierras frías, que bajaron luego del norte a pelear con los romanos, porque los romanos habían ido a quitarles su libertad, y porque era gente pobre y feroz, que le tenía envidia a Roma, porque era sabia y rica, y como hija de Grecia. Así han ido viajando los pueblos en el mundo, como las corrientes van por la mar, y por el aire los vientos.

Egipto es como el pueblo padre del continente trasatlántico: el pueblo más antiguo de todos aquellos países “clásicos”. Y la casa del egipcio es como su pueblo fue, graciosa y elegante. Era riquísimo el Egipto, como que el gran río Nilo crecía todos los años, y con el barro que dejaba al secarse nacían muy bien las siembras: así que las casas estaban como en alto, por miedo a las inundaciones. Como allá hay muchas palmeras, las columnas de las casas eran finas y altas, como las palmas; y encima del segundo piso tenían otro sin paredes, con un techo chato, donde pasaban la tarde al aire fresco, viendo el Nilo lleno de barcos que iban y venían con

sus viajeros y sus cargas, y el cielo de la tarde, que es de color de oro y azafrán. Las paredes y los techos están llenos de pinturas de su historia y religión; y les gustaba el color tanto, que hasta la estera con que cubrían el piso era de hebras de colores diferentes.

Los hebreos vivieron como esclavos en el Egipto mucho tiempo, y eran los que mejor sabían hacer ladrillos. Luego, cuando su libertad, hicieron sus casas con ladrillos crudos, como nuestros adobes, y el techo era de vigas de sicomoro, que es su árbol querido. El techo tenía un borde, como las azoteas, porque con el calor subía la gente allí a dormir, y la ley mandaba que fabricasen los techos con muro, para que no cayese la gente a tierra. Solían hacer sus casas como el templo que fabricó su gran rey Salomón, que era cuadrado, con las puertas anchas de abajo y estrechas por la cornisa, y dos columnas al lado de la puerta.

Por aquellas tierras vivían los asirios, que fueron pueblo guerreador, que les ponía a sus casas torres, como para ver más de lejos al enemigo, y las torres eran de almenas, como para disparar el arco desde seguro. No tenían ventanas, sino que les venía la luz del techo. Sobre las puertas ponían a veces piedras talladas con alguna figura misteriosa, como un toro con cabeza de hombre, o una cabeza con alas.

Los fenicios fabricaron sus casas y monumentos con piedras sin labrar, que ponían unas sobre otras como los etruscos; pero como eran gente navegante, que vivía del comercio, empezaron pronto a imitar las casas de los pueblos que veían más, que eran los hebreos y los egipcios, y luego las

de los persas, que conquistaron en guerra el país de Fenicia. Y así fueron sus casas, con la entrada hebrea, y la parte alta como las casas de Egipto, o como las de Persia.

Los persas fueron pueblo de mucho poder, como que hubo tiempo en que todos esos pueblos de los alrededores vivían como esclavos suyos. Persia es tierra de joyas: los vestidos de los hombres, las mantas de los caballos, los puños de los sables, todo está allí lleno de joyas. Usan mucho del verde, del rojo y del amarillo. Todo les gusta de mucho color, y muy brillante y esmaltado. Les gustan las fuentes, los jardines, los velos de hilo de plata, la pedrería fina. Todavía hoy son así los persas; y ya en aquellos tiempos eran sus casas de ladrillos de colores, pero no de techo chato como las de los egipcios y hebreos, sino con una cúpula redonda, como imitando la bóveda del cielo. En un patio estaba el baño, en que echaban olores muy finos; y en las casas ricas había patios cuadrados, con muchas columnas alrededor, y en medio una fuente, entre jarrones de flores. Las columnas eran de muchos trozos y dibujos, pintadas de colores, con fajas y canales, y el capitel hecho con cuerpos de animales, de pecho verde y collar de oro.

Junto a Persia está el Indostán, que es de los pueblos más viejos del mundo, y tiene templos de oro, trabajados como trabajan en las platerías la filigrana, y otros templos cavados en la roca, y figuras de su dios Buddha cortadas a pico en la montaña. Sus templos, sus sepulcros, sus palacios, sus casas, son como su poesía, que parece escrita con colores sobre marfil, y dice las cosas como entre hojas y flores. Hay templo

en el Indostán que tiene catorce pisos, como la pagoda de Tanjore, y está todo labrado, desde los cimientos hasta la cúpula. Y la casa de los hindús de antes era como las pagodas de Lahore o las de Cachemira, con los techos y balcones muy adornados y con muchas vueltas, y a la entrada la escalinata sin baranda. Otras casas tenían torreones en la esquina, y el terrado como los egipcios, corrido y sin las torres. Pero lo hermoso de las casas hindús era la fantasía de los adornos, que son como un trenzado que nunca se acaba, de flores y de plumas.

En Grecia no era así, sino todo blanco y sencillo, sin lujos de colorines. En la casa de los griegos no había ventanas, porque para el griego fue siempre la casa un lugar sagrado, donde no debía mirar el extranjero. Eran las casas pequeñas, como sus monumentos, pero muy lindas y alegres, con su rosal y su estatua a la puerta, y dentro el corredor de columnas, donde pasaba los días la familia, que solo en la noche iba a los cuartos, reducidos y oscuros. El comedor y el corredor era lo que amueblaban, y eso con pocos muebles: en las paredes ponían en nichos sus jarros preciosos: las sillas tenían filetes tallados, como los que solían ponerles a las puertas, que eran anchas de abajo y con la cornisa adornada de dibujos de palmas y madre selvas. Dicen que en el mundo no hay edificio más bello que el Partenón, como que allí no están los adornos por el gusto de adornar, que es lo que hace la gente ignorante con sus casas y vestidos, sino que la hermosura viene de una especie de música que se siente y no se oye, porque el tamaño está calculado de manera que venga bien con el color, y no

hay cosa que no sea precisa, ni adorno sino donde no pueda estorbar. Parece que tienen alma las piedras de Grecia. Son modestas, y como amigas del que las ve. Se entran como amigas por el corazón. Parece que hablan.

Los etruscos vivieron al Norte de Italia, en sus doce ciudades famosas, y fueron un pueblo original, que tuvo su gobierno y su religión, y un arte parecido al de los griegos, aunque les gustaba más la burla y la extravagancia, y usaban mucho color. Todo lo pintaban, como los persas; y en las paredes de sus sepulturas hay caballos con la cabeza amarilla y la cola azul. Mientras fueron república libre, los etruscos vivían dichosos, con maestros muy buenos de medicina y astronomía, y hombres que hablaban bien de los deberes de la vida y de la composición del mundo. Era célebre Etruria por sus sabios, y por sus jarros de barro negro, con figuras de relieve, y por sus estatuas y sarcófagos de tierra cocida, y por sus pinturas en los muros, y sus trabajos en metal. Pero con la esclavitud se hicieron viciosos y ricos, como sus dueños los romanos. Vivían en palacios, y no en sus casas de antes; y su gusto mayor era comer horas enteras acostados. La casa etrusca de antes era de un piso, con un terrado de baranda, y el techo de aleros caídos. Pintaban en las paredes sus fiestas y sus ceremonias, con retratos y caricaturas, y sabían dibujar sus figuras como si se las viera en movimiento.

La casa de los romanos fue primero como la de los etruscos, pero luego conocieron a Grecia, y la imitaron en sus casas, como en todo. El atrio al principio fue la casa entera, y después no era más que el portal, de donde se iba por un

pasadizo al patio interior, rodeado de columnas, adonde daban los cuartos ricos del señor, que para cada cosa tenía un cuarto diferente: el cuarto de comer daba al corredor, lo mismo que la sala y el cuarto de la familia, que por el otro lado abría sobre un jardín. Adornaban las paredes con dibujos y figuras de colores brillantes, y en los recodos había muchos nichos con jarras y estatuas. Si la casa estaba en calle de mucha gente, hacían cuartos con puerta a la calle, y los alquilaban para tiendas. Cuando la puerta estaba abierta se podía ver hasta el fondo del jardín. El jardín, el patio y el atrio tenían alrededor en muchas casas una arquería. Luego Roma fue dueña de todos los países que tenía alrededor, hasta que tuvo tantos pueblos que no los pudo gobernar, y cada pueblo se fue haciendo libre y nombrando su rey, que era el guerrero más poderoso de todos los del país, y vivía en su castillo de piedra, con torres y portalones, como todos los que llamaban “señores” en aquel tiempo de pelear; y la gente de trabajo vivía alrededor de los castillos, en casuchos infelices. Pero el poder de Roma había sido muy grande, y en todas partes había puentes y arcos y acueductos y templos como los de los romanos; solo que por el lado de Francia, donde había muchos castillos, iban haciendo las fábricas nuevas, y las iglesias sobre todo, como si fueran a la vez fortalezas y templos, que es lo que llaman “arquitectura romántica”, y del lado de los persas y de los árabes, por donde está ahora Turquía, les ponían a los monumentos tanta riqueza y color que parecían las iglesias cuevas de oro, por lo grande y lo resplandeciente: de modo que cuando los pueblos nuevos del

lado de Francia empezaron a tener ciudades, las casas fueron de portales oscuros y de muchos techos de pico, como las iglesias románticas: y del lado de Turquía eran las casas como palacios, con las columnas de piedras ricas, y el suelo de muchas piedrecitas de color, y las pinturas de la pared con el fondo de oro, y los cristales dorados: había barandas en las casas bizantinas hechas con una mezcla de todos los metales, que lucía como fuego: era feo y pesado tanto adorno en las casas, que parecen sepulturas de hombre vanidoso, ahora que están vacías.

En España habían mandado también los romanos; pero los moros vinieron luego a conquistar, y fabricaron aquellos templos suyos que llaman mezquitas, y aquellos palacios que parecen cosa de sueño, como si ya no se viviese en el mundo, sino en otro mundo de encaje y de flores: las puertas eran pequeñas, pero con tantos arcos que parecían grandes: las columnas delgadas sostenían los arcos de herradura, que acababan en pico, como abriéndose para ir al cielo: el techo era de madera fina, pero todo tallado, con sus letras moras y sus cabezas de caballos: las paredes estaban cubiertas de dibujos, lo mismo que una alfombra: en los patios de mármol había laureles y fuentes: parecían como el tejido de un velo aquellos balcones.

Con las guerras y las amistades se fueron juntando aquellos pueblos diferentes, y cuando ya el rey pudo más que los señores de los castillos, y todos los hombres creían en el cielo nuevo de los cristianos, empezaron a hacer las iglesias “góticas” con sus arcos de pico, y sus torres como agujas que

llegaban a las nubes, y sus pórticos bordados, y sus ventanas de colores. Y las torres cada vez más altas; porque cada iglesia quería tener su torre más alta que las otras; y las casas las hacían así también, y los muebles. Pero los adornos llegaron a ser muchos, y los cristianos empezaron a no creer en el cielo tanto como antes. Hablaban mucho de lo grande que fue Roma: celebraban el arte griego por sencillo: decían que ya eran muchas las iglesias: buscaban modos nuevos de hacer los palacios: y de todo eso vino una manera de fabricar parecida a la griega, que es lo que llaman arquitectura del “Renacimiento”: pero como en el arte gótico de la “ojiva” había mucha beldad, ya no volvieron a ser las casas de tanta sencillez, sino que las adornaron con las esquinas graciosas, las ventanas altas, y los balcones elegantes de la arquitectura gótica. Eran tiempos de arte y riqueza, y de grandes conquistas, así que había muchos señores y comerciantes con palacio. Nunca habían vivido los hombres, ni han vuelto a vivir, en casas tan hermosas. Los pueblos de otras razas, donde se sabe poco de los europeos, peleaban por su cuenta o se hacían amigos, y se aprendían su arte especial unos de otros, de modo que se ve algo de pagoda hindú en todo lo de Asia, y hay picos como los de los palacios de Lahore en las casas japonesas, que parecen cosa de aire y de encanto, o casitas de jugar, con sus corredores de barandas finas y sus paredes de mimbre o de estera. Hasta en la casa del eslavo y del ruso se ven las curvas revueltas y los techos de punta de los pueblos hindús. En nuestra América las casas tienen algo de romano y de moro, porque moro y romano era el pueblo español que mandó en América, y echó

abajo las casas de los indios. Las echó abajo de raíz: echó abajo sus templos, sus observatorios, sus torres de señales, sus casas de vivir, todo lo indio lo quemaron los conquistadores españoles y lo echaron abajo, menos las calzadas, porque no sabían llevar las piedras que supieron traer los indios, y los acueductos, porque les traían el agua de beber.

Ahora todos los pueblos del mundo se conocen mejor y se visitan: y en cada pueblo hay su modo de fabricar, según haya frío o calor, o sean de una raza o de otra; pero lo que parece nuevo en las ciudades no es su manera de hacer casas, sino que en cada ciudad hay casas moras, y griegas, y góticas, y bizantinas, y japonesas, como si empezara el tiempo feliz en que los hombres se tratan como amigos, y se van juntando.

La Edad de Oro, Nueva York, no. 2, agosto de 1889.

Tomado de *La Edad de Oro*. Edición facsimilar, ensayo y notas de Maia Barreda Sánchez, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Ediciones Boloña, 2013, pp. 34-44.

El padre las Casas

Cuatro siglos es mucho, son cuatrocientos años. Cuatrocientos años hace que vivió el Padre las Casas, y parece que está vivo todavía, porque fue bueno. No se puede ver un lirio sin pensar en el Padre las Casas, porque con la bondad se le fue poniendo de lirio el color, y dicen que era hermoso verlo escribir, con su túnica blanca, sentado en su sillón de tachuelas, peleando con la pluma de ave porque no escribía de prisa. Y otras veces se levantaba del sillón, como si le quemase: se apretaba las sienes con las dos manos, andaba a pasos grandes por la celda, y parecía como si tuviera un gran dolor. Era que estaba escribiendo, en su libro famoso de la *Destrucción de las Indias*, los horrores que vio en las Américas cuando vino de España la gente a la conquista. Se le encendían los ojos, y se volvía a sentar, de codos en la mesa, con la cara llena de lágrimas. Así pasó la vida, defendiendo a los indios.

Aprendió en España a licenciado, que era algo en aquellos tiempos, y vino con Colón a la isla Española en un barco de aquellos de velas infladas y como cáscara de nuez. Hablaba mucho a bordo, y con muchos latines. Decían los marineros que era grande su saber para un mozo de veinticuatro años. El sol, lo veía él siempre salir sobre cubierta. Iba alegre en el

barco, como aquel que va a ver maravillas. Pero desde que llegó, empezó a hablar poco. La tierra, sí, era muy hermosa, y se vivía como en una flor: ¡pero aquellos conquistadores asesinos debían de venir del infierno, no de España! Español era él también, y su padre, y su madre; pero él no salía por las islas Lucayas a robarse a los indios libres: ¡porque en diez años ya no quedaba indio vivo de los tres millones, o más, que hubo en la Española!: él no los iba cazando con perros hambrientos, para matarlos a trabajo en las minas: él no les quemaba las manos y los pies cuando se sentaban porque no podían andar, o se les caía el pico porque ya no tenían fuerzas: él no los azotaba, hasta verlos desmayar, porque no sabían decirle a su amo donde había más oro: él no se gozaba con sus amigos, a la hora de comer, porque el indio de la mesa no pudo con la carga que traía de la mina, y le mandó cortar en castigo las orejas: él no se ponía el jubón de lujo, y aquella capa que llamaban ferreruelo, para ir muy galán a la plaza a las doce, a ver la quema que mandaba hacer la justicia del gobernador, la quema de los cinco indios. Él los vio quemar, los vio mirar con desprecio desde la hoguera a sus verdugos; y ya nunca se puso más que el jubón negro, ni cargó caña de oro, como los otros licenciados ricos y regordetes, sino que se fue a consolar a los indios por el monte, sin más ayuda que su bastón de rama de árbol.

Al monte se habían ido, a defenderse, cuantos indios de honor quedaban en la Española. Como amigos habían recibido ellos a los hombres blancos de las barbas: ellos les habían regalado con su miel y su maíz, y el mismo rey

Behechío le dio de mujer a un español hermoso su hija Higuemota, que era como la torcaza y como la palma real: ellos les habían enseñado sus montañas de oro, y sus ríos de agua de oro, y sus adornos, todos de oro fino, y les habían puesto sobre la coraza y guanteletes de la armadura pulseras de las suyas, y collares de oro: ¡y aquellos hombres crueles los cargaban de cadenas; les quitaban sus indias, y sus hijos; los metían en lo hondo de la mina, a halar la carga de piedra con la frente; se los repartían, y los marcaban con el hierro, como esclavos!: en la carne viva los marcaban con el hierro. En aquel país de pájaros y de frutas los hombres eran bellos y amables; pero no eran fuertes. Tenían el pensamiento azul como el cielo, y claro como el arroyo; pero no sabían matar, forrados de hierro, con el arcabuz cargado de pólvora. Con huesos de frutas y con gajos de mamey no se puede atravesar una coraza. Caían, como las plumas y las hojas. Morían de pena, de furia, de fatiga, de hambre, de mordidas de perros. ¡Lo mejor era irse al monte, con el valiente Guaroa, y con el niño Guarocuya, a defenderse con las piedras, a defenderse con el agua, a salvar al reyecito bravo, a Guarocuya! Él saltaba el arroyo, de orilla a orilla; él clavaba la lanza lejos, como un guerrero; a la hora de andar, a la cabeza iba él; se le oía la risa de noche, como un canto; lo que él no quería era que lo llevase nadie en hombros. Así iban por el monte, cuando se les apareció entre los españoles armados el Padre las Casas, con sus ojos tristísimos, en su jubón y su ferreruelo. Él no les disparaba el arcabuz: él les abría los brazos. Y le dio un beso a Guarocuya.

Ya en la isla lo conocían todos, y en España hablaban de él. Era flaco, y de nariz muy larga, y la ropa se le caía del cuerpo, y no tenía más poder que el de su corazón; pero de casa en casa andaba echando en cara a los encomenderos la muerte de los indios de las encomiendas; iba a palacio, a pedir al gobernador que mandase cumplir las ordenanzas reales; esperaba en el portal de la audiencia a los oidores, caminando de prisa, con las manos a la espalda, para decirles que venía lleno de espanto, que había visto morir a seis mil niños indios en tres meses. Y los oidores le decían: “Cálmese, licenciado, que ya se hará justicia”: se echaban el ferreruero al hombro, y se iban a merendar con los encomenderos, que eran los ricos del país, y tenían buen vino y buena miel de Alcarria. Ni merienda ni sueño había para las Casas: sentía en sus carnes mismas los dientes de los molosos que los encomenderos tenían sin comer, para que con el apetito les buscasen mejor a los indios cimarrones: le parecía que era su mano la que chorreaba sangre, cuando sabía que, porque no pudo con la pala, le habían cortado a un indio la mano: creía que él era el culpable de toda la crueldad, porque no la remediaba; sintió como que se iluminaba y crecía, y como que eran sus hijos todos los indios americanos. De abogado no tenía autoridad, y lo dejaban solo: de sacerdote tendría la fuerza de la Iglesia, y volvería a España, y daría los recados del cielo, y si la corte no acababa con el asesinato, con el tormento, con la esclavitud, con las minas, haría temblar a la corte. Y el día en que entró de sacerdote, toda la isla fue a verlo, con el asombro de que

tomara aquella carrera un licenciado de fortuna: y las indias le echaron al pasar a sus hijitos, a que le besasen los hábitos.

Entonces empezó su medio siglo de pelea, para que los indios no fuesen esclavos; de pelea en las Américas; de pelea en Madrid; de pelea con el rey mismo: contra España toda, él solo, de pelea. Colón fue el primero que mandó a España a los indios en esclavitud, para pagar con ellos las ropas y comidas que traían a América los barcos españoles. Y en América había habido repartimiento de indios, y cada cual de los que vino de conquista, tomó en servidumbre su parte de la indiada, y la puso a trabajar para él, a morir para él, a sacar el oro de que estaban llenos los montes y los ríos. La reina, allá en España, dicen que era buena, y mandó a un gobernador que sacase a los indios de la esclavitud; pero los encomenderos le dieron al gobernador buen vino, y muchos regalos, y su porción en las ganancias, y fueron más que nunca los muertos, las manos cortadas, los siervos de las encomiendas, los que se echaban de cabeza al fondo de las minas. “Yo he visto traer a centenares maniatadas a estas amables criaturas, y darles muerte a todas juntas, como a las ovejas”. Fue a Cuba de cura con Diego Velázquez, y volvió de puro horror, porque antes que para hacer casas, derribaban los árboles para ponerlos de leñas a las quemazones de los taínos. En una isla donde había quinientos mil, “vio con sus ojos” los indios que quedaban: once. Eran aquellos conquistadores soldados bárbaros, que no sabían los mandamientos de la ley, ¡y tomaban a los indios de esclavos, para enseñarles la doctrina cristiana, a latigazos y a mordidas! De noche, desvelado de la angustia, hablaba con

su amigo Rentería, otro español de oro. ¡Al rey había que ir a pedir justicia, al rey Fernando de Aragón! Se embarcó en la galera de tres palos, y se fue a ver al rey.

Seis veces fue a España, con la fuerza de su virtud, aquel padre que “no probaba carne”. Ni al rey le tenía él miedo, ni a la tempestad. Se iba a cubierta cuando el tiempo era malo; y en la bonanza se estaba el día en el puente, apuntando sus razones en papel de hilo, y dando a que le llenaran de tinta el tintero de cuerno, “porque la maldad no se cura sino con decirla, y hay mucha maldad que decir, y la estoy poniendo donde no me la pueda negar nadie, en latín y en castellano”. Si en Madrid estaba el rey, antes que a la posada a descansar del viaje, iba al palacio. Si estaba en Viena, cuando el rey Carlos de los españoles era emperador de Alemania, se ponía un hábito nuevo, y se iba a Viena. Si era su enemigo Fonseca el que mandaba en la junta de abogados y clérigos que tenía el rey para las cosas de América, a su enemigo se iba a ver, y a ponerle pleito al Consejo de Indias. Si el cronista Oviedo, el de la “Natural historia de las Indias”, había escrito de los americanos las falsedades que los que tenían las encomiendas le mandaban poner, le decía a Oviedo mentiroso, aunque le estuviera el rey pagando por escribir las mentiras. Si Sepúlveda, que era el maestro del rey Felipe, defendía en sus “conclusiones” el derecho de la corona a repartir como siervos, y a dar muerte a los indios, porque no eran cristianos, a Sepúlveda le decía que no tenían culpa de estar sin la cristiandad los que no sabían que hubiera Cristo, ni conocían las lenguas en que de Cristo se hablaba, ni tenían más noticia

de Cristo que la que les habían llevado los arcabuces. Y si el rey en persona le arrugaba las cejas, como para cortarle el discurso, crecía unas cuantas pulgadas a la vista del rey, se le ponía ronca y fuerte la voz, le temblaba en el puño el sombrero, y al rey le decía, cara a cara, que el que manda a los hombres ha de cuidar de ellos, y si no los sabe cuidar, no los puede mandar, y que lo había de oír en paz, porque él no venía con manchas de oro en el vestido blanco, ni traía más defensa que la cruz.

O hablaba, o escribía, sin descanso. Los frailes dominicanos lo ayudaban, y en el convento de los frailes se estuvo ocho años, escribiendo. Sabía religión y leyes, y autores latinos, que era cuanto en su tiempo se aprendía; pero todo lo usaba hábilmente para defender el derecho del hombre a la libertad, y el deber de los gobernantes de respetárselo. Eso era mucho decir, porque por eso quemaban entonces a los hombres. Llorente, que ha escrito la *Vida de Las Casas*, escribió también la *Historia de la Inquisición*, que era quien quemaba: el rey iba de gala a ver la quemazón, con la reina y los caballeros de la corte: delante de los condenados venían cantando los obispos, con un estandarte verde: de la hoguera salía un humo negro. Y Fonseca y Sepúlveda querían que “el clérigo” las Casas dijese en sus disputas algún pecado contra la autoridad de la Iglesia, para que los inquisidores lo condenaran por hereje. Pero “el clérigo” le decía a Fonseca: “¡Lo que yo digo es lo que dijo en su testamento la buena reina Isabel; y tú me quieres mal y me calumnias, porque te

quito el pan de sangre que comes, y acuso la encomienda de indios que tienes en América!”. Y a Sepúlveda, que ya era confesor de Felipe II, le decía: “Tú eres disputador famoso, y te llaman el Livio de España por tus historias; pero yo no tengo miedo al elocuente que habla contra su corazón, y que defiende la maldad, y te desafío a que me pruebes en plática abierta que los indios son malhechores y demonios, cuando son claros y buenos como la luz del día, e inofensivos y sencillos como las mariposas”. Y duró cinco días la plática con Sepúlveda. Sepúlveda empezó con desdén, y acabó turbado. El clérigo lo oía con la cabeza baja y los labios temblorosos, y se le veía hincharse la frente. En cuanto Sepúlveda se sentaba satisfecho, como el que hincó el alfiler donde quiso, se ponía el clérigo en pie, magnífico, regañón, confuso, apresurado. “¡No es verdad que los indios de México mataran cincuenta mil en sacrificios al año, sino veinte apenas, que es menos de lo que mata España en la horca!”. “¡No es verdad que sean gente bárbara y de pecados horribles, porque no hay pecado suyo que no lo tengamos más los europeos; ni somos nosotros quién, con todos nuestros cañones y nuestra avaricia, para compararnos con ellos en tiernos y amigables; ni es para tratado como a fiera un pueblo que tiene virtudes, y poetas, y oficios, y gobierno, y artes!”. “¡No es verdad, sino iniquidad, que el modo mejor que tenga el rey para hacerse de súbditos sea exterminarlos, ni el modo mejor de enseñar la religión a un indio sea echarlo en nombre de la religión a los trabajos de las bestias; y quitarle los hijos y

lo que tiene de comer; y ponerlo a halar de la carga con la frente como los bueyes!”. Y citaba versículos de la Biblia, artículos de la ley, ejemplos de la historia, párrafos de los autores latinos, todo revuelto y de gran hermosura, como caen las aguas de un torrente, arrastrando en la espuma las piedras y las alimañas del monte.

Solo estuvo en la pelea; solo cuando Fernando, que a nada se supo atrever, ni quería descontentar a los de la conquista, que le mandaban a la corte tan buen oro; solo cuando Carlos V, que de niño lo oyó con veneración, pero lo engañaba después, cuando entró en ambiciones que requerían mucho gastar, y no estaba para ponerse por las “cosas del clérigo” en contra de los de América, que le enviaban de tributo los galeones de oro y joyas; solo cuando Felipe II, que se gastó un reino en procurarse otro, y lo dejó todo a su muerte envenenado y frío, como el agujero en que ha dormido la víbora. Si iba a ver al rey, se encontraba la antesala llena de amigos de los encomenderos, todos de seda y sombreros de plumas, con collares de oro de los indios americanos: al ministro no le podía hablar, porque tenía encomiendas él, y tenía minas, o gozaba los frutos de las que poseía en cabeza de otros. De miedo de perder el favor de la corte, no le ayudaban los mismos que no tenían en América interés. Los que más lo respetaban, por bravo, por justo, por astuto, por elocuente, no lo querían decir, o lo decían donde no los oyeran: porque los hombres suelen admirar al virtuoso mientras no los avergüenza con su virtud o les estorba las ganancias; pero en cuanto se les pone en su camino, bajan

los ojos al verlo pasar, o dicen maldades de él, o dejan que otros las digan, o lo saludan a medio sombrero, y le van clavando la puñalada en la sombra. El hombre virtuoso debe ser fuerte de ánimo, y no tenerle miedo a la soledad, ni esperar a que los demás le ayuden, porque estará siempre solo: ¡pero con la alegría de obrar bien, que se parece al cielo de la mañana en la claridad!

Y como él era tan sagaz que no decía cosa que pudiera ofender al rey ni a la Inquisición, sino que pedía la bondad con los indios para bien del rey, y para que se hiciesen más de veras cristianos, no tenían los de la corte modo de negársele a las claras, sino que fingían estimarle mucho el celo, y una vez le daban el título de “Protector Universal de los Indios”, con la firma de Fernando, pero sin modo de que le acatasen la autoridad de proteger; y otra, al cabo de cuarenta años de razonar, le dijeron que pusiera en papel las razones porque opinaba que no debían ser esclavos los indios; y otra le dieron poder para que llevase trabajadores de España a una colonia de Cumaná donde se había de ver a los indios con amor, y no halló en toda España sino cincuenta, que quisieran ir a trabajar, los cuales fueron, con un vestido que tenía una cruz al pecho, pero no pudieron poner la colonia, porque el “adelantado” había ido antes que ellos con las armas, y los indios enfurecidos disparaban sus flechas de punta envenenada contra todo el que llevaba cruz. Y por fin le encargaron, como por entretenerlo, que pidiese las leyes que le parecían a él bien para los indios, “¡cuantas leyes quisiera, pues que por ley más o menos no hemos de

pelear!”, y él las escribía, y las mandaba el rey cumplir, pero en el barco iba la ley, y el modo de desobedecerla. El rey le daba audiencia, y hacía como que le tomaba consejo; pero luego entraba Sepúlveda, con sus pies blandos y sus ojos de zorra, a traer los recados de los que mandaban los galeones, y lo que se hacía de verdad era lo que decía Sepúlveda. Las Casas lo sabía, lo sabía bien; pero ni bajó el tono, ni se cansó de acusar, ni de llamar crimen a lo que era, ni de contar en su “Descripción” las “crueldades”, para que el rey mandara al menos que no fuesen tantas, por la vergüenza de que las supiera el mundo. El nombre de los malos no lo decía, porque era noble y les tuvo compasión. Y escribía como hablaba, con la letra fuerte y desigual, llena de chispazos de tinta, como caballo que lleva de jinete a quien quiere llegar pronto, y va levantando el polvo y sacando luces de la piedra.

Fue obispo por fin, pero no de Cusco, que era obispado rico, sino de Chiapas, donde por lo lejos que estaba el virrey, vivían los indios en mayor esclavitud. Fue a Chiapas, a llorar con los indios; pero no solo a llorar, porque con lágrimas y quejas no se vence a los pícaros, sino a acusarlos sin miedo, a negarles la iglesia a los españoles que no cumplían con la ley nueva que mandaba poner libres a los indios, a hablar en los consejos del ayuntamiento, con discursos que eran a la vez tiernos y terribles, y dejaban a los encomenderos atrevidos como los árboles cuando ha pasado el vendaval. Pero los encomenderos podían más que él, porque tenían el gobierno de su lado; y le componían cantares en que le

decían traidor y español malo; y le daban de noche músicas de cencerro, y le disparaban arcabuces a la puerta para ponerlo en temor, y le rodeaban el convento armados,— todos armados, contra un viejo flaco y solo. Y hasta le salieron al camino de Ciudad Real para que no volviera a entrar en la población. Él venía a pie, con su bastón, y con dos españoles buenos, y un negro que lo quería como a padre suyo: porque es verdad que Las Casas, por el amor de los indios, aconsejó al principio de la conquista que se siguiese trayendo esclavos negros, que resistían mejor el calor; pero luego que los vio padecer, se golpeaba el pecho, y decía: “¡con mi sangre quisiera pagar el pecado de aquel consejo que di por mi amor a los indios!”. Con su negro cariñoso venía, y los dos españoles buenos. Venía tal vez de ver cómo salvaba a la pobre india que se le abrazó a las rodillas a la puerta de su templo mexicano, loca de dolor porque los españoles le habían matado al marido de su corazón, que fue de noche a rezarle a los dioses: ¡y vio de pronto Las Casas que eran indios los centinelas que los españoles le habían echado para que no entrase! ¡Él les daba a los indios su vida, y los indios venían a atacar a su salvador, porque se lo mandaban los que los azotaban! Y no se quejó, sino que dijo así: “Pues por eso, hijos míos, os tengo de defender más, porque os tienen tan martirizados que no tenéis ya valor ni para agradecer”. Y los indios, llorando, se echaron a sus pies, y le pidieron perdón. Y entró en Ciudad Real, donde los encomenderos lo esperaban, armados de arcabuz y cañón, como para ir a la guerra. Casi

a escondidas tuvo que embarcarlo para España el virrey, porque los encomenderos lo querían matar. Él se fue a su convento, a pelear, a defender, a llorar, a escribir. Y murió, sin cansarse, a los noventa y dos años.

La Edad de Oro, Nueva York, no. 3, septiembre de 1889.

Tomado de *La Edad de Oro. Edición facsimilar*, ensayo y notas de Maia Barreda Sánchez, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Ediciones Boloña, 2013, pp. 88-93.

La Exposición de París

[Fragmento]

Pero al otro lado es donde se nos va el corazón, porque allí están, al pie de la torre, como los retoños del plátano alrededor del tronco, los pabellones famosos de nuestras tierras de América elegantes y ligeros como un guerrero indio: el de Bolivia como el casco, el de México como el cinturón, el de la Argentina como el penacho de colores: ¡parece que la miran, como los hijos al gigante! ¡Es bueno tener sangre nueva, sangre de pueblos que trabajan! El de Brasil está allí también, como una iglesia de domingo en un palmar, con todo lo que se da en sus selvas tupidas, y vasos y urnas raras de los indios marajos del Amazonas, y en una fuente una victoria regia en que puede navegar un niño, y orquídeas de extraña flor, y sacos de café, y montes de diamantes. Brilla un sol de oro allí por sobre los árboles y sobre los pabellones, y es el sol argentino, puesto en lo alto de la cúpula, blanca y azul como la bandera del país, que entre otras cuatro cúpulas corona, con grupos de estatuas en las esquinas del techo, el palacio de hierro dorado y cristales de color en que la patria del hombre nuevo de América convida al mundo lleno de asombro, a ver lo que puede hacer en pocos años un pueblo recién

nacido que habla español, con la pasión por el trabajo y la libertad ¡con la pasión por el trabajo!: ¡mejor es morir abrasado por el sol que ir por el mundo, como una piedra viva, con los brazos cruzados! Una estatua señala a la puerta un mapa donde se ve de realce la república, con el río por donde entran al país los vapores repletos de gente que va a trabajar; con las montañas que crían sus metales, y las pampas extensas, cubiertas de ganados. De relieve está allí la ciudad modelo de La Plata, que apareció de pronto en el llano silvestre, con ferrocarriles, y puerto, y cuarenta mil habitantes, y escuelas como palacios. Y cuanto dan la oveja y el buey se ve allí, y todo lo que el hombre atrevido puede hacer de la bestia: mil cueros, mil lanas, mil tejidos, mil industrias: la carne fresca en la sala de enfriar: crines, cuernos, capullos, plumas, paños. Cuanto el hombre ha hecho, el argentino lo intenta hacer. De noche, cuando el gentío llama a la puerta, se encienden a la vez, en sus globos de cristal blanco y azul, y rojo y verde, las mil luces eléctricas del palacio.

Como con un cinto de dioses y de héroes está el templo de acero de México, con la escalinata solemne que lleva al portón, y en lo alto de él el sol Tonatiuh, viendo como crece con su calor la diosa Cipactli, que es la tierra: y los dioses todos de la poesía de los indios, los de la caza y el campo, los de las artes y el comercio, están en los dos muros que tiene la puerta a los lados, como dos alas; y los últimos valientes, Cacama, Cuitláhuac y Cuauhtémoc, que murieron en la pelea, o quemados en las parrillas,

defendiendo de los conquistadores la independencia de su patria: dentro, en las pinturas ricas de las paredes, se ve como eran los mexicanos de entonces, en sus trabajos y en sus fiestas, la madre viuda dando su parecer entre los regidores de la ciudad, los campesinos sacando el aguamiel del tronco del agave, los reyes haciéndose visitas en el lago, en sus canoas adornadas de flores. ¡Y ese templo de acero lo levantaron, al pie de la torre, dos mexicanos, como para que no les tocasen su historia, que es como madre de un país, los que no la tocan como hijos!: ¡así se debe querer a la tierra en que uno nace: con fiereza, con ternura! Las cortinas hermosas; las vidrieras de caoba en que están las filigranas de plata, los tejidos de fibras, las esencias de olor, los platos de esmalte y las jarras de barniz, los ópalos, los vinos, los arneses, los azúcares; todo tiene por adorno letras y figuras indias. Vivos parecen, con sus trajes de cuero de flecos y galones, y sus sombreros anchos con trenzado de plata y oro, y su zarape al hombro, de seda de color, vivos como si fueran a montar a caballo, los maniqués del estanciero rico, del joven elegante que cuida de su hacienda, y sabe “voltear” un toro. A la puerta, a un lado, troncos colosales de madera fina repulida; y al otro, de color de rosa y verdemar, la pirámide del mármol transparente de la tierra, del ónix que parece nube cuajada de la puesta de sol. Del techo cuelga, verde y blanca y roja, la bandera del águila.

Y juntos como hermanos, están otros pabellones más: el de Bolivia, la hija de Bolívar, con sus cuatro torres

graciosas de cúpula dorada, lleno de cuarzos de mineral riquísimo, de restos del hombre salvaje y los animales como montes que hubo antes en América, y de hojas de coca, que dan fuerza al cansado para seguir andando: el del Ecuador, que es un templo inca, con dibujos y adornos como los que los indios de antes ponían en los templos del Sol, y adentro los metales y cacao famosos, y tejidos y bordados de mucha finura, en mostradores de cristal y de oro: el pabellón de Venezuela, con su fachada como de catedral, y en la sala espaciosa tanta muestra de café, y pilones de su panela dulce, y libros de versos y de ingeniería, y zapatos ligeros y finos: el pabellón de Nicaragua con su tejado rojo, como los de las casas del país, y sus salones de los lados, con los cacao y vainillas de aroma y aves de plumas de oro y esmeralda, y piedras de metal con luces de arco iris, y maderos que dan sangre de olor; y en la sala del centro, el mapa del canal que van a abrir de un mar a otro de América, entre los restos de las ruinas. Tiene ventanas anchas como las casas salvadoreñas, y un balcón de madera muy hermoso, el pabellón del Salvador, que es país obrero, que inventa y trabaja fino y en el campo cultiva la caña y el café, y hace muebles como los de París, y sedas como las de Lyon, y bordados como los de Burano y lanas de tinte alegre, tan buenas como las inglesas, y tallados de mucha gracia en la madera y en el oro. Por un pórtico grandioso se entra, entre sacos de trigo y muestras de mineral, al palacio de hierro de Chile: allí la madera fuerte de los bosques del indio araucano, los vinos topacios y rojos, las

barras de plata y oro mate, las artes todas de un pueblo que no se quiere quedar atrás, la sal y el arbusto colorado del desierto: al fondo hay como un jardín: las paredes están llenas de cuadros de números.

La Edad de Oro, Nueva York, no. 3, septiembre de 1889.

Tomado de *La Edad de Oro. Edición facsimilar*, ensayo y notas de Maia Barreda Sánchez, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Ediciones Boloña, 2013, pp. 73-77.

Las *Crónicas potosinas*

Del Sr. Vicente G. Quesada

Es de buenos libros el dar que decir; y pasa en el arte de las letras, como en todas las demás artes, que al que da con lo nuevo, o saca en paño de su telar una joya escondida, le disputan los émulos la invención, o cuando menos la fuerza del paño. Si la polémica es de dime y direte, sin más provecho que el de las riñas callejeras, donde el gentío empuja el codo a los peleadores, y goza con los motes y puñetazos, mejor es que cese la polémica, agria e inútil. Pero el choque de juicios es loable, y aun apetecible, cuando por él se viene en conocimiento de libros y costumbres y autores y pueblos, y se aviva el interés en estudios que no se han de descuidar; que es lo que acontece con el libro de *Crónicas potosinas*, que publicó hace un año en París, en dos volúmenes de a seiscientas páginas, el literato argentino, ministro hoy en Washington de su república, señor Vicente G. Quesada, conocido en nuestra América, más que por otras valiosas obras suyas, por aquella afamada *Revista de Buenos Aires*, donde hospedó cordialmente, en una colección ya histórica, a lo mejor de los eruditos y poetas hispanoamericanos. Ahora publica, como una flor de otoño, este libro de historia y fantasía, que unos alaban por ser tal vez la obra de América en que se pintan más de vivo y a la

mano los tiempos coloniales, y un crítico acota con censuras que han movido al autor a las aclaraciones literarias que van al pie, en una carta amena. Vale de veras que estas cosas vean la más amplia luz, ahora que todo estudio es poco—en estos tiempos de reajuste y determinación de nuestra América,— para ir más seguramente a nuestros fines y destinos, que con nada se aclaran tanto como con el conocimiento de los factores de que nuestros pueblos se componen; porque los pueblos son como los árboles, que no los conoce bien, ni sabe de los injertos que les puedan convenir o dañar, sino quien los conoce desde las raíces. Y a estos labradores no se puede desdeñar, a los que miran al árbol las raíces, mientras que otros viven prendados del gusano de colorín que se le sube por las hojas, o clavan a destajo en el tronco indígena, por la fatiga de la novedad, ramas de Missouri o de Valdemoro, que le perturban la savia, o se la envenenan.

No fue libro de un día, según dicen sus jueces, este de las *Crónicas potosinas*, sino que creció año sobre año en la *Revista de Buenos Aires*, con el aplauso de los que entienden de estas cosas, hasta que—sin más pecado visible que el de aludir con sinceridad continua a sus fuentes —resultan las crónicas pintura vivísima, pintura ordenada y valiente, pintura trascendental y poética de la vida fastuosa y sombría de la colonia, dispuesta en un ciclo hábil de leyendas, que arrancan, con la del indio Hualpa, en el descubrimiento de la plata del Cerro de Potosí, y paran, de drama en drama, al pie de la Casa de la Moneda, “donde tantos millones se han sellado”, viendo pasar, arreados por los indios descalzos,

“centenares de asnos y de mulas”. Allí se juntan, híbridas, la mitología india, no menos delicada que la griega, y la pompa española; allí fiestas de indígenas, y justas de hidalgos, y riñas de cabildos, y bandos de vascos y criollos, y leyendas de monjas y de diablos y de inquisidores; allí cuentos de maridos y de cortesanas, con páginas que parecen joyería cuando pinta el lujo de las damas de amor, y páginas que lloran, como las de la pasión que tuvo por su castellano infiel la tierna y temible Ima, la *ñusta* que cantaba, llorando en la noche, los yaravíes que dicen la historia quechua, y la de las estrellas del cielo. Una mano hecha a la vida guía allí por entre los cronicones, sin más cuidado que el de la verdad, ni cita en que no vaya con Martínez Vela, o Córdoba y Acostas, o Cieza de León, al lector que con unas narraciones se transporta y agita, y lee otras sin esfuerzo, y en todas aprende.

Pero un censor tachó en un periódico famoso de Buenos Aires el libro de las *Crónicas*, donde, según otro juez, “ni se exagera el mal ni ce regatea el bien, ni la piedad daña a la justicia”; el censor falló que no debía decirse, como dicen las *Crónicas*, que las costumbres que pintan son de la “Edad Medieval hispanoamericana”; que el cronista no había hilado bien, ni pintado el Cerro con sus verdaderos colores, ni compuesto los cuentos con ingenio suficiente, ni sido el primero en sacar a luz aquellos torneos, mitas, castigos, procesiones, audiencias, venganzas, espantos, amores, muebles, cenas. Hubo el señor José Martí, que ha escrito sobre el libro, de aludir, en carta al autor, a estos reparos, y a ellos contesta el señor Quesada en la carta que sigue, con

datos tan vivos y referencias de tanto interés, que aquí les habríamos dado gustosos cabida, aunque no fuese más que por estimular la afición al estudio metódico e indispensable de la época que explica los yerros y sugiere los remedios de la nuestra; y por tomar nota, entre las obras de fuerza y conjunto que van publicadas sobre cosas de América, de la serie de cuadros, dramáticos y justicieros, que ha reunido, con labor visible y plan útil, el autor de las *Crónicas potosinas*.¹

La Revista Ilustrada de Nueva York, mayo de 1891.

OC, t. 7, pp. 379-381.

¹ A continuación se reproduce la carta de Vicente G. Quesada.

Discurso en honor de México

Señoras y señores:

Este júbilo es justo, porque hoy nos reunimos a tributar honor a la nación ceñida de palmeros y azahares que alza, como un florón de gloria, al cielo azul, las cumbres libres donde el silbato del ferrocarril despierta, coronada de rosas como ayer, con la salud del trabajo en la mejilla, el alma indómita que chispeaba al rescoldo en las cenizas de Cuauhtémoc, nunca apagadas. ¡Saludamos a un pueblo que funde, en crisol de su propio metal, las civilizaciones que se echaron sobre él para destruirlo! ¡Saludamos, con las almas en pie, al pueblo ejemplar y prudente de América!

Fue México primero, antes de la llegada de los arcabuces, tierra como de oro y plumas, donde el emperador, pontífice y general, salía de su palacio suntuoso, camino de la torre mística, en hombros de los caballeros naturales, de adarga de junco y cota de algodón, por entre el pueblo de mantos largos y negro cabello, que henchía el mercado, comprando y vendiendo; o aplaudía la comedia al aire libre, con los niños vestidos de pájaros y mariposas; o abría campos a los magnates de vuelta del banquete, con sus bailarines y bufones; o saludaban al

paso del teculi ilustre que mostró en sus pruebas de caballería el poder de domarse a sí propio; o bullía por las calles de las tiendas, probándose al dedo anillos tallados, y a los hombros mantones de pieles; o danzaba, con paso que era aire, el coro de la oda; o se agolpaba a ver venir a los guerreros de escudo de águila, que volvían en triunfo, con su ofrenda de víctimas, a las fiestas del monarca conquistador. Por entre el odio de las repúblicas vencidas al azteca, inseguro en el trono militar, se entró, del brazo de la crédula Malinche, el alcalde astuto de Santiago de Cuba. Los templos de las pirámides rodaron despedazadas por las gradas; sobre el cascajo de las ruinas indias alzó sus conventos húmedos, sus audiencias rebeldes y vanidosas, sus casucones de reja y aldaba, el español; todo era sotana y manteo en la ciudad de México, y soldadesca y truhanería, y fulleros e hidalguetes, y balcón y guitarra. El indio moría desnudo, al pie de los altares.

Trescientos años después, un cura, ayudado de una mujer y de unos cuantos locos, citó su aldea a guerra contra los padres que negaban la vida de alma a sus propios hijos; era la hora del Sol, cuando clareaban por entre las moreras las chozas de adobe de la pobre indiada; ¡y nunca, aunque velado cien veces por la sangre, ha dejado desde entonces el sol de Hidalgo de lucir! Colgaron en jaulas de hierro las cabezas de los héroes; mordieron los héroes el polvo, de un balazo en el corazón; pero el 16 de septiembre de cada año, a la hora de la madrugada, el Presidente de la República de México vitorea, ante el pueblo, la patria libre, ondeando la bandera de Dolores.

Toda la jauría de la conquista salió al paso de la bandera nueva: el emperador criollo, el clero inmoderado, la muchedumbre fanática, el militar usurpador, la división que aprovechó el vecino rapaz y convidó al imperio austríaco. Pero los que en la fatiga de gobiernos inseguros y en la fuga triunfante habían salvado, con las manos ensangrentadas en el esfuerzo, el arca santa de la libertad, la escondieron, inmaculados, “mientras duraba la vergüenza”, en un rincón donde el pan era tan escaso como abundante el honor; la muerte por el derecho del país funde, al fuego de la Reforma, al indio y al criollo; y se alza Juárez, cruzado de brazos, como fragua encendida en las entrañas de una roca, ante el imperio de polvo y locura, que huye a su vista y se deshace.

Hoy campea segura la libertad, por modos suyos y crecidos con el país, en la república serena y majestuosa, donde la hermosura de la Naturaleza prepara a las artes, donde la mirada de la mujer mueve a la vez a la piedad y al lujo; donde la prueba franca de la guerra ha afirmado la paz; donde templea el trato amigo las diferencias de la condición y la pena de vivir; donde el vivir no es pena. Hoy descansa, en reposo vigilante, aquel pueblo que, cuando pelea, pelea como si vaciara en sus hijos la lava de sus volcanes; y cuando ama, ama como ha de amar el clavel a la llamarada de la aurora. Ya no es Tenochtitlán, la ciudad de guerreros y de sacerdotes, la que pasea en las plazas de México, y entra a orar en sus teocalis, y boga cantando, al son del remo, en las chalupas; es París quien pasea, refinado y airoso, por aquellas alamedas de follaje opulento que, al rumor de las fuentes, cala sobre

las sendas una luna más clara que ninguna otra luna. Los perseguidos y hambrientos de ayer son hoy estatuas en el Paseo de la Reforma. El palacio de la República va sumiso por la calle de la riqueza y el trabajo, como buscando el alma del país, al palacio indio de los emperadores. Rey parece cada lépero de la ciudad, por el alma independiente y levantisca. La noche alumbra el portón donde, a la sombra de un zarape, conversan de amor los novios pobres; o el teatro que corona al poeta nacional, con las flores que se arrancan del talle las mujeres; o el salón donde la esposa del Presidente trata con sus amigas del alivio de las madres desamparadas; o el baile donde compiten en vano con la mujer de México la palma y la magnolia. Al asomar el día bajan de sus canoas, como en cestas de flor, las indias de vestido azul; trae el canal, de las islas flotantes, la hortaliza y la jardinería; bulle, como avispero despierto, la industria popular; se abre a los jóvenes ávidos la muchedumbre de escuelas y de bibliotecas; pasan de brazo los poetas con los obreros y los estudiantes; vierten en las plazas su carga de trabajadores los tranvías; silban, proclamando a la nación, las chimeneas de los ferrocarriles. Resucita, al abono de la propia sangre, aquel alma imperial que huyó, en el horror de la conquista, a lo profundo de la tierra, y hoy sazona, con la virtud indispensable de lo nativo, el alma importada. Como de la raíz de la tierra le viene al mexicano aquel carácter suyo, sagaz y señoril, pegado al país que adora, donde por la obra doble de la magnífica Naturaleza, y el dejo brillante de la leyenda y la epopeya, se juntan en su rara medida el orden de lo real y el sentimiento romántico.

¿Y ante quién tributaremos el entusiasmo que nos inspira la obra firme y creciente de la República que viene a ser en América como la levadura de la libertad, sino ante el que, con el mérito y brío de su persona, más con su cargo oficial de Cónsul, representa a México en Nueva York, ante uno de los luchadores gloriosos que han puesto la libertad de la tierra mexicana, la libertad de pensar y de vivir por sí, donde no parece que haya poder que la derrumbe, ante aquel cuya barba blanca ennoblece el rostro donde se revela la juventud del corazón, como aquellos festones de delicado gris, canas del bosque, que realzan el verde perpetuo de las colinas que vieron vivir a Moctezuma, y morir, al pie de su bandera, a los cadetes heroicos de Chapultepec? ¡Señor: como los guerreros de manto y penacho de diversos climas se juntaban al pie del ahuehuate, a jurar su ley al árbitro imperial, las Repúblicas agradecidas de América, con palmas invisibles y flores selladas con el corazón, se juntan alrededor de la bandera mexicana!

Discurso pronunciado en la velada en honor de México de la
Sociedad Literaria Hispanoamericana en 1891.

OC, t. 7, pp. 65-67.

Discurso en honor de Centroamérica

Señoras, señores:

Como en andas de flores se levanta, colgada de granadillas
e hipomeas, la tierra de esmeralda y plumas, donde, al
espejo de sus lagos y al incensario de sus volcanes, crecen en
el combate y en la fatiga, según lo manda la naturaleza, las
cinco repúblicas de Centroamérica, como un solo hogar. Por
aquellos ríos han apagado la sed, en la cuenca de una hoja,
muchos viadores de la libertad; de aquellos arriates ha tomado
mucha flor para el pasajero doloroso la niña de la casa; para la
vida y la poesía ha sacado fuerzas mucho peregrino de aquel
aire purificado por el fuego; de debajo de un apagavelas salen,
desperezándose y tundiéndose, cinco países cuyo parentesco
será más poderoso que la pócima de ira con que les alborotó
las venas el conquistador; ¡aquí venimos, en nombre de todos
los agradecidos, a ceñir con una guirnalda de corazones
las banderas que no se han manchado con más sangre que
aquella que es ley que se derrame, por la ferocidad inevitable
de la vida, en los bautizos de la libertad!

Por entre las ruinas de los gigantes desaparecidos
surgieron, bellos y pintados como los pájaros, los pueblos

de indios nuevos que tejían y tañían, y levantaban con gracia heroica sus atalayas de carrizos, y narraban bajo la sombra de los árboles la leyenda del mundo, cuando centellearon en la creación los espíritus celestes, y a la voz de ¡tierra! surgió el Universo de la nada, con el hombre que fue primero arcilla, y luego tronco duro, y luego árbol ramoso; con la mujer de caña, y luego los cuatro hombres de carne y pensamiento, a cuya cabeza se sentaron las cuatro mujeres, coronadas de plumas de garza. Hoy era el mercado, de tejidos y diademas, y pórpidos y oros, y birretes y tobilleras del plumón más fino, y pitos y atabales; la boda era mañana, con danzas y convites, y las casas blancas festoneadas de orquídeas olorosas; o era que el rey pasaba, con su manto de pluma azul y la corona refulgente, cargado a hombros de nobles, en su silla de oro y pedrería; o vitoreaba la multitud a los caballeros del torneo que a punta de flecha mantenían por el aire la mazorca de maíz; o volvían a sus hogares aterrados, porque venía el zutujil a sangre y fuego, el cazador que traía al cinto como un iris la pluma del quetzal, el atjije canoso, abrazado a los manuscritos de las leyendas, el coro de la escuela desbandada. El zutujil prendía a la tierra fuego, para que no anduviesen sobre ella los invasores. Vino el rubio de España, con el trueno en las manos; cayó con su aliado el cachiquel sobre las ciudades que el quiché alzó contra el chuzo y la flecha; y cuando pasó la nube de humo, resplandecía el sol indiferente en la caña y la pluma de las hecatombes.

Se bebió entonces, al sol de Pacaya, el vino de Valladolid, entre barajas y votos; y apuró el cacao de Soconusco, en los

casucones levantados sobre indios, el deán que ensartaba con la tizona al alguacil que lo venía a prender. La calle era del oidor, de gorra y garnacha, o del encomendero desdentado, de casco y gamuza, o del presidente que echaba a desvergüenzas al buen obispo que le venía a pedir la ley para la indiada, sin más coraza que su lanilla de dominico, ni más miedo que el de no ser bastante brioso. A flechazos recibían aquellos cristianos a los obispos que no les firmaban los crímenes con la religión; tuteaban al rey, en cuanto les tocasen las encomiendas aquellos vasallos; y monseñor se gastaba la renta de la Catedral en festejos a los que salían a matar lacandones. San Francisco peleaba con Santo Domingo; el cabildo se le empinaba a la Audiencia; los encomenderos cansaban el mar con sus quejas al emperador; un Hernando cosía a puñaladas al obispo y con la daga ensangrentada escribía en el aire su proclamación de príncipe. Hasta que los competidores se avinieron en el mando y no hubo ya más Casas ni más Marroquines, sino que vivía en los palacios, con el nombre de la familia escrito en el zaguán con huesos, la prole de los conquistadores y las doce damas; y era la vida candil y procesiones, como aquella del certamen de la Universidad, sobre la “Contienda Amorosa de Italia, Francia y España”, cuando iban delante los atabalers, y luego en mulas los estudiantes e hidalgos, y los doctores y la clerecía, y luego un señorón de portaestandarte, con el tema muy floreado entre pinturas, y luego criados de librea, y luego soldados—a tiempo que entraba en la ciudad la hilera de indios, con la frente ya hecha al mecapal de la bestia de

carga, y el ministril se llevaba preso a un criollo, porque leía el Quijote.

Se movió el mundo; vivió Carlos III; entró en la Capitanía la Enciclopedia, bajo una capa española; y de la mesa de un canónigo andaluz salió la juventud del señorío a ganar a la independencia la voluntad del general español; ¡y aún hoy es día de gala en Centroamérica, de gozo puro y sublime, aquel día de septiembre! Pudo más que la corazonada del primer cariño el interés de las localidades apartadas por la policía astuta de la colonia; pudo más lo real del país, hecho al gobierno familiar, que lo ideal que le querían poner, con más ardor que pericia, los innovadores desconcertados; pudieron unos idear canales y garantías, mientras mandaban otros cerrar las costas y espantaban de un bufido al buen sevillano que quiso enseñar álgebra; pudieron las Repúblicas, unidas por un artificio generoso, volver a la localidad de que no supo sacarlas la conquista, que solo hubiera podido hallar excusa en el cumplimiento de esa ley histórica; pueden aún, con la mira en el Sol, padecer en la faena de ir acomodando a un pueblo novicio, criado en dos conquistas, las leyes acabadas de la libertad, o sacar de su misma composición, de modo que se la asegure, la ley aborigen que lo aquiete y levante; puede ser como levadura, por lo fervorosa, una de las Repúblicas,—y otra como un jardín, por el cultivo de la tierra y de las mentes,—y otra como academia de política y trabajo,—y otra como una casa de familia, con el retrato del abuelo orlado de ópalos,—y otra como universidad entre plantíos, que pone a reposar sobre el arado el tirso y el capelo;

pero de la majestad y rebelión de su naturaleza de volcanes, del hábito de crítica aguzado en la larga esclavitud y de la lección aprendida en la prueba franca y dolorosa de hombres y sistemas, viene a aquellas Repúblicas un señorío mental, más verdadero que visible y más eficaz que ostentoso, por el que todas se reconocen y unen, y en donde entra por parte tan viva lo más fecundo de la fantasía, que pudiera un avezado a imágenes comparar aquella serena mente de Centroamérica a una casa solar, de portón de alto escudo, por cuyos balcones colgasen, pintorescas y amables, las enredaderas.

Allí por cuevas floridas, con el pecho lleno de un gozo de creación, se sube, como coronado, a los volcanes, desde donde se ve caer la tierra en declives cambiantes sobre la playa de la mar; allí, en cráteres orlados del jardín silvestre, chispean, sigilosas, las lagunas; allí, en la boca deshecha del Volcán de Fuego, revolotea la mariposa azul; y corren por las faldas, entre guijas de colores y anémonas y tréboles que lucen como lapislázuli y coral, ríos de un agua tan clara como la prosa de Marure, y con tal música en su curso, que parecen estrofas de los hermanos Diéguez. Así, en el goce continuo de aquel mundo ordenado y hermoso, nace, a despecho de las turbulencias de la vida, la felicidad que hace al hombre bueno, y es, como la desgracia, una fuerza decisiva en la literatura. Así, entre sus jazmines del Cabo y su clavel de olor, sueltas las trenzas y el corazón prendado, crece sensata y fiel la esposa del país, con un juicio risueño que impera sin descoco, y unos cariños como plumón de ave. Así, ayudada por su misma dilación, que la salva de los tanteos decadentes y místicos

del pensamiento nuevo que asoma ya sobre los hombres, va Centroamérica disponiéndose a acomodarse a su hora, con la fuerza venida del estudio de lo natural, a la época de mayor religión y literatura verdadera que por la tierra toda levanta, con potencia de himno, el conocimiento racional y amoroso de la Naturaleza. Por la enseñanza que de ellos recibe América, en virtud de su apego saludable a lo original y propio; por el valor con que han encarado sus problemas y la frecuencia con que los han abonado con su sangre; por la largueza con que dan agua y pan al peregrino, permitidme, vosotros que os gloriáis con la representación de aquellos nobles países, que los salude en nombre de la América, cuya fe indígena proclaman y mantienen,—¡en nombre de la libertad, cuyo estandarte acribillado alzan por sobre sus cabezas,—en nombre de los peregrinos agradecidos!

Discurso pronunciado en la velada en honor de
Centroamérica de la Sociedad Literaria Hispanoamericana,
en junio de 1891.

OC, t. 8, pp. 113-116.

*La sociedad
Hispanoamericana
bajo la dominación española*

Libro nuevo del Sr. Vicente G. Quesada,
ministro argentino en España

Tienen unos por ciencia en América, y por literatura científica y principal, el estudio minucioso de los pueblos de que les apartan origen y costumbres, y el desconocimiento punible y sistemático del país en que han de vivir. Y es cierto que sin el examen profundo de los diversos ensayos políticos, más valederos mientras más se asemejan los pueblos estudiados al de nuestra naturaleza, ni se logra la pericia útil al adelanto de la tierra propia, ni la robustez moral que viene de la certidumbre de la obra ordenada y triunfante de los hombres; pero este desdén de lo criollo, singular en quienes en lo suyo intentan influir, aunque suele ser signo por donde anuncia su aspiración descontentadiza un espíritu potente, es más a menudo prueba cierta de entendimiento segundón, que al gozo de cavar por sí en lo nuevo prefiere llevar a cuestras lo que cavó otro; o prurito rural del hijastro que en la brava honra solariega suspira avinagrado por su fantástica progenie de galanes y damas palatinas, y en su inútil

corazón niega a su padre. Por la verdad filial, patente en la llaneza misma del estilo; por el análisis primerizo y franco de los orígenes y cruzamientos de nuestra América; por el revés con que despide a los americanos que desconocen en su pueblo propio la capacidad que conceden de prisa y de oídas al ajeno, es notable el libro cuyo bosquejo ha publicado en Madrid el argentino Vicente G. de Quesada, sobre “La Sociedad Hispanoamericana bajo la dominación española”.

Durante los años de prueba y tanteo en que nuestra América buscó acomodo entre sus vicios heredados y su libertad súbita, entre la hostil pereza e inepto señorío, y la dificultad de la república inculta y briosa, fueron las letras tribuna desecha de las ideas combatientes, o exánime remedo de las novedades literarias. Pero ya América, saneada en lo real de sus guerras y lo vano de sus imitaciones, conoce por fin sus elementos vivos, más nuevos por la mezcla forzosa de la condición diversa de sus moradores que por peculiaridades inamovibles de hábito o de razas; y con acuerdo profético brota de todas partes a la vez, en prosa y en poesía, en el teatro y el periódico, en la tribuna y el libro, una literatura altivamente americana, de observación fiel y directa, cuya beldad y nervio vienen de la honradez con que la expresión sobria contiene la idea nativa y lúcida. Del peso de la idea se quiebran las frases; antes quebradas al peso de flores traperas y llanto de cristalería. De traidores está América cansada, que solo le hablen de su muerte fatal y de su ineptitud; y está dando creadores. Los incapaces merodean aún, que en su nulidad florida creen ver la de su tierra, y visten la idea

desalentada de pompa resonante. Pero América produce obras de análisis y conjunto donde, como quien tala antes de sembrar, se desenredan y sacan al limpio las capacidades y rémoras de nuestros pueblos, a fin de poner a aquéllas leyes viables criollas, por donde el país se rijan según la realidad y estado de sus componentes, y de mudar en agencias las fuerzas toscas o estancadas.

El libro de Quesada es de esos estudios sinceros y totales sobre América. Él, prohombre encanecido en las fatigas de la creación de la república, que le vio a Urquiza el castillo feudal allí donde en la estancia modelo ordena ahora el político pecador su plétora de ideas y métodos extraños; él, hombre agudo y positivo, que ve al mundo sin cascara, por donde corre a ojos la sangre y el pus, y en cortes y en repúblicas estudió largamente la desnudez humana; él, cuya pluma de hechos castiga desdeñosa, como vicio oculto que es, la complacencia enervante en todo lo propio, por ser del estiércol de nuestro jardín, y el desvío risible de cuanto no nació plátano o palma; él, ministro hoy en la corte de sus amos de ayer, que ve ya fuerte y bella la patria que conoció, como los vascos que la pasearon, de boina por la cabeza y a horcajadas en la mula; él “cree fácil demostrar con hechos históricos la viril energía y capacidad de nuestra raza para el gobierno libre”. “Los hispanoamericanos tienen la capacidad y el vigor necesarios para vencer las dificultades de los pueblos nuevos, y para gobernarse y prosperar”. “Se pretende, y el vulgo lo acepta como verdad indiscutible, que el asombroso progreso de los Estados Unidos de Norteamérica y el

comparativamente lento y trabajoso de las naciones hispanas tienen por origen y causa eficiente la superioridad de la raza y de las instituciones coloniales que estableció la Gran Bretaña”. “El objeto de mis estudios es investigar y referir los antecedentes de las instituciones y los de las razas indígenas del grupo de las naciones hispanoamericanas, para deducir por ese estudio las condiciones que autorizan, a mi juicio, a tener completa y profunda fe en sus destinos desarrollando con prudencia las cualidades heredadas y mejorándolas por el medio ambiente”. “He vivido muchos años en los Estados Unidos; he desempeñado allí una prolongada misión diplomática; he tenido oportunidad de estudiar atentamente y de cerca sus instituciones políticas y su sociedad; he admirado su poder y su riqueza; pero esa admiración no me lleva hasta el servilismo de pensar que el éxito, debido a circunstancias naturales e inevitables, sea originado por superioridad de raza, ni por antecedentes de las instituciones de la época de la colonia”.

Y en esto parece que el tema viril saca un tanto de lo seguro al historiador, que sin ver en la desviación radical de España la causa suficiente y única de la capacidad de nuestra América, mayor en los pueblos que se le han desviado más, la busca en instituciones que no pudieron ser antaño, cuando el inquisidor y los dos indios del estribo, más eficaces y emancipadoras que lo son hoy a nuestros ojos, en pleno mundo nuevo, cuando reducen y sofocan al criollo aborrecido, en vez de disponerlo a la libertad, sostienen y encubren, con fraude insolente, la más venenosa y mercenaria tiranía. Por el descaro con

que se burlaban fueron siempre más célebres sus leyes de España en Indias, que por lo que del derecho mantuviesen o levantaran el carácter. La raza española que, por quijotes y rodelas, pudo su poco más que flechas y algodones, parécete a Quesada superior a los artífices y arquitectos indios; a quienes Draper tuvo por primeros. Donde necesitó de sus rencillas para mandar el número invencible del odio de la llaneza al señorío, del rencor de los cacicazgos al imperio, dejó España con vida al indio que, más que el inglés, exterminó en Cuba, en Jamaica, en Haití, en el cerro uruguayo, rojo aún de la sangre épica de los charrúas.

Por la justicia no se asimiló el español las razas conquistadas, sino por el sexo ineludible, la conveniencia de casar con india señora, y el sutil influjo de la raza natural, sorprendida por una milicia superior cuando aún no estaba en su proceso de amalgama tan adelante que pudiera olvidar sus rencillas en la función nacional de la defensa contra el enemigo común. A Carlos III tuvo que esperar España, al buen tiempo de un virrey criollo, para ver que la media América del Perú era muy vasta para un solo virreinato. Mucho de despechos y poco de derechos se hablaba en los ayuntamientos, que eran más para disputas que para libertades, y por donde se alzó el criollo imbuido de ideas francesas, por cuanto estaba América ahíta,—que por la primera boca—había de echarse; pero las distancias grandes y las muchas cabezas repartidas por el país pudieron más para el federalismo, por ser el equilibrio de ellas, que los ayuntamientos, fiscales antes que políticos.

Ni la ley, por pura que fuese, podía contra la explotación e iniquidad de las costumbres.

Desmaya tal vez el lenguaje de Quesada. por su sinceridad misma, en la enumeración de aquellas formas de gobierno, que han de estudiarse menos que la condición real y la sustancia del pueblo descrito; pero donde le salta al estilo la sangre y adquiere viveza, es en la pintura, ya al cerrar el bosquejo, de las causas finales de la revolución; cuando cuenta la quimera “del centralismo mercantil”; y trae lo de Vergara el colombiano, cuando habla de “las linazas prohibidas, de los telares prohibidos, prohibidos los viñedos, y las fábricas y las empresas útiles”. Se ve en los buenos pasajes hervir el rencor. A los tres siglos vino España a permitir el habla a las colonias entre sí. “Intolerables eran los diques del comercio”, que “originaron un contrabando escandaloso”. Lucha abierta era la vida, imposible la vida común de “los peninsulares, partidarios del monopolio, y los criollos, partidarios del libre comercio”. La lucha entre los partidarios del comercio libre y todos aquellos comerciantes que lucraban a favor del privilegio aparece promoviendo la agitación que engendraba la transformación radical para proveer por sí mismo a sus verdaderos intereses mercantiles”. “Los intereses del comercio eran los precursores necesarios de una evolución política social”. “De la fermentación de estos intereses encontrados debía, lógica y necesariamente, surgir la idea de la independencia, a fin de proveer sin tratos al bienestar común”.

Y surgió, tal cual lo narra el escritor argentino en páginas concisas; y Fernando se abre a Francia. El inglés lo castiga en Buenos Aires. Beresford, que quiso después con fuego la independencia, se alzó con la ciudad. Los criollos les pelearon, mejor que los españoles, los picaron, los echaron. El pueblo se alza, pidiendo asamblea. “Medrosos los peninsulares, quieren contemporizar”. Liniers es jefe, por aclamación. Arrollados Cabildo y Audiencia, deponen al virrey, al trémulo Sobremonte; atacan al pueblo; complacen al pueblo. Los ingleses vuelven, con doce mil hombres: los vecinos los tunden y rechazan, los vecinos “que se tornaron en salvarlos”. “Era el comienzo de la revolución, el comienzo victorioso e irresistible”. Y así funda su juicio sobre la capacidad bastante de nuestra América, el argentino de pluma sincera que está hoy de ministro de su patria libre en la corte de sus antiguos amos.

Patria, Nueva York, 14 de febrero de 1893.

OC, t. 7, pp. 389-392.

El día de Juárez

[Fragmentos]

Juárez, el indio descalzo que aprendió latín de un compasivo cura, echó el cadáver de Maximiliano sobre la última conspiración clerical contra la libertad en el nuevo continente. Él, el tabaquero de Nueva Orleans, el amigo pobre del fiel cubano Santacilia, el padre desvalido de la familia que atendía en Oaxaca la pobre tendera, él, con los treinta immaculados, sin más que comer maíz durante tres años por los ranchos del Norte, venció, en la hora inevitable del descrédito, al imperio que le trajeron los nobles del país. Por cierto que es poco conocida una anécdota auténtica de un cacique indio por aquellos días. En México, como en Guatemala y en Chile, hay indios puros que no se han rendido jamás. Sus caballos son águilas, y sus ojos son flechas. Caen como una avalancha, lancean el aire, y desaparecen. A lo lejos se ve, por entre la polvareda, el dorso del jinete, echado sobre el potro, y la línea del monte. El general Escobedo, que luego había de prender en Querétaro a Maximiliano, andaba en apuros por la frontera, y fue a tratar con el cacique libre, y a pedirle su ayuda contra el emperador. “¿Y por qué, cacique de dos colores,—le respondió el indio,—me pides que te ayude en una guerra que no es contra mí? Tus blancos trajeron a ese blanco barbón:

peléenla tus blancos. Tú te sometiste: echa a tu amo tú. Yo no me sometí: yo no tengo amo”.¹

Y esa es, en verdad, el alma de México, que hace bien en deshelar, como deshiela ahora, la raza india,² donde residen su libertad y su fuerza: esa es la luz que se ve brillar en los rostros, de blancos y de mestizos y de indígenas: esa la que brilla sobre los pabellones que cuelgan del balcón, y sobre el traje de cuero de los rurales invencibles, y sobre la insignia que las mujeres ostentan al pecho, el día en que, juntos los hijos de los marqueses y los léperos, van los mexicanos a cubrir de flores, y a honrar virilmente con la pasión indómita de su independencia, el monumento, hecho de manos mexicanas, donde la patria llora abrazada a los pies del cadáver del indio Juárez. ¡Hasta ahora no había América—hasta que los marqueses lloran por el indio! ¿Qué hablan los ignorantes de los pueblos de nuestra América? Estudien y respeten.—Cada año es más entusiasta en México el día 18 de julio. Y es que la

¹ La narración de esta anécdota evidencia el alto sentido de dignidad humana que Martí atribuía a los indios de América, como lo manifestó frecuentemente en otros textos. [Nota de Pedro Pablo Rodríguez]

² Esta imagen de la sangre helada o estancada como efecto paralizador de la Conquista sobre los pobladores aborígenes la emplea Martí en varios momentos. Así desde 1881, en su discurso en el Club del Comercio de Caracas, había llamado en América a “devolver al concierto humano interrumpido la voz americana, *que se heló* en hora triste en la garganta de Netzahualcoyotl y Chilam; hay que *desbelar*, con el calor de amor, montañas de hombres”. (OC, t. 7, p. 285 y OCEC, t. 8, p. 26, así como la segunda versión del discurso en pp. 41-42.) Y en “Nuestra América” señalaría diez años después: “Con una frase de Sieyès no se *desestanca* la sangre cuajada de la raza india”. (OC, t. 6, p. 17 y *Nuestra América. Edición crítica*, ob. cit., p. 14. Las cursivas son de PPR.) [Nota de Pedro Pablo Rodríguez]

tierra mestiza anuncia al mundo codicioso que ya es nación el indio solo de los treinta fieles, que, con meterse por el monte a tiempo, salvó la libertad, y la América acaso, porque un principio justo, desde el fondo de una cueva, puede más que un ejército. Es que México ratifica cada año ante el mundo— con su derecho creciente de república trabajadora y natural— su determinación de ser libre. Y lo será, porque domó a los soberbios. Los domó Juárez, sin ira.

Patria, Nueva York, 14 de julio de 1894.

Tomado de José Martí: *El día de Juárez. Edición crítica*, investigación, presentación y estudio complementario de Pedro Pablo Rodríguez, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2006, pp. 11-13.

Federico Proaño, periodista

“**A**noche dejó de existir nuestro queridísimo amigo Federico Proaño: tengo el alma desgarrada: ¿usted sabe que lo queríamos tanto!”. Así anunció José Joaquín Palma, el poeta cubano que sólo ama a los justos, la muerte del incisivo periodista ecuatoriano a Joaquín Méndez, luchador de los buenos por la América criolla y definitiva. Y así era Proaño, que salvó el fresco ingenio de la fatiga y vergüenza del periodismo de oficio en las repúblicas rudimentarias. Es América la taza enorme, hervidero nuevo de las fuerzas del mundo, que llevan a las espaldas unos cuantos héroes y unos cuantos apóstoles, comidos, como de jauría, de todos los egoístas cuyo reposo turba la marcha de la santa legión: la pelea eterna del vientre contra el ala. A veces el censor tacha, como pudo tacharse a Proaño, que el natural de Guayaquil, a quien echó un déspota a andar descalzo sobre breñas y torrentes por el destierro hasta el Perú, halle mal lo que la tiranía trama en el Perú o el Salvador, y diga su censura, con ira y con fuego, en la tierra extranjera; pero en América, a mirarlo bien, el único extranjero,—imperante aún por la fuerza de su ordenación, y terquedad de agonía, de la teocracia que

lo fomenta,—es el espíritu de amo, ridículo y aborrecible y deshonoroso espíritu, que aún nos queda de los tiempos viejos. El descendiente de un presidiario de Palos, de un matón de Flandes, de un mercenario de Nápoles, de un machetero de Aviñón, se cree, por rara heráldica, y maravilla del blanco pigmento, superior al inca y al chibcha, al criollo quemado por su sol nativo, al hijo del pueblo robado y asesinado, a su propio hijo. Las autoridades se buscan y se ayudan: los de alma de amo se juntan: la iglesia, que bebe málgica y se echa sobrinos, mantiene a los volterianos redomados que en público fungen de carmelitas y dominicos, para que con el consejo a las almas le ayude el clero, en premio del respeto y la paga de la oligarquía agradecida, a poder y mandar sobre las clases inferiores,—¡que ya serán iguales y felices en la claridad del cielo!

Con estas desvergüenzas se ha estado gobernando a la América. Es necesario cambiar. Venérese a los hombres de religión, sean católicos o tarahumaras: todo el mundo, lacio o lanudo, tiene derecho a su plena conciencia: tirano es el católico que se pone sobre un hindú, y el metodista que silba a un católico. Hállenos de escudo suyo el criollo a quien se impida negar,—y el católico a quien se impida afirmar. El hombre sincero tiene derecho al error. El gobierno es la equidad perfecta y la serenidad; y a quien merme facultad alguna de las que puso en el hombre la naturaleza, ¡guerra como la de Proaño, guerra de día y de noche, guerra hasta que quede limpio el camino! Cuando se va a un oficio útil, como el de poner a los hombres amistosos en el goce de la tierra

trabajada,—y de su idea libre, que ahorra sangre al mundo,— si sale un leño al camino, y no deja pasar, se echa el leño a un lado, o se le abre en dos, y se pasa: y así se entra, por sobre el hombre roto en dos, si el hombre es quien nos sale al camino. El hombre no tiene derecho a oponerse al bien del hombre. Esto es lo mismo en Lima que en Quito, y en Guatemala que en San José: quien ve al hombre mermado, pelee por volverlo a sí, como Proaño peleó. Eso sí: si ha de ofender por la paga, o porque le manda el anfitrión ofender, rompa la pluma pura sobre la mesa vil: se puede defender la libertad, pero de la defensa de ella no se ha de sacar pretexto para vivir de tábano o de turiferario. Sin embargo, la pelea es tremenda: Proaño tendría a veces, con tal de que no le faltase pan o cátedra, que defender, con la pasión de los pueblos primerizos, a amigos lerdos o culpables. Es culpable el que ofende a la libertad en la persona sagrada de nuestros adversarios, y más si los ofende en nombre de la libertad. Pero no hubo mucha pluma, por lo castiza e intencionada, por lo liberal y fecunda, por lo magistral y fresca, por lo aguda y revoloteadora, como la de Federico Proaño.

El hombre anduvo por la América Occidental, con la pluma a costas. Caía en un país, Perú o Costa Rica o Salvador o Guatemala, y ya, Fígaro y Veuillot, iba la pluma ampollando. No podía él vivir sin la letra impresa. Todo, basta el pecado, por el pensamiento libre. Corona a la idea, no coronilla. Quien desame la mala religión, la despótica e intrusa, hasta el derecho tendrá de pagarle la pluma: ¡ésos son los servicios de la guerra! Proaño, en *La Nueva Era*, azota a García Moreno, que lo

destierra por el desierto, gran maestro de literatura, y lo echa a padecer, que es cátedra magna. En Bogotá, publica su *Times*, tamaño como un colibrí, y lo ama Adriano Páez, que fue alma de mieles, y escribe en su pro Montaivo, que fue gigantesco mestizo, con el numen de Cervantes y la maza de Lutero. En Costa Rica creyó que había que barrer, y publicó *La Escoba*, y *El Otro Diario* y *El Maestro*. Por los Altos vivió en Guatemala, donde Palma lo quiso, y publicó, siempre ameno y picante, *El Diario de Occidente*. Reía, no sin amargura; y en verdad su risa era como la vaina de los sables, toda lustre por fuera, y plata u oro donde juega el sol, y dentro rugosa sombra. Risa es crítica. Pero Proaño no podía ver pájaro preso sin darle libertad; ni castigar a una bestia sin tundir a quien la castigase; ni merma alguna del hombre, sin que se le encrespase la pluma, como al quetzal, de ojo de oro, cuando se ve la esclavitud encima. El bravo Eloy Alfaro, que es de los pocos americanos de creación, lo nombró, cuando triunfó con él en el Ecuador la libertad, Ministro de Hacienda. De diputado a Guayaquil no quiso ir, porque “aquello iba a ser un concilio”. Para los enemigos del albedrío del hombre, y de su franco empleo en América, no tenía más que uña y diente. Y su pluma, fina y fuerte, esbozaba de un rasgo, iluminaba de un revuelo, clavaba de un picotazo, se abría, como en dos alas, ante las majestades del hombre y de la Naturaleza. Duerma el ecuatoriano en suelo guatemalteco, donde lo amó un poeta cubano. Es una la América.

Patria, Nueva York, 8 de septiembre de 1894.

OC, t. 8, pp. 256-258.

1
ly
hi
f
2

APUNTES Y FRAGMENTOS

Y esto es un pueblo entero; esta es una raza olvidada; esta es la sin ventura población indígena de México.

El hombre está dormido y el país duerme sobre él.—La raza está esperando y nadie salva a la raza. La esclavitud la degradó, y los libres los ven esclavos todavía: esclavos de sí mismos, con la libertad en la atmósfera y en ellos; esclavos tradicionales, como si una sentencia rudísima pesara sobre ellos perpetuamente.

La libertad no es placer propio: es deber de extenderla a los demás: el esclavo desdora al dueño: da vergüenza ser dueño de otro.

¿Quién despierta a ese pueblo sin ventura? ¿Quién reanima ese espíritu aletargado? No está muerto: está dormido. No rehúye, espera. Él tomará la mano que le tiendan; él se ennoblece con el conocimiento de sí mismo, y esa raza, llena de sentimientos primitivos, de natural bondad, de entendimiento fácil, traerá a un pueblo nuevo una existencia nueva, con todo el adelanto que ofrece la moderna vida, con la pureza de afectos y de miras, el vigoroso empuje, la aplicación creadora de los que conservan el hombre verdadero en la satisfacción de sus apetitos, el cumplimiento de sus necesidades, y la soledad de una existencia escondida y tranquila.

El hombre nuevo vendría a la tierra preparado: no habría perdido con el contacto de las generaciones las primitivas fuerzas. Pero álcesele, redímasele, explíquesele: sea verdad que son: un pueblo libre no puede alimentar a un pueblo esclavo:

el siervo avergüenza al dueño: lleguen a hombres los que han nacido para serlo: anímense los tristes al calor de la patria y del trabajo: sea verdad lo que en hora de compasión escribió alguien: “Hombre primero, bestia de cultivo!/ ¡Trabajador después: primero vivo!”.

De “Función de los meseros”, en *Revista Universal*,

México, 10 de julio de 1875.

OCEC, t. 2, pp. 117-118

2

La educación de la raza indígena. El inmediato cultivo de los campos. Todavía está expuesto a ser esclavo el que mantiene esclavos a su lado. Álzanse remordimientos cuando pasa a nuestro lado un ser, en forma igual a nuestro ser, por nuestro descuido casi imbécil, dueño, sin embargo, de dormidas fuerzas que, despertadas por una mano afectuosa, dieran honra e hijo útil a la hermosa patria en que nació. ¿Cómo esas inteligencias no despiertan en medio de esta naturaleza poderosa donde convidan el cielo a las ternuras, los accidentes de la tierra a las grandezas, los bosques al solitario pensamiento, las noches rumorosas y serenas a lo apacible y a lo puro? Hállase uno a sí mismo en la contemplación de lo que lo circunda: ¿por qué, pobre raza hermana, cruzas la tierra con los pies desnudos, duermes descuidada sobre

el suelo, oprimes tu cerebro con la constante carga imbécil?
¡Oh, cómo, cómo duelen estas desgracias de los otros!

De “Boletín. Familias y pueblos”, en *Revista Universal*,

México, 21 de julio de 1875.

OCEC, t. 2, pp. 132-133

3

Interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó con el advenimiento de los europeos un pueblo extraño, no español, porque la savia nueva rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la injerencia de una civilización devastadora, dos palabras que, siendo un antagonismo, constituyen un proceso; se creó un pueblo mestizo en la forma, que con la reconquista de su libertad, desenvuelve y restaura su alma propia. Es una verdad extraordinaria: el gran espíritu universal tiene una faz particular en cada continente. Así nosotros, con todo el raquitismo de un infante mal herido en la cuna, tenemos toda la fogosidad generosa, inquietud valiente, y bravo vuelo de una raza original, fiera y artística.

Toda obra nuestra, de nuestra América robusta, tendrá, pues, inevitablemente el sello de la civilización conquistadora; pero la mejorará, adelantará y asombrará con la energía y creador empuje de un pueblo en esencia distinto, superior en nobles ambiciones, y si herido, no muerto. ¡Ya revive!

¡Y se asombran de que hayamos hecho tan poco en 50 años, los que tan hondamente perturbaron durante 300 nuestros elementos para hacer! Dénnos al menos para resucitar todo el tiempo que nos dieron para morir. Pero no necesitamos tanto!

Aun en los pueblos en que dejó más abierta herida la garra autocrática; aun en aquellos pueblos tan bien conquistados, que lo parecían todavía, después de haber escrito con la sangre de sus mártires, que ya no lo eran, el espíritu se desembaraza, el hábito noble de examen destruye el hábito servil de creencia; la pregunta curiosa sigue al dogma, y el dogma que vive de autoridad, muere de crítica.

De “Los Códigos nuevos”, en *El Progreso*,
Guatemala, 22 de abril de 1877.
OCEC, t. 5, p. 89.

4*

Canté a la Guatemala laboriosa, alba de limpieza, virgen robustísima, pletórica de gérmenes;—canté una estrofa del canto americano, que es preciso que se entone como gran canto patriótico, desde el brillante México hasta el activo

* Esta importante carta [...] manifiesta una vez más la clara visión que Martí tenía de los problemas fundamentales de *nuestra América*. [...] Refleja el ambiente polémico y constructivo creado por Martí durante su corta estancia en Guatemala, con su actuación y con la preclara y valiente expresión de sus ideas en la cátedra, en la tribuna y en su folleto *Guatemala*. Años después habría de enfrentarse con situación análoga en Venezuela, país que se vio obligado a abandonar, lo mismo que Guatemala. [Nota de OC]

Chile. Esa estrofa pugna por ser himno.—Aquella noche, corrió a mi lado aire de amor.

Luego, el 16 de septiembre, invitado por mi amigo Izaguirre, y por alguien más, hablé de nuevo. Decir mal de España, con mis labios cubanos, hubiera parecido una pueril venganza:—son flojas las batallas de la lengua. Volví los ojos hacia los pobres indios, tan aptos para todo y tan destituidos de todo, herederos de artistas y maestros, de los trabajadores de estatuas, de los creadores de tablas astronómicas, de la gran Xelahub, de la valerosa Uatlán. La manera de celebrar la independencia no es, a mi juicio, engañarse sobre su significación, sino completarla. Enumeré las fuerzas de Guatemala, y las excité al movimiento y al trabajo.—Creo que me enojé un poco con las perezas del Ser Supremo, vuelto de espaldas tantos siglos a la América.—He ahí mi oscura campaña. Amar a un pueblo americano, y, por tanto, mío, tan mío como aquel que el Cauto riega; celebrar una nueva época, censurar aquella en que un Ministro reñía ásperamente a un maestro, porque enseñaba francés a sus discípulos,—he ahí las circunstancias que he atacado; he ahí la inoportunidad que he cometido. La verdad es que solo aquel Ministro, y los suyos, tenían derecho a quejarse.—Cierto que para ellos fui yo inoportuno.

De Carta a Valero Pujol, director de *El Progreso*, 27 de noviembre de [1877]. *OCEC*, t. 5, pp. 189-190.

5

Paramaconi.—Terepaima.—Conocoima.—Bravos.

Ama a la Naturaleza. Ama a los indios.—Huellas, nada.

De *Cuadernos de apuntes*, OC, t. 21, p. 156.

6

Antigüedades peruanas.—de Mariano Eduardo Rivero.

Huacas—Montecillos cónicos—dentro de los cuales, en una concavidad forrada: por cañas y palos, enterraban a los cadáveres con trajes, metales y utensilios de barro.

En Quelap, en el Depto. de Amazonas, hay dos grandes muros de piedra labrada, líenosle nichos cortos—en cada uno de los cuales, ya desnudos, ya envueltos en mantas de algodón de colores, hay un cadáver como encuclillado.—300 pies de elevación: gran solidez: gran riqueza en el bordado de la piedra.

Huaca de *Toledo* (por su descubridor) llena de tesoros—descubriéronlo los Indios a los Españoles por la parte que en ello se les ofrecía: y quedaron, sin la Huaca, y sin la parte.—Nada les dieron.—

En Eten—en la nueva provincia de Otuzco se habla una lengua que nadie en el resto del Perú comprende. Rehuyen los habitantes toda mezcla. Dícese que en Lima uno del Eten se

entendió fácilmente con un chino. Lindos sombreros, toallas y cigarrereras, téjenlos los etenecos. Eten: lugar por donde nace el sol.—

Rivero.—Memorias Científicas.—

Buena prueba de la industria de los peruanos son las bien dirigidas y sólidas acequias que riegan, en la provincia de Cañate, todo el valle.—No lejos, en el valle de Lunahuana, existía una magnífica fortaleza.

Los ayacuchanos se distinguen grandemente por su talento pa. la escultura. Hacen muy bellas cosas en la piedra de huamango, tan parecida al mármol.

Ayacucho—rincón de muertos.
“Cuzco y Lima”.—Mr. Markham.

La fortaleza de Alontaitambo.

En la fortaleza de Sacsahuaman (Cuzco) se nota clarísimamente que los peruanos conocían el arte de la fortificación.

Los meses en el calendario de los Incas:

Dbre—Raimi

Enero—Huchtuy—poccoy

Febrero—Hatem—poccoy

Marzo—Paucar—huacay

Abril—Aryhuay

Mayo—Aymuray

Junio—Inte—Raymi

Julio—Anta—Asitua

Agosto—Capac—Asitua

Setbre—Capac—Asitua

Octubre—Cautarayguiz

Novbre—Laymeyquiz

Alimento de los indios.—Coca, que llevan en una pequeña bolsa;—cancha o anca, maíz tostado;—Charqui,—carne salada en tajadas delgadas.—

El cancha es el pinole de los indios mexicanos.—

Paz Soldán cree que la coca es solo un vicio—como el del tabaco.

¡Pobres.—desconfiados indios! ¿A cto. dista este lugar? se les pregunta.—*Chailallápi tatai*:—Aquí cerca—tatico.—

Cáchua—baile de los indios, al son de la guerra. Danzan en rueda, subiendo y bajando la cabeza y moviéndola de un lado y de otro.

Alalán!—gran frío.
Acacán!—gran dolor físico.
Atatán—gran asco.

Grabados hay con cincel en piedras a ocho leguas de Arequipa.—

Los atrevidos acueductos de Nazca.

7

Grandísima luz arrojan sobre los milagros modernos, y sobre la identidad del espíritu humano, y cómo en distintos pueblos obra igualmente en semejantes estados,—y cómo fue spre. la grey sacerdotal. Estos párrafos de la *Historia de Zamora*:

“Los templos o santuarios más celebrados de toda la nación de los Moscas, eran el de Sogamoso, el de Bogotá y Chía, el de la laguna de Túquerres, y la laguna de Guatavita, que dista dos leguas de este pueblo entre unos cerros muy levantados: con tal hermosura y nivelada disposición la formó la Naturaleza, que está el agua como en una taza que tendrá más de una legua de circuito: es muy profunda, tan cristalina y limpia, que una paja que le cae la despide luego a las orillas.

“Referían entre las fábulas los indios que habiendo sorprendido el Guatavita a su mujer más principal en adulterio, mandó que en su presencia y de los principales de su Estado usaran de ella algunos indios de los más ruines, que había en la ciudad. Ella sintió tanto esta afrenta pública, que con una hija que tenía se arrojó a la laguna. Desesperación en que después de haberla perdonado el Cazique (piedad en que son muy liberales los indios), la sintió tanto que iba a las orillas, y aumentándola con sus lágrimas, en que por dar gusto a su señor echaban algunas sus vasallos: y todas las llamaban con voces de sentimiento. El demonio, que brinda con lo que apetece la inclinación de cada uno, dispuso que los Xaques, o sacerdotes que cuidaban de este santuario, fingieran que estaba viva la Cazica en un hermoso palacio que había dentro de aquellas aguas. Para engañarlos más, se aparecía en la forma

y traje de la Cazica, con su hija entre los brazos. Con estas apariciones empezaron a crecer los sacrificios, y pareciéndole al Guatavita y a sus vasallos que estando viva, cumplían con su amor y remediaban sus necesidades, le hacían ofrecimiento de lo más rico que tenían.

“Divulgóse esta fábula por toda la nación de los Moscas, y también por los extranjeros, que admirados del prodigio, venían a ofrecer sus dones por calles diferentes de que hasta hoy permanecen las señales. Entraban en unas balsas de juncos, y en medio de la Laguna arrojaban sus ofrendas con ridículas y vanas supersticiones. La gente ordinaria llegaba a las orillas, y vueltas las espaldas, hacían su ofrecimiento, porque tenían por desacato el que mirara aquellas aguas persona que no fuese principal y calificada”.

También es tradición muy antigua, que arrojaron en ella todo el oro y esmeraldas, luego que tuvieron noticia de que no buscaban otra cosa los españoles. De esta laguna salió aquella fama del Dorado, que a tantos ha destruido, por decir que el Cazique Guatavita se bañaba de trementina, y sobre ella de grande cantidad de oro en polvo, librea con que entraba dorado y resplandeciente al sacrificio”.

Una vez sacaron de la laguna oro muy fino, por 3 000 pesos: otra vez una esmeralda de muchísimo valor; y otras veces, otros pequeños.

8

No faltaron elevación ni fantasía al animoso Juan Bautista de Toro, eclesiástico bogotano, que en *El secular religioso*, impreso en Madrid en 1722, y en 1778, pintó bravamente y sin embozo los desmanes increíbles de los Corregidores de Indios, y defendió a los “tristes indios”, y afirmó que de aquellos—“por inhumanos, pocos se salvan en la eternidad”.—Muy popular fue su libro. Su modo de decir es seguro, y a veces flagelante; preciso, altivo y dogmático.

De *Cuadernos de apuntes*, OC, t. 21, pp. 199-200.

9

En 1741, Gumilla (José) jesuita español q. como Cassaní, explotó mucho los trabajos del Padre Rivero, publicó en Madrid:

“El Orinoco ilustrado, historia natural, civil y geográfica de este gran río y de sus caudalosas vertientes: gobierno, usos y costumbres de los indios sus habitantes, con nuevas y útiles noticias de animales, frutos, aceites, reciñas y raíces medicinales.”—En 1795, se hizo otra edición.

D. Antonio Julián, jesuita expulsado, airado contra las falsas especies que corrían a propósito de América en las obras de Chinsole, la Martinière, Coleti é Gazzestiere Americano,—escribió una *Hista, Geografía del Magdalena*, q. no se conoce, e imprimió “La perla de América, provincia de Santa Marta, reconocida, observada y expuesta en discursos históricos por el sacerdote D. Antonio Julián”. Vivía prendado de la

lengua guajira que estimaba como la más sonora, clara, breve y tersa de las que había oído en América. Se pronuncia naturalmente;—“no exige inflexiones raras de labios, y aberturas, ni contracciones de nariz”: abunda en vocales: sus palabras son de pocas sílabas.

De *Cuadernos de apuntes, OC*, t. 21, pp. 203 y 204.

10

¡Qué hueca explicación por comparación de los milagros cristianos,—por los milagros de América—y de aquella mitología por esta!—

De *Cuadernos de apuntes, OC*, t. 21, p. 208.

11

He aquí que antes de conocer la teoría de Agassiz, yo pensaba, como él piensa, que las razas americanas son autóctonas.—Pues la tierra—en condiciones geológicas iguales—si pudo producir en unos lugares el hombre—¿por qué no pudo producirlos en otros?—Que los pueblos americanos presenten afinidades con los pueblos de Occidente—no quiere decir que de allá vengan.—Que se acerquen los vasos de la cerámica de México a los etruscos, y se halle sobre una inscripción maya una cabeza de elefante—prueba, a lo sumo, comercio entre las dos tierras, sin que sea menester acudir a directa filiación entre las razas de un continente y las de otro para explicarlo. Pues ¿no afirma Le Plongeon, que ha visto

en las murallas de Uxmal, negros tripulando barcos?—Y ¿no tengo yo la copia de un busto, relieve en piedra, de guerrero barbudo?

De *Cuadernos de apuntes*, OC, t. 21, p. 210.

12

Mobanes de los Indios paeces.—

Brahmanes indios.

Vivían los indios paeces—según el jesuita Manuel Rodríguez autor de *El marañón o amazonas*—Madrid—1864,—y general de los jesuitas de España y América—en la Cordillera de los Guanacas,—sierra fría, que llaman el Páramo de las Papas, desde el pueblo de la Cruz a Timaná.

“Tienen algunos hechiceros que llaman *Mobanes*, que son ordinariamente algunos muy ancianos, que hacen vida extraordinariamente retirada y en parte escondida, donde gustan de ser consultados, y los tienen por adivinos y por personas que pueden dañar con hierbas o con su indignación a los que les provocaren a ella, con lo que son respetados y consultados de los otros”.

Ver “Los paeces”, estudio de Carlos Cuervo y Márquez en su *Prehistoria y viajes*.

Pues los invitados de Nana, y los alegres de hoy, y un *souper chez les filles*, ¿qué es más que aquellas juntas de los indios paeces que “acababan de ordinario con riñas el regocijo de sus bebidas, siguiéndose de ellas otros pecados”?—¿Qué más da que hagan fondo al repugnante lienzo las paredes de Hefter, o la ranchería, oliente a chicha, y llena de sus tinajas de las márgenes del Páez?

Como en ciertos lugares de México—las indias de Páez se echaban después del parto, ella y sus hijos, en el río.—

De *Cuadernos de apuntes*, OC, t. 21, p. 215.

13

Hay que devolver al concierto humano interrumpido la voz americana, que se heló en hora triste;—en la garganta de Netzahualcóyotl y Chilam: hay que deshelar, con el calor de amor, montañas de hombres; hay que detener, con súbito erguimiento, colosales codicias; hay que extirpar, con mano inquebrantable corruptas raíces;—hay que armar los ejércitos pacíficos que paseen una misma bandera desde el Bravo en cuya margen jinetea el apache indómito, hasta el Arauco cuyas aguas templan la sed de los invictos aborígenes;—como si la arrogante América debiera, por sus lados de tierra tener por límites, como símbolo sereno—tribus desde ha tres siglos no domadas.

De “Fragmentos del discurso pronunciado en el Club del Comercio”, en Caracas, Venezuela, 21 de marzo de 1881.

OCEC, t. 8, pp. 41-42.

14

Au loin, le Panthéon, une autre église où reposent dans un monument de marbre, qui honore l'art italien, les cendres de Bolívar,—s'étend aux pied d'une grande montagne, digne sépulture d'un si grand mort. En recueillant les regards pour admirer la lune, qui brille au ciel, comme contente d'illuminer sa ville favorite, on tombe sur un grand tas de pierre, qui resplendit comme la surface d'un lac,—c'est le Gran Théâtre.—Et on laisse l'endroit charmant, vigorisé par le spectacle d'un telle beauté, et la respiration de l'air limpide et pur. En descendant, on pense aux guerriers indies qui dans ce même lieu luttèrent, corps à corps, nus et armés d'une macane contre les guerriers espagnols, habillés en fer, et armés d'épée, et de dague et de mousquette.

De "*Un voyage à Venezuela*", [agosto de 1881-enero de 1882], *OCEC*, t. 13, p. 135.

[Traducción]

A lo lejos, el Panteón, otra iglesia donde reposan, en un monumento de mármol, que honra al arte italiano, las cenizas de Bolívar,—se extiende a los pies de una gran montaña, digna sepultura de tan gran muerto. Al recoger las miradas para admirar la luna, que brilla en el cielo como contenta de iluminar su ciudad favorita, estas caen sobre un gran pedazo de piedra que resplandece como la superficie de un lago;—es el Gran Teatro.—Y abandonamos este lugar encantador, vigorizados por un espectáculo de

semejante belleza; y por la respiración del aire límpido y puro. Al descender, uno piensa en los guerreros indios, que en estos mismos lugares lucharon, cuerpo a cuerpo, desnudos y armados con una macana contra los guerreros españoles, vestidos de hierro, y armados con espada, y con daga, y con mosquete.

De “Un viaje a Venezuela”, *OCEC*, t. 13, p. 152.

15

—Un gran incendio en Nueva York ha devorado gran cantidad de reliquias sudamericanas. El caballero Gebhard, gran viajero y coleccionador infatigable, tenía almacenados en la casa de depósito que fue víctima del fuego, una colección muy rica de objetos de arte y monumentos de historia primitiva de Asia y América. Ídolos, vasos raros, y valiosos jeroglíficos han perecido en la catástrofe.

De “Sección constante”, en *La Opinión Nacional*,
Caracas, 17 de noviembre de 1881.

OCEC, t. 12, p. 48.

16

—De que las selvas de nuestra América abundan en remedio para todas las enfermedades que en nuestro suelo se producen, lo dicen a voces la lógica de la naturaleza, en lo que las fuerzas de construcción están siempre al lado de las fuerzas de destrucción, y la suma ya cuantiosa de tesoros

botánicos que debe a la tierra americana la farmacopea. Ni a quien ha andado entre indios, queda duda de que ellos son dueños de muchos secretos que la grave ciencia heredada de Europa persigue aún en vano. *Tonatiyacapan* es el nombre de un medicamento mexicano con que un indio compasivo salvó a una hija mimada de la fortuna, dotada por las hadas, cantada por los poetas y regalada por los reyes, a la arpista española Esmeralda Cervantes, del vómito negro. Y como el indio fue tan generoso que reveló a Esmeralda Cervantes su secreto, la arpista lo ha popularizado en Buenos Aires y Uruguay, donde los Consejos de Higiene proclaman oficialmente las maravillas del *tonatiyacapan*.

De “Sección constante”, en *La Opinión Nacional*,
Caracas, 18 de noviembre de 1881.
OCEC, t. 12, p. 49.

17

Así enterraban los mayas de Yucatán, los pobladores de Uxmal y de Chichén-Itzá, a sus cadáveres, al guerrero con sus armas, al rey con su cetro, a la virgen con sus ornamentos, al niño con los objetos de su juego.

De “Sección constante”, en *La Opinión Nacional*, Caracas,
16 de enero de 1882.
OCEC, t. 12, p. 142.

18

—Abrimos un libro norteamericano, y nos hallamos con esta frase, que no es para pérdida, sino para meditada: “lo que quiero decir es, que para nosotros aquí en América, y para los objetos de nuestra literatura, lo mismo que en otras y más viejas tierras, lo que primero precisa es el carácter, y enseguida la lealtad a lo que nos rodea”.—De nuestro tiempo y de nosotros mismos hemos de sacar impresiones, asuntos, lecciones, inspiraciones y consejos. Crece el árbol; va el río de manantial a brazo caudaloso y a mar opulento; todo se ensancha, adelanta, se abre; y nosotros los americanos, que hemos tenido en estas tierras la hoguera en que murió Hatuey, y tenemos sobrado el fuego en el seno de nuestros volcanes ¿hemos de calentarnos aún a la hoguera de Dido? Los débiles parafrasean: los poderosos, crean.

De “Sección constante”, en *La Opinión Nacional*, Caracas,

24 de febrero de 1882.

OCEC, t. 12, p. 217.

19

La asociación científica que ha alcanzado fama con el nombre de *British Association*, tiene una de sus secciones consagrada al estudio de Antropología; y como en nuestros países latinos, que abundan tanto en gente ilustre desconocida que en lugar y atmósfera apropiadas brillarían con luz poderosísima, hay conocedores de estas cosas que de seguro no van en zaga a los más letrados de la asociación británica, es oportuno

decir que la próxima sesión del grupo de Antropología se celebrará en Montreal, y no se tratarán en ella más que asuntos americanos, sobre los que habrá discusión larga. Por cierto que un caballero distinguido de nuestros países, que acaba de presidir una república, está escribiendo un libro de historia primitiva americana, que en muchos puntos se roza con lo que va a discutirse en la sesión de Montreal.

No diremos el nombre del ex presidente, que sobre la que lleva en su mente, ha comprado ya una rica librería de obras sobre América; sino los asuntos de debate en la sesión, que serán estos:

Las razas nativas de América, sus caracteres físicos y su origen.

La civilización de América antes del tiempo de Colón, con especial estudio de las relaciones primitivas de América con el antiguo continente.

Arqueología de Norteamérica: cuevas, habitaciones y aldeas: arquitectura de piedra de México y Centroamérica.

Lenguas nativas de América.

Colonización europea y sus efectos en las tribus aborígenes.

En julio próximo es la sesión, y en Canadá la celebran por ser tierra rica en reliquias y pruebas visibles de los asuntos cuyo estudio intentan.

Bien harían los gobiernos de Centroamérica en ofrecer una de sus capitales cercanas, a tanta ruina maravillosa, para

la reunión del próximo congreso de algunas de las sociedades que en investigar la historia de América se ocupan.

“Reunión próxima de la British Association. Asuntos de antropología americana”, en *La América*, Nueva York, junio de 1884.

OCEC, t. 19, p. 224.

20

Acaba de publicarse el volumen decimotercero, que trata del descubrimiento y primera tentativa de población de la Nueva California. Bancroft es de aquellos estados, que, como no han dado mucha gente de letras, celebran y miman al que con un solo libro atrae sobre California la curiosidad y el aplauso. Y Bancroft ha querido pagar este cariño y satisfacer su amor de hijo tratando con homérica minuciosidad los más sencillos detalles de la primitiva vida californiana. Que tiene poco que contar: porque ni los aztecas, a pesar de ser gente trabajadora y buscona, dieron con las minas de oro y plata de aquella rica porción del continente; ni los españoles, que eran menos que las minas de México, parecían tener en cuenta el maravilloso territorio. De España les decían que era sabido lo muy valioso de aquellas tierras, y que debían poblarlas; pero ya los señores castellanos de esta parte del mar estaban más para gozar lo que habían conquistado sus mayores, y vivir de la labor de los indios, que para obedecer a reyes e intentar hazañas nuevas.

De “El libro monumental de Bancroft”, en *La América*, Nueva York, junio de 1884.

OCEC, t. 19, pp. 231-232.

21

A curiosas hipótesis ha dado origen la etimología de la palabra Patagonia. En una reseña que *La Nación* de Buenos Aires hace de una conferencia del Dr. Carlos Spegazzini, que acaba de andar por aquellas tierras y estudiarlas, leemos que el viajero explica de este modo el origen de la palabra: En patagón, los números de cien en adelante pertenecen al quichua. Luego aquel pueblo tuvo vinculaciones con los quichuas, o más fácilmente, se hallaron bajo la dominación de estos. Ahora bien, los incas imponían a cada tribu la obligación de dar cien hombres de armas, constituyendo así centurias como en tiempo de los romanos.

La palabra cien, dicese en quichua *patac*.

Las patagones llámanse *oaniken*. *Patac oaniken* sería pues centuria de *oaniken*.

Aunque reconociendo el conferenciante que tal etimología era hipotética y no podía imponerse como única, suponía que aquel *patac oaniken*, corrompiéndose había llegado a componer la palabra Patagonia.

El carácter de los patagones pareció al conferenciante dulce y benigno, “Son hospitalarios, dice, pacíficos y poco sanguinarios; pero en sus odios son tenaces y no perdonan jamás”.

Describió un precioso instrumento patagón al cual tienen los indios mucho apego. Contó que estaba un día bajo un toldo conversando con un indio cuando de pronto hirió sus oídos una música triste que parecía venir del exterior. Era

como si tocaran en el violín, lejos, muy lejos, algo así como una marcha fúnebre de Chopin. Pronto se convenció de que la música partía del mismo toldo: era un viejo que pasaba el tiempo tocando su instrumento favorito. Un fueguino tocaba a veces en el mismo instrumento un trozo de *La fille de mine Angot*, que había aprendido en Punta Arenas.

Expresó el conferenciante que los patagones adoptan para designarse nombres de objetos. Cuando alguno muere, el nombre que llevaba en vida no lo adopta ningún otro.

“La Patagonia”, en *La América*, Nueva York, junio de 1884.

OCEC, t. 19, p. 233.

22

Juan Ignacio de Armas, de Cuba, que en pocos años ha ganado renombre de buscador ingeniosísimo y esmerado poeta, registra ahora a Parras y Bernáldez, y Cabezas de Vaca y Garcilasos, y con todos estos venerables pergaminos desmiente, contra lo que San Jerónimo creyó ver, y pintó en su globo Martín Behaim, que haya habido antropófagos jamás. Alegato ameno es esta *Fábula de los caribes*, y no hay que decir que es victorioso, porque el que está con la naturaleza humana, está en lo cierto. Los datos que tantos otros historiófilos abalumban y resuelven sin orden, aquí van diestramente conducidos, como si los llevase capitán amaestrado, hasta que llegan a dar de sí, como sin esfuerzo y de manera inevitable, lo que el historiófilo quiere que digan.

Y de vez en cuando, una sutil ironía aguza un pensamiento, y otras veces, una severa justicia realza un detalle minucioso. Este Juan Ignacio de Armas vivió en Caracas unos cuantos años entre los grandes de la mente de todas las edades; y de andar entre libros, llegó a tener su color y sabiduría. Es perspicacísimo de naturaleza, y de aquellos que tienen la noble y desusada capacidad de poner por encima de sí mismos, y sacar salvo de todo, su amor al estudio;—títulos dan los reyes; pero de ennoblecimiento de alma, ninguno mayor que el que se saca de los libros. Las ideas purifican. Venir a la vida usual después de haber estado del brazo con ellas por bajo de los árboles o por espacios azules, es como dar de súbito en el vacío. Una adementada angustia se apodera de la mente en el primer instante del choque. Y se sigue caminando adolorido, hasta que se ve al fin que los hombres son buenos y se está bien entre ellos.

De “Libros de hispanoamericanos y ligeras consideraciones”, en *La América*, Nueva York, julio de 1884.

OCEC, t. 19, pp. 288-289.

23

Todavía anda sin publicar una obra en diez tomos sobre la antigua Centroamérica, del alemán Behrendt, donde dicen que se ven, bien traducidos, aquellos títulos de propiedad indígenas, que eran la historia de cada casa y tanticos en coloreada imaginación que no parecen documentos de dominio,

sino mantos de plata luciente, revestidos de piedras preciosas, colas de aves del paraíso, segmentos de arcoiris.

De “Cartas de Martí. Un libro de Vining sobre Hwui Shang”, en *La Nación*, Buenos Aires, 20 de agosto de 1885.

OCEC, t. 22, p. 135.

24

Aquel modo de sentarse de los indios tiene algo de columpio.—

Del chiquito, con el sombrero,—una estrella.

El otro, el gravo, de ojos medio cerrados, q. sabe esperar, el águila.

Hay algo de sagrado, en estos hombres producidos originalmente por la tierra en que habitan.

Corren a trancos elásticos.
Saltan a paso elástico.²

De *Cuadernos de apuntes*, OC, t. 21, p. 280.

25

Ni se puede dejar de pensar, al ver lo que sucede entre los Estados Unidos y Nicaragua, en el plato de lentejas de Esaú: ni se puede, al estudiar la benevolencia de los colombianos imperantes para con Estados Unidos, olvidar a los caudillos indios que dieron a Cortés, creyendo valerse de él para dominar a sus rivales, el triunfo sobre su propia raza.

De “Nueva York”, en *La Nación*, Buenos Aires,
2 de agosto de 1889.
OC, t. 12, p. 241.

26

¡Adonde se va y no se vuelve va ahora la galera! Caerán los indios, los últimos indios, sobre los caballos; de la primera bala vendrá abajo el mayoral; de cadáveres desnudos quedará rodeada la galera; las mujeres, se las han llevado los indios a la grupa. Allá, en la última frontera, hay un cacique indio, hijo de francés, que lleva el pantalón de franja de oro de sargento mayor argentino, y está casado, en su casa de ladrillos rodeada de “toldos”, con una española. Más allá, en la última ciudad

² Tachado por Martí. [Nota de OC]

del mundo, en nuestra Señora del Carmen de Patagones, con sus colinas de arena erizada de arbustos sinuosos, son hoy banqueros, agricultores, padres amantes y felices, los que en años atrás mandó el Gobierno a la villa por sus delitos de robo, de falsificación, de muerte, a levantar hogares, donde no les podía acusar la tierra, con las mujeres culpables de haber amado sin medida.

De "*La pampa*", en *El Sudamericano*, Buenos Aires,
20 de mayo de 1890.
OC, t. 7, p. 375.

27

Las fiestas del descubrimiento no han sido en Santo Domingo cosa vana, ni mera cortesía entre gobiernos establecidos, ni ocasión de pedigüena candidatura al honor nimio y envenenado de un asiento provincial en la Academia Española, ni caso propicio a los de alma arcaica para mostrar, con el apego a la ensangrentada conquista, el desamor de todo lo propio y nuevo: por otras partes de América han sido eso las fiestas del Descubridor; pero en Santo Domingo, la tierra amada de Cristóbal Colón, la tierra de más recuerdos y mayor nobleza indígena de aquellos tiempos en que se ensanchó el mundo, la tierra que el ambicioso italiano descubrió con gloria y abandonó con grillos, la tierra donde acaso, en su arquilla de plomo, revuelto el polvo con los huesos, está lo que queda del cuerpo macizo e inquieto del Almirante, las fiestas han sido como un filial tributo, y como un renacimiento

nacional. La misma Academia, que en otras partes no es más que agencia hábil de España en América para defender sus míseras posesiones, las Antillas que arruina y corrompe,—no es en Santo Domingo, donde jamás se apaga el alma de *Enriquillo*, más que como la tradición castiza del país, y la única expresión segura del amor al arte en los tiempos revueltos que, en las ansias de la ordenación, atraviesa aún la patria de Juan Pablo Duarte:—¡con nueve jóvenes “de alma generosa y aspiraciones nobilísimas”, juró Duarte, y realizó la fundación de la república!

De “A tres antillanos”, en *Patria, Nueva York*,

21 de noviembre de 1893.

OC, t. 7, p. 301.

28

Y yo pregunto cuando se trata de España—(no se arguya lo que valemos ahora)—¿valía más lo que había en América cuando expulsamos a los conquistadores, que lo que había cuando vinieron?—En poesía, ¿qué versos de la colonia valen lo que la única oda, u odas, que se conocen de Netzahualcóyolt? En arquitectura, ¿qué pared de iglesia, o celebrado frontispicio, ni aun el del churriguereco Sagrario de México, vale lo que una pared de Mitla, o de la Casa del Gobernador?

De *Cuadernos de apuntes*, *OC*, t. 21, p. 375.

29

Juárez.—Indios considerados. Leer *Tardes americanas*.

Tlaxcala, Oaxaca. Pintura.

Cosa natural ser indio. Álvarez, Ramírez, Sánchez Solís.

Su naturaleza de indio sentía más la opresión.

De alma libre, educado en el claustro, vio más de cerca lo feo y oprimido del claustro.

Sobre todo, soberana y desinteresada virtud.

En los tiempos serenos triunfan los bribones, que son casi spre. los menos modestos y más atrevidos. En los tiempos críticos triunfan, por la ley de tabla del naufragio, los virtuosos.

En lo de J. no hay misterio. Los indios allí no son excluidos. No se les ayuda; porque con ser vital ese problema, ha habido otros más urgentes aún: pero no se les impide. Y no solo cdo. uno. *c/Ah.*, es el patriarca de su Est^o o cdo. muestra aq. genio especial q. todo lo avasalla, y se pone sin esfuerzo y como en virtud de derecho propio por encima de todo, sino en lo usual y diario de la vida. (Antiguos indios de mérito.)

La soledad de Tlalnepantla.

La pena en el rostro de S. Solís.

La gran ciudad.

De *Cuadernos de apuntes*, OC, t. 21, p. 384.

30

Sus corazas eran de algodón; sus estandartes de plumas.—
(El estandarte de 500 plumas de quetzal de Moctezuma, en Viena.)

De *Cuadernos de apuntes*, OC, t. 21, p. 425.

31

Y el culto indio del Sol ¿no resulta ser estrictamente científico?

De *Cuadernos de apuntes*, OC, t. 21, p. 429.

32

César Salas, que dejó ir su gente rica a Cuba, para no volver más que “como debe volver un buen cubano”, es hombre de crear, sembrador e industrial, con mano para el machete y el pincel, e igual capacidad para el sacrificio, el trabajo y el arte. De las cuevas de San Lorenzo, allá en Samaná, viene ahora; y cuenta las cuevas. La mayor es como la muestra de las muchas que por allí hay, con el techo y las paredes de pedrería destinada, que a veces cuelga por tierra como encaje fino, y otras exprime, gota a gota, “un agua que se va cuajando en piedra”. Es grande el frescor, y el piso de huano blanco y fino, que en la boca no desagrada, y se disuelve. La galería, de trecho en trecho, al codear, cría bóveda, y allí, a un mismo rumbo, hay dos caras de figuras pintadas en la pared, a poco más de altura de hombre, que son como redondeles

imperfectos, donde está de centro un rostro grande humano sobre el vértice de un triángulo, crestado a todo el borde, con dos rostros menores a los lados, y a todo el rededor dibujos jeroglíficos de homúnculos con la azada en una mano, o sin ella, de caballo o mula; de gallina:—la conquista acaso, y las minas bárbaras, ofrecidas a la religión del país, en los altares de las cuevas de asilo.—Allí ha hallado César Salas caracoles innúmeros, de que debió vivir la indiada; y hachas grandes de sílex, de garganta o de asta. Los caracoles hacen monte a las aberturas. Por cuatro bocas se entra a la cueva. Por una, espumante y resonante, entra el mar. De una boca; por entre bejucos, se sube al claro verde.

De *Diario de campaña*, 30 de marzo de 1895, OC, t. 19, p. 207.

33

Por el poder de *resistencia* del indio se calcula cuál puede ser su poder de *originalidad*, y por tanto de *iniciación*, en cuanto lo encariñen, lo muevan a fe justa, y emancipen y deshielen su naturaleza.—Leo sobre indios.

Del flaco Moctezuma acababa de leer, y de la inutilidad de la timidez y de la intriga. Con mucho amor leí de Cacama, y de Cuitláhuac, que a cadáveres herocios le tupían los cañones a Cortés. Leí con ira de la infame o infortunada Tecuichpo, que con Cuauhtémoc en la piragua real defendió el águila, y a pecho de pluma se echó sobre el arcabuz, y luego,—la que había dormido bajo los besos indios del mártir,—se acostó a

dormir, de mujer de español, en la cama de Alonso de Grado, y de Pedro Callejo, y de Juan Cano

De *Diario de campaña*, 8 de abril de 1895, *OC*, t. 19, pp. 211-212.

34*

Libro para escribir inmediatamente: *El alma americana*.— Elementos, obstáculos y objetos de la civilización sudamericana: Religión, política, industria, educación, inmigración, comercio, literatura, universitarismo, europeísmo.

Sobre el mal humano de acomodación a la tierra, el mal concreto de acomodación de un espíritu refinado a una civilización naciente. Flor de cuidado, de jardín, en naturaleza inculta, donde el ábrego sopla, la fiera ruge, el indígena vocea, el caballo de las revoluciones y conmociones naturales agosta.

Los indios hoy.—un libro: Estado actual de las razas indias en América.

Poema Americano

* Estas notas de Martí, sobre libros que proyectaba escribir, se encuentran en sus *Cuadernos de apuntes*, que dejó a su albacea literario Gonzalo de Quesada y Aróstegui. [Nota de OC]

Podemos, es claro, escribir n/poema: (Tecum Unam, Sucre, Túpac Amaru, Juárez). Pero no con lengua prestada, ni siquiera con la de Homero, sino con algo que sea en el color y la gracia como el vestido de gala de los magnates indios, penachos de volcán, pechos desnudos, lágrimas patriarcales, columpios de pluma;—y transportados por alas invisibles, y roídos por águilas coléricas.

Que Colón fue más personaje casual que de mérito propio, es cosa de prueba fácil, así como que se sirvió a sí más que a los hombres, y antes que en estos pensaba en sí, cuando lo que unge grande al hombre es el desamor de sí por el beneficio ajeno.

Vida y costumbres de los indígenas de América.

—Sería oportuno libro.

Y aún más oportuno, y hecho a donaire, este otro:

Hábitos, prácticas y fiestas de los americanos coloniales o Vida de los americanos (en la época) durante la dominación española.

De “Libros”, OC, t. 18, pp. 282, 283, 286 y 288, respectivamente.

35

Sobre el descubrimiento de Chacmool:—versión del descubridor.

En Ezpita, al E. de Yucatán, hallaron al viejo Chab-lé, de 150 años cuyo menor hijo tiene 90. Chab-lé dijo a Le Plongeon que un amigo suyo, Alayon, barbero en Valladolid, muerto

hacia 40 años, tenía un libro en el cual solo él podía leer, y que en este libro se decía que en un edificio de Chitchén-Izá había un escrito en el que se anunciaba que llegaría un día en que por medio de un cordel la gente de Valladolid y Mérida se comunicarían, y que este cordel se estrecharía por gente que no era del país. Efectivamente encontraron el *Alcabsib*, escritura corriendo, escritura violenta (traducción de la Sra.) o *Acabsib*,— versión de Le Plongeon.—

En la esquina derecha hay zigzags, y de ahí sale una línea blanca que atravesando otros jeroglíficos corre declinando hasta la oreja de una cara grotesca. Valladolid está más alto que Mérida.

De *Cuadernos de apuntes*, OC, t. 21, pp. 106-107.

36

“166 hombres fueron los conquistadores del Imperio Muisca, gobernado por dos príncipes—el Zipa en Bogotá, y el Zaque en Tanja”. Por entre los dos príncipes se entraron los 166 hombres.

“¿Qué se hizo la nación que poblaba este vasto territorio, y cuyas ciudades y castillejos agrupados hicieron que los españoles dieran a nuestra despoblada sabana el nombre de Valle de los Alcázares?”.

“El P. Torquemada se queja en su historia de la negligencia de las 1ras. personas de letras que vinieron a esta tierra. Por

fortuna, los indios habían escrito algo en piedras, que leyó 260 años después el canónigo Duquesne.”

“Entre los *muiscas*, *el mohán* probablemente sería el inspirado: *rapsodas*. Los *chibchas* tendrían también sus cantos religiosos y sus himnos guerreros, que cantarían seguramente en el monótono recitado por donde empieza el canto entre los pueblos bárbaros. Debieron cantar los chibchas sus ensoñadas guerras con el Zaque de Tunja; cantar debieron a *Bóchica*, como lo llama Vergara por haber oído *Bóchica* y no *Bochica*, como se escribe y habla siempre, a los indios de Chipasaque al Norte, y a los de Ubague, al Oriente. Pchíca es el *Adán* y el *Dios de los Muiscas*: ¿Adán y Dios a un tiempo?

Piedrahita dice de los poetas indios:

“Danzaban y bailaban al compás de sus caracolas y fotutos, cantaban juntamente algunos versos y canciones que hacen en su idioma y tienen cierta medida y consonancia, a manera de villancicos y endechas de los españoles. En este género de versos refieren los sucesos presentes y pasados, y en ellos vituperan o engrandecen el honor y deshonor de las personas a quien los componen: en las materias graves mezclan muchas pausas, y en las alegres guardan proporción: pero siempre parecen sus cantos tristes y fríos y lo mismo sus bailes y danzas.

El único trozo de poesía india conservado en Colombia es uno de los coconucos, que trae el Gral. Mosquera en la pág. 41 de su Geografía de los E.U. de Colombia.

Y dice:

Surubu loma. Subí a una altura,

Nevin ra: Allí me senté,

Canan cruz: Encontré una cruz,

Nigua gra: Me puse a llorar.

De *Cuadernos de apuntes*, OC, t. 21, pp. 303-304.

37

¡Qué vida aquella, tan sombría y grandiosa, como cuando de vuelta a Cubagua, de donde habían salido con Antonio Sedeño a cautivar indios que les sirviesen en la pesca de las perlas, volvían, con Castellanos entre ellos, espantados y hambrientos, seguidos de cerca por los tigres que, cebados en los cuerpos muertos de los malaventurados indios, que dejaban como huella de sí los expedicionarios,—buscaban, jornadeando como ellos, y acampando como ellos, a los aterrados españoles!

Y ¡parece querer Vergara que Castellanos sea,—a ajustamos a lo que dice en su prólogo,—tenido por gloria de la Iglesia. Pues buena andaba entonces la Iglesia de aquel tiempo, entre tigres, airada soldadesca, e indios muertos. Que

se reparasen en la prebenda los cansados, y en ello gozasen los dineros, que habían habido, o adquiriesen los que de otro modo no habían podido hacer,—no quiere decir que puedan ser tenidas como obras del espíritu evangélico, aquellas que nacieron y fueron hechas de hombres avezados a combates. Lugar de descanso, mas no fuente de inspiración, fue para Castellanos, y otros como él, el claustro.

Llamó Castellanos a su obra: *Elegías de varones ilustres de Indias*,—que dividió en cuatro partes, de las cuales la última, en que cantaba las hazañas y muerte de Quesada, la fundación de Bogotá, Tunja, y otros pueblos, y *las guerras de los indios antes de que llegaran los españoles*,—desapareció, sin que desapareciesen las demás. Y como tal como sucede con el 2º tomo de la *Historia de las revoluciones de Centro América* por Mearure que pereció, a manos de su autor, que se arrepintió de haberla escrito en el sentido liberal que por entonces lo animaba, o, como se cree en Guatemala, por la familia, señaladamente católica, a instancias del clero,—es fijo que este libro fue voluntariamente perdido, o por enemigos personales de Quesada, lo cual no lo explicaba bastante, o por avisados españoles que comprendían cuán importante era que quedaran envueltos en el agrandador misterio los sucesos de la conquista,—y no se hiciera vulnerable la dominación española por aquellas mismas artes y hendiduras por las que ella se había entrado. Así se hace hoy mismo con aquellos

acontecimientos a los que se quiere conservar prestigio, y de los que se aguardan grandes resultados.—Y no convenía que Castellanos hiciera con la conquista de Nueva Granada lo que Gage hizo, en su donairoso y perseguido libro—con la toma de México, y las otras hazañas de Cortés. Que las cosas de hombres, por sucesos humanos se explican, y lo que aparece milagroso, alguna razón común y clara tiene. El misterio está, no en que lo haya, sino en que no se le conoce.

De *Cuadernos de apuntes, OC*, t. 21, pp. 307-308.

38

“Sobrevendrá con frecuencia, encontrar aporcando papas o cargando esteras, el descendiente del Zipa de Bogotá, o que demos una peseta de jornal al bisnieto del inventor del calendario muisca”.

Sobre la guerra de los Pijaos, aquellos no domados, escribiéronse y perdiéronse, dos obras: la una *Guerra y conquista de los indios pijaos*, por Hernando de Ángulo y Velasco, natural de Vélez quien sobre haber sido Escribano de Cámara y Mayor de Gobernación, y alguacil del Santo Oficio,—mereció que de él dijese Ocariz que era “muy instruido en papeles y noticias de todas materias y de historia”.

Y la otra obra es la *Comedia de la guerra de los pijaos* de Hernando de Ospina, natural de Marquita, notado de satírico.

“La guerra de los pijaos, que duró largo tiempo, y no fue concluida sino con el exterminio total de aquellos altivos y valerosos indios, es muy interesante. Para terminarla, tuvo

que ir en persona el presidente Juan de Borja, auxiliado por la lanza formidable de don Baltasar, de popular recuerdo, al frente de una expedición, que a duras penas pudo rendir el indomable valor del famoso Calarcá”.

De Cuadernos de apuntes, OC, t. 21, pp. 313-314.

39

De cuán feroces y burdos fueron los conquistadores,—da buena idea esta frase de Fresle,—lamentándose de que Quesada, siendo letrado, no hubiese escrito, o puesto a otros a escribir, las cosas de su tiempo:—“a los demás sus compañeros y capitanes no culpo, porque había hombres entre ellos que los cabildos que hacían los firmaban con el hierro con que herraban sus vacas. Y de esto no más”.

Sobre trato de los indios: “Algunos dijeron que descendían de fenicios y cartagineses: otros que descenden de aquella tribu que se perdió. Estos parece que llevan algún camino, porque vienen con aquella profesía del Patriarca en su hijo Isacar, respecto que estas naciones, las más de ellas, sirven de jumento de carga. Al principio en este reino, como no había caballos ni mulas en que trajinar las mercaderías que venían de Castilla y de otras partes, las traían estos naturales a cuestras hasta meterlas en esta ciudad, desde los puertos donde cargaban y desembarcaban, como hoy hacen las arrias que las

trajinan; y sobre quitar este servicio personal se pronunció un auto de que nació un enfado que adelante lo diré en su lugar. Ya no cargan, como solían; pero los cargan pasito no más”.

De *Cuadernos de apuntes*, OC, t. 21, pp. 315-336.

40

Popayán, así llamaba—según Herrera en su *Descripción de las indias Occidentales, por Belalcázar*,—en recuerdo, del cacique de aquella tierra.

Tras el P. André viene en tiempo; y monta en fama, por arrancar la suya de obras más útiles y deseadas,—el *Obispo Piedrahita*, bisnieto por su madre Catalina Collantes, de Dña. Fca. Coya, princesa real del Perú.

Perdiéronse sus obras gramáticas, que debieron ser buenas, porque aún no se conserven versos suyos, nótase en su historia,— por lo que hubiera de hacer a trama y caracteres,—disposición gramática, variedad natural y agradable, y dijo para dibujar prontamente con sus mismos hechos, y palabras a cada personaje.

En Madrid escribió su *Historia Gral. del Nuevo Reino de Granada*, de la que se publicó la 1ª. parte en Amberes,—y

la 2da.,— luego que murió en el obispado de Parcamá el virtuoso Piedrahita, fue perdida.

Ni acusa ni defiende por sistema—con lo que es cabal cronista, realzado por sus dotes de lenguaje, disposición y pensamiento a historiador interesante. Observa con tanto orden, y con claridad tal escribe, que, sin que él nos las enseñe, vamos viendo las cosas que él ve,—y si se entra en un pueblo, la disposición del pueblo, y la de sus gentes, y sus hábitos y sus curiosidades vemos. No desdeña el uso de las arengas, si bien más las refiere que las habla.

Hablando de un príncipe afortunado, en quien no mediaron sino instantes entre la dicha que imaginaba y el principio que experimentaba, dice aludiendo a los riesgos que entrañan los rápidos crecimientos de fortuna: “fueron de la condición de los vientos, cuando soplan con demasía, que no aseguran tanto la navegación, como el naufragio”. Habla de su ambición desordenada, compañera de las desdichas. Cuenta de Zippa, en su limpia y movimentada descripción de la batalla, y dice:

“Era de natural intrépido y poco temeroso de los peligros, y en el que tenía presente, sin esperar ayuda de otro, se sacó la saeta con sus propias manos; pero reconociendo la herida y dolor intenso, que le apremiaba, vuelto a los soldados de su guarda les dijo: Amigos, yo me hallo herido de muerte, haced en mí venganza lo que debéis a buenos leales vasallos: ninguno desmaye con mi desgracia, que sí no me engañan

las señales, muy pronto tendréis en las manos una cumplida victoria”. (Roldan.)

Dice en otro lugar: “Despedazadas las cabezas con el mortal estrago de las piedras, batallaban mucho más conmigo mismo que con sus contrarios”.

Mas en estos trozos de la batalla, muéstranse, como en muchas partes del libro, reminiscencias o desafíos de iguales trozos de libros antiguos. Donde campea original y donairosa la pluma del obispo, es en retazos como aquel en que por las industrias de la india, fue salvado y honrado Lázaro Fonte (porque la necesidad y el amor son los retóricos más eficaces) de la muerte que le esperaba entre los habitantes de Pasco, que eran, aunque Moscas, fieros;—aunque por menos fieros le dejaron entre ellos, y por haber conseguido de Quesada que no le desterrase a país de Panches, de gente cruel, detestable, donde, tanto como en el cadalso, de que las súplicas de sus soldados le libraban, hubiera sido cierta su muerte.

De *Cuadernos de apuntes*, OC, t. 21, pp. 318-320.

41

En Vergara leo que, mientras que en Europa son 6, y en Asia 15 las lenguas matrices,—en América eran 55, que originaron más de 2 500. Habla de la comedia original da los peruanos *Olluco*, que fue impresa Tschudí en su diccionario *quechjua*.

De los muisacas, nada se conserva.

No hay hoy un solo indio que lo hable.

Lenguaraces grandes, que vale como entendedores en la lengua indígena fueron los dominios: (P. Lugo) jesuitas también escribieron (P. Dadey, probablemente milanés).

Gitano se llamó el lenguaje que vino de la mezcla de voces chibchas y españolas.

Desnaturalizaron la lengua chibcha, por compararla al latín.

Paravey publicó en 1834 una memoria encaminada a probar que la lengua muisca nació de la japonesa, árabe o vasca:

Seik (J) Zaque (M) Gobernador o Rey.

Fo-Chekia—Bochica—Dios

Gonat — Huthaca	}	La Luna, esposa de Dios
Guet — Gueteca		

En el calendario coinciden nombres y distribución de tiempos:

CHIBCHA		JAPONÉS (Seiva)
1°.—Día	—Ata	Eifitoí
2°.—	Roshá	Bouteka
3°.—	Mica	Mika
4°.—	Muhica	Sokka
5°.—	Hisca	Itska
6°.—	Ta	Moulka

7°.—	Cuhupena	Nounacka
8°.—	Sahuza	Tatska
9°.—	Aca	Konoka
10°.—	Ubchihica	Toca
10°.—	Ubchihica	Toca

Epitafio del partífce Sugamuxi.

¡Agai guandola in!

Assy quahuaia su cuhumá Sugamuxi Pisihipqua Pahá
 blysysuca tí qüe bísqúa: sus ichomysca tí Cundinamarca:
 bié puyquy es chié ti quica: sus mague tí chutas Sues, ma
 eta muysa aelnesequsqua chies vée suá piquihisa. Agadis
 Segásqua bi fhisca.

La traduce así el P. Lugo:

¡Oh, gran dolor!

Aquí yace el gran Sugamuxí compasivo y amante pastor
 de su rebaño: el mejor hombre de Cundinamarca: la corona y
 honra de su nación: el amigo de los hijos del sol, y que al fin
 adoró las luces del Sol eterno. Roguemos por su alma.

De saber el chibcha, se sabrían los hombres geográficos.
 Algunos se saben.

Zipacon, lamento del Zipa: tenía el Zipa cuatro palacios: Ten-saquillo, hoy Bogotá: Bogotá o Muenqueta, hoy Tunja, y allá la Corte: Tabío, lugar de baños termales; y *Zipacon*, lugar de duelo, donde se recogía a llorar sus muertos.

Bogotá (Baca-tá) extremidad de sementera, o del campo.

Tocan-zípa—llanto del Zipa,

Gachan—Zipa—Risa, gozo del Zipa.

Sogamoso—el desaparecido.

Lenguas de aquellos lugares fueron la gutural y consonantosa *Ayrica*; y *la Betoyana*, de que derivaron la de Arauca, y la de Ele, por medio de la *Firara*, madre directa de estas dos. Los de Meta hablaron el Achágua:—la *Saliva*, que Gumilla quisiera llamar, por nasal, *narigal*,—áspera: la *Sitrifa*, gutural. Y los sálivas eran “amabilísima gente, la más dócil, mansa y tratable de las descubiertas en aquellos ríos”.—Y la *Guajiva*, y la *Chivicoa*.

Plaza cita, a propósito del Meta, la *luculíe*, *jabúe*, *quilifae*, *ana-balí*, *solaca*, *atabaca*, todas de la *Betoya-Firara*, ásperas todas, como esta madre suya.

De la caribe venían los dialectos *guayana*, *palenca*, *guiri*, *guayquirí*, *mapuy* y *cumanagota*.

De la saliva, el *aturí*.

De la *guajiva*, muchas entre las tribus *chiricoas*.

La *achagua* era elegante, suave, y rica.

Plaza: “Memorias pa. la Historia de la Nueva Granada, desde su descubrimiento hta. 1810”.

Los *achaguas* viven aún en Cabuyaro, a las márgenes del Meta.

El *sáliva*, se habla en Macareo.

El *tama*, se habla en Yiramena, ambos a orillas del Meta.

Los indios aprendían antes y mejor la lengua de los misioneros, que estos la de ellos: así los *paez̄es*.

Hay la lengua de los *cocomucos*.

Y él *putumayo*, que hablan las tribus del Caqueta.

En Nueva Granada, cayeron sobre odios recientes. 80 años antes de la venida de los españoles, avasalló el Zippa Nemeguené (hueso de león) al Cacique de la rica y poderosa comarca de Guatavita.

De *Cuadernos de apuntes*, OC, t. 21, pp. 322-324.

42

Cañas hay en América,—como las que antes de Colón se vieron, s/los antiguos cronistas—en la isla de Madera, que podían contener de un nudo a otro 9 garrafas de vino.

Quivíra y Cíbora—el Dorado de México. Allí se hallaron s/Gomara, ya en el siglo 16, los restos de una embarcación de Cathay.

Cuba.—“Según las tradiciones de los Quichés (?), los fundadores del imperio de los Aztecas pasaron de *Haití a Cuba*, después de haber salido de las Canarias”. Brasseur: “Los mithes de l'antiquité americaine”.

De *Cuadernos de apuntes, OC*, t. 21, p. 336.

43

José Belalcázar quien dijo, cuando le vinieron a España leyes nuevas que favorecían en sus personas y propiedades a los indios,—“se obedece, pero no se cumple”.

Vida y costumbres de los indígenas de América—Sería oportuno libro.

De *Cuadernos de apuntes, OC*, t. 21, p. 353.

44

Chac-Mool

Tragedia simbólica de los tiempos presentes.

Espíritu del país, dormido aparentemente, pero capaz por su propia energía, de surgir y obrar en un momento crítico.

Síntesis de la Civilización Americana.—(Mexicana.)

Para hablar de las diversas tribus de América, consejo de indios, donde cada uno cuente⁴ de una raza distinta. Consejo en la selva. Solemnidad épica.

El consejo puede ser pa. determinar sobre el deseo de Le P. de llevarse a Chacmool.—

Divisiones. Unos, los más rencorosos, quieren engañados por Chacmool que les promete venganza, que su estatua irá a pedirle a otros pueblos venganza, que volverá a echar a los blancos del país.—

Escena gigantesca. Lo que hará la estatua en llegando al otro país. Se levantará. Se le caerán las ligaduras de las sandalias. Les enseñará el corazón roto.

Los más, los cuerdos, vemos en el consejo—se callan, y son los que avisan a las tribus que se juntan y van a buscar al blanco bueno.⁵

Acto I. Aparición de la estatua.—Júbilo, frenesí⁶ de los indios. Fanatismo. A besar la mano. Le P.

Acto II. A la guerra llaman, Intervención de la raza del Norte para su propio provecho. Rapiña.⁷

Acto III. El indio se despierta. Las razas se levantan.

El canto,⁸

El indio se despierta.

⁴ Varias palabras ininteligibles. [Nota de OC]

⁵ Ídem. [Nota de OC]

⁶ Palabra ininteligible. [Nota de OC]

⁷ Ídem. [Nota de OC]

⁸ Varias palabras ininteligibles. [Nota de OC]

Un verso silbante, singular, distinto.—Verso de acento.—
 Todo lo que los indios ignoran, verso de acentos graves,
 ligeros: poesía nueva.⁹

—Tiene los carrillos dorados—
 —El tigre, es el tigre, y el tigre le brilla en los ojos.

Que sea el Canto de América¹⁰ el indio se despierta.
 El volcán se derrite, la lava los campos serpea, la piedra
 caliente se cae.

Los guerreros.¹¹
 Las figuras augustas del fondo en sombras se alzan.¹²
 Los guerreros cercan de llamas al pueblo.
 En su torno, calientes las piedras y rojas, humean.
 Con los hijos los pueblos acuden al valle caliente.
 Sale el Sol por el monte.¹³
 En el fondo del valle las casas hermosas humean.
 Es un pueblo dichoso que vive en el fondo del valle:

⁹ Ídem. [Nota de OC]

¹⁰ Ídem. [Nota de OC]

¹¹ Ídem. [Nota de OC]

¹² Ídem. [Nota de OC]

¹³ Varias frases ininteligibles. [Nota de OC]

Las casitas son blancas: los niños van cantando a la escuela.¹⁴

El indio es poeta.

Yo no quisiera tener mis obras traducidas al inglés o al francés,

sino al¹⁵

Allá arriba en el trueno¹⁶ sentado sus rayos compone

El de barba cana que mira los mundos que viven

Y se toca la barba contento y abre a la luz las puertas

La luz alumbrá el mundo: Votán está contento

El indio despierta...

Ya se llena de luz el mundo: Votán está contento.

De *Cuadernos de apuntes*, OC, t. 21, pp. 359-360.

45

De Yucatán sabe lo mismo que si hubiera andado con Le Plongeon por aquellas malezas donde veneran aún al hombre combado, que es pie de Cuba, a Balum-Votan, que les llevó la paz y la ciencia.

De Guatemala no sale más que Brasseur y Berehendt.

¹⁴ Ídem. [Nota de OC]

¹⁵ A continuación siguen, a lápiz, varias frases ininteligibles. [Nota de OC]

¹⁶ Pudiera ser “trono”. [Nota de OC]

Como si fuera Arístides Rojas, dibujaba de memoria en el papel los pictógrafos de las casas de Caracas.

Ni Landa ni Uribe, del Dorado no hubieran tenido nada que enseñar de los chibchas, ni de aquellas tribus de carro de oro y cota de algodón que fueron cayendo por sus odios más que por su debilidad, ante los Quesadas y los Césares.

El Alantaima le era tan familiar, y el estribillo de Anacaona como los yaravíes que cantaba por¹⁷

De *Fragmentos*, OC, t. 22, p. 23.

46

AMÉRICA

“ígneo penacho de Pichincha

entre terremotos—San Mateo

aquella alma serena de los
lagos, de donde tomaban su
inspiración las civiliz:

¹⁷ Aquí se interrumpe el fragmento.

Texcoco Titicaca
 Guatabita Granada

De *Fragmentos*, OC, t. 22, p. 24.

47

INDIOS

Volver pudieran aquellos bravos de cabello recio, de mano hecha a la flecha y a la lanza, de plumaje encendido, sin más escudo que el del pecho osado, ni más cimera que la altiva frente.

Volver pudieran, y decir a aquellas movibles fortalezas, que no humanos soldados, mansiones tonantes del rayo matador: de nuestras aguas estáis bebiendo, sobre n/ ciudades levantásteis vuestras ciudades, vuestras imágenes son de madera, y las nuestras de piedra. León teníais, y Salamanca y Burgos, porque Sevilla y Granada y Toledo son moras, Cholula, Chichén, Uxmal, Tenoch, Uatatlán, esto dirían a aquellos hombres, de escudo de hierro y de almenado casco— aquellos hombres bravos sin más escudo que su pecho fiero, ni más casco que su heroica frente.

Gde es el circo de Toledo, más el circo máximo.

Por nuestros acueductos bebéis.

Por n/ calzadas andáis.

Solo a los hindús se parecen las esculturas americanas, tan ricas en revueltas curvas, en extraños adornos, en menudos detalles que parecen las plumas de la piedra, que tal se dirían sorprendidos en la embriaguez de la adormecedora marihuana; a cuyo influjo con extraña sonrisa y perezoso bienestar cede el indio mexicano, o como si el árabe haschisch les hiciera volcánica fiesta en el cerebro; o a las entrañas del tabaco rico en sus azules espirales curvas, y en el seno de sus flexibles ondas nacaradas robado las hubiese.

Los 500 flecheros carcaj, tamboriles y gaitas (arco) lluvia de plumas.

El Lacandón

Aquella raza que 300 años después, aún en el cautiverio, no ha aprendido ni a conformarse con él, ni a olvidar la flecha.

Con Guaicaipuro, Paramaconi, con Anacaona, con Hatuey hemos de estar, y no con las llamas que los quemaron,

ni con las cuerdas que los ataron, ni con los aceros que los degollaron, ni con los perros que los mordieron.

en los jardines imperiales del Cuzco había adornos, árboles y arbustos de oro y plata, de una hechura exquisita.

hermosos vergeles, y bosques magníficos, q. los reyes de Tenoch y Texcoco

y aquellos camelotes, por donde no viene a ser fábula el nelumbio rosado del amor.

la magnolia blanca a su trenza como símbolo de pureza.

Los Aztecas, que tuvieron una mitología no menos bella que la griega, y un Netzahualcóyotl no menos profundo que Platón.

Los Chibchas, cuyos dioses se aparecen sentados sobre el arco iris con una vara de oro; la deja caer, abre un tajo, y corre el Tequendama

no la barbarie de los pueblos primitivos, sino la delicadeza y feminidad de las civilizaciones más adelantadas.

Libros s/ Mitología India.

Cenizas de Quetzalcoatl suben al cielo a manera de nubes coronadas por sus aves de brillante plumaje, de sus aves queridas de Toblan: y de entre ellas, el alma de Quetzalcoatl al cielo.

De *Fragmentos*, OC, t. 22, pp. 26-28.

48

—Que la virtud tiene alas,—para la ventura de todos los partidos, de los hombres de todos los colores,—así de aquellos en cuya piel parecen descuajadas dulce leche y plácido jugo de uvas, como de los que parecen teñidos con la tinte del dividiví o con las sombras del oscuro Erebo;—así al vástago fornido del navarro potente, como a esos hijos de la selva virgen,

de la cutis cobriza, más que por capricho del azar, porque como que se les amarillea con su fulgor el sol de oro que, más alto que ningún otro sol espiritual, incendió Naturaleza en el apasionado y fiero hombre americano.

La embarcación de Campanero.

El ibis de Guatapano

los símbolos de Cabruta

los hábiles Panos, escritores

los fuertes Zápaos

las admirables Jícaras

el que sabe cantar en el guipaes y el wampum.

El que recoge del suelo, para ofrecérsela en copa de oro lujosamente esmaltada, la sangre heroica que brota del pecho destrozado del bravo Tamanaco.

Guacaipuro, vencedor de Fajardo y de Losada.

Paramaconi, que luchó cuerpo a cuerpo con Gonzalo de Silva, como luchó Héctor con Ajax,

el gran Pacamachaca

Tuja?—Quienes—del Guaraní Dios no es más que Teos.

El Dios de los pensadores.

Maquiritares y guahibos del Orinoco.

Huanapol—huanapuro de los cumanagotos.

49

Los hechos son la base del sistema científico, sólida e imprescindible base, sin la cual no es dado establecer, levantar edificio alguno de razón. Pero hay hechos superficiales, y profundos. Hay hechos de flor de tierra y de subsuelo. Y a veces, así como el rostro suele ser diverso del hombre que lo lleva, así la forma superficial y aparente del hecho es contraria a su naturaleza más escondida y verdadera. Y hay hechos en el mundo del espíritu.

Cuando se estudia un acto histórico, o un acto individual, cuando se les descomponen en antecedentes, agrupaciones, accesiones, incidentes coadyuvantes e incidentes decisivos, cuando se observa como la idea más simple o el acto más elemental, se componen de número no menor de elementos, y con no menor lentitud se forman, que una montaña, hecha de partículas de piedra, o un músculo hecho de tejidos menudísimos: cuando se ve que la intervención humana en la Naturaleza acelera, cambia o detiene la obra de esta, y que toda la Historia es solamente la narración del trabajo de ajuste, y los combates, entre la Naturaleza extrahumana y la Naturaleza humana—parecen pueriles esas generaciones pretensivas, derivadas de leyes absolutas naturales, cuya aplicación soporta constantemente la influencia de agentes inesperados y relativos. Sociología Americana. Leyes absolutas de sociología aplicadas a América! Pues digan: Si no hubiera acaecido el descubrimiento de la América—¿presentaría hoy la América el mismo estado que por un hecho absolutamente casual, e individual, presenta? Pretender fijar las leyes que dan forma

y que guía al hombre sin contar con el hombre! ¿Sería aquella virginal, sensata, patriarcal, artística América de los indios, de sí propia desenvuelta en tierra propia, juntando y concretando en sí las seculares influencias de un continente fastuoso y sereno

scraping, cheating, scratching

y las condiciones peculiares y directas de razas esbeltas, perspicaces y afines,—lo que es nuestra América híbrida, con pies monstruosos, con pies de español, vientre de sajón, sangre de indio, corazón envenenado, y cabeza solar y alborotada, llena de esos pensamientos mojados en sangre, fango y hiel, que como sedimento de sus viejas pasiones, le da a beber Europa?

Dóblese sobre el hombre el que quiera revelar las leyes del hombre. Y no sustituyan con la sotana científica la sotana religiosa. La buena fe del intento, la buena tendencia del intento no excusa sus yerros, porque los hace más peligrosos. Se han de estudiar a la vez, si se quiere saber de sociedades humanas, las influencias extrahumanas, los motivos generales de agencia humana, y las causas precipitantes o dilatorias que han obrado para alterar el ajuste natural entre estas dos fuerzas paralelas—o infibraci.¹⁸

De “[Serie de artículos para *La América*]”,

OCEC, t. 19, pp. 300-301.

¹⁸ Aquí se interrumpe el manuscrito. [Nota de *OCEC*]

50

El paso elástico del indio.

“He hath an Indian wisdom”.

De “Washington”, *OC*, t. 23, pp. 49 y 51, respectivamente.

111

ANEXO

Capítulo XVII*

De la etimología y antigüedad de México, y del origen de sus fundadores, con un compendio cronológico de sus reyes hasta Moctezuma.

Cuando los españoles se apoderaron de México, se dividía la ciudad en 2 grandes calles o barrios:—el uno se llamaba Tlatelutco—que quiere decir isleta,—y el otro México, que en la misma lengua significa manantial o fuente; y como el palacio del monarca se hallaba situado en este último barrio, tomó su nombre toda la capital.

Pero el nombre primitivo de la ciudad era Tenochtitlán, voz compuesta del que dan al fruto de nopal, que los españoles llaman higo de palo, higo de tuna, o higo chumbo, y los indios *nuchtlí*, y de *Tetl*, cuya acepción es piedra o roca.

* En 1878, Martí escribió a Manuel Mercado: “me parece recordar que, en carta mía de Guatemala, le envié copia de unos renglones del libro de Gage” [OC, t. 20, p. 57]. Dichos renglones, que transcribió, corresponden a dos capítulos del tomo I, primera parte, de *Nueva relación que contiene los viajes de Tomás Gage en la nueva España* [véase la *EDAD DE ORO: un iverso de cultura*. Compendio analítico informativo de los personajes y obras que aparecen en la *Edad de Oro* de José Martí. Material interactivo elaborado por Alejandro Herrera Moreno], en la Biblioteca Especializada del CEM (*N. de la E.*). Dado el evidente interés que ellos despertaron en Martí, se reproducen como anexo a la presente compilación de textos suyos sobre el indio de *nuestra América*.

En efecto, los fundadores de la ciudad echaron los cimientos de la q. pronto debía ser cabeza y corte de su imperio, junto a un peñasco situado en medio de la laguna, y al pie de la roca había un nopal, de donde viene q. México tenga por armas un nopal al pie de una roca, según la etimología del 1er. nombre de la ciudad.

Dicen algs. q. se llamó así de Tenoch, su fundador, hijo segundo de Iztacmixcoatl, cuyos hijos y su posteridad fueron los primeros pobladores de toda la parte de América, que al pte. llamamos Nueva España.

Otros pretenden que el nombre de México—trae mucha más remota antigüedad, y q. se lo dieron los Mexitis, que han sdo. sus verdaderos fundadores. Cítase en apoyo de esta opinión, el nombre de *Méxicas*, que hasta hoy conservan los indios de una de las calles de la ciudad, habiendo tomado el suyo los *Mexitis*, de su principal ídolo Mexitli, venerable entre ellos con tanto culto como el mismo Huitzilopochtli, dios de la guerra.

La opinión empero más recibida entre los españoles, acerca de los primeros pobladores de México y de la etimología de esta palabra es: que los mexicanos habitaban en la Nueva Galicia, y que de allí se derramaron por diversas comarcas el año 720 del Sr., que en 902, guiados por Meji, su general, edificaron aquella ciudad, y la llamaron de este modo en honra de su caudillo¹

Estaban separados en 7 familias o tribus, q. se habían gobernado mucho tpo., a manera de aristocracia, cuando la más poderosa de ellas, que era la de los Navatalcas tuvo un rey, y todas las demás se sometieron a su gobierno y autoridad. El 1er. monarca q.

¹ Pero ¿la terminación *co* significa ciudad? ¿Qué significará *Jalisco*? (Nota de Martí)

obtuvo el poder supremo así se llamaba: Huitzilopochtli.—El 2^{do}.—Acamapichtli.—El 3^{ro} Chimalpopoca.²—El 4^{to}. Izcoatl.—El 5^{to}. Moctezuma, 1ro. de este nombre.—El 6^{to}, Acasis.—El 7^{mo}. Axaiaatl.—El 8^{vo}. Auitzotl.—El 9^{no}. Moctezuma Segundo, que reinaba cdo. llegó Hernán Cortés.—

El 10^{mo}.—Cuauhtémoc, que perdió la ciudad de México, y con quien pereció aquel imperio.

El más venturoso de todos esos reyes fue Izcoatl el cual logró subyugar por medio de su primo Tlacaetec las otras 6 tribus, y formar de ellas un pueblo sujeto a la autoridad de los reyes de México.

Después de la muerte de Izcoatl, los electores, que eran seis, eligieron por rey a Tlacaetec, como a príncipe cuya virtud tenían ya bien experimentada; pero él rehusó generosamente aceptar esta dignidad, diciendo: “Que era mejor para el provecho de la República y bien de todos que eligieran a otro”. “Por mi parte, añadió, siempre estaré pronto a ejecutar cuanto fuere necesario en servicio del Estado, y sin ser rey, seguiré trabajando como hasta ahora por la prosperidad y defensa de la patria”. Celebróse, pues, nueva elección, y el 1ro. de los Moctezumas fue hecho rey en lugar del que no quiso serlo.

² Así se llama la antigua biblia guatemalteca, traducida y publicada por Brasseur. (Nota de Martí)

CAPÍTULO XVIII

Sucinta relación de la toma de México por los espls.

Los reyes más desgraciados de aquella nación fueron los dos últimos, Moctezuma y Cuauhtémoc, ambos vencidos por Cortés.

El conquistador tenía preso a Moctezuma en su propio palacio; mas no creyéndolo todavía a buen recaudo, lo atrajo mañosamente a su habitación q. le servía de alojamiento así hta. q. se acabó la ejecución de Chimalpopoca, señor de Nahuatlán, ahora Almería, condenado a muerte por haber muerto o hecho matar a nueve españoles.

Pero la prisión del monarca, o más bien esa última ignominia, encendió los ánimos de sus vasallos, y todos los mexicanos se alzaron contra Cortés y los españoles, y pelearon con ellos por espacio de do» o tres días, pidiéndoles a su emperador, y amenazándolos con la muerte y los tormentos más atroces, si no se lo volvían en libertad.

Cortés rogó a Moctezuma q. subiera a uno de los miradores altos de la casa q. estaban apedreando con la mayor furia, y q. mandara a sus súbditos q. se aplacasen. Así lo hizo: po. habiéndose inclinado sobre el pretil para que pudiesen oírlo mejor, le alcanzó a la sien una piedra de la lluvia q. de ellas lanzaba la muchedumbre alborotada. El malhadado príncipe cayó muerto del golpe; acabando su vida a manos de sus propios vasallos, en medio de su corte y bajo el poder

de un puñado de extranjeros. Los indios dicen que era de la familia más noble de toda su línea, y el más magnífico de todos los monarcas que le habían precedido. De allí puede inferirse q. cdo. los imperios llegan a la cumbre de su prosperidad, están al borde del precipicio q. los devora, o que los reinos se hallan más cerca de mudar de señor, cuando se juzgan más estables y dichosos. La historia de Moctezuma es una lección terrible, en que la gloria y magnificencia del monarca aparecen como presagios formidables de la ruina de un vasto imperio. Muerto Moctezuma, eligieron los mexicanos a Cuauhtémoc por Emperador; continuaron apedreando la casa de Cortés con tanta rabia, que lo obligaron a huir de la ciudad con todos los españoles.

Después de haberse retirado de la capital, se fortificaron en Tlaxcala. Cortés mandó construir 16 bergantines, o 18, como otros quieren; volvió a sitiar la ciudad de México por agua y por tierra, y redujo los habitantes a tal escasez de víveres, que las casas, donde amontonaban los muertos, para disimular el aprieto en q. se veían, estaban todas llenas de cadáveres. Mas aunque vieron arder el palacio de su rey Cuauhtémoc, y la mayor parte de la ciudad consumida por las llamas, o convertida en escombros, no por eso aflojaron en la defensa, antes siguieron peleando con mayor encono, y disputando el terreno calle a calle. En todos los parajes en q. podían resistir a los conquistadores, renovaban denodados el combate, cada paso era un encuentro; cada encuentro una matanza. Los canales, las calles, las casas, presentaban por dondequiera montones de cuerpos muertos, y los vivos que acertaban a cruzar por medio de tantas víctimas, y que ya ni aun cortezas de árboles tenían para alimentarse, estaban tan amarillos y flacos, que inspiraban más lástima que los que habían cesado de padecer.

Los esps. llegaron, al cabo de muchas fatigas, y a costa de sangre, a la plaza del Mercado, y se apoderaron de la mayor parte de la ciudad. Aquellos maltratados religiosos del ejército mexicano, sin embargo, aquellos hombres tan débiles y extenuados, que podía decirse que solamente les quedaba el corazón, desecharon con arrogancia la paz que, después de haberles intimado la rendición, envió a ofrecerles el magnánimo Cortés. Respondiéronle valientemente que no debía esperar aprovecharse de sus despojos, porque si la fortuna seguía siéndoles contraria, estaban resueltos a guerrear o a echar en el lago todas sus riquezas, y a pelear hasta el último trance, mientras quedara un hombre solo vivo.

Cortés, deseoso de saber lo q. todavía le quedaba por ganar, subió a una torre alta, desde donde podía ver toda la ciudad, y juzgó que aún resistía la 8ª parte. Mandó, pues, atacar. Volvió a encenderse la lucha, y los pobres habitantes, viendo la fatalidad de su destino, y no pudiendo ya más, rogaron a los españoles que los exterminaran de una vez a todos pa. acabar con su miseria.

Otros había junto a la orilla de la laguna; cabe un puente levadizo, los cuales gritaban a Cortés que, pues era hijo del Sol, intercediera con su padre, a fin de que los hiciera perecer; y después, dirigiéndose al Sol mismo, le suplicaban que pusiera fin a su mísera vida, y los dejara ir a gozar del descanso que esperaban hallar junto a su dios Quetzalcóatl.

Cortés, viendo la extremidad en q. estaban aquellos infelices, y creyendo q. al cabo se someterían, envió un mensajero a Cuauhtémoc, pa. q. le hiciera presente el estado de miseria de sus súbditos, estado

q. aún sería,¹ si él no se inclinaba a la paz. Pero,² desgraciado príncipe hubo escuchado semejante propuesta, se enfureció de manera que mandó a sacrificar al embajador de Cortés en el acto mismo, e hizo dar por respuesta a esps. q. lo acompañaban muchos palos, mandando a los suyos a que los persiguieran a flechazos y pedradas, y diciendo q. pedía la muerte y no la paz. Viendo Cortés el endurecimiento del Emperador, después de una carnicería tan grande como habían experimentado sus vasallos, después de tantos combates, y después de la pérdida de casi toda la ciudad, despachó a Sandoval con sus bergantines por un lado, y él fue por otro, a fin de someter a los q. pudiesen haber permanecido en las casas y demás reparos o sitios fuertes; po. encontró tan poca resistencia que no tuvo dificultad en hacer cuanto le plugo.

Cuando se contemplaba el número crecido de los muertos que había en las calles y en las casas, parecía imposible que aún quedaran en la ciudad más de 5,000 hombres; sin embargo aquel mismo día se contaron entre muertos y prisioneros en el combate último 40,000 y más. Los gritos, los gemidos, los llantos de las mujeres y de los niños era cosa muy lamentable, y no era menos triste ni menos difícil de soportar la hediondez de los cadáveres.

Aquella noche misma resolvió Cortés por su parte acabar la guerra con una sola hazaña;³ Cuauhtémoc por la suya trató de⁴ fuerza su salud y se embarcó en una canoa montada por 20 hombres pa. bogar con más velocidad.

¹ Está roto el papel. [Nota de OC]

² Ídem. [Nota de OC]

³ Ídem. [Nota de OC]

⁴ Ídem. [Nota de OC]

Al amanecer se adelantó Cortés con su gente y cuatro piezas de artillería, en el barrio, en donde los habitantes que se habían escapado de los reveses de la guerra, estaban encerrados como corderos en un redil. Dio orden a Sandoval y a Alvarado que iban a bordo de los bergantines, pa. q. cerrasen el paso a las canoas de la ciudad, que estaban caladas al amparo de ciertas casas,⁵ especialidad pa. q. procurasen apoderarse del Emperador, y cogerlo vivo, sin hacerle daño.

Enseguida mandó a los restantes de los suyos, que sacaran los bajeles de México, y él subió a una torre en busca del Emperador, en la cual halló a Tihuacoa, gobernador y capitán de la ciudad, a quien le costó mucho reducir a que se rindiera.

Después salió una multitud tan grande de ancianos, mujeres y niños, y con tanta precipitación se quisieron embarcar, que sumergieron los barcos, y hubo gran número de ahogados.

Cortés prohibió con penas severas a su gente el hacer daño a aquellos infelices, pero le fue imposible contener a los de Tlaxcala, que mataron y sacrificaron por lo menos 15 000 mexicanos, mientras los restos de sus guerreros se defendían aún desde los terrados y corredores de las casas, y, desde allí veían la ruina de su patria, y la fuga de Cuauhtémoc y de toda la nobleza de la ciudad embarcada con su soberano.

Entonces Cortés, habiendo hecho tirar una arcabuzazo pa. q. estuvieran prestos sus oficiales, no tardó en tomar posesión de toda aquella inmensa capital.

⁵ Ídem. [Nota de OC]

Los bergantines atravesaron también toda la flota de los barcos mexicanos, sin la menor resistencia, y abatieron el estandarte real de Cuauhtémoc.

García de Holguín, Cap. de uno de los bergantines persiguió la gran canoa de los 20 remos, y como sus prisioneros le confirmasen en la sospecha q. le había inspirado la mucha gente q. se veía en ella, le dio caza y a poco rato logró alcanzarlos.

Cuando Cuauhtémoc, q. estaba en la proa, y se disponía a pelear, vio las ballestas de los españoles armadas, y las espadas desnudas contra él, se rindió y declaró q. era el Emperador.

García de Holguín, gozoso con tan buena presa, volvió la proa y llevó su prisionero a Cortés, q. lo recibió con mucha reverencia.

Pero Cuauhtémoc, al verse en la presencia de Cortés, echó mano a su puñal, diciéndole q. había hecho todo lo posible para defenderse y defender a los suyos, y para no verse reducido al estado en que se encontraba; y que, pues a fuer de vencedor, podía hacer de él lo q. le cupiere más a su gusto, le rogaba, q. le quitase la vida insoportable pa. un príncipe después de la pérdida de su imperio.

Consoló a su cautivo lo mejor que pudo Cortés, asegurándole que no corría peligro su vida, y lo llevó a un mirador, donde le suplicó mandara a sus súbditos, q. aún se resistían, a que se sometieran. Cuauhtémoc lo hizo así; los mexicanos dejaron las armas, y se dieron a partido, si bien a pesar del gran número de los muertos y de los prisioneros, todavía eran más de 70,000 combatientes.

De este modo ganó Hernán Cortés la famosa ciudad de México el día 13 de agosto del año de gracia 1521. Todos los años se celebra ese día en conmemoración de tan fausto acontecimiento, y se pasea en procesión solemne el estandarte real con que se ganó la ciudad.

Puede asegurarse por consiguiente que semejante conquista fue por lo menos tan señalada como la más considerable de las victorias que la antigüedad nos presenta en sus fastos. Allí murió uno de los mayores monarcas de la América, y allí quedó cautivo uno de los más valientes capitanes que jamás se vieran en aquellas regiones.

El sitio duró 3 meses desde que los bergantines fueron llevados a Tlaxcala; asistieron a Cortés en su empresa cerca de 200,000 indios y 900 españoles. Tuvo 80 caballos, 18 piezas de artillería y un número igual de bergantina.

Matáronle 50 españoles, y 6,000 indios aliados, y 6 caballos; pero la pérdida de los mexicanos fue horrorosa: además de los que perecieron de hambre y de los que arrebató la peste, murieron a manos de sus enemigos más de 120,000 personas, y una parte considerable de la nobleza, que casi toda acudió a la defensa de la capital.⁶

De *Fragmentos*, OC, t. 22, pp. 182-188.

⁶ Hasta aquí la transcripción del capítulo que aparece en OC. (N. de la E.)

Índice

José Martí y el indio de nuestra América / 7

Nota a la segunda edición / 27

I OBRAS / 31

Nuestra América / 33

Madre América / 47

Isla de Mujeres / 60

Reflexiones / 69

Poesía dramática americana / 74

Patria y libertad. (Drama indio) / 81

Nota sobre *Patria y libertad* / 110

Guatemala / 111

Apuntes varios / 122

Art. A remarkable mexican painter / 129

Arte. Un notable cuadro mexicano / 131

Libros nuevos / 134

Congreso de Americanistas / 137

Cartas de Nueva York expresamente
escritas para *La Opinión Nacional* / 142

De “Sección constante” / 144

Antigüedades mexicanas / 149

Arte aborígen / 153

Autores americanos aborígenes / 158

El hombre antiguo de América y sus artes primitivas / 163

El *Popol Vuh* de los quichés / 169

Una comedia indígena: *El Güegüense* / 174

Antigüedades americanas. Los esposos Le Plongeon: la Isla de Mujeres / 179
A Manuel de Jesús Galván / 184
La cronología prehistórica de América / 186
<i>Ramona</i> , de Helent Hunt Jackson / 188
<i>Guatemala, la tierra del quetzal</i> / 192
Un viaje a México / 198
Un juego nuevo y otros viejos / 208
Las ruinas indias / 211
La historia del hombre. Contada por sus casas / 224
El padre las Casas / 241
La Exposición de París / 254
Las <i>Crónicas potosinas</i> / 259
Discurso en honor de México / 263
Discurso en honor de Centroamérica / 268
<i>La Sociedad Hispanoamericana bajo la dominación española</i> / 274
El día de Juárez / 281
Federico Proaño, periodista / 284

II APUNTES Y FRAGMENTOS / 289

III ANEXO / 351

